

NI ÁNGELES NI DEMONIOS, HOMBRES COMUNES

Narrativas sobre masculinidades y violencia de género

Elizabeth Gómez Etayo



Universidad Autónoma de Occidente
Dirección de Investigaciones y Desarrollo Tecnológico
Facultad de Humanidades
Grupo de Investigación en Conflictos y Organizaciones

NI ÁNGELES NI DEMONIOS, HOMBRES COMUNES

Narrativas sobre masculinidades y violencia de género

Elizabeth Gómez Etayo

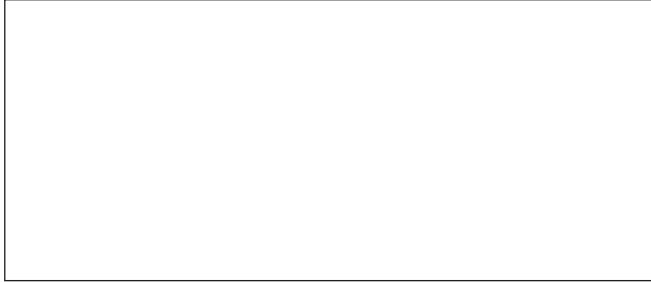


Santiago de Cali, 2014

Talantes

*Un hombre alegre
Es uno más
En el coro de hombres
Alegres
Un hombre triste
No se parece a ningún
Hombre triste*

Mario Benedetti, 1980



NI ÁNGELES NI DEMONIOS, HOMBRES COMUNES
Narrativas sobre masculinidades y violencia de género

ISBN 9789588713564
Primera edición, 2014

Autora
© Elizabeth Gómez Etayo

Gestión editorial
Dirección de Investigaciones y Desarrollo Tecnológico

Dirección Programa Editorial
Jorge Enrique Salazar Ferro
jesalazar@uao.edu.co

Coordinación Editorial
Claudia Lorena González González
clgonzalez@uao.edu.co

Corrección de Estilo
Juliana Caicedo Durán

Diagramación
Alternativa Producciones

Impresión
Carvajal Soluciones de Comunicación S.A.S.

© Universidad Autónoma de Occidente
Km. 2 vía Cali-Jamundí, A.A. 2790, Cali, Valle del Cauca, Colombia

El contenido de esta publicación no compromete el pensamiento de la Institución,
es responsabilidad absoluta de su autor.

Este libro no podrá ser reproducido por ningún medio impreso o de reproducción sin
permiso escrito de las titulares del Copyright.

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

ÍNDICE

| | |
|----------------------------------------------------------------------------------------|-----------|
| Agradecimientos | 13 |
| Introducción | 15 |
| 1. Panorama general de los estudios de las masculinidades y violencias masculinas | 19 |
| 2. Enfoques teórico-metodológicos para investigar masculinidades y violencia de género | 26 |
| 1. El método etnográfico y la narrativa de experiencias | 33 |
| 1.1 Etnografía en Recife: siguiendo las huellas de las masculinidades en Brasil | 33 |
| 1.2 Perspectiva de los hombres feministas reunidos en un evento académico | 42 |
| 1.3 Observación en la comisaría de la mujer de Santo Amaro | 45 |
| 1.4 Relatos de hombres autores de violencia de género: escuchando a los hombres | 53 |
| 1.5 Perfil de los hombres entrevistados | 58 |
| 2. Entre sociabilidades y socialidades masculinas | 65 |
| 2.1 De “La carta al padre” a “El olvido que seremos” | 70 |

| | | |
|-----------|---------------------------------------------------------------------------------------|------------|
| 2.2 | Pruebas de masculinidad | 76 |
| 2.3 | Sociabilidades masculinas: entrando en el mundo de los hombres agresores | 80 |
| 2.4 | Socialidades masculinas o aperturas del patriarcado: los feministas | 102 |
| 2.5 | Reseña histórica de los feministas | 103 |
| 3. | Manifestaciones de violencia: sí, agredí pero... | 115 |
| 3.1 | Reflexiones sobre los vínculos | 116 |
| 3.2 | Reflexiones sobre los vínculos y la violencia de género | 118 |
| 3.3 | Cuando la ficción refleja la realidad: violencias masculinas en relaciones conyugales | 119 |
| 3.4 | Del desconocimiento sutil a la violencia física: transiciones veladas | 132 |
| 3.5 | Escenas de violencia masculina bajo la perspectiva de los agresores | 136 |
| 3.6 | La perspectiva feminista sobre los agresores | 154 |
| 3.6.1 | La experiencia del Instituto Papai | 154 |
| 3.6.2 | El programa: ¡Adelante mujer! | 158 |
| 3.6.3 | El centro de referencia “María do Pará” | 160 |
| 3.6.4 | ¿Educación o castigo? ¡He aquí la cuestión! | 163 |
| 3.6.5 | La construcción de vínculos en la comprensión de las violencias | 166 |

| | | |
|-----------|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|------------|
| 3.6.6 | “Preservativo no es cosa de mujeres casadas”. La experiencia del trabajo con salud sexual y reproductiva de Sergio Barbosa | 169 |
| 4. | Silencio y soledad, ¿destinos masculinos? | 175 |
| 4.1 | Ruido y bullicio: el silencio de los hombres heterosexuales | 179 |
| 4.2 | La soledad de los hombres: ¿amigos ocasionales o amistades líquidas? | 190 |
| 5. | Consideraciones finales. Lo masculino en cuestión | 201 |
| 6. | Bibliografía | 209 |
| 7. | Webgrafía | 221 |

AGRADECIMIENTOS

A los seis hombres autores de violencia de género, quienes amablemente accedieron a compartir sus historias. A los amigos Nelson, Carlos Fernando y Sandra, a mi prima Bibiana y a doña Inés Sánchez quienes me ayudaron a entrar en contacto con ellos. A los seis hombres feministas brasileños quienes accedieron a conversar conmigo sobre las masculinidades y la violencia de género. Al profesor mexicano Juan Guillermo Figueroa, por su apertura y camaradería latinoamericana. A Amnéris Maroni, mi maestra, por su invaluable apoyo y orientación. A las integrantes del jurado calificador Suely Kofes, Elisa Cintra, Ana Paula Galdeano y Cristina Da Silva por sus edificantes comentarios. A Benedito Medrado, profesor de la Universidad Federal de Pernambuco, por su hospitalidad; él me abrió las puertas de su casa, del Instituto Papai y de los círculos feministas de hombres y de mujeres en Brasil. A CNPq, por la beca doctoral que me permitió estudiar en la Universidad Estatal de Campinas, Brasil. A mis amigas y *hadassas madrinassas*, por haberme acogido durante mi estancia en Brasil, Johana, Nathalia, Sua y Patricia. A los amigos de la colonia colombiana en Campinas por todas las necesarias tertulias doctorales; Juan Carlos y Luanda, Edwar y Rafael, Jimmy, Marcela y Natasha, Dora y Alfredo, y a mí querido Maurinho, gran amigo y compañero en los momentos difíciles. A mis progenitores Ernesto y Flor y sus retoños Diego, Martha y Paty, por ser referente de unión familiar, solidaridad y amor incondicional. A mis hijas Violeta y María Antonia, por su ternura infinita y por ser la promesa de un mundo mejor. A Jota, mi esposo, por su amor y compañía inquebrantable. A la Universidad Autónoma de Occidente por la publicación de este libro, a los colegas de la Facultad de Humanidades por haberme estimulado a crecer y madurar intelectualmente en los últimos años y especialmente al Decano Jesús Alfonso Flórez López quien me impulsó en esta empresa.

INTRODUCCIÓN

Cerrar los ojos y ser hombre. Entender cómo piensan, cómo discurren, cómo desean, por qué desean aquello que desean. Tener miedo como los hombres, mirar los hijos como los miran los hombres, escribir como un hombre, necesitar un hombre, callarse como un hombre. Reconocer lo que siente cuando suma sus fantasías, cuando se asusta con sus fracasos, cuando se deja acoger y piensa en nuestro nombre. Ser un hombre, estar dentro de un hombre y sentir lo que ellos sienten cuando están dentro de nosotras.

Ángeles Mastretta¹

Este libro es resultado de mi tesis de Doctorado en Ciencias Sociales en la línea de estudios de género, realizado durante el período 2006–2011 en la Universidad Estatal de Campinas, Brasil. Presento aquí una interpretación sobre las masculinidades, la violencia de género, y lo que en los últimos tiempos se considera *la crisis de las masculinidades*, entendida como la ruptura con un patrón de comportamiento marcado por el género masculino; es decir, con las características propias de los varones, a través de las cuales se ha establecido un orden social, que siendo cultural tiende a naturalizarse (Connell, 1995).

Abordo aquí la violencia de género a partir del concepto de *normalidad* propuesto por la teórica política Hannah Arendt. A pesar de que esta autora no aborde las masculinidades ni la violencia de género, consideré pertinente su concepto de normalidad, ya que a partir de él es posible comprender a los hombres agresores como *sujetos normales*, con los cuales compartimos espacios de sociabilidad y demás procesos de socialización.

¹ MASTRETTA, Ángela. El mundo iluminado. México, Editora: Cal y Arena, 1998: 9.

El concepto de normalidad deriva del cubrimiento periodístico que la autora hizo del juicio de Eichmann en Jerusalén²; en ese escenario la autora notó que el acusado no era la encarnación del mal, ni el monstruo que todos esperaban encontrar -incluso ella-, y en cambio sí un hombre *normal*; un hombre común que ejecuta su oficio, obedeciendo las reglas establecidas, propias de su tiempo y su contexto político. Veamos:

El problema con Eichmann era exactamente que muchos eran como él, y muchos no eran ni pervertidos ni sádicos, sino que eran y aún son terrible y asustadoramente normales. Desde el punto de vista de nuestras instituciones y de nuestros patrones morales de juicio, esa normalidad era mucho más aterradora que todas las atrocidades cometidas, ya que significaba que (...) ese era un nuevo tipo de criminal, efectivamente hostil *generis humani*, que comete sus crímenes en circunstancias que prácticamente le impiden saber o sentir que está actuando de forma equivocada (Arendt, 1999:299).

Según esta perspectiva, lo más inquietante es que esa *normalidad* está presente en todos nosotros, hombres y mujeres, pues de una u otra forma, heredamos patrones sociales instituidos sin re-significarlos. Inspirada en esta teórica, considero que los hombres que agreden a sus parejas han sido socializados bajo un patrón de educación que aún continúa impartándose e inclusive exigiéndose socialmente (Lorente-Acosta, 2008)³. No obstante, también se encuentran hombres -y cada vez más- que no encajan en ese modelo de hombre tradicional,

2 Eichmann, teniente-coronel de la SS durante la Alemania nazi, fue responsable por la logística de exterminio de millones de judíos durante el Holocausto Nazi -conocida como la "solución final"-, organizando la identificación y el transporte de personas hacia los diferentes campos de concentración, y siendo por ello conocido como el ejecutor-jefe del Tercer Reich. Eichmann fue detenido a finales de 1960 en un suburbio de Buenos Aires a cargo de un equipo de agentes secretos israelíes, y juzgado en 1961 por un tribunal especializado en Israel. Hannah Arendt cubrió la noticia del juicio de Eichmann como periodista enviada por la revista "The New Yorker", que esperaba que ella hiciera una amplia descripción de ese hombre perverso. Sin embargo, lo que ella hizo fue su tesis sobre la *banalidad del mal*, basándose en la caracterización de lo que ella llamó 'normalidad'.

3 Miguel Lorente, psiquiatra español reconocido por su activa participación en el combate de la violencia de género, en su conferencia para el X Congreso Internacional "Mundos de Mujeres", realizado en Madrid en el 2008, argumentó que "la violencia de género continúa haciendo parte de nuestra realidad, porque las referencias culturales son ofrecidas como parte de una normalidad social que facilita que los hombres agresores se comporten de forma violenta contra una mujer". LORENTE-ACOSTA, M. "Violencia de género: acciones e reacciones del post-machismo". In: La igualdad no es una utopía. Madrid. Universidad Complutense de Madrid, 2008:162. Este autor considera que estamos en un momento de "post-machismo", refiriéndose a que el machismo aparentemente desapareció, pero que realmente se encuentra disfrazado en diferentes y sutiles formas de micro-machismos.

violento y machista. Según varias investigaciones sobre masculinidades, los hombres heterosexuales en el mundo contemporáneo, estarían en una fase de transición de un viejo modelo hacia una nueva configuración de masculinidad⁴.

De esta forma, es claro que existe la capacidad de agencia y de cambio, y por tanto la responsabilidad de las acciones individuales no se puede justificar solamente por los modelos culturales establecidos, inclusive los inconscientes. Así pues, en este libro quiero presentar cuáles son los diferentes ángulos, grietas y movimientos íntimos de ese modelo masculino en transformación, a través de los relatos de hombres que actuaron violentamente contra mujeres y de hombres feministas que luchan por el fin de la violencia contra las mujeres.

Esta investigación se basa en los relatos de seis hombres colombianos, heterosexuales, entre 30 y 60 años, que agredieron a sus parejas sentimentales física, psicológica o verbalmente. Pero haberlas agredido no reforzó su virilidad, por el contrario, hizo que cuestionaran el tipo de hombre en el que se fueron convirtiendo a través de varios procesos socioculturales, y se preguntaran si era posible transformar un estereotipo tradicional de hombre.

La interpretación de estos relatos se complementa con la etnografía realizada en la ciudad de Recife, Brasil, en los períodos de agosto a diciembre de 2007 y posteriormente en octubre de 2008; períodos durante los cuales me aproximé a lo que se considera el campo político y académico de las masculinidades; fue allí donde obtuve entrevistas con seis hombres brasileños, considerados por sí mismos como feministas y que trabajan por el fin de la violencia contra las mujeres.

Sustentar la idea de que sí existe una crisis de las masculinidades, no es una tarea menor; esta denominación viene siendo cuestionada por autores que señalan un riesgo determinista: el de clasificar a los hombres solamente por los marcadores de género, considerando ade-

⁴ Algunas de estas investigaciones: "Os homens, esses desconhecidos... Masculinidade e Reprodução" – Núcleo de Estudos de População, NEPO, Universidade Estadual de Campinas, 1999 y "Sucede que me canso de ser homem... Relatos y reflexiones sobre hombres y masculinidades en México". Amuschásteguí, A., Szasz, I. (Org.). México, D.F. El Colegio de México, 2007.

más que puede ser una perspectiva *psicologizante* con la cual se pretende tipificar algunos comportamientos o cambios de los hombres, que incluso pueda estar inaugurando una nueva patología. Los autores que señalan este riesgo, se preguntan: ¿De qué crisis estamos hablando?, ¿de la crisis de algunos hombres en el diván? ¿O de una crisis generalizada de los hombres? (Medrado y Lyra, 2009).

Para otros, por el contrario es importante que exista la *crisis de las masculinidades* como un hecho reconocido, y proponen que si ella no existiera, sería importante comenzar a hablar de ella como si fuera una realidad y profundizar así en una necesaria transformación del modelo imperante de ser hombre (Vincent-Marques, 1997).

Al respecto, considero importante y necesario ventilar la crisis de la masculinidad a los cuatro vientos, para que el rumor haga eco por innumerables rincones hasta que sea reconocida como debe ser: como una ruptura, un cambio, una necesaria transformación. Sólo así los modelos que la originan pueden ser revaluados, revalorados y transformados de fondo. Esta crisis de las masculinidades, aunque sorda y silenciosa, nos invita a todos los hombres y a todas las mujeres, a hacer nuevas reflexiones sobre las relaciones de género.

Luego de esta investigación, puedo sugerir que esta crisis afecta principalmente a los hombres heterosexuales contemporáneos, con más énfasis a partir de los 30 años y no tanto a los más jóvenes. Se trata de una crisis de esos hombres que aún están cubiertos por viejos ropajes culturales, como lo propone el psicólogo argentino Sergio Sinay (2006) en su libro la “Masculinidad tóxica”. Y especialmente a los heterosexuales, porque los hombres homosexuales en sus amplias concepciones y posibilidades de opción sexual, como las mujeres, los afrodescendientes, los indígenas y otras manifestaciones de identidades socioculturales que históricamente estaban en lugares subalternos, se han organizado en las últimas décadas para cuestionar y debatir sobre los lugares que ocupan en el mundo.

Por otro lado, los hombres heterosexuales no lo han hecho o lo han hecho muy poco. Muchos de ellos aún se consideran sujetos históricos universales y, mientras los demás se van organizando, éstos se van

quedando solos. En esta soledad, o mejor, en este aislamiento, su viejo modelo entra en crisis y así, potencialmente, en transformación. Un hombre que golpea o agrede a otros considerados frágiles o menores, generalmente mujeres, es un sujeto en cuestión. Tales agresores tendrán que ampararse en nuevos elementos de identidad, porque la fuerza, el abuso de poder y la dominación, es una marca de género que cada vez más es ampliamente cuestionada en el mundo global.

1. PANORAMA GENERAL DE LOS ESTUDIOS SOBRE MASCULINIDADES Y VIOLENCIAS MASCULINAS

La mayoría de estudios sobre masculinidades hoy, señalan las contradicciones de ser hombre en las sociedades occidentales contemporáneas, y proponen la necesaria transformación que los hombres están atravesando y que deberían tener presente en su constitución como sujetos sociales.

Dichos estudios surgieron en la década de los años setenta del siglo anterior, cuando el movimiento feminista se proyectó y fortaleció en diversos lugares. Muchos de ellos fueron iniciados por los esposos de las mujeres feministas más destacadas de dicha época. Puede considerarse esta etapa como la primera ola de estudios sobre masculinidades, en la cual la construcción social de los hombres comenzó como una preocupación junto a la construcción social de las mujeres (Vincent-Marques, 1997).

Posteriormente, a lo largo de la década de los noventa, estos estudios detallaron, de manera más sofisticada, diversas tipologías de ser hombres. Fue así como aparecieron las categorías de *masculinidad hegemónica* y *masculinidad subalterna* del entonces sociólogo australiano Connell (1995), quien actualmente se identifica como mujer. Connell nos propuso hace veinte años que los hombres son diversos y que los rigores del patriarcalismo no recaían sólo sobre las mujeres, sino también sobre muchos hombres que se quedaron al margen de aquellos identificados como blancos, heterosexuales, educados, cultos, exitosos y de alto nivel adquisitivo.

Desde esta perspectiva, la masculinidad hegemónica es entendida como un modelo cultural que casi ningún hombre alcanza, generando frustraciones en quienes resultan excluidos del mismo, enfoque compartido por el antropólogo portugués Miguel Vale de Almeida (Connell, 1995; Vale de Almeida, 1995).

La mayor parte de los estudios sobre hombres se focaliza en las identidades subalternas: los pobres, afros, mulatos, mestizos, obreros, marginales y homosexuales, que no por ser subalternos socialmente dejan de tener un lugar hegemónico en sus micro-espacios de actuación. Con esta caracterización aparecieron nuevas posibilidades de interpretación sobre las diversas *contradicciones de poder entre los hombres*: al heredar un modelo de dominación masculino hegemónico, viven una permanente paradoja en su diario vivir, pues en realidad no ostentan tal poder; sin embargo, actúan en la cotidianidad como si lo tuvieran (Kaufman, 1997, Kimmel, 1998, Gutmann, 1998). Considero esta perspectiva como la segunda ola de estudios sobre hombres y masculinidades⁵.

Varios autores latinoamericanos consideran que los estudios sobre masculinidades en América Latina, surgieron en función de la necesidad de comprender y combatir el VIH- SIDA, y como una contribución a las discusiones de clase social y crisis del mercado laboral en la década de los años ochenta, con la cual se reformuló el papel social de los hombres. Posteriormente aparecieron los estudios y las discusiones sobre la opción sexual, las violencias masculinas y la salud de los hombres, especialmente después de dos grandes conferencias internacionales bastante citadas en los estudios de género: (Cairo, 1994 y Beijing, 1995)⁶.

Estos discursos estuvieron precedidos en la literatura feminista por historiadoras, antropólogas y filósofas que instauraron en los estudios

5 Existen varios artículos que se refieren al tema de la constitución del campo de estudios de las masculinidades. Ver: Medrado, B., Lyra, J. "Por uma matriz feminista de gênero para os estudos sobre homens e masculinidades". In: Estudos Feministas, Florianópolis. Universidade Federal de Santa Catarina, 16[3]:424, setembro-dezembro/2008. SOUZA, M., "As análises de gênero e a formação do campo de estudos sobre a(s) masculinidade(s). En: Mediações, Londrina. Universidade Estadual de Londrina, 14 [2]: 123-144 julho-dezembro/2009.

6 La IV Conferencia Internacional sobre Población y Desarrollo en 1994 en el Cairo, y la IV Conferencia Mundial sobre la Mujer en 1995 en Beijing, son marcos del debate sobre la importancia del mayor comprometimiento de los hombres, especialmente en el campo de los derechos sexuales y reproductivos (Lima, D. Buchele, E. Climaco, D., 2008:71).

sobre las mujeres, la necesidad de comprender las relaciones entre los géneros, proponiendo desde ese momento la importancia de los estudios relacionales y profundizando en lo que se conoce como *feminismo de la diferencia*. Esta perspectiva valoriza las diferencias entre los géneros a diferencia del *feminismo de la igualdad*, que se enfocaba más en la igualdad de los derechos entre hombres y mujeres (Moore, 1991; Stolcke, 1992; Rubin, 1993; Lamas, 1986, 1996; Scott, 1999).

Considero que estamos ahora en la tercera ola de estudios sobre masculinidades, y en este momento las investigaciones abordan a los hombres no sólo como aquellos que generan *problemas*, especialmente a las mujeres, sino como sujetos sociales particulares que se tornan *objetos* de investigación y reflexión.

Las categorías *hombre* y *masculino* comenzaron a ser estudiadas por sus inserciones y desconstrucciones sociales, históricas y culturales; así se da inicio a las investigaciones sobre *masculinidades*, en plural. No obstante, aún persiste la idea del predominio de las masculinidades hegemónicas que se imponen a las subalternas a través de relaciones de dominación, explotación e intimidación (Scott, 1995, Connell, 1995), sin desconocer que las identidades son también performáticas o performativas.

Esta es la perspectiva que se deriva de los planteamientos de la filósofa estadounidense, pionera de la Teoría Queer, Judith Butler, para quien el concepto de género es performativo, es decir, no obedece solamente a condiciones biológicas ni culturales, sino que se da en el ámbito de la subjetividad, de la interacción y desconstrucción constante de los sujetos; de la puesta en escena en diversas situaciones y escenarios. En todo caso, indica una permanente construcción, desconstrucción y actuación; es decir, una puesta en escena (Butler, 1999).

Esta variedad de estudios contribuye también para desmitificar un hombre omnipotente. Así, los *velos* de la virilidad se van desvencijando por cuenta propia, de forma que un hombre tradicional, en los inalcanzables modelos patriarcales, no tiene otra opción que lucir una fría máscara de hierro y, en el caso de los hombres agresores, se debe reconocer que no hay detrás de tal máscara el monstruo que

todos esperamos encontrar *-parafraseando a Hannah Arendt al encontrarse con Eichmann en Jerusalem-* y sí un hombre común, un hombre normal; asustadoramente normal y común.

Es frecuente encontrar en las investigaciones sobre la socialización de los niños, diversas prohibiciones que, poco a poco, construyeron y construyen aún hoy la personalidad de los hombres. Por ejemplo, es común encontrar una negación permanente de la posibilidad de responder con espontaneidad a los estímulos sensoriales más básicos, a las emociones y los sentimientos, de forma que actitudes como la tristeza, la debilidad o manifestaciones afectivas como el llanto o las quejas, están proscritas para el mundo masculino; estas interdicciones ponen en riesgo, en el largo plazo, la salud física y psíquica de los hombres (Valdés e Olavarria, 1998, Fuller, 1998, Viveros, 1998, Gutman, 1998, Amuchástegui e Szasz, [Coord.], 2007).

Son innumerables las historias de niños que no lloraron por un golpe –aunque se murieran de dolor–; de hombres que pelean entre sí para ganar respeto; de ancianos muriendo de cáncer de próstata porque prefieren proteger la honra que, según ellos, un examen pondría en duda; de padres de familia que se suicidan para salvar la casa de la hipoteca y proteger, no sólo el patrimonio familiar, sino su reputación como proveedores.

Son múltiples los relatos de hombres que conocieron meretrices en su adolescencia por la incapacidad de vivenciar la sexualidad con una novia y por la exigencia de demostrar dicha experiencia en su grupo de pares; hombres que aceptaron pruebas de masculinidad dejando en riesgo su salud; en fin, hombres que se quedan solos, enfermos y que llegan a morir por ser ¡hombres! (Nolasco, 2001, Figueroa, 1997).

Dudar y cuestionar de ese mundo masculino de fuerzas, pruebas, demostraciones y exigencias constantes, es un ejercicio que abre puertas para nuevos conocimientos. A partir de allí se enuncia la importancia de pensar cómo esos niños se hicieron hombres. Qué hace a un hombre *ser hombre*. Pensar también si la categoría de masculinidad es propia sólo de los hombres. Cuestionar quiénes son esos que instigan a los otros a ser hombres y por qué. Reflexionar si hay algo

que los hombres tengan en común, y pensar también cómo son juzgadas las fallas de los hombres y quién se otorga el derecho de juzgar dichas fallas. Finalmente, por qué lo masculino agrede al femenino, o al afeminado o a lo feminizado (Cornwall e Lindisfarne, 1994:12).

Buena parte de los estudios sobre masculinidades en la primera década del milenio, está dedicada al tema de las diversas *violencias masculinas*, en plural. Esto incluye tanto la violencia que concierne a los jóvenes como víctimas –que según las tasas de mortalidad es un tipo de violencia alarmante– como las violencias en las cuales los hombres son los agresores. Varios autores señalan que al estudiar este tema, debe tenerse en cuenta que los hombres son las principales víctimas mortales de las distintas formas de violencia; esto se corresponde con el hecho de que son los hombres, en su mayoría, quienes conforman los diferentes ejércitos y participan en las distintas manifestaciones de violencia urbana⁷. Este panorama es aún más crítico en los barrios de estratos socioeconómicos bajos en los cuales la violencia, asociada a redes de delincuencia común y narcotráfico, entre otros aspectos, es una realidad constante y cotidiana.

Las familias viven una aprensión permanente por el temor de que sus hijos puedan ser víctimas del contexto social local o inclusive, que la violencia comience a hacer parte del proceso de construcción social de la identidad masculina de sus hijos. Son realidades sociales en las cuales las opciones para los jóvenes son más reducidas que en otros contextos (Urrea e Quintín, 2005)⁸. En este sentido, la relación de los hombres con la violencia, sea como víctimas o como agresores, es orientada por un determinado modelo de masculinidad, según el cual se rechaza la condición subalterna y se lucha por expresar no sólo la virilidad sino también la hegemonía.

7 El psicólogo brasileño Sócrates Nolasco, plantea que en Brasil y en América Latina “los hombres tienen una expectativa de vida menor que las mujeres: son cerca del 90 % del contingente presidiario; mueren más en accidentes de tránsito por ingesta de licor y drogas; cometen más suicidio que las mujeres” (Nolasco, 2001: 13).

8 Hace unos años se generó una amplia polémica en Pereira por el documental sobre los *baby-sicarios*, realizado por el Canal Cuatro de España. El documental muestra la situación de niños del eje cafetero, cada vez más pequeños, usados por el narcotráfico para el ajuste de cuentas y el sicariato, pues éstos no son juzgados por la justicia para adultos. Nada diferente de lo que sucede con los niños en las favelas de Río de Janeiro o en las periferias de otras ciudades brasileras, recreado en películas como “Ciudad de Dios”, “Estación Central” o “Capitanes de Arena”.

Sobre los hombres como actores en situaciones de violencia, Nolasco propone que su vínculo está caracterizado por tres variables en la transición de las sociedades tradicionales a las sociedades complejas contemporáneas occidentales, veamos:

“[1] (...) el cambio de eje del valor social de la jerarquía para el individuo; [2] la disminución de los niveles de responsabilidad de las sociedades modernas e individualistas en la regulación de los modos de reconocimiento e inserción social del sujeto; y [3] el impacto generado por ambos en el proceso de subjetivación”. (Nolasco, 2001: 14).

El autor considera que la violencia masculina se relaciona con la lucha de algunos hombres por adecuarse al estereotipo de hombre de la cultura de la cual hacen parte. En tal proceso la violencia se banaliza, perdiendo de modo irreversible su relación original con lo sagrado, comprendiendo lo sagrado como la participación de los hombres en la guerra por la defensa de la honra, la patria y el bien común.

Ese fenómeno de la banalización se manifiesta en diferentes países occidentales, en los cuales los hombres actúan violentamente mucho más en los espacios íntimos que en los públicos y en lo público se ejerce la fuerza de forma distorsionada, puesto que otrora era usada con fines sublimes o patrióticos y hoy las guerras no obedecen a esos objetivos. Ésta sería una característica de las acciones violentas de los hombres en las sociedades modernas: la pérdida de lo sagrado y la pérdida de la lucha por el bien colectivo (Nolasco, 2001).

Sobre este modelo de violencia masculina en las sociedades modernas, son muchas las investigaciones que caracterizan el hombre violento como aquel que se considera social y culturalmente el responsable de mantener el orden en la vida privada. Así pues, se presentan situaciones donde no solamente el padre de familia quiere mantener el orden en el hogar por vía de la imposición, sino que en la calle se encuentran *hombres comunes* pretendiendo enderezar lo que ellos juzgan como desvíos de las mujeres y que son castigadas por distintos motivos: desde usar minifalda, hasta competir con ellos en el plano laboral y académico.

La socióloga brasileña Lia Zanota Machado, indica en su investigación sobre delitos sexuales, realizada en una cárcel brasileña con hombres que estaban presos por el delito de acceso carnal violento, que en el discurso de estos hombres se advierte el argumento de *estar corrigiendo a la mujer desobediente* por situaciones que ellos consideraron provocadoras o insinuantes. La socióloga llega a la conclusión de que la violencia aparece como un ejercicio disciplinante, y por tanto los hombres no experimentan culpa de haber agredido, sino que consideran haber actuado conforme a expectativas sociales. (Machado, 2001:10).

En otros debates, como el presentado en el número tres de la revista mexicana “La manzana: revista interdisciplinar de estudios sobre masculinidades”, los autores proponen *desnaturalizar* la relación que algunas veces parece intrínseca entre hombres y violencia. Los resultados presentados de las investigaciones en esta edición, discurren sobre diversos escenarios de las masculinidades: en los barrios periféricos, en las relaciones de trabajo, en las relaciones de poder, en las universidades, en las relaciones de pareja y en ámbitos familiares, en los cuales es necesario y pertinente reconocer al *hombre* como una categoría emergente que necesita ser estudiada. Con esta publicación, el grupo de investigadores pretende hacer una contribución a las discusiones sobre violencia de género e incidir en la elaboración de políticas públicas con la intención de transformar tal situación; a partir de sus reflexiones teóricas, cuestionan lo que ellos consideran una equívoca ecuación social: que la violencia masculina es igual a virilidad, tal como es entendido aún en algunas esferas sociales (Ramírez e Hartog, 2007)⁹.

Por otro lado, algunas autoras advierten sobre el peligro de caer en el extremo opuesto de la interpretación de las violencias masculinas: el de victimizar a los hombres en situaciones de violencia, ya que algunas investigaciones revelan que los hombres violentos responden a un modelo de masculinidad impuesto y de esta forma sus responsa-

9 En el 2006, se realizaron en México el “II Coloquio Internacional de Estudios sobre Hombres y Masculinidades: violencia: ¿El juego del hombre?” y el “I Congreso Nacional de la Academia Mexicana de Estudios de Género de los Hombres”; en estos eventos fueron discutidos ampliamente los diversos modelos de masculinidad. Para comprender la relevancia de estos eventos, es importante tener en cuenta que México es reconocido como un país muy machista y aun así, a partir de reflexiones académicas, es capaz de pensar sobre sí mismo y comprender las razones históricas de su machismo para comprenderlo y transformarlo.

bilidades individuales en el ejercicio de la violencia no serían asumidas, sino vistas como una consecuencia de dicho modelo (Pinheiros e Carloto, 2007).

Al respecto, considero que la violencia masculina exige el ejercicio del pensamiento, antes que el juicio; así pues, abordo la violencia de género a partir de las relaciones que hombres y mujeres establecen, donde la agresión y victimización son vistas desde una perspectiva relacional (Gregori, 2003). Esto implica pensar también en un contexto mayor: el de la crisis de las masculinidades; entendida en un principio como los múltiples e inquietantes silencios de los hombres, los miedos disfrazados de rabia, los sentimientos reprimidos y la incapacidad de nombrarlos. No se desconoce, claro, que existen situaciones límites en que las mujeres son más vulnerables a las distintas formas de violencia. Sin embargo, es necesario comprender esas diversas situaciones de la llamada violencia de género a partir de la perspectiva de hombres que, en esta investigación, se consideran en transformación y también se encuadran en la crisis del hombre en la modernidad (Bauman, 1999).

2. ENFOQUES TEÓRICO-METODOLÓGICOS PARA INVESTIGAR MASCULINIDADES Y VIOLENCIA DE GÉNERO

La investigación se apoyó en dos grandes enfoques teórico-metodológicos, que se cruzan y dialogan entre sí. El primero de ellos es antropológico, basado en los conceptos de narrativa y experiencia, siguiendo a los pensadores Walter Benjamin y Marcio Goldman para profundizar en el proceso de transformación de las experiencias y en cómo éstas son dotadas de nuevos significados a través de la narración, paradójicamente en un momento en el que los grandes narradores desaparecieron, tal como lo concebía Walter Benjamin, para quien -según Jeanne Marie Gagnebin-, una de las grandes pérdidas a comienzos del siglo XX fue justamente la capacidad de narrar, “la pérdida de la tradición, la pérdida de la narración clásica, la pérdida del aura” (Gagnebin, 1999:2).

En la modernidad fuimos perdiendo la capacidad de contar historias, de dar sentidos, de re-crear los acontecimientos, pues esto requiere tiempo, decantación, dedicación, interés, comprensión, condiciones esquivas al mundo moderno. Aun así, narrar es una actividad fundamental pues, al hablar de sí mismos y al ser escuchados, se abren espacios para la comprensión. Las narrativas de la investigación que dieron origen a este libro son un indicador de los cambios sociales contemporáneos, puesto que se le llamó narrativa al simple hecho de contar, de describir hechos y situaciones, pero algunos relatos -en no pocas ocasiones- y máxime tratándose de este tema espinoso, resultaron fragmentados y discontinuos; aun así, se apeló a la narrativa como posibilidad de descripción extensa, reconociendo que hubo momentos del registro donde algún detonante hizo que los hombres narrasen con más propiedad; en todo caso, se destaca la importancia de darle un lugar y un tiempo a la palabra (Benjamin, [1933] 1985).

El segundo enfoque es tributario de los estudios de género. Se aborda aquí el concepto de *violencia de género*, siguiendo a las antropólogas Henrietta Moore (1994) y Maria Filomena Gregori (2003). Moore propone abordar la violencia como una categoría *engendered*, es decir, marcada por el género; Gregori propone una perspectiva relacional para pensar las relaciones de violencia entre los géneros, entendiendo que la violencia se presenta no solo *contra* las mujeres, sino que las mujeres hacen parte de relaciones violentas. Es a partir de estos estudios de género que se da la interface entre violencia de género y crisis de las masculinidades, haciendo una revisión de la amplia y diversa producción académica en este campo durante las dos últimas décadas.

Finalmente, el tercer enfoque es a partir del psicoanálisis. Se acudió a los conceptos de *trauma*, siguiendo a Sándor Ferenczi (2003), *vínculo*, basada en Melanie Klein (1985), y *desamparo identitario*, desarrollado por Susana Muskat (2008) para comprender lo que está más allá de los actos violentos visibles, reconociendo en los hombres violentos una dimensión más compleja, llevando en cuenta los procesos por los cuales se hacen hombres y sus reflexiones sobre estos procesos.

Esta perspectiva conduce inexorablemente a un debate con el campo político feminista, puesto que una de las perspectivas del feminismo radical, considera que la violencia contra mujeres es un crimen que merece castigo, preferiblemente con la detención del agresor, priorizando la cárcel frente a la reflexión en esta posición. Desde el punto de vista de los hombres feministas, se considera que los hombres agresores deben ser tenidos en cuenta por la ley, no sólo para castigarlos, sino para permitirles condiciones en las cuales realmente puedan transformar sus prácticas violentas.

La articulación de estos enfoques en relación con las masculinidades no es algo nuevo. El amplio y clásico estudio sobre masculinidades, de W.R. Connell, es pionero en articular lo que él denomina “la ciencia de la masculinidad” con una perspectiva psicoanalítica. El autor afirma que esta ciencia –la de la masculinidad–, se diseña a partir de tres grandes paradigmas: 1) los conocimientos clínicos que surgen de situaciones de análisis siguiendo las ideas de la teoría freudiana, 2) la psicología social enfocada especialmente en la idea de ‘papeles sexuales’ –que Connell cuestiona–, y 3) más recientemente estudios antropológicos, históricos y sociológicos en diálogo con el psicoanálisis (Connell, 1995).

De acuerdo con lo anterior, la perspectiva aquí usada para pensar las masculinidades es meramente hermenéutica. Quiero decir con esto que mi interés se centra en la búsqueda de sentido y significado para pensar la crisis de las masculinidades articulada a la violencia de género. Siendo consciente de que un abordaje interdisciplinar corre el riesgo de no ahondar lo suficiente en alguna de las disciplinas propuestas, asumo el desafío porque considero que el tema de violencia de género merece nuevas miradas y reflexiones, y también porque el tema de las masculinidades puede ser considerado aún como emergente, surgiendo como algo inquietante sólo a partir de la mitad del siglo pasado. Este libro es, pues, una apertura y una aproximación hacia nuevos sentidos en el campo de los estudios de género.

Cuando comencé a interesarme por el estudio de las masculinidades, no fueron pocas las voces feministas –internas y externas– que me animaban a continuar investigando sobre mujeres, puesto que los hombres tienen sus propios pensadores para reflexionar sus asuntos. En ese momento yo no sabía cómo responder, aunque sintiera que mi interés por el ‘mundo de los hombres’ no era una escisión con nuestras reflexiones femeninas y feministas, y sí un intento de abrir un diálogo para construir puentes entre esos dos mundos: el masculino y el femenino.

Tejiendo diálogos y acogiendo pensamientos, comencé a experimentar varios movimientos internos, movimientos anímicos que luchaban buscando formas. Las contradicciones entre el mundo externo –el mundo de las apariencias– y mi mundo interior, no demoraron en evidenciarse. Diseño a partir de ahora dichos movimientos y los nudos que tejieron esta red de pensamientos. Con ella no pretendo dar respuestas, sino hacer más preguntas alrededor del tema de las masculinidades y su relación con el poder y la violencia.

Propongo pensar la crisis del masculino occidental moderno por el lado opuesto: por el lado de las lesiones del personaje –un personaje que parecía de acero–, e intentar comprender ese aparente absurdo a través de la crisis de la modernidad. Este hombre tradicional de las tres ‘P’: Proveedor, Protector, Penetrador, no debe perpetuarse. Ese hombre que grita, ofende y golpea, está en crisis y los sobrevivientes están convirtiéndose en un ser extraño. Muchos hombres golpearon y tristemente lo siguen haciendo; otros agredieron, pararon y pensaron; otros, yendo un poco más allá, se están organizando y rechazan ser parte del grupo de hombres de las tres ‘P’; así va este asunto. Para desarrollar estas ideas, estructuro este libro a partir de cuatro capítulos.

Primer capítulo: el método etnográfico y la narrativa de experiencias. Presento aquí el proceso de registrar información que comenzó en Recife, ciudad donde conocí el campo político feminista de las masculinidades y en la cual participé de un encuentro de

hombres feministas; supe cómo están organizados a partir de redes y por medio de campañas educativas para combatir la violencia contra las mujeres. En Recife realicé entrevistas con seis hombres feministas brasileños e hice pequeñas entrevistas con hombres agresores en la Comisaría de la Mujer de esta ciudad. En este capítulo describo cómo y por qué decidí hacer un registro de relatos de los hombres autores de violencia de género en Colombia.

Segundo capítulo: sociabilidad y socialidad masculina.

En este capítulo caracterizo los espacios de encuentro y desencuentro de los hombres, considerando estos espacios como contextos de interacción en los cuales se manifiestan procesos de *sociabilidad* -en el caso de los hombres en situaciones de violencia de género- y de *socialidad* en el caso de los hombres feministas. Hago esta distinción entre *sociabilidad* y *socialidad*, basada en la tesis de Cristina Da Silva que, apoyándose en el sociólogo Maffesoli, señala que “las sociabilidades (funciones sociales instituidas) serían delimitadas por las ‘socialidades’, que son los nomadismos, las libertades de los sujetos, sus resistencias y micro-libertades” (Da Silva, 2009:17).

Tercer capítulo: manifestaciones de la violencia masculina: Sí, agredí, pero... Me detengo aquí a pensar sobre las diferentes manifestaciones de violencia masculina, considerando el proceso de *construcción* de estos hombres agresores como sujetos socio-culturales. Delimito mi interpretación al proceso de construcción de vínculos afectivos con sus parejas, para comprender cómo surgió la violencia en la relación de pareja. Al final del capítulo se presenta la perspectiva de los feministas sobre los agresores; se trata de la experiencia de hombres feministas vinculados a proyectos de intervención social para combatir la violencia de género. A partir de allí abordo sus reflexiones sobre la violencia masculina y los proyectos que, según ellos, pretenden combatirla más que castigarla.

Cuarto capítulo: Silencio y soledad ¿Destinos masculinos? Interpreto las señales mudas de los hombres; intento comprender las voces silenciosas y aparentemente ruidosas. Los gritos de muchos hombres resultan siendo grandes silencios, pues aunque hablan alto, al mismo tiempo dicen poco. También hago una reflexión sobre

el tipo de red afectiva que tejen entre ellos, puesto que algunos de los entrevistados manifiestan sentirse profundamente solos, sin amigos y sin con quien hablar sobre sus afectos.

Finalmente, concluyo con una reflexión sobre lo masculino en cuestión. Aquí intento caracterizar la tendencia del cambio, haciendo visible la crisis, las ambivalencias y las incertidumbres. Busco discutir respuestas a la pregunta: ¿la violencia de género es una manifestación de la crisis de la masculinidad?

Debo aclarar que en este libro no pretendo pensar, ni desear, ni sentir, como los hombres; no es necesario eso para dialogar con ellos. Deseo, sin embargo, aproximarme al mundo masculino para comprender mejor el nuestro: el femenino. Comprender también nuestras relaciones, que no se limitan a encuentros íntimos, sino que son encuentros entre hombres y mujeres, entre lo femenino y lo masculino. Y es esa la intención de este trabajo: la aproximación de estos dos mundos.

CAPÍTULO I. EL MÉTODO ETNOGRÁFICO Y LA NARRATIVA DE EXPERIENCIAS

Para registrar la información comencé con un guión que se fue transformando conforme iban apareciendo nuevas preguntas, nuevos encuentros, nuevas posibilidades y nuevos recuerdos. Es necesario decir que en este recorrido, la memoria y el olvido danzaban al mismo compás. Cuando entré al Doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad Estadual de Campinas en Brasil, mi proyecto de investigación se llamaba: “Masculinidad, poder y violencia. Un estudio comparado entre hombres negros y mestizos de Cali y Salvador de Bahía, Brasil”, puesto que mis intereses estaban relacionados con mi trabajo académico previo al doctorado¹⁰ y con los lazos recientes que me unían a Brasil. Mi llegada a este país se dio a través de un curso de relaciones interraciales ofrecido por el Centro de Estudios Afro-Orientales, CEAO, de la Universidad Federal de Bahía, UFBA, llamado “La fábrica de ideas: curso avanzado de relaciones raciales”.

1.1 ETNOGRAFÍA EN RECIFE: SIGUIENDO LAS HUELLAS DE LAS MASCULINIDADES EN BRASIL

En agosto del 2006, en el VII Congreso Internacional “Fazendo Gênero” en Florianópolis, conocí al profesor Benedito Medrado, uno de los especialistas en el tema de las masculinidades en Brasil. Estábamos en el mismo grupo temático, y en esa ocasión él presentó el trabajo que realiza el Instituto Papai sobre masculinidades en Recife.

¹⁰ Durante la maestría en sociología investigué violencia contra mujeres, basado en la historia de vida de mujeres agredidas. Finalizada esta tesis, consideré pertinente conocer el punto de vista de los hombres y siendo conocedora de alguna parte del Pacífico colombiano, quise cruzar las variables etnia y género.

En noviembre del mismo año participé de la “Rede de Pesquisadores do Nordeste sobre Mulheres e Gênero”, REDOR, Recife; estando allá le describí al profesor Benedito mi proyecto de investigación y me invitó a conocer el Instituto Papai. Fue este profesor quien me sugirió que Recife era la ciudad indicada para realizar una investigación sobre violencia de género, tanto por los altos índices de asesinatos de mujeres, como por la movilización política feminista. Desistí entonces de hacer el trabajo de campo en Salvador de Bahía.

En mayo del 2007 volví a Recife, esta vez para participar del Congreso de la Sociedad Brasileña de Sociología, SBS. En esa oportunidad tuve la primera aproximación con el campo teórico y el activismo político de las masculinidades en Brasil. Fue a partir de estos encuentros que estructuré una propuesta de trabajo de investigación en Recife. Llegué a esta ciudad en agosto del 2007, y permanecí hasta diciembre del mismo año. En esta etapa de la investigación tuve tres escenarios de observación y participación: el primero fue el Grupo de Estudios de Masculinidades GEMA, con sede en la Universidad Federal de Pernambuco, el segundo, el Foro de Mujeres de Pernambuco, FMP, espacio de discusión y acción feminista de Recife; el tercero fue el Instituto Papai, Organismo no Gubernamental dedicado a proyectos de intervención social con hombres.

En ese entonces, el grupo GEMA desarrollaba la investigación “Violencia contra mujeres y salud mental: análisis de programas de atención a hombres autores de violencia”, y visité el grupo cuando éste se encontraba en la etapa de interpretación de las primeras entrevistas previamente realizadas. GEMA es un espacio de producción académica de las masculinidades en la Universidad Federal de Pernambuco, y un punto importante de referencia sobre el tema en Recife. Está formado por estudiantes de pregrado y postgrado, especialmente del área de Psicología Social, y desarrolla investigaciones sobre diversos aspectos de las masculinidades, no solamente sobre violencia de género. Cabe mencionar también, su activa participación en las diferentes campañas feministas y de género realizadas en Recife.

De otro lado, el Foro de Mujeres de Pernambuco, considerado como la “meca del feminismo nordestino” (Bonetti, 2007:70), es un

espacio de discusión y práctica feminista que al momento de mi investigación, tenía como objetivo principal desarrollar campañas por el fin de la violencia contra las mujeres y la legalización del aborto. Rápidamente me aproximé a este espacio por la afinidad entre mis intereses y los temas que allí eran desarrollados.

En el FMP eran planeadas y evaluadas las “Vigilias por el fin de la violencia contra las mujeres”, actividad pública realizada desde hace dos años los últimos días jueves de cada mes, en el lugar conocido como la Plaza del Diario, en el centro histórico de Recife. Esta actividad pretendía denunciar públicamente los asesinatos de mujeres en la ciudad cuya cifra superaba el promedio nacional¹¹.

Participar del FMP fue muy interesante, tanto por la aproximación al feminismo regional como por las reflexiones que este espacio me proporcionó sobre las diferentes perspectivas feministas. Una de las más fuertes, considerada como la del feminismo radical, no aceptaba ni creía que existieran hombres feministas, sino solamente *colaboradores* de las causas de las mujeres. Aunque el FMP era una congregación heterogénea de más de sesenta organizaciones de mujeres y de feministas tanto de Recife como de su región metropolitana, dicho discurso sobre la exclusión de los hombres era dominante.

Esta perspectiva fue evidente en el “Primer Encuentro de la región metropolitana de Recife por el fin de la violencia contra las mujeres”, realizado entre el 22 y el 24 de noviembre de 2007, conmemorando el día 25 de noviembre: día internacional de la lucha por el fin de la violencia contra las mujeres. El Foro decidió que en ese encuentro no participarían hombres aunque ellos se consideraran feministas, como en el caso de los hombres de la “Campaña del lazo blanco: hombres por el fin de la violencia contra las mujeres”¹², argumentando que el

11 Ver datos del Observatório de Violência contra mulheres del SOS Corpo. www.soscorpo.org.br. Entrada permanente a esta página web durante los meses de septiembre a diciembre de 2007.

12 Esta campaña comenzó en Canadá en 1991, cuando algunos hombres decidieron que tenían la responsabilidad de persuadir a otros hombres para que también se manifestaran por el fin de la violencia contra las mujeres. Así comenzaron a usar una manilla blanca como símbolo de la oposición de hombres en relación a la violencia cometida por otros hombres y acuñaron el lema: “Jamás cometer un acto violento contra las mujeres y no cerrar los ojos frente a esta violencia”. El Instituto NOOS, en compañía de otras entidades, lanzó la campaña en Brasil de 1999 en parte de su Comité Gestor. En Brasil la campaña realiza actividades en Río de Janeiro, São Paulo, Santo André, Recife, Río Branco y Florianópolis. En Recife es liderada por el Instituto Papai. Tomado de www.noos.org.br. Acceso entre noviembre y diciembre de 2007.

Encuentro era sólo de ellas, para pensar en estrategias encaminadas a acabar con la violencia contra las mujeres.

La decisión fue rebatida y algunos hombres participaron del Encuentro; no obstante, se quedaron en silencio en una esquina del recinto donde se desarrolló el evento, pero insistieron en participar en este espacio feminista, por considerarse a sí mismos también feministas y con una propuesta encaminada para el fin de la violencia contra las mujeres. Con su actitud, los feministas sentaron una posición y fue a partir de esta experiencia que me comencé a interesar por el proceso de los hombres feministas.

Teniendo en cuenta la heterogeneidad del movimiento feminista, una voz importante que se manifiesta tanto en Recife como en Pernambuco, el nordeste brasileño y tal vez en todo Brasil, es la del Instituto Papai, tercer escenario en el que participé durante la investigación. El Instituto Papai desarrolla desde 1996 actividades a través de proyectos y programas en tres áreas: 1. Lucha por el fin de la homofobia; 2. Reconocimiento de una paternidad responsable, y 3. Lucha por el fin de la violencia contra las mujeres. Aunque el Instituto Papai cuente hoy con un reconocimiento en la ciudad de Recife, este reconocimiento es el resultado de un proceso difícil, pues, como fue mencionado arriba, muchas feministas consideran que los hombres pueden ser solidarios con la causa de las mujeres pero no feministas, como me contó una funcionaria de Papai:

No todas (las feministas) están de acuerdo con que exista una institución feminista de hombres atendiendo hombres. Según algunas de ellas, los estudios y los trabajos sobre masculinidades no deben ser una pauta del feminismo ni en el caso de la violencia contra las mujeres. Esta reflexión permite pensar, una vez más, sobre las contradicciones del feminismo y las divisiones como movimiento político que, aunque luche por las mujeres, no siempre acompaña las consignas del fin de la violencia contra las mujeres. ¿Por qué no puede el feminismo trabajar con hombres? (DC. 23.08.07).

Sí puede, diría el Instituto Papai. Puede y debe, insistiría. De hecho este Instituto trabaja con hombres como participantes de los proyectos de intervención social, y también como funcionarios del equipo de profesionales que lo conforma; la mayoría se considera feminista o a favor del feminismo. Este Instituto es uno de los abanderados de la consigna “quien ama no mata, no humilla, no maltrata”, que es puesta en circulación en todas las vigiliadas por el fin de la violencia contra las mujeres y en los encuentros de mujeres, y que hace parte del discurso feminista nordestino y brasileño.

Las feministas más activas consideran que la ley “Maria da Penha”¹³ ya sentó el precedente de que la violencia contra la mujer es un crimen, y que, por ese motivo, debe exigirse rigurosidad en el castigo a los criminales, no existiendo motivos para realizar talleres de reeducación o de tratamiento psicosocial con los agresores. Según la lectura que ellas hacen de esta ley, se trata solamente de castigarlos. Bajo esta perspectiva, la violencia contra las mujeres es un crimen como cualquier otro y no se debe tener ningún tipo de consideración especial con los agresores. Tal feminismo considera que si ya existe una ley para castigar la violencia contra las mujeres, lo que resta es cumplirla.

Al respecto, existen dos puntos de vista claramente antagónicos en el contexto pernambucano: por un lado un feminismo radical que opta por el castigo de los hombres agresores y, por el otro, los hombres feministas proponiendo (re) educación para los hombres en situación de violencia de género. Las dos propuestas son amparadas por la Ley 11.340 del 7 de agosto de 2006, conocida como Ley Maria da Penha¹⁴.

13 Así se llama popularmente a la Ley 11.340 del 7 de agosto de 2006 que castiga la violencia contra la mujer en Brasil, en homenaje a Maria da Penha Maia Fernandes, mujer que fue víctima de violencia a manos de su marido durante seis años de matrimonio, tiempo en el cual el agresor intentó asesinarla en dos ocasiones, en la primera de las cuales la dejó parapléjica. Este agresor solo fue condenado 19 años después del juicio, y pagó dos años y medio cerrado, hecho que causó indignación tanto en la directamente agredida como en el Centro por la Justicia y por el Derecho Internacional y en el Comité Latinoamericano por la defensa de los derechos de la mujer, Cladem, quienes llevaron el caso a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA, y de tal proceso surgió la ley Maria da Penha.

14 “Centros de educación y rehabilitación para los agresores”. Numeral V del capítulo VII sobre disposiciones finales y Artículo 152, párrafo único: “En los casos de violencia doméstica contra la mujer, el juez podrá determinar el comparecimiento obligatorio del agresor a programas de recuperación y reeducación”. Ley 11.340 del 7 de agosto de 2006. Presidencia de la República. Casa Civil. Subjefatura para asuntos jurídicos.

Retomando la interpretación de las consignas feministas sobre la violencia contra las mujeres, y según la literatura de violencia de género y sobre masculinidades -parafraseando por el lado antagónico tales consignas-, se puede considerar que en algunas formas de socialización masculina (y hasta femenina) *quien ama sí mata, sí humilla y sí maltrata*; discusión que, si fuera profundizada, serviría para ofrecer nuevos contenidos a las luchas y prácticas feministas, de modo que las consignas se dotaran de nuevos contenidos y abrieran reflexiones con el fin de transformar los modelos de educación, de los cuales no es responsable solamente *la cultura* como un ente abstracto o como un fantasma omnipotente, sino como la concreción de rutinas, procesos y prácticas de sujetos de carne y hueso, a través de dispositivos comunicacionales que la producen, reproducen y movilizan.

La antropóloga Maria Filomena Gregori (1992) ya trabajó el asunto de cómo el Movimiento Feminista Brasileño, estudiado a partir de la institución feminista “SOS Mulher”, muy activa en São Paulo en la década de los años ochenta, tuvo que depararse en esa época con el problema de la violencia contra las mujeres, especialmente pobres, frente a un gran reto: intervenir a favor de los derechos de las mujeres sin caer en la victimización de éstas, y al mismo tiempo ganar más militantes comprometidas con la causa feminista, desafío que considero vigente hasta la actualidad. Estos retos exigen superar las consignas y profundizar en las realidades sociales.

Por otro lado, destaco en el discurso del movimiento feminista masculino movilizado por la “Campaña Brasileña del Lazo Blanco” y en Recife por el Instituto Papai, las siguientes consignas: “cuando ella dice no, de verdad quiere decir no” y “la violencia contra mujeres no tiene gracia”. Puestas en marcha en el 2007 y el 2008 respectivamente, estas consignas tratan de desvendar algunos mitos populares como el que las mujeres dicen ‘no’ cuando quieren decir ‘sí’, o que las mujeres buscan la violación u otro tipo de agresión y que, por ello, los hombres deben aprender a decodificar las señales que las mujeres envían.

Dicho comportamiento ya fue estudiado por la investigadora Lia Zanota Machado en su trabajo sobre crímenes de violación, destacando el hecho de que los agresores, aunque aceptando haber cometido el crimen, argumentaban estar respondiendo a una cierta demanda femenina de querer ser ‘violadas’ y que, por tanto, ellos únicamente interpretaron las señales femeninas y actuaron en consecuencia, o sea, se espera de ellos que sean hombres dentro de los parámetros socialmente establecidos, según los cuales las mujeres no hablan sino que se insinúan y los hombres deben estar preparados para identificar ese lenguaje (Machado, 2001).

En ese sentido, esta investigación intentó captar en los relatos de hombres envueltos en situaciones de violencia de género, si existe, en sus formas de socialización, una relación entre violencia y masculinidad que los lleve a considerar normales o esperadas las agresiones que esgrimen en sus relaciones.

Participando en Recife de varias de las Vigilias por el fin de la violencia contra las mujeres, presté especial atención a lo que sucedía alrededor de la movilización y no solamente al equipo que coordinaba el acto político. Me interesaba ver cuál era la relación con el público al que se quería impactar. La primera impresión que tuve es que no existía diálogo entre las representantes de la militancia política feminista y el público al que se pretendía afectar.

En una de las vigilias conversé con una mujer mulata, de contextura gruesa, baja estatura, aspecto triste, falda corta y evidentemente, de escasos recursos económicos. Estaba sentada al otro lado de la plaza. Le pregunté qué pensaba sobre lo que estaba sucediendo, me miró con desconfianza y sus ojos se llenaron de lágrimas. Me mostró un hematoma en el brazo izquierdo, una herida en la cabeza y otra cerca de la boca –le faltaba un diente–. Habló poco, como si ella pensara que era suficiente con lo que me había mostrado. Me dijo que trabajaba en esa plaza y que no había conseguido mucho dinero el día de hoy, mostrándome algunas pocas monedas (supuse que era prostituta). Me dijo que su esposo la golpeaba, pero que ella lo quería mucho y no era capaz de dejarlo.

Nuestro diálogo avanzó lentamente: comentó que la Ley Maria da Penha era lo peor que les había pasado a las mujeres, que si los hombres antes las maltrataban, ahora sí las iban a matar, pues, según ella, si se los llevan presos por golpear, entonces ahora era mejor matar de una vez. Dijo también, sonriendo con ironía, que no se puede hacer nada contra la violencia de los hombres hacia las mujeres, sólo matarlos a todos.

En ese momento llegó su esposo, claramente enojado. Se paró a nuestro lado y vociferó: ¡vámonos! ¡Vámonos! Ella le pidió que se sentara con nosotras pues estaba conversando conmigo y le contó sobre lo que estábamos hablando. Él, que no estaba nada interesado, insistió en irse. Susurrando, ella me dijo: ¿se da cuenta de cómo es él? Preocupada por su situación le dije que se fuera con él, pues no quería causar una pelea de pareja; tuve miedo de que la golpeará delante de mí. Él se fue y ella salió detrás de él, de una forma totalmente sumisa, insistiendo que lo peor que había pasado era esa ley.

Mirando a las mujeres de la manifestación, pensé: de nuevo estamos de espaldas a una realidad social, haciendo cosas ajenas a muchas mujeres con las que no logramos interactuar (DC. 28.10.07).

Sobre el acto de denuncia que se estaba realizando, percibí que las personas de los alrededores no estaban interesadas en saber lo que estaba sucediendo, tampoco sabían de lo que se trataba ni se sentían sensibilizadas por ver nombres y fechas de mujeres asesinadas, tal como se esgrimía en la actividad¹⁵. Por el contrario, algunas de las personas que pasaron justificaron los actos violentos contra las mujeres —como golpearlas si fuera *necesario* o cuando *merecen* ser castigadas—. Tampoco conocían la “Ley Maria da Penha”, y no necesariamente los que la conocían estaban de acuerdo con ella.

Frente a eso me pregunté: ¿Por qué el Encuentro de violencia contra mujeres, que pretendía ‘diseñar estrategias de lucha por el fin de la violencia contra las mujeres’, no destacó la Campaña del Lazo Blan-

15 Las vigalias por el fin de la violencia contra las mujeres que se realizaba cada semana en Recife, recopilaba información sobre mujeres asesinadas y llevaba carteles con sus fotos y datos de los hechos. Se pretendía sensibilizar a los transeúntes a través de observar las fotos y leer la información suministrada.

co? Si ya existe una estrategia, ¿por qué no dinamizarla y difundirla? ¿Por qué no enseñarles a las nuevas mujeres del feminismo que no todos los hombres son violentos y que, además, muchos de ellos también luchan por el fin de la violencia de género?

Éste es uno de los varios ejemplos de los *diálogos de sordos* que fui encontrando por el camino y, aun así, eso también me sirvió para comprender que, dependiendo del lugar desde donde interpretemos, la violencia entre hombres y mujeres, vinculados por relaciones afectivas, no se resuelve con el castigo de los hombres agresores.

La violencia de género es un indicador sobre las formas de construcción de lo femenino y de lo masculino en nuestras sociedades. Las formas de combatirla, al mismo tiempo, reflejan la imagen de género que tenemos de hombres y mujeres, de lo masculino y lo femenino, tal como es expuesto por la destacada antropóloga brasileña Mariza Corrêa en su investigación sobre homicidios e intentos de homicidios en Campinas en el período entre 1952 y 1972. En esta investigación la autora exploró las representaciones jurídicas de roles sexuales. Su intención original al pensar este trabajo, fue “investigar de qué elementos se componen las ideas sobre mujer en nuestra sociedad” (Corrêa, 1983:21), concluyendo que esa forma de violencia contra las mujeres se da por parte de algunos hombres, justamente como resultado de los papeles sexuales que la sociedad les impone a unos y a otras (Corrêa, 1983).

En esta primera etapa del trabajo de campo tuve una aproximación inicial con el campo político y académico de las masculinidades; con las diferentes perspectivas sobre la violencia de género y lo que se debe hacer con los hombres autores de este tipo de violencia. Así, conocí la perspectiva académica de las masculinidades a partir del grupo GEMA; la actuación en intervención social a través del Instituto Papai, y el activismo político-feminista a través de la Campaña del Lazo Blanco.

Buscando ampliar mi comprensión sobre estos problemas, tuve mayor proximidad con la actuación de los hombres feministas que trabajan con hombres agresores. Es ésta la experiencia que describo a continuación.

1.2 PERSPECTIVA DE LOS HOMBRES FEMINISTAS REUNIDOS EN UN EVENTO ACADÉMICO

En octubre del 2008 volví a Recife para continuar con el trabajo de campo. Participé del V Seminario Nacional: Hombres, Género y Políticas Públicas, que se realiza cada año en Recife. En éste participaron varios hombres feministas de distintas ciudades de Brasil, e invitados especiales de otros países de América Latina. Aprovechando el evento, también se reunieron los integrantes de la Campaña Brasileña del Lazo Blanco y de la Red de Hombres por la equidad de Género (RHEG), otra manifestación del activismo político feminista de hombres.

Fue muy interesante ver a los hombres feministas ‘en acción’. Ellos se reúnen y programan su actuación pública ya que todo año, en fechas conmemorativas como el día 6 de diciembre por ejemplo, día de la Campaña del Lazo Blanco, salen a la calle con camisetas, pancartas y manillas alusivas a la campaña.

Entrevisté a seis hombres que se consideran feministas o próximos del feminismo y que se han aproximado al tema de hombres actores de violencia de género. En Recife se destaca el “Manual: educación para la acción. Hombres por el fin de la violencia contra la mujer” que produjo el Instituto Papai, junto con las organizaciones White Ribbon Campaign de Canadá y Promundo – Rio de Janeiro¹⁶.

Participar en este encuentro me permitió conocer más de cerca la práctica de hombres que luchan por el fin de la violencia contra las mujeres, cuyas acciones están direccionadas a desarrollar campañas educativas y a promover atención integral a los agresores, lo que representa no sólo una diferencia en la forma de comprender la violencia de género, sino también una disputa en el campo político feminista.

16 Manual Educação para ação. Série Campanha do Lazo Branco, Instituto Papai, 2007.

Estas organizaciones han actuado juntas desde el 2004 en el desarrollo del proyecto “Trabajando con hombres jóvenes para la promoción de la equidad de género”, que tiene como objetivo general el intercambio y la cooperación entre organizaciones brasileñas y canadienses, con el fin de promover la equidad de género y reducir la violencia de los hombres contra las mujeres, especialmente a partir de acciones dirigidas a hombres jóvenes y adultos.

La ONG Promundo, con sede en Río de Janeiro, desarrollaba en el 2007 el “Programa H: una estrategia para sensibilizar hombres jóvenes sobre la equidad de género”. A través de las actividades de este programa, se busca incentivar a los hombres jóvenes a reflexionar críticamente sobre los modelos rígidos de masculinidad. Por medio de talleres, son invitados a cuestionar las normas de género que determinan sus actitudes y comportamientos ligados a la sexualidad y a la salud sexual y reproductiva, a la salud mental, a la violencia, a la paternidad y a la vulnerabilidad del HIV/SIDA¹⁷.

A lo largo de la investigación conocí también la propuesta del Instituto de Investigaciones Sistémicas y Desarrollo de Redes Sociales, NOOS, que desarrolla programas de prevención en violencia intrafamiliar y de género, con el objetivo de contribuir en la transformación de la cultura patriarcal y promover la equidad de derechos entre los géneros y las generaciones¹⁸.

Mi interés al aproximarme de la práctica de los hombres feministas, se centra en las propuestas teóricas y metodológicas que éstos desarrollan en el abordaje con hombres envueltos en situaciones de violencia de género. En el caso del Instituto Papai, esto generó diferencias con el movimiento feminista de Recife, ya que muchas feministas pertenecientes al Foro de Mujeres de Pernambuco consideran que aún no fueron atendidas integralmente las mujeres agredidas, y que por eso no sería justo comenzar a atender a los hombres agresores.

17 Promundo. *Programa H: una estrategia para sensibilizar hombres jóvenes sobre la equidad de género*. Brasil. Recuperado de: www.promundo.org.br/programah

18 Noos. Brasil. Información recuperado de: www.noos.org.br/programas

Los hombres feministas entrevistados fueron seleccionados dentro de la mesa de trabajo sobre “violencia contra mujeres”, en la cual presenté una ponencia. Tuve como criterios de selección que todos fueran de diferentes ciudades de Brasil, intentando abarcar las distintas regiones y que tuvieran experiencia en el trabajo con hombres en situaciones de violencia de género. Después de identificarlos, entré en contacto con cada uno y fuimos coordinando las entrevistas para realizarlas a lo largo del evento, aprovechando los intervalos de las mesas de trabajo y también antes o después de comenzar las jornadas diarias, de esta forma, fueron realizadas en el mismo local del evento.

Fue así como entrevisté a Jorge Lyra, psicólogo y coordinador general del Instituto Papai; Sérgio Barbosa de la ONG Coletivo Feminista Sexualidad y Salud, São Paulo; Alex Simon Lodetti, psicólogo e investigador del grupo Márgenes, de la Universidad Federal de Santa Catarina, Florianópolis; Daniel Costa Lima, psicólogo que trabaja en la campaña “Siga bien mujer. Camioneros por el fin de la violencia contra la mujer”, Río de Janeiro; Ricardo Melo Esquivel, profesor e investigador de la Universidad Federal de Ceará, Fortaleza, y Antonino Alves, psicólogo de la Casa Albergue Maria do Pará, en Belém de Pará.

También conversé con el profesor Juan Guillermo Figueroa, reconocido investigador mexicano en el tema de las masculinidades y particularmente de los derechos sexuales y reproductivos¹⁹. Durante nuestra conversación informal él me preguntó: ¿De qué lado me ubica, entre los agresores o entre los feministas? Entre risas el diálogo comenzó por su afirmación de que los feministas no escapan a las agresiones y sobre su reto cotidiano para rechazar los estereotipos sutiles y los prejuicios sobre lo femenino que la educación machista ofrece, aspecto que tratamos en otras conversaciones.

19 La trayectoria del profesor Juan Guillermo es muy interesante. Llegó al feminismo por un accidente intelectual. Fueron feministas las que lo buscaron para que compartiera los resultados de sus investigaciones sobre reproducción. Siendo de México, un país que acostumbra ser identificado con el machismo, él se percibe a sí mismo a partir de la paternidad y esto lo transforma al punto de ser altamente autocrítico en relación con los privilegios históricos que han recibido los hombres en relación a las mujeres. En sus conferencias invita a los hombres a cumplir con sus deberes y no solamente a reclamar sus derechos, tanto que sus colegas le expresan que no quieren ser representados por él, pues tener deberes es muy exigente, dicen los hombres que lo escuchan y prefieren continuar solo con sus privilegios.

Casos del día a día como el de la mujer que dirige mal y alguien le grita: “aprenda a manejar”; la amiga que es juzgada porque quedó en embarazo; la esposa que es ofendida en medio de una pelea de pareja; la colega que no se considera a la altura de los debates académicos o políticos -entre otros asuntos-, evidenciarían estas perspectivas prejuiciosas relativas al desconocimiento de la mujer como un otro, de lo femenino, de la alteridad. Juan Guillermo considera que, inclusive, les son imputadas a las mujeres algunas faltas que les serían perdonadas a los hombres, como conducir mal un automóvil.

Después de participar en este encuentro y de entrevistar a los feministas, continué con el objetivo de entrevistar a los hombres agresores, así que me dirigí a la Comisaría de la Mujer en el Barrio de Santo Amaro, la primera comisaría de mujeres que se fundó en Brasil.

1.3 OBSERVACIÓN EN LA COMISARÍA DE LA MUJER DE SANTO AMARO

Me dirigí a esta Comisaría para iniciar mi proceso de recolección de información con hombres agresores. El objetivo de este ejercicio etnográfico era conocer la dinámica de este espacio donde se inicia el proceso de castigo para hombres denunciados por violencia contra mujeres. La Comisaría queda en una vieja casona del barrio Santo Amaro, en el centro de Recife.

Llegué allá el día 20 de octubre del 2008 con una colega del grupo GEMA. La comisaria nos explicó cómo funcionaba el proceso de atención y nos presentó al funcionario encargado de recibir los casos, quien nos informó que el 90% de los casos de agresiones contra mujeres que llega a esta Comisaría, está asociado al consumo de licor y drogas, y que las mujeres que hacen la denuncia, casi siempre contra la pareja, lo hacen no sólo con el ánimo de castigar al agresor, sino, en el fondo, buscando ayuda para su presunto alcoholismo y drogadicción.

Observé el lugar; conversé con algunos funcionarios y con mujeres que denunciaban a hombres agresores; con otras que estaban sólo acompañando a sus amigas y con algunos hombres enjuiciados o que estaban comenzando un proceso jurídico por haber agredido a sus parejas. Un aspecto interesante y recurrente entre los hombres entrevistados, es que ellos creen que caen permanentemente en una especie de *trampa* que los lleva a un *callejón sin salida*, pues producto del alcohol y sus impulsos no contenidos, exceden sus límites, agreden a las mujeres y éstas los denuncian; efectivamente van a parar a la Comisaría en un círculo vicioso que parece no tener fin, como si fuera una *trampa* en la que siempre caen.

Casi todos los casos que llegan a la Comisaría están asociados al consumo de licor, lo que hace pensar a los funcionarios de la Comisaría que la violencia de estos hombres contra sus parejas es un asunto exclusivo de los alcohólicos²⁰. El proceso de atención²¹ comienza con la recepción de la denuncia a cargo de un funcionario del local; después la mujer agredida pasa a la sala de recepción de quejas donde es atendida por una funcionaria, ésta recibe el caso preguntando todos los detalles sobre lo sucedido. Una vez cumplida esta etapa, los procesos son registrados en la sala llamada ‘sectorial’, y finalmente los acusados son llamados a interrogatorio en la sala de ‘notificación’ donde se encuentran el delegado de turno y el comisario, estos dos últimos funcionarios son policías.

El ambiente en la Comisaría es bastante agitado. Llegan varias mujeres con bebés de brazos que lloran. Hay un televisor con el volumen alto, sintonizado en un noticiero regional al que nadie le presta atención. Permanentemente hay personas entrando y saliendo. No es un espacio confortable ni acogedor para recibir a las mujeres que quieren hacer una denuncia. Hay mujeres con moretones en los ojos, algunas lloran, otras conversan entre sí, mientras otras pelean recla-

20 El consumo de drogas y de licor aún es socialmente visto como responsabilidad individual; no obstante, es pertinente indagar si este asunto va más allá de la voluntad de los consumidores, dado que ya es ampliamente conocido que las adicciones son una enfermedad y la responsabilidad no recae solo en el sujeto adicto. Por otro lado, asociar violencia contra mujeres con ingerir diversas sustancias psicoactivas es una abordaje facilista que desdibuja la problemática, dado que también es ampliamente conocido que no es necesario estar bajo efectos de sustancias para agredir a la pareja o a cualquier persona.

21 Llamado “permanencia”, que sería equivalente a estar “bajo custodia” mientras se define la situación del acusado.

mando para ser atendidas. Hay hombres con tufo de alcohol, hombres pobres, negros, mulatos, desempleados o trabajadores del sector informal, impacientes para salir rápido y volver a sus quehaceres.

En la primera sala, llamada de ‘permanencia’, hay dos bancas de cemento incrustadas en la pared. En un corredor estrecho reposan tres sillas de plástico bastante incómodas. Las paredes están sucias y hay en ellas afiches de prevención de violencia contra la mujer; el ambiente es lúgubre y tedioso. El calor de Recife recrudece el vaho de la sala.

Al intentar preguntarle a algunos hombres por qué estaban allí, algunos se negaron a conversar conmigo; con otros no me sentí cómoda de abordarlos por considerar que no era un espacio propicio para hablar, sino observar. Varias de las historias que conocí, las escuché de las personas que hablaban en voz alta en los corredores. Participé de algunas de esas conversaciones y las personas preguntaban mi opinión, pero cuando escuchaban mi acento de extranjera me indagaban sobre lo que estaba haciendo allí; al decir que era colombiana e investigaba sobre violencia contra mujeres, las personas se incomodaban un poco, aunque yo intentaba explicar de lo que se trataba; sin embargo cuando estaba comenzado a hablar, las personas eran llamadas para otras salas o se tenían que ir, así que las pequeñas entrevistas quedaban inconclusas.

Vi muchas situaciones. Un hombre de profesión pescador que golpeó a su pareja cuando estaba borracho. Después de la agresión ella lo denunció. Él estaba evidentemente afectado por haber sido tan torpe de caer en la *trampa*, por haber actuado bajo los efectos del licor y por no haber medido las consecuencias de sus actos. Según él, la mujer siempre lo provoca cuando está borracho, y ya había sido advertido por su familia en relación con ello, porque él borracho no se controla y comete “brutalidades”, dijo.

Otro hombre peleó con su esposa frente a los funcionarios y de inmediato lo dejaron en una celda. Yo conversé con él ahí, en la celda. Era una situación extraña, sentí compasión por su situación, no por haber agredido -por supuesto-, sino por su avanzado nivel de consu-

mo de drogas; me rogó para que lo ayudara, no para salir de la celda, sino para lidiar con el consumo de drogas. Pedía que lo internaran pero nadie lo escuchaba, se notaba bastante desesperado. Ésta era la décima vez que su pareja estaba en la Comisaría y él imploraba para ser atendido por el consumo de drogas pero no había oídos para sus súplicas. Él parecía consciente de su enfermedad de drogadicción y rogaba también para que obligaran a la mujer a salir de su casa.

Comprendía su angustia, su problema, pues el hombre estaba completamente consumido por las drogas, extremadamente delgado y visiblemente enfermo. Su compañera, con una actitud arrogante, parecía no darle importancia a la situación del hombre; ella sabía que en ese espacio irían a estar de su lado y no del hombre, pues se trataba de una Comisaría de mujeres y no un centro de rehabilitación para drogadictos.

¿Qué se puede hacer para no llegar al castigo? ¿Qué sería ‘castigado’ en este caso? Pienso en el ciclo repetitivo de los espacios de sociabilidad de algunos hombres, la mayoría de ellos pobres: “trabajar, tomar licor, jugar billar, golpear a la mujer y los hijos cuando llegan a casa, levantarse de nuevo para ir a trabajar, en la noche volver a tomar licor, de nuevo jugar billar y de nuevo golpear a su familia”, y así, día tras día, semana tras semana, en una suerte de comportamientos y prácticas que van generando costumbres y que de tanto repetirse, tienden a naturalizarse en la pareja y en las futuras generaciones de hijos que crecen viendo este cuadro familiar. Y las mujeres, sus parejas, claro, haciendo parte de ese ciclo. ¿Trampas de la pobreza? ¿De todo tipo de pobreza? Carencia material, emocional, afectiva, cultural, educacional, ausencia de Estado de familia, de otros referentes.

Lucélia Braghini, en “Cenas Repetitivas de Violência Doméstica: Um impasse entre Eros e Tanatos²²” (2000), se pregunta por qué las mujeres que sufren de violencia en su relación de pareja continúan en la relación reproduciendo estructuras, quejas, y llegando algunas veces a situaciones lamentables. Varios autores hacen esta misma reflexión. En este caso la autora considera, entre otros factores, que esto obedecería a un ciclo de violencia que se perpetúa y en el que tanto

22 “Escenas repetitivas de violencia intrafamiliar: una tensión entre Eros y Tánatos”.

hombres como mujeres están presos, como si no pudieran (o no quisieran) salir de él. La autora describe este ciclo de la siguiente manera:

Sin embargo, antes de que el crimen sea cometido, existe la posibilidad de identificar, en la cotidianidad de la pareja, lo que llamamos ‘ciclo de violencia’, que se repite de forma sucesiva. El nivel de tensión en la relación va aumentando de forma gradual hasta que se torna insoportable, y así, por motivos aparentemente banales, el hombre explota agrediendo violentamente a su pareja. Ella, como una forma de venganza, frecuentemente se va de la casa, pero regresa por causa de las súplicas del compañero que, arrepentido, le promete que la situación no se repetirá. Por un tiempo determinado, motivado por la culpa y por el miedo de perder nuevamente a su compañera, él se comporta como un ‘cordero manso’ y desempeña el rol de un buen esposo. Sin embargo, a medida que la tensión se comienza a acumular nuevamente, ese papel se hace difícil y explota de nuevo, repitiendo el ciclo (Braghini, 2000: 19).

La autora añade que para las mujeres agredidas es difícil salir de este ciclo, por el “peso insoportable provocado por la culpa de tener que asumir sola la opción de la separación” (Braghini, 2000: 239). Considera que aún hoy, algunas mujeres, especialmente las que son violentadas, se asustan al tener que asumir la responsabilidad de su vida sexual y afectiva, necesitando siempre de un hombre para legitimar su relación con el mundo exterior; situación que observé de manera frecuente mientras estuve en la Comisaría de Mujeres.

Me cuestioné también por el asunto de la fianza. Fui testigo de la denuncia del caso de una mujer agredida brutalmente por su marido, de profesión policía, cuyo caso fue materia del periódico local. El hombre marcó el rostro de la mujer con la suela de su zapato. El periódico muestra el rostro de la mujer con la suela del zapato sobre su mejilla. Al parecer, el hombre estaba alcoholizado y drogado y quiso obligar a la mujer a tener sexo con él; la mujer rehusó y él la agredió. En este caso, el hombre debió pagar una fianza de seiscientos reales, un poco más de un salario mínimo legal vigente, cuantía que sim-

plemente el hombre pagó y quedó suelto, continuando ser una clara amenaza para la mujer. El terror era evidente en el rostro de aquella mujer que denunciaba, llevada por su madre y por su hermana, dado que ella estaba presa de pánico y no lograba ir a denunciar sola lo que había sucedido.

Las penas inferiores a dos años, que son la mayoría, pueden ser resueltas a través del pago de una fianza. Hay algo paradójico en ese sistema: las fianzas oscilan entre 1 y 10 salarios mínimos, dinero que recauda el Estado y que perjudica el ingreso familiar. En otras palabras, si la mujer denuncia a su pareja, él tiene que pagar una fianza que perjudica el presupuesto familiar. Al final, ella misma sale perjudicada. Muchas mujeres se privan de denunciar por esa razón. Cuando él no puede pagar, es detenido. De esta forma, ¿cuáles son los hombres que van para la cárcel? Al final de cuentas, ¿quién es realmente castigado con esa ley? Normalmente las familias recolectan dinero para ayudar a pagar la fianza, entonces, ¿para quién es el castigo?

Este tipo de cuestionamiento me lleva a pensar en la marca de clase social que lleva esta ley que castiga la violencia contra las mujeres. Son generalmente los hombres más pobres, negros, mulatos, analfabetas y marginalizados, los que son detenidos. Estos asuntos ya han sido discutidos por varias investigadoras que advierten sobre las dificultades de la ley, y las Comisarías de mujeres (Debert, 2002. Gregori, 2005, Bandeira, 2009).

En Brasil, antes de que existiera la “Ley Maria da Penha”, los agresores eran obligados a pagar su infracción con un “mercado o canasta familiar” o “cesta básica”, como se llama en Brasil, penalidad que después de la mencionada ley fue cambiada por una fianza. Algunas mujeres consideran que preferían el mercado al pago de la fianza, dado que el pago de la última termina afectando la canasta familiar, y en cambio el mercado compensa en algo directamente a la familia afectada, a la mujer y lo hijos (como muchas mujeres dijeron en la Comisaría). Ahora, el pago de la fianza va para el Estado. ¿Quién gana entonces?

Es claro que la ley es una conquista del movimiento feminista brasileño, tal como ha sido ampliamente divulgado, y sirve para resolver muchas situaciones, especialmente las más complejas. Pero, ¿qué se puede hacer con los otros casos que claramente son la mayoría? ¿Será que la fianza es una opción políticamente más correcta, y que el “mercado familiar” reproduce la inequidad de género? Pues el mercado familiar estaría reforzando el hecho de que una forma de reparar los daños causados a las mujeres es a través proveer los bienes e insumos para el funcionamiento del hogar, y no a través de una multa como cualquier otro crimen.

Escuché este tipo de cuestionamientos durante el tiempo que estuve en la Comisaría de la Mujer y son ampliamente discutidos por abogados expertos en la ley, por el movimiento feminista, y también por los y las investigadoras sobre el tema (Bandeira, 2009).

Por otro lado, varias de las situaciones en la Comisaría de la Mujer hacen pensar que ésta representa, en algunos casos, un sustituto de la autoridad del padre, -en sentido psicoanalítico-; un padre ausente en la cotidianidad familiar. Las mujeres agredidas que conviven con un alcohólico, drogadicto y/o maltratador, quieren que alguien regañe al marido *sinvergüenza*, desobediente, mal esposo, o que por lo menos le den un susto llamándole la atención. La Comisaría es el lugar al cual las mujeres acuden cuando no pueden resolver los problemas en su casa. Muchas de las pequeñas peleas que buscaban ser solucionadas en la Comisaría, parecían discusiones de adolescentes, lo que me parecía muy particular: dos adultos haciéndose malacaras y muecas, insultándose delante de personas que no conocían, ensimismados en sus mundos íntimos como si no tuvieran nada más qué hacer sino pelear en ese lugar. Me imaginaba cómo sería la cotidianidad en sus casas, la educación de sus hijos; pensaba en sus carencias y necesidad de reconocimiento pues, al parecer, muchas parejas estaban ahí simplemente para llamar la atención.

Al terminar el proceso de observación en la Comisaría, me fui con varias sensaciones. La primera fue que ese no era un lugar para hablar tranquilamente con hombres autores de violencia de género. Nunca pude, obviamente, profundizar sobre asuntos que

me parecían importantes. Todos ellos estaban allí para resolver asuntos urgentes y puntuales; mi presencia sólo les incomodaba. De otro lado, fueron bastante impertinentes las actitudes de algunos funcionarios que querían obligar a algunas personas a conversar conmigo. Se suma a eso el ambiente pesado, hacinado, caluroso, incómodo y sin privacidad, en últimas, sin condiciones para realizar una entrevista. Debo decir también que mi uso del lenguaje portugués es de carácter técnico y académico, y para hacer entrevistas con estos hombres hubiera requerido de un lenguaje mucho más popular que sólo se logra en la convivencia cotidiana, no en la universitaria. Fueron esas sensaciones las que se instigaron a continuar en la búsqueda de algo que me permitiera adentrarme más en las masculinidades y la violencia de género, para caracterizar mejor mi investigación.

1.4 RELATOS DE HOMBRES AUTORES DE VIOLENCIA DE GÉNERO: ESCUCHANDO A LOS HOMBRES

Una parte de nuestra tarea, consiste en descubrir por qué aquello que las personas que estudiamos hacen y dicen les parece, yo no diría evidente, sino coherente, conveniente, razonable. Pero por otro lado, consiste en estar siempre interrogándose sobre hasta dónde somos capaces de seguir lo que ellas dicen y hacen, hasta dónde somos capaces de soportar la palabra nativa... (Goldman, 2006:167).

Después de este ejercicio etnográfico en la Comisaría de la Mujer de Santo Amaro, decidí registrar los relatos de hombres autores de violencia en Colombia y sobre todo en español. No por tener poca tolerancia con la *palabra nativa*, por el contrario, soy consciente de mis propias limitaciones, aspecto central en la investigación etnográfica. Llegué a la conclusión que para dar continuidad a la investigación, los ‘nativos’ tendrían que ser hombres que quisieran hablar y tuvieran un espacio para ello. De este modo, tuve como primer criterio que estos hombres aceptaran hablar conmigo y no que se sintieran

obligados a hacerlo o que estuvieran mediados por una institución, tal como sucedería si lo hiciera en Recife.

Los relatos son como ventanas a través de las cuales nos asomamos y comprendemos una realidad social. El contar debe ser un acto placentero -aunque a veces se dé entre sollozos- y no algo impuesto. Fue de esta manera que me aproximé a los hombres que iría a entrevistar, compartiendo con ellos la importancia del narrar, de dar sentido a esa experiencia y al hecho de (re)elaborar eventos traumáticos, de tal forma que ese desbordamiento de sentidos, que es lo traumático, se integre a sus identidades. Los estimulé para que contaran sus ‘historias’, para que éstas se hicieran parte de una ‘historia’. Los invité a hablar sobre sus traumas, sus afectos, sus vidas (Benjamin, [1933] 1985).

Al registrar los relatos de los hombres, tuve en cuenta la discusión antropológica sobre las diferentes perspectivas de las narrativas de vida. Dicha discusión propone que al narrar, el énfasis debe estar en la propia vida de la persona, o sea, en la sucesión de hechos que son contados y entrelazados, de manera que describan la vida propiamente dicha del sujeto.

Sin embargo, el énfasis puede estar también en la ‘historia’; en la forma narrativa con la cual se escogen algunos acontecimientos de la vida y se dejan de lado otros, o en el mismo proceso narrativo: en el proceso o método para narrar, que puede tener diferentes características literarias. Estos tres enfoques se pueden dar por separados o pueden estar yuxtapuestos (Peacock J., Holland, D., 1993).

En esta investigación intenté destacar la yuxtaposición de los tres, pero finalmente opté por dar énfasis a la historia, pues me estoy refiriendo a los hechos puntuales en la vida de los hombres –a los hechos violentos que fueron la disculpa para iniciar el diálogo– y que se integran a la historia de su masculinidad como contexto.

No se ignora aquí la diferencia que existe en portugués (‘estória’ e ‘História’) y en inglés (‘story’ y ‘History’), que aquí diferenciamos con ‘h’ minúscula y ‘H’ mayúscula, aspecto abordado por la antropóloga Suely Kofes en su artículo “Experiencias sociales, interpretaciones

individuales: historias de vida, sus posibilidades y límites” (1994). En éste, la autora diferencia los ‘relatos’ de las ‘historias de vida’, y la ‘biografía’ de la ‘autobiografía’, considerando que en una historia de vida puede haber muchos relatos.

Teniendo en cuenta esa diferencia, y siguiendo esa línea de interpretación, podemos decir que la narrativa es la materia prima de nuestras interpretaciones a través de preguntas que sirven para delimitar el relato (Kofes, 1994: 94). Dicho de otro modo, podemos tener muchos relatos pero no siempre tendremos una ‘Historia’, del mismo modo que podremos tener muchas ‘vivencias’ que no siempre se transformarán en ‘experiencias’, como sugiere Walter Benjamin (Benjamin, [1933] 1985).

También se tienen en cuenta los *tiempos* de las narrativas, como fue propuesto por Ricoeur (1983), dado que los sujetos de la investigación van narrando hechos que ya sucedieron y la narrativa en sí misma es una interpretación de eventos pasados; así, en este proceso hay un vaivén permanente entre recuerdos y olvidos. Los hechos van y vienen en la memoria y, a veces, alguna pregunta o alguna respuesta durante el registro de la experiencia narrada generan que tanto el entrevistado como la entrevistadora recuerde o se olvide de algún detalle. Según Ricoeur:

(...) existe, entre la actividad de narrar una historia y el carácter temporal de la existencia humana, una correlación que no es puramente accidental, sino que presenta una forma de necesidad transcultural. O, en otras palabras, que el tiempo se vuelve tiempo humano, en la medida en que es articulado de un modo narrativo, y que la narrativa alcanza su significado pleno cuando se vuelve una condición de la existencia temporal (Ricoeur, 1983:85). (Original en Inglés, traducción mía).

De este modo, registré los relatos de seis hombres que, en primer lugar, aceptaron conversar conmigo, dato que aunque parezca simple era relevante para la construcción de la confianza, ya que hablaríamos de temas íntimos que podrían generar algún tipo prejuicio. Vale

la pena también señalar que ellos fueron copartícipes de la investigación y no solo objeto de la misma, en tanto sus entrevistas se configuraron como un espacio de reflexión más que un método para extraer información.

En los relatos de los hombres fui identificando algunos *hilos invisibles* de la violencia de género, aspectos y características de las situaciones violentas que no son fácilmente reconocibles en el hecho mismo, sino que fueron apareciendo a lo largo de la historia. En el caso de la violencia de género, comprendemos esos hilos invisibles como las circunstancias que hacen posible que la violencia se perpetúe, porque se muestran como algo natural, lógico o esperado. Por ejemplo, entre una pareja se presentan bofetadas para dar por terminada una discusión; esto podría no ser algo violento, si esta práctica hace parte de la forma en que esta pareja se relaciona dentro de una cultura que promueve la jerarquía de poder entre los géneros. Por otro lado, cierto tipo de comentarios discriminatorios, insultos, gritos, humillaciones y provocaciones que hacen parte de la cotidianidad de la pareja, y que por eso mismo no resultaría violento, son algunos de los hilos invisibles.

Ellos serían lo no explicitado, lo no dicho; el silencio frente a situaciones que sólo se manifiestan cuando llegan a un límite insoportable. Esos hilos tejen las relaciones y cuando la violencia se presenta, parece surgir de la nada. Aunque una secuencia de eventos fue lo que dio origen a esa violencia, esa secuencia alimentada por interminables hilos invisibles, no resulta fácilmente identificable para la pareja. Esos hilos invisibles están en la base de la constitución de los vínculos, como argumentaré en los siguientes capítulos.

Me aproximé a los antecedentes que transformaron en violentas esas relaciones; identifiqué algunos hilos invisibles como los juegos de seducción y de poder, la manipulación psíquica, moral y emocional, entre otros aspectos. Aun así, siempre tuve en cuenta que no todos los hombres reaccionan de forma agresiva contra las mujeres, y que no todas las relaciones de parejas heterosexuales se vuelven violentas; incluso en el caso de los hombres entrevistados, ellos no se comportan agresivamente siempre ni con todas las mujeres con las que se rela-

cionan. Las agresiones cometidas están relacionadas con contextos y mujeres particulares. Vínculos específicos: fueron esos los que me interesaron.

Después de las primeras observaciones etnográficas, aún faltaba registrar relatos de hombres que hubieran pasado por situaciones de violencia de género para comprender su proceso de *hacerse* hombres, su masculinidad, y tal vez intentar vislumbrar en esos procesos, lo que considero como la ‘crisis de la masculinidad’; cambios, rupturas, grietas, transformaciones, sorpresas, espantos en ese ‘ser hombre’, según las diversas situaciones afectivas y conflictivas en las cuales participan.

Por ese motivo necesitaba conversaciones mucho más profundas, y sentí que daría mejor resultado si pudiera hablar con ellos en español y no en portugués. Como ya lo señalé arriba, en la Comisaría de la Mujer de Santo Amaro sentí falta de riqueza en mi vocabulario en portugués para conversar sobre varios asuntos con los entrevistados, o para preguntar la misma cosa de otra manera. El lenguaje académico al que nos limitamos algunos estudiantes extranjeros fue un factor determinante para aproximarme al mundo de los entrevistados. En mi caso, no conocía muy bien los modismos y la jerga brasileña, y mucho menos la nordestina^{23 24}.

La cuestión del idioma, pero también la necesidad que sentía de profundizar en la comprensión de la violencia de género en un contexto sociocultural más próximo, fueron las principales razones que me trajeron de regreso a Colombia, donde realicé una segunda parte del trabajo de campo.

Comencé a buscar los hombres a entrevistar entre amigos, familiares, antiguos compañeros de trabajo, personal de ONG’s donde

23 “Así entre dos lenguas, su elemento es el silencio. De tanto que hablamos de diferentes formas, igualmente banales, igualmente aproximativas, no hablamos más. Un científico renombrado internacionalmente ironizaba sobre su famosa poliglotía, comentando que hablaba ruso en quince idiomas. Sin embargo, yo tenía la sensación de que era mudo y que ese silencio estancado, a veces, lo llevaba a la larga monotonía de los cantores de salmos para finalmente decir alguna cosa”. (O silêncio dos políglotas. In: Estrangeiros para nós mesmos. Kristeva, Julia, 1994:23).

24 En Colombia como en Brasil, cada región geográfica y cultural tiene su propio acento. En Brasil estuve por más largo tiempo en la ciudad de Campinas, Estado de Sao Paulo, región sudeste, pero el trabajo de campo lo hice en Recife, Estado de Pernambuco, región nordestina, donde el acento (sotaque) los modismos (gírias) y usos del lenguaje cambian, especialmente en contextos no académicos.

yo había trabajado, trabajadores sociales, terapeutas, psicólogos, y a través de instituciones de salud o de educación que de alguna forma trabajan con el tema, sea violencia contra mujeres, violencia de género o con hombres y masculinidades.

Los criterios para seleccionar los entrevistados, fueron: 1. Tener una situación económica estable, en términos generales; porque quería evitar que las razones de la agresión fueran justificadas por la precariedad económica. 2. Haber actuado violentamente contra mujeres. 3. Que hubieran reflexionado de alguna manera sobre dichos actos y 4. Que aceptaran hablar conmigo y contribuir con la investigación.

No fue fácil hallar hombres que cumplieran con todos los requisitos, no porque no los hubiera, por el contrario, la red activada me permitió encontrar muchos hombres que cumplían con los tres primeros requisitos, menos con el deseo de hablar al respecto. Eran hombres de estrato socioeconómico medio; de diversas profesiones, arquitectos, abogados, comerciantes, empleados públicos, en fin, hombres comunes y corrientes, vecinos, familiares, amigos de amigos. Sin embargo, algunos no habían reflexionado sobre el asunto, y otros simplemente no querían conversar conmigo sobre ello.

Fue muy interesante la sorpresa de las personas que me colaboraron con esa búsqueda al encontrar tantos hombres agresores, ya que generalmente se piensa que esa es una situación que sucede *allá*, en la periferia, entre los pobres, entre los analfabetas, entre los drogadictos y los alcohólicos, entre los *anormales*, pero no con sus amigos o familiares. Como dije, ellos no quisieron hablar conmigo, tal vez por la proximidad, por vergüenza, desconfianza, miedo o indiferencia. Fue por ese motivo que tuve que desistir de algunos de los criterios, y priorizar el hecho de que fueran agresores y que aceptaran conversar conmigo aunque no hubieran reflexionado al respecto, desistiendo también de su perfil de clase social.

El trabajo previo al viaje, hecho por los amigos, amigas y familiares de la red de apoyo que había activado en Colombia, fue decisivo. Fueron ellos quienes convencieron a sus amigos o familiares de con-

versar conmigo, ofreciéndoles informaciones claras sobre mi investigación: explicando qué era exactamente violencia de género y lo que yo haría con sus relatos. Las dudas que surgieron por parte de los entrevistados también fueron aclaradas por la red de apoyo. Esto permitió que en el momento de la entrevistas todos ellos estuvieran mucho más tranquilos y dispuestos a conversar, lo que permitió fluidez durante los encuentros. A continuación describiré a los entrevistados.

1.5 PERFIL DE LOS HOMBRES ENTREVISTADOS

Tenía mucha expectativa con entrevistar -finalmente- a los hombres agresores. Quería escuchar sus historias; intentar, junto con ellos, una reflexión sobre los eventos violentos y, sobre todo, saber quiénes eran. Tengo la sensación de que la palabra ‘violencia’ genera un prejuicio que, al mismo tiempo, nos hace imaginar que un ‘hombre violento’ sea alguien rudo, alto, fuerte, musculoso, de ceño fruncido, amargado, bravo, en fin, alguien ‘violento’ y no un ‘hombre común y corriente’, tal como fueron los hombres que entrevisté.

Éstos eran hombres con los que yo podía compartir un imaginario sociocultural; los temas que daban contorno a los episodios violentos eran comunes entre ellos y yo, o por lo menos los podíamos reconocer como familiares. Físicamente no eran lo que se podría pensar, como mencioné, un ‘hombre violento’: algunos eran de baja estatura, delgados o si no, con una apariencia calmada que difícilmente revelaría su perfil violento. Vale decir que la primera sensación que tuve al encontrarlos contribuyó con la deconstrucción de la violencia de género que pretendí hacer a lo largo de este trabajo.

Primer hombre²⁵: Federico, 41 años, vive en una ciudad del eje cafetero. Llegó a nuestro encuentro elegante y perfumado -como él mismo afirma estar habitualmente-, pues es dueño de un bar de salsa en el centro de la ciudad, a pesar de haberse graduado como topógrafo. Él explica que el mundo de la noche, de la rumba, de la

25 Los nombres de los entrevistados han sido cambiados para proteger su identidad.

fiesta, requiere de buena apariencia, pues ese mundo es también el escenario de los encuentros afectivos, de la sensualidad, de la conquista; un espacio para observar y ser observado. Hombres y mujeres se arreglan muy bien para ir a bailar salsa los viernes en la noche en un bar como el de Federico.

Federico fue indicado para esta investigación por un amigo en común que frecuenta su bar. Él aceptó hablar conmigo sobre su vida privada, por primera vez, justamente por poder encontrar a alguien para hablar de ‘eso’. Nuestro primer encuentro fue en su bar; él quería que yo conociera el sitio, la decoración, pues cada detalle había sido pensado y diseñado por él mismo. En este lugar transcurre buena parte de su vida, en él protagonizó y presenció varias escenas de amor, de amistad y también peleas de pareja.

Durante la entrevista Federico describió tres relaciones que él considera como las más importantes de su vida afectiva y, al mismo tiempo, diversas situaciones de violencia en las cuales fue actor principal. Para él esas tres relaciones son las más significativas aunque siempre esté saliendo con muchas otras mujeres.

La primera de ellas fue con su ex esposa, con quien tuvo una hija que al momento de la entrevista tenía 17 años y su hijo de 11. Con ella vivió durante 17 años una relación que él califica como ‘tormen-tosa’, en la que hubo violencia física mutua. Nuestro amigo en común me dijo que en el círculo de amigos de ellos, se comenta que quien agredía físicamente era ella, pues varias veces ella llegaba al bar y al encontrarlo en alguna situación que ella consideraba de infidelidad, no dudaba en hacer un escándalo, tirando al piso los vasos de cerveza, derrumbando las mesas, pateando, gritando y reclamando.

Después de que se separó de esta mujer, tuvo otra relación durante cuatro años en la que según él, no hubo violencia y fue tranquila. Al momento de la entrevista él se encontraba en otra relación en la que según él, era ella quien lo maltrata físicamente a él. Federico coloquialmente llama a esta mujer de ‘loca’ y a juicio de los amigos que frecuentan el bar, Federico necesita tener este tipo de relaciones conflictivas.

Segundo hombre: Humberto, 52 años, Licenciado en Ciencias Sociales con Especialización en Historia y en Gerencia Cultural, Magíster en Filosofía y en Planeación Social y Económica y Doctor en Ciencias Sociales. La entrevista con Humberto fue realizada en un Centro de Recuperación para la Dependencia de Drogas en otra ciudad del eje cafetero. Me interesó conversar con él por ser el alcohol un tema recurrente en los relatos de los agresores. Humberto es un intelectual reconocido de la región, y antes de ser internado era candidato a la rectoría de una Universidad de su ciudad.

Humberto no tiene experiencias de agresión física contra mujeres, pero en su testimonio expresa otro tipo de agresiones machistas y una suerte de misoginia que se manifiesta en el campo intelectual. Comenta que las mujeres no están a la altura de su capacidad discursiva y que por eso no son buenas interlocutoras, restándoles sólo el papel de amantes, compañeras, y mejor si permanecen a su lado, quietitas, calladitas, listas para satisfacer sus deseos.

Reconoce también que, de alguna manera, su adicción a las drogas y al licor fueron formas de agredir a su esposa y a sus hijos, ya que perdió el interés por todo, incluida su familia. La vida bohemia se transformó, de cierta forma -según él- en un irrespeto a su esposa y a su familia.

Tercer hombre: Beltrán, 39 años, expolicía. Esta entrevista fue posible gracias a un amigo en común, de profesión Psicólogo y actualmente profesor de la Universidad del Valle. A Beltrán le gusta la música metal y al igual que mi amigo, hizo parte del grupo de los *metaleros* de Cali. Un cierto día nuestro amigo en común supo que Beltrán había agredido a su pareja. Cuando llegué a Cali entré en contacto con él y le conté sobre mi investigación, pidiéndole que me contactara con alguien que tuviera el perfil que yo buscaba.

Ellos hablaron sobre mi trabajo; mi amigo sensibilizó a Beltrán sobre el tema, y posteriormente él —que prefiere ser llamado por su apellido—, aceptó que conversáramos. Acordamos por teléfono una cita en su bar de rock (como Federico, Beltrán también es dueño de

un bar) un lunes de enero del 2009, en la noche. El ambiente del lugar sirvió para que Beltrán recrease una de las típicas escenas violentas que suceden en el lugar y que hacen parte, según él, de la sociabilidad masculina.

Beltrán ha tenido dos matrimonios. A su primera esposa la agredió tan brutalmente que le quebró un diente y hoy, separado y sintiéndose culpable, le paga un tratamiento odontológico. Él dice que en su segundo matrimonio no ha habido violencia porque su esposa ha sabido “manejarlo”.

Cuarto hombre: López, 60 años, cinco hijos. Es zapatero y constructor; vive en un sector periférico de Cali con una hija. Me lo recomendó para la investigación la madre de un amigo; la señora frecuenta una Iglesia Cristiana/Protestante en la cual López también participa. Realizamos la entrevista en la sala de la casa de la señora que nos presentó.

López es alto, moreno, fuerte, de aspecto rudo; tiene en su rostro las marcas de una vida difícil, su cara arrugada parece el testimonio de una historia. Cuenta no sólo una situación de violencia contra su ex esposa, sino que la contextualiza dentro de la historia de la creación de los barrios populares de Cali, en la cual hubo participación política de grupos de izquierda en la década de los setenta.

Él estaba comprometido en la lucha por mejores condiciones de vida para los habitantes de su barrio, e hizo una transición de la izquierda al cristianismo en busca de Dios y de la paz que su alma necesita. López estuvo detenido y cuando salió de la cárcel, al darse cuenta de que su esposa lo había traicionado con un compañero político, la golpeó.

Quinto hombre: Néelson, 32 años. Dice que padece un ‘trastorno afectivo bipolar’. Vive también en un barrio popular de Cali con su mamá. Actualmente toma medicamentos para tratamiento psiquiátrico. Me lo recomendó una amiga que lo conoció en una ONG en la que ella trabajó un tiempo atrás, cuando se dio cuenta de que él había agredido a su novia. Tuvimos un primer contacto por teléfono

y para reconocernos personalmente, me dijo: “soy negro”. Después coordinamos un encuentro en una panadería del barrio San Antonio de Cali.

Caminamos un poco por las calles de este tradicional barrio caleño y fuimos entrando en confianza; conversamos sobre su vida y sobre mi trabajo. Después tomamos un café en un acogedor lugar del barrio y comenzamos nuestra entrevista. Él golpeó fuertemente a su novia por celos y al terminar esta relación, no ha vuelto a tener otras novias. Pasaron varios años y hasta hoy él busca que ella lo perdone. Nélsón, al igual que los otros entrevistados, agradeció el haber propiciado un espacio para conversar, pues era el primero que tenía para hablar de lo sucedido.

Durante algunos momentos de la entrevista se mostró tímido y avergonzado, bajaba la mirada y hablaba en tono bajo. Se quedaba mirando por la ventana del café de forma pensativa e introspectiva. En otros momentos percibí cierta falta de coherencia en el relato y dudé si aquello que me contaba era real o si era producto de su imaginación, consecuencia del trastorno que había mencionado al comienzo de la entrevista; aun así, permití que la narración fluyera naturalmente.

Sexto hombre: Juan, 41 años. Profesor Universitario de Artes Plásticas al sur del país. Dice que no aguanta la parsimonia y el lento caminar de los habitantes de la ciudad colonial que lo acoge, por eso no usa el andén, prefiere la vía de los carros porque no le gusta esperar a que las personas le den permiso para pasar. Me lo indicó una prima, que estudiaba Antropología en la misma Universidad.

Para realizar las entrevistas usé una guía con los siguientes temas de conversación: características personales; constitución familiar, relación con papá, mamá y hermanos; anécdotas de la infancia, de la adolescencia, de las primeras relaciones amorosas, de las relaciones más serias; las mujeres; las situaciones de violencia; los hombres, la amistad, y al final, dirigía la conversación hacia una reflexión sobre las masculinidades. Quise indagar qué pensaban respecto a lo que está sucediendo con algunos hombres heterosexuales en relación con

su forma de ser hombres, y sobre el lugar que ocupan en las relaciones de pareja y en la familia.

En varios momentos el relato caía en temas extremadamente personales; en tales situaciones yo permitía que la narración fluyese al mismo tiempo que intentaba dar acogimiento a lo que estaba siendo expresado. Me permití también demostrar interés durante las entrevistas para que ellos se sintieran más tranquilos al hablar sobre sí mismos, aunque algunas veces se excedían en las narraciones. ¿Cómo lidié con ello? Simplemente dejando que el diálogo fluyera; finalmente se trataba de adultos conversando sobre temas que habíamos acordado con anterioridad. Ellos eran conscientes de que estaban participando de una investigación académica y que yo pretendía ir más allá de la situación de violencia en sí misma que ellos habían protagonizado para, de alguna manera, comprender los motivos de esas situaciones en sus vidas. También estuve atenta a no dejarme provocar o persuadir; finalmente no eran *ángeles ni demonios*, sino *hombres comunes*.

CAPÍTULO II. ENTRE SOCIABILIDADES Y SOCIALIDADES MASCULINAS

En este capítulo abordo la sociabilidad masculina teniendo en cuenta los lugares de encuentro de los entrevistados; tanto de los colombianos en situaciones de violencia de género, como de los feministas brasileños. A partir de sus testimonios reflexiono sobre cuáles y cómo son los lugares de encuentro de hombres heterosexuales entre 30 y 60 años de edad, para comprender si los hombres buscan o crean diferentes espacios de encuentro, si están desistiendo de los espacios tradicionales, o si los espacios tradicionales de sociabilidades masculinas se perpetúan. Para ello indagué cómo fueron sus procesos de educación y crianza a partir de: incorporación de reglas, ritos de paso, conformación de relaciones de parejas, relación de pares y posterior entrada al mundo de hombres adultos.

Es en estos procesos que se configuran las sociabilidades y las socialidades masculinas, conceptos que trabajo a partir de la perspectiva teórica del sociólogo francés Michelle Maffesoli. Desde el concepto de sociabilidad, reflexiono sobre los procesos de socialización de los hombres en situaciones de violencia de género y, a partir del concepto de socialidad, reflexiono sobre los nuevos paradigmas de masculinidad que proponen los hombres feministas a través de sus prácticas políticas.

Maffesoli propone que siempre existen discursos paralelos al oficial que van consolidando un nuevo orden social. Este autor nos hace pensar en los puntos de fuga inscritos en el orden social establecido, para reconocer que en las márgenes, en la periferia de los discursos oficiales, también se construyen nuevos paradigmas sociales. Hay so-

cialidades surgiendo, y allá también, o mejor, especialmente allá, en esos intersticios, es donde los científicos sociales deberíamos mirar (Maffesoli, 2001).

Maffesoli también es reconocido como el ‘sociólogo de lo cotidiano’. Usé esta perspectiva teórica porque me ayudó a pensar que los hombres machistas, o agresores, o violentos o que estuvieron envueltos en una situación de violencia de género, reproducen en sus prácticas un orden social y de género establecido; ellos representan ese viejo orden que ha sido dominante, en el cual han crecido y continúan creciendo generaciones enteras de hombres –y también de mujeres–. Ese orden social, injusto y desigual, que alimenta y reproduce el modelo de ser hombre, de ser mujer y de relacionarse unos con otras, no necesariamente genera satisfacciones, ni siquiera entre quienes ostentan una posición dominante en esa matriz. Al respecto el autor propone lo siguiente:

De hecho, nada es unidimensional en el seno de la vida social. Ésto, debido a numerosas razones: porque es monstruosa, fragmentada, y está siempre más allá donde creemos haberla sujetado. Es su pluralidad lo que la hace profunda. Y es conveniente aprender sobre ese estado de las cosas. Es eso lo que pretende hacer la sociología de la vida cotidiana. Y es así justamente, porque la existencia –más allá de las diversas racionalizaciones y legitimaciones que conocemos–, está impregnada de todos esos ‘instantes oscuros’ de los cuales no se puede hacer un cálculo en la vida social (Maffesoli, 2001: 17).

Esos ‘instantes oscuros’ también están presentes en la vida de los hombres comunes/normales. Muestro en este retrato sobre la sociabilidad masculina, algunos de esos instantes oscuros. En investigaciones sobre este tema es ampliamente discutido que, en el paradigma tradicional, los niños son educados para ostentar poder cuando se hace necesario: evitando llorar, demostrando fuerza y negando sus emociones, es decir, negando todo aquello que representa el mundo femenino.

Éste es uno de los argumentos más importantes de las investigaciones del sociólogo francés Daniel Welzer-Lang (2001), quien se ha dedicado en los últimos años a los estudios de género y sexualidad, con énfasis en masculinidades y violencia de hombres contra mujeres, homosexualidad y homofobia. Dichas investigaciones son referenciadas a lo largo de este capítulo. Además de Welzer-Lang, otros autores y autoras desarrollan argumentos semejantes cuyas ideas conviene resaltar.

Elisabeth Badinter, filósofa y feminista francesa, también considera que para los hombres (mucho más que para las mujeres), es importante distanciarse del vínculo materno y hacer una clara distinción de los cuidados y la atención que dicho mundo representa, para lograr construir una identidad masculina. Sobre este asunto, la autora discute en su polémico libro “XY: la identidad masculina” (1993), en el que considera que:

Desde la concepción, el embrión masculino lucha para no ser femenino. Nacido de una mujer, acunado en un vientre femenino, el niño, al contrario que la niña, está condenado a la diferenciación durante buena parte de su vida. Él sólo puede existir haciendo oposición a su madre, a su femineidad, a su condición de bebé pasivo (Badinter, 1993:34)²⁶.

Según esta perspectiva²⁷, el proceso de constitución de la identidad masculina es más difícil para los hombres, comparado con las mujeres y el proceso de constitución de la identidad femenina, en función de las exigencias sociales impuestas a los primeros desde la infancia. Los niños tienen que demostrar desde temprana edad que no son niñas y que no tienen actitudes ni comportamientos de niña. Los niños han

26 Elisabeth Badinter (1944), es profesora de filosofía de la Escuela Politécnica de París. Bajo la influencia de Simone de Beauvoir, se destaca como una de las principales estudias del pensamiento feminista y ha reflexionado sobre el lugar de la mujer en la sociedad; se dio a conocer, después que se publicó su libro “Un amor conquistado: el mito del amor materno” (1980), en el que afirma que el amor materno depende de variables sociohistóricas y que no se trata de un instinto, sino de una construcción cultural.

27 Perspectiva sujeta a discusión a la luz del psicoanálisis de Melanie Klein (1952), según el cual, en un primer momento, los niños no se oponen a su madre sino que se identifican con ella; reconocen en ella otro ‘par’ fuera de sí mismos. Esta identificación dependerá de la representación del seno que será ‘bueno’ o ‘malo’, en términos psicoanalíticos, o sea, si satisface o no, las necesidades del bebé; proceso que se daría de igual manera tanto con los niños como con las niñas. De este modo, todos, hombres y mujeres, atravesarían por una fase de identificación para después pasar por otra de distanciamiento; saludable y necesaria, dígame de paso.

de conquistar la masculinidad, entendida como virilidad, en la primera infancia. Exigencia que es hecha a través de juegos en la infancia, pero que después es reforzado en la adolescencia, en la juventud y en la vida adulta, a través de sus espacios de interacción.

En los juegos de contacto son comunes los insultos que hacen alusión a la femineidad y que funcionan como reto para tener un mejor desempeño. Este tipo de juegos o comentarios jocosos acompañan durante muchos años, o durante toda la vida, la trayectoria de no pocos hombres.

Las interacciones construidas en los espacios de encuentro, de intercambio y de amistad, constituyen la sociabilidad masculina; son espacios donde los hombres re-crean su masculinidad dentro de *funciones sociales instituidas* (Mafessoli, 1987). La sociabilidad puede manifestarse en espacios públicos frecuentados especialmente por hombres como los partidos de fútbol u otro tipo de deportes masculinos, los bares, los billares, la calle, el trabajo, los gimnasios de fisicoculturismo, las discotecas, entre otros, espacios de interacción en los cuales se reproduce un modelo de ser hombre. Claro que estos espacios pueden ser, de hecho son, también frecuentados por mujeres, aunque varios autores consideran que son espacios mucho más asociados a lo masculino (Oliveira, 2004).

En muchos de esos espacios hay códigos que se crean, como gestos que sólo son compartidos y comprendidos entre los hombres. Hay acuerdos implícitos de lo que debería ser un hombre y de cómo comportarse y, en caso de no saberlo, deberá aprender. En una investigación sobre masculinidades realizada en Francia, el sociólogo Welzer-Lang observó gimnasios frecuentados en su mayoría por hombres y considera que éstos son buenos lugares para aprender y perfeccionarse, o sea, para ser un verdadero hombre con los niveles exigidos actualmente. El autor afirma que:

Los pies, las manos y los músculos se forman, se modelan y se tonifican con dolor, a través de una especie de juego sado-masoquista. El pequeño hombre debe aprender a aceptar el sufrimiento –sin musitar y ‘maldecir’–, para

hacer parte del restringido círculo de los hombres. En esos grupos monosexuados se incorporan gestos, movimientos, reacciones masculinas, todo un capital de actitudes que contribuirán para volverse hombre (Welzer-Lang, 2001:463). (Traducción mía del portugués).

Si un hombre está por fuera de estos condicionamientos, es posible que sea fuertemente juzgado por ser poco masculino y ofendido con insultos homofóbicos y feminilizantes. Y aún siendo consciente de que ésta es una actitud que tal vez esté siendo modificada en la contemporaneidad, es importante llevar en consideración que este tipo de educación, incluso hoy, es común en la vida de los niños.

Por otra parte, se comprenden como socialidades masculinas las manifestaciones de transformación de ese orden social instaurado (Maffesoli, 1987). Cuando hay rechazo de lo tradicional, de lo impuesto, del ‘deber ser’, hay una grieta, un quiebre, una lesión, un paso, una socialidad emergiendo.

Es más difícil observar eso en los diversos grupos de sexualidades emergentes²⁸ que vienen a romper con el estereotipo de masculinidad tradicional, la del macho²⁹ –aunque haya también entre esos grupos diversas manifestaciones de lo tradicional– y también entre los hombres feministas que están abiertamente rechazando un modelo de hombre patriarcal, machista y/o violento, como se verá a lo largo de este capítulo (Welzer-Lang, 2001, Medrado & Lyra, 2009). Sobre este punto, uno de los hombres feministas afirmó:

Yo no me sentiría bien, por ejemplo, si en una mesa de bar o en cualquier otro lugar donde yo esté, las conversaciones fueran sexistas o de carácter homofóbico. Pienso que cuando uno se dispone a una lucha por los derechos humanos, se es un militante en todo lugar; con sus compañeros, en el cine, en el teatro, en la calle, en

28 Uso el término ‘emergente’ en el sentido de la visibilización pública y la actuación política. No quiero decir, por supuesto, que ellas no existían antes y que emergieron de repente. Emergieron en el campo de la política.

29 Me refiero a la ‘masculinidad tradicional’, aquella que ha educado a los hombres para ser fuertes, rudos, insensibles, machistas, agresores, violentos, y como si fueran más importantes que las mujeres, que los niños y las niñas y que las personas mayores. Educados como el ‘centro del universo’, usando una expresión coloquial.

el bus, etc. En lo cotidiano es que se hace la diferencia (Antonino, 47 años, psicólogo, Centro de Referência Belém de Pará).

Interpreté los relatos de los hombres entrevistados, tanto de los agresores como de los feministas, priorizando las manifestaciones de sociabilidad y de socialidad masculina. Considero que los hombres actores de violencia contra mujeres, están aún en el ámbito de sociabilidades tradicionales masculinas, y que los hombres feministas que luchan por el fin de la violencia contra las mujeres están construyendo nuevas socialidades masculinas. Esta distinción no es sólo una dicotomía, los matices son varios: es posible encontrar, algunas veces (en ciertos hombres autores de violencia de género), la búsqueda por una nueva sociabilidad masculina, es decir, una socialidad. Del mismo modo, hay hombres feministas que reconocen estar sujetos a las normatividades de género más opresivas.

2.1 DE “LA CARTA AL PADRE” A “EL OLVIDO QUE SEREMOS”

El hombre reconciliado sólo puede nacer
de una gran revolución cultural.

*Elizabeth Badinter*³⁰

El pretexto literario de este título, abre camino para reflexionar sobre la importancia de la figura paterna en la vida de los hombres. Se hace referencia aquí a dos miradas antagónicas sobre el padre. La primera es la clásica y ampliamente conocida Carta al Padre de Kafka (nunca enviada), y la segunda sobre el libro, relativamente reciente, del escritor colombiano Héctor Abad Faciolince, en el que hace un homenaje a su padre –asesinado en 1987 en Medellín por sicarios articulados al paramilitarismo en Colombia–.

El padre de Héctor Abad Faciolince era un hombre amoroso con sus hijos, nunca los golpeó ni los castigó severamente; aceptaba el

30 Badinter, Elisabeth. XY: Sobre a Identidade Masculina, [1992]. Traducción al portugués de Maria Ignez Duque Estrada. Rio de Janeiro. Editora Nova Fronteira, 1993, p.165.

juicio social de ser sobreprotector y de mimarlos de manera excesiva, aunque para él nunca fuera ‘excesivo’ el cuidado con los hijos. En el caso de su hijo hombre, él era consciente de las críticas por el riesgo de transformarlo en una ‘mujercita’. Este padre —nos cuenta el autor—, creía que el mundo ya era lo suficientemente severo para tener que, además, ‘enderezar’ a los hijos, por ese motivo, a su modo de ver, éstos sólo debían recibir del padre amor y cuidados, siempre que quisieran.

Conociendo el pensamiento abierto, plural y democrático de Hector Abad Faciolince, es fácil percibir los frutos que los cambios en las relaciones entre padres e hijos pueden ofrecer para la construcción de sociedades más bienaventuradas. Veamos una pequeña parte del libro:

El olvido que seremos

Mi papá siempre pensó, y yo le creo y lo imito, que mimar a los hijos es el mejor sistema educativo. En un cuaderno de apuntes (que yo recogí después de su muerte bajo el título *Manual de tolerancia*) escribió lo siguiente: “si quieres que tu hijo sea bueno, hazlo feliz, si quieres que sea mejor, hazlo más feliz. Los hacemos felices para que sean buenos y para que luego su bondad aumente su felicidad”. Es posible que nadie, ni los padres, puedan hacer completamente felices a los hijos. Lo que sí es cierto y seguro, es que los pueden hacer muy infelices. Él nunca nos golpeó, ni siquiera levemente, a ninguno de nosotros, y era lo que en Medellín se dice un alcahueta, o sea un permisivo. Si por algo lo puedo criticar, es por haberme demostrado un amor excesivo, aunque no sé si existe el exceso en el amor. Tal vez sí, pues, incluso hay amores enfermizos, y en mi casa siempre se ha repetido en son de chiste una de las primeras frases que yo dije en mi vida, todavía con media lengua: “Papi: ¡no me adores tanto!

Cuando muchos años más tarde leí la *Carta al padre* de Kafka, yo pensé que podría escribir esa misma carta, pero al revés, con puros antónimos y situaciones opuestas. Yo no lo tenía miedo a mi papá, sino confianza; él no era déspota, sino tolerante conmigo; no me hacía sentir débil, sino fuerte; no me

creía tonto, sino brillante. Sin haber leído un cuento ni mucho menos un libro mío, como él sabía mi secreto, a todo el mundo le decía que yo era escritor, aunque me daba rabia de que diera por hecho lo que era solo un sueño. ¿Cuántas personas podrán decir que tuvieron el padre que quisieran tener si volvieran a nacer? Yo lo podría decir (Hector Abad Faciolince, 2006:24).

Sin duda, nos presenta Hector Abad Faciolince un modelo de padre y de masculinidad aún esquivo en nuestra sociedad, pues aunque se experimenten grandes cambios en los procesos de educación formal e informal y actualmente las familias no sólo sean un espacio tradicional, nuclear, patriarcal, de abuso de poder y de reproducción de las distintas formas de dominación, tenemos que aceptar que el reclamo de Kafka a su padre, en esa carta que nunca enviada, continúa vigente.

En un aparte de ella, Franz Kafka cuenta cómo su padre lo dejó una noche fuera de la casa, en pijama, en lo oscuro, porque él estaba llorando y no se podía dormir. A partir de esa situación, el niño (Kafka) entendió que no debía llorar en las noches, pero no comprendió por qué ese hombre gigante, llamado papá, lo había abandonado una noche oscura cuando él deseaba un abrazo, simplemente un abrazo, y aún hoy se dice que ¡los niños no deben llorar!

Hay testimonios recurrentes en varias investigaciones realizadas sobre socialización masculina, en la cual los papeles de los hombres que se consolidan desde la infancia, hacen referencia a lo que *pueden* y *no pueden* hacer los niños. Todo tipo de *sensibilidad* tiende a ser interpretada como debilidad y será reprimida; lo que es aceptable en las niñas, resulta preocupante en los niños (Fuller, 1997, Oliveira, 2004).

Otro ejemplo sobre lo anterior lo encontramos en una investigación realizada con las familias de los niños de una escuela pública de Florianópolis, en Santa Catarina, Brasil. En esta escuela había padres de familia que tenían el papel de ‘amos de casa’. A partir de ese hecho, podría esperarse que los hijos e hijas fueran educados dentro de otros modelos de masculinidad y femineidad. Sin embargo, uno de estos padres en su testimonio, reforzó la diferencia entre lo que pue-

den hacer los niños y las niñas, aunque él mismo esté desempeñando un papel tradicionalmente femenino y mostrando con su actitud que los roles naturalizados de género se pueden subvertir.

Este mismo papá dijo que hay juegos de niñas y juegos de niños. Afirma que elevar cometa no es para niñas, dejando claro que el riesgo y la aventura son características masculinas y que cada uno debe hacer lo que le es asignado para su papel, aunque él mismo, de nuevo, no sea el ejemplo más claro de masculinidad en los patrones tradicionales (Siqueira, 1997). He aquí un ejemplo de un peso cultural que se constituye en *habitus*, en la perspectiva de Bourdieu, y por lo tanto difícil de ser transformado.

De otro lado, vale la pena traer a colación el concepto de H. Arendt (1969) sobre el poder. Para esta autora, el poder sólo existe en un individuo cuando éste es respaldado por la colectividad. No existiría por tanto lo que comúnmente llamamos ‘hombre poderoso’ y sí un hombre autoritario; con el respaldo suficiente para imponer su autoridad. Podríamos pensar que en los hogares el padre tiene poder, entendido como una relación plural, en los términos de Arendt, porque las madres concuerdan, aceptan y hasta lo exigen³¹. El poder de los hombres (padres) reside en el hecho de ser parte del grupo humano que heredó un legado de privilegios que les exige, como una de sus funciones, mantener el orden del hogar. Son, de este modo, hogares y padres funcionales con un orden social establecido (Maffesoli, 1997; Bourdieu, 2000; Oliveira, 2004).

Siguiendo esta línea de interpretación, se puede llegar al concepto de “paradoja de la doxa” del sociólogo francés Pierre Bourdieu, con el cual el autor se pregunta cómo es posible que un orden social instituido de forma injusta se mantenga a lo largo del tiempo sin mayores resistencias, o con cortapizas menores que no lo dejan en riesgo. El mejor ejemplo de la “paradoja de la doxa”, según Bourdieu, es la dominación masculina estudiada por él en las sociedades Cabila del Mediterráneo (Bourdieu, 2000). Así, una paradoja de la doxa es la

31 Según Arendt, “El poder corresponde a la habilidad humana no sólo de actuar, sino de hacerlo al unísono, en común acuerdo. El poder jamás es propiedad de un individuo; pertenece al grupo y existe solamente mientras el grupo permanezca unido” (Arendt: 1969:24).

violencia de género, la supremacía de los hombres sobre las mujeres, la incontestable autoridad de los padres en sus hogares y la sumisión de las mujeres, dentro de otros ejemplos paradójicos.

Es común imaginar al agresor como un monstruo que golpea a una mujer en una calle oscura en las periferias de las grandes ciudades, o en un región apartada de las áreas rurales, pero no se piensa comúnmente en el opresor masculino que puede estar presente en cada uno de nosotros, inclusive en nosotras las mujeres y que se recrea y se alimenta en la irreflexión de la vida cotidiana.

En este libro manifiesto que la violencia masculina no aparece de un momento para otro, sino que tiene raíces en las historias de vida de cada uno de los hombres que en alguna circunstancia actúa violentamente contra mujeres, niñas y niños, o para quien la violencia es su estilo de vida. Las razones para la violencia también pueden ser buscadas en las mujeres agredidas que legitiman con sus silencios y prácticas cotidianas, de una forma o de otra, la violencia con ellas y contra sus hijos e hijas.

Quisiera aclarar que el hecho de que el silencio de las mujeres agredidas legitime, de alguna manera, la actuación violenta de los hombres contra ellas, no las hace culpables o responsables por estos actos; esto es, efectivamente, un ejemplo más de la paradoja de la doxa de Bourdieu. Sabemos que la violencia hace una cierta alianza con el silencio para mantenerse en la sombra; por eso, considero que establecer un nexo entre el silencio de la víctima y el acto violento, puede ampliar nuestra comprensión no solamente de la violencia de género, sino de otro tipo de violencias.

Le pregunté a los entrevistados su opinión sobre la violencia masculina en los hogares, y esto fue lo que comentaron:

Hay algo que debemos pensar: cuando algo en el hogar se desorganiza, la mamá le dice a los hijos: o se portan bien o llamo a su papá. Hacen la tarea o llamo a su papá. Y de hecho, cuando hay mucho desorden, ¡llaman al papá! Para que grite, para que golpee o para que

castigue. Entonces la gente no aguanta la libertad, ni la democracia, ni la maternidad. El pueblo quiere el poder de padre, el castigo, la represión, limitaciones que están presentes en la familia y en la sociedad (Humberto, 52 años, Licenciado en Ciencias Sociales).

La disciplina ante todo. Para mí la disciplina es fundamental. En una casa hay dos opciones: las cosas funciona o ¡funcionan! Si no, allí ya comienzan los problemas, entonces esto nos hace ser un poco machistas, aunque la vida nos enseñe cosas diferentes (Beltrán, 39 años, dueño de un bar de rock, ex policía).

Y así, bajo la autoridad absoluta del padre, golpeando o no, se le va enseñando a los niños a ser hombres, aunque claro, son las mujeres quienes pasan más tiempo con los niños. Cabe también a las mujeres la responsabilidad de criar a los hijos con equidad; sin embargo, ellas lo hacen bajo los parámetros sociales y culturales preestablecidos y raramente esos espacios son cuestionados, por el contrario, son reforzados³². Es por ello que las mujeres esperan la llegada del padre para reprender a los hijos; son ellas también las que exigen que los niños no lloren con el ánimo de prepararlos para el mundo adulto. Así, los niños salen del mundo femenino, del mundo de la madre, del pequeño mundo de la casa, pues se deben diferenciar de las mujeres para ser hombres según esa perspectiva tradicional, es decir, patriarcal. Welzer-Lang dice al respecto:

Es verdad que en la socialización masculina, para ser un hombre, no se debe ‘ser asociado’ con una mujer. Lo femenino se vuelve el principal foco de rechazo, el enemigo interior que debe ser combatido bajo la amenaza de esa asociación y de ser (mal) tratado como tal (Welzer-Lang, 2001:465).

32 Conversando sobre ese asunto con algunas feministas de Recife durante el encuentro ‘Por el fin de la violencia contra las mujeres, descrito anteriormente, una de ellas me dijo que no son las mujeres las que educan a los hijos/as, sino la cultura; queriendo decir que la responsabilidad absoluta de la educación no puede recaer solamente sobre las mujeres, ya que ellas educan sometidas a los rígidos parámetros establecidos y salir de ellos tiene un costo que no todas quieren asumir.

Hay otra historia de la relación padre-hijo que me gustaría traer a colación en esta breve reflexión sobre la figura paterna, y que aunque no tiene nada que ver con el modelo tradicional que venimos observando, ésta nos sirve como referencia para pensar más allá de los marcadores de género. Se trata de la relación de Bion, el psicoanalista inglés, con sus hijos, condensada en una carta de 1964 de la siguiente forma:

(...) no deseo otra cosa para ustedes, más allá de que se encuentren a ustedes mismos y a sus propias vidas. Una búsqueda que no estará libre de lucha y de imaginación, tampoco de frustración y de un cierto mal gusto necesario; sin embargo, será una lucha propia, una labor que no debe huir del fracaso y de la depresión, posibles compañeros de viaje y mal vistos por el deseo banal y moderno de felicidad (Bion, 1964).

Una buena vida, en la perspectiva de Bion, será una vida verdadera, sentida y profunda, una vida en la cual cada hijo pueda decir ‘es mía y sólo mía’, no en un sentido egoísta y caprichoso, sino por la satisfacción de haber construido algo propio y auténtico³³. Y, como dije antes, creo que el legado de Bion para sus hijos nos ofrece un tipo de enseñanza pertinente que va más allá de las marcas de género. Para él, sin embargo, este principio de vida es fácil de enseñar y difícil de aprender.

2.2 PRUEBAS DE MASCULINIDAD

En la investigación de la socióloga Patricia Costa sobre la construcción de la masculinidad en el contexto del trabajo esclavo contemporáneo en Brasil, la autora retrata una escena de violencia masculina, sexual, psicológica y simbólica, a manos de un capataz contra un peón que intentó huir. Debido a la falta, el feje obligó al peón a hacerle sexo oral frente a todos los compañeros de trabajo. La autora afirma que este castigo es eficaz en la medida en que feminiza al infractor, y como el funcionario que castiga hace parte del mismo uni-

33 BION. The other side of Genius. Family letters. 1964. Traducción de Luiz Carlos Uchôa Junqueira Filho.

verso de valores de quien cometió la falta, sabe que la mejor forma de reprenderlo es despojándolo de su virilidad. “Si las golpizas pueden, de alguna manera, reforzar la virilidad de los trabajadores que las soportan, la violencia sexual puede destruirla...” (Costa, 2008:197).

Otras investigaciones también hacen referencia a este tipo de castigos que feminizan a los hombres, principalmente en los ejércitos y en situaciones de guerra (Nolasco, 2000, Oliveira, 2004). Estas situaciones ejemplifican lo que consideramos como sociabilidad masculina; una suerte de sociabilidad que corresponde con un proceso que socialización masculina que Badinter expresa de la siguiente manera:

Desde el apareamiento del patriarcado, el hombre siempre se definió como ser humano privilegiado, dotado de alguna cosa más, ignorada por las mujeres. Él se cree más fuerte, más inteligente, más valiente, más responsable, más creativo o más racional. Y este ‘más’ justifica su relación jerárquica con las mujeres, o por lo menos con la que lo acompaña (Badinter, 1993: 6).

Dicha definición también se aproxima al concepto de “paradoja de la doxa” de Bourdieu (2000), mencionado anteriormente. Creemos que sólo con cambios en los paradigmas educativos, entendidos aquí como tradicionales/patriarcales, tendremos nuevas formas de edificar lo masculino y lo femenino. Es importante decir que esta transformación no le corresponde sólo a los hombres, como es discutido de forma permanente, sino también a las mujeres. Para Badinter, posiblemente el camino de los hombres sea peor que el de las mujeres debido a la socialización, como ya fue mencionado antes, dadas las contradicciones del paradigma. Veamos:

La orden: ‘sea hombre’, con tanta frecuencia escuchada, supone que esto no es tan evidente y que la virilidad no es, tal vez, tan natural como se pretende. Sin tener plena consciencia de esto, actuamos como si la femineidad fuera natural, por lo tanto ineludible, mientras que la masculinidad tiene que ser conquista y a un alto precio (Badinter, 1993: 3-4).

Sin embargo, ésta no es una realidad universal. En las investigaciones realizadas por Marilyn Strathern en Melanésia, que dieron origen al libro “The Gender of the Gift”³⁴ (1988), la autora discute que el género no es un atributo fijo y sí un producto de interacciones humanas y de relaciones dinámicas. De acuerdo con su investigación, hombres y mujeres pueden tener género tanto femenino como masculino, lo que es determinado por las acciones desarrolladas en situaciones concretas y no derivadas de las particularidades biológicas. “Lo que distingue hombres y mujeres no son apéndices u orificios, sino las relaciones sociales en cuyos contextos, éstos son activados. La diferencia supone interacciones y no atributos” (Strathern, 1988: 211). Según la autora, la masculinidad de Melanesia no depende de la celebración de rituales dolorosos ni de constantes demostraciones de fuerza -ya que no existe un mundo masculino propio de los hombres y un mundo femenino propio de las mujeres-, sino actividades que todos pueden desarrollar. No hay una naturalización de los papeles masculinos y femeninos. Strathern (1988) también cuestiona el hecho de que exista una dominación masculina naturalizada sobre las mujeres; este es uno de los puntos más polémicos en relación con el feminismo contemporáneo.

En el ensayo de Lipset “¿Qué hace a un hombre? Releyendo a Naven y el Género de la dádiva” (Lipset, 2009: 57-81), el autor realiza una relectura sobre los orígenes del concepto de masculinidad desde los estudios antropológicos de Melanesia y Nueva Guinea. Siguiendo a Bateson y a Strathern, Lipset relata en su artículo cómo en la Melanesia la masculinidad tiene otros valores y características diferentes en relación con las manifestaciones occidentales. “Las acciones constituyen o definen a las personas como identidades de mismo sexo circunstancialmente. La masculinidad es, de ese modo, mucho más condicional que intrínseca” (Lipset, 2009:69). El autor considera que las investigaciones sobre género en la Melanesia, serían uno de los primeros pilares para los estudios contemporáneos sobre masculinidades.

34 El género de la dádiva.

En otros contextos sociales, la masculinidad se asocia casi siempre a virilidad; a los rasgos biológicos solamente, siendo demostrada a través de actividades que implican riesgo, fuerza y aventura, como marcas de lo que sería un ‘verdadero hombre’. Sobre este punto discurren las investigaciones de Welzer-Lang en Francia, que se han citado en este capítulo. Veamos:

En nuestras sociedades, cuando los niños dejan, de cierto modo, el mundo de las mujeres, cuando comienzan a agruparse con otros niños de su edad, pasan por una fase homosexual en la cual emergen fuertes tendencias y/o grandes presiones para vivir momentos de homosexualidad. Competencias del tamaño del pene, maratones de masturbación, jugar a quién orina más lejos, excitaciones sexuales colectivas con pornografía vista en grupo, inclusive, actualmente, frente a las *strip-poker* electrónicas, donde el juego consiste en quitarle la ropa a las mujeres... (Welzer-Lang, 2001: 462).

Destaco también que estas pruebas de masculinidad pueden tener otras formas según la diversidad de los contextos socioculturales, pero no se apartan de la matriz naturalista que considera al hombre como protector, proveedor y penetrador.

En una investigación realizada por la antropóloga Mara Viveros en dos ciudades intermedias de Colombia, la autora encontró que la prueba de masculinidad para algunos hombres en Quibdó, es conquistar a muchas mujeres; ellos son reconocidos como ‘los quebradores’. Para otros grupo de hombres en Armenia, la prueba de masculinidad es la capacidad para sustentar económicamente sus familias; éstos son los ‘cumplidores’ (Viveros, 2001). Según la investigación, ser ‘quebrador o cumplidor’, son marcas que definen la masculinidad y que se va construyendo de generación en generación.

Los diversos estudios sobre hombres indican diferentes formas de vivir y de constituir la masculinidad, y, aunque muchos de estos estudios consideren que el camino hecho por los hombres es difícil y doloroso, otros destacan que se sienten felices por haber nacido hom-

bres al considerar que la vida de las mujeres es una vida de sacrificios y que por ello, ser hombre, es más fácil, como es afirmado en una investigación realizada en Chile (Valdes, T. Olavarria, M., 1998).

En la investigación de Urrea y Quintín sobre identidades masculinas con jóvenes de barriadas populares de Cali –siguiendo las categorías clásicas de hegemonía y subalternidad– los investigadores encontraron que, en tales contextos, las identidades de los jóvenes se construyen a partir de las redes de poder del barrio y por la representatividad que ellos tienen frente a su comunidad. De este modo, los autores consideraron como representantes de las masculinidades hegemónicas, a los jóvenes vistos como fuertes, conocidos como los ‘malandros’, y que generalmente están envueltos en diversos tipos de conflictos sociales y formas de violencias locales. Las masculinidades subalternas, por otro lado, están representadas por jóvenes ‘zanahorios³⁵’, considerados débiles o pacatos en el contexto del barrio. Los malandros serían vistos como los verdaderos hombres o con marcas claramente masculinas, mientras que los pacatos serían hombres débiles, por lo tanto, feminilizados (Urrea e Quintín, 2005).

2.3 SOCIABILIDADES MASCULINAS: ENTRANDO EN EL MUNDO DE LOS HOMBRES AGRESORES

En esta investigación encontré una relación entre el consumo de licor y algunas prácticas de masculinidad. Parece que muchas manifestaciones de socialización masculina disfrazan los diferentes miedos de niños y jóvenes y, tal vez por eso, los hombres tendrían que acceder al consumo de sustancias como el licor y las drogas para lograr los niveles de masculinidad que les son exigidos y que no alcanzaron de forma natural; esto podría ser una interpretación para comprender la orden: ¡sea hombre!

Casi todos los hombres entrevistados, refirieron el consumo de licor como parte constitutiva del mundo de los hombres, de su propio

35 Bien comportados, ingenuos, decentes.

mundo. Por ese motivo consideré pertinente abrir un espacio para reflexionar sobre ello. Veamos lo que dice al respecto uno de los hombres agresores entrevistados:

Comencé a beber porque eso me hacía hombre y yo estaba en el grupo de amigos, así yo me sentía igual a ellos, hablábamos de mujeres, de cosas que no hablaría en otro estado, sólo borracho, y esa fue mi puerta de entrada al mundo de los hombres. Volverme hombre era sentirme ‘el teso’ dentro del grupo... Bebía mucho, jugaba billar y tenía sexo con mi novia. Esa era mi vida (Federico, 42 años).

Considero importante profundizar en la descripción e interpretación del mundo de los hombres, para intentar conocer cómo es ese mundo habitado por ellos, cuáles son las representaciones sociales de las masculinidades que se manifiestan en esos lugares de encuentro físico y las formas de comunicación verbales y no verbales a través de las cuales los hombres recrean las masculinidades –siempre en plural–. Vamos a intentar comprender cuáles son las ideas que allí circulan sobre el ‘ser hombre’.

El camino para entrar en ese mundo, fue a través de las propias palabras de los hombres entrevistados, por medio de la descripción que hicieron de los espacios que frecuentaban y de la actuación en distintos momentos de su cotidiano varonil. Intenté hacer una composición que mostrase las sociabilidades masculinas, de tal forma que al leer los testimonios ya editados, quien lea pueda aproximarse a los lugares descritos. La selección de los apartes de las entrevistas corresponde a las características más representativas de la sociabilidad masculina que ellos mismos indicaron.

En los siguientes testimonios, ellos cuentan cómo manejan el poder masculino, la bebida, los amigos, las mujeres, el mundo de la calle, los bares, el trabajo, y también la vida de hombres que les ha correspondido y con la cual construyeron los ámbitos de su sociabilidad masculina.

Sigue a continuación el testimonio de Humberto, un intelectual del área de Ciencias Sociales, con un buen número de títulos académicos y que hoy ve pasar sus días en un centro de rehabilitación para consumidores de drogas, en compañía de niños de la calle, de personas humildes y de otros hombres con diversos orígenes sociales, culturales y económicos, que están lejos de poder ser los amigos de sus círculos intelectuales y de su vida bohemia. Las narraciones que siguen a continuación son extensas en virtud de la importancia de los hechos descritos. La interpretación de cada una de ellas se encuentra al final cada entrevista.

Mundo de hombres, palabras de hombres, música para homens: Humberto

He sido investigador social y, al margen de esas funciones profesionales, digamos que mi gran *hobby* es leer y escribir. Mi gran pasión es la literatura, la buena novela, la buena poesía y la buena música. Todo eso acompañado de una vida, durante muchos años, bastante bohemia, y en gran parte por las exageraciones de la bohemia, sobre todo con el consumo de drogas, primero marihuana después cocaína y por último bazuco, que me llevaron a una situación crítica hasta el punto de reconocer que necesitaba internarme para que me hicieran un tratamiento. Por eso me encuentro aquí. Lógicamente que ese es el cuadro individual, y eso está lleno de unos contextos y unas relaciones, que podemos ir hablando en el camino.

El mundo de la bohemia, el mundo de las conversaciones, es un mundo más masculino. Y la mujer que entra en ese mundo es porque tiene ese nivel o es amiga, amante, compañera o amiga sexual de uno o varios de los hombres de esos círculos, pero ese círculo es básicamente de hombres, palabra de hombres, música de hombres, es más falocrático.

Mira, a la mayoría, el licor lo conduce a la mujer, al baile o a la cama. Casi todas las drogas conducen a la mujer. O consumiendo con ellas, o después lléndose a la cama con ellas. O solamente mirándolas en sitios de *strip-tease*. Allá van los hombres, hay perica (cocaína), hay marihuana, hay trago (licor); ven el espectáculo con una o cinco mujeres desnudas, y se da

muy poco ir a ver uno, dos, tres o que tal cinco o 10 hombres desnudos. Es básicamente ir a ver mujeres, y después a consumir a las mujeres.

El alcohol libera, permite bailar y permite conversar. El alcohol permite desahogarse y para mucha gente, el alcohol embrietece. El alcohol da valor para pelear. El alcohol da valor para robar. Pero viene el uso social y el uso individual. El uso de la fiesta, y el uso del que llaman ‘copi-solero’, el que toma trago solito en la barra y nada más. A otros -a mí por ejemplo-, el alcohol me servía básicamente para conversar, para escuchar muy buena música, para bailar, y eso lo hacía, o preferencialmente con amigos, y no necesariamente con una amiga, a no ser que ella fuera muy cercana de ese círculo de los grandes conversadores o de las grandes bailarinas. Pero una muchacha que no se aguante dos, tres, cuatro, cinco, diez horas o un día de ese ritmo de conversación y de compartir, de hablar de música etc., solamente esperando para irnos a acostar, pues no, no me servía, aunque fuera una compañía muy grata. El resto se lo dejaba al mundo de las prostitutas.

A ver, el manejo de la noche, de la oscuridad, de otros mundos, el contacto con otros seres diferentes a ese intelecto, a esa verreaquera, está muy en el mundo del alcohol y de las drogas. Y a su vez, hacerse hombre era probar marihuana o aguardiente y saberlo manejar. Tener contacto con las prostitutas sin dejarse enredar. Una relación con otros seres todavía más tenaces, el mundo de los homosexuales, de los drogadictos, de los ladrones, el bajo mundo.

O lo que llamaron en términos marxistas, el lumpen proletariado, que eso hoy en día está muy descaracterizado, y habría que tener otras categorías para referirse a él: nuevas tribus urbanas dicen unos, el mundo de las subculturas -ya criticada la categoría-, etcétera, estratos bajos, en fin, ese ha sido un mundo de hombres, de varones, de *verracos*, de tenaces, y para acceder, entrar, y entre comillas, “lograr salir, adelante o ileso de ese mundo”, se necesitaba ser un verraco, se necesitaba ser un hombre.

Y mira que seguimos siendo tan *verracos* que entramos como machos, fuimos un poco o muy débiles y estamos saliendo otra vez gracias a que somos otra vez *verracos*. Mire que la línea de descripción y la línea de reflexión no se pierden, vuelve a lo mismo (Humberto, 52 años).

Como ya lo mencioné, esta entrevista con Humberto fue realizada en un centro de rehabilitación para consumo de drogas, localizado en una zona rural de la región cafetera. Su testimonio transcurrió con su mirada absorta en las poderosas montañas de los Andes colombianos, y mientras conversamos, el coordinador del centro le permitió fumar un cigarrillo cuyo humo se mezclaba con la neblina del lugar.

Humberto hizo un esfuerzo para recordar detalles de su vida bohemia porque, según él, fueron escenarios propicios para comportarse como un hombre machista. Un hombre que usa y consume mujeres, que no las reconoce como pares. Un hombre que caracteriza y reconoce el machismo, pero no obstante es machista. Su discurso reafirma que el mundo intelectual es exclusivo de los hombres y que las mujeres no tienen capacidades intelectuales suficientes para compartir esos círculos de saber.

Su conversación era tan atractiva, que sólo percibí su machismo sobre la intelectualidad cuando escuché la entrevista para transcribirla. Él dijo que “el mundo de la bohemia, el mundo de las conversaciones, es mucho más masculino” y cree en ello aún teniendo grandes amigas académicas, intelectuales y lo dice sin enrojecimiento alguno siendo entrevistado por una mujer aspirante a doctorado.

Hago énfasis en ese punto porque para él la bohemia no representa solamente un espacio de ocio, sino también de producción académica, de creación de conocimiento; se trata de un espacio intelectual exclusivamente masculino. No hay en ese ámbito formas de violencia explícita, pero evidentemente una exclusión de género que evoca el concepto de ‘epistemicidio’ del sociólogo Boaventura de Souza-Santos, según el cual un saber local o particular, especialmente de grupos subalternos, es destruido por un saber dominante.

Humberto no tiene pruebas empíricas que justifiquen la exclusión epistémica de las mujeres; al contrario, su vida le ha demostrado que las mujeres pueden estar, de hecho están, a su misma altura o mucho más arriba, pero su prejuicio es mayor. Con sus actitudes prejuiciosas contribuye a que otros hombres sobre los cuales tiene influencia se amparen en la idea de que las mujeres son menos importantes que los hombres, justificando así diversas formas de agresión contra ellas.

A continuación, aparece el testimonio del ex policía que hace parte de una banda de rock y que creó una empresa de logística y seguridad privada con el sueño de perfeccionar sus técnicas de defensa personal y también enseñar. Para él, saberse defender es una de las cosas más importantes en la vida.

¡No nos controlaba nadie!: Beltrán

Yo fui muy loco, muchas nenas, mucha locura en el rock, ¿vos te imaginas? Entonces... es difícil. Porque anteriormente en la edad en la que uno está en este cuento del rock, uno tiene nenas, dos, tres, orgías, eso es el despelote. Conoce una en un bar, se acostó; a los ocho días conoce otra en otro bar, ¡pum! Se acostó, entonces es una vida así. Claro... cuidándose y toda la película, pero era una vida así: estar por estar.

Una vez aquí en este bar estábamos con unos amigos tomando y acabamos con todo el bar, ¡nosotros mismos! Se rompieron sillas, se quebraron tres canastas de cerveza contra las paredes, contra todo. ¡Como en las películas! ¡No nos controlaba nadie! Por el licor estábamos muy agresivos, y la música y todo. Entonces, ¿sí me entiendes? Imaginé que llegué borracho a mi casa, mejor no. Estaría en Villa Nueva (la cárcel). Entonces claro uno trata de coger dos o tres cervezas y ya está.

Bien, por otro lado, yo tuve entrenamiento militar y claro, uno es consciente, toda la vida, de que uno tiene más poder en cuanto a la parte física, digámoslo así, que es superior, a no ser que una chica practique; claro que si la mujer entrena también me la pienso. Porque no hay enemigo pequeño, eso también

le enseña a uno todo esto, tú puedes saber de todo y alguien, el menos indicado, si estás descuidado, no pasa nada. No hay enemigo pequeño, ¿oís?

Actualmente yo practico artes marciales. Es un nuevo sistema de combate que fue creado en Israel, a raíz del conflicto con los árabes desde tiempo atrás; el pueblo judío empezó a probar un sistema más efectivo que cualquier otra arte marcial; más que el karate o el jiu-jitsu. Da más resultados porque está encaminado a situaciones reales, como en un bar, en la calle, en espacios pequeños, en un bus; yo soy súper aficionado a eso y lo investigo. Mientras que el karate te enseña a bloquear algo, el Krav Maga te enseña a deshacerte totalmente de tu enemigo de una manera extrema. A eliminar con las manos, sin necesidad de usar armas. De forma que en diez o seis segundos se puede matar una persona. Se bloquea, uno sabe eso. Imagínate si alguien se deja hacer esa llave; uno lo ve ahí y decide si vive o muere. Claro y si no hay nadie yo lo “alineo” de una vez.

Es fuerte ese poder de dejar vivir y dejar morir a alguien. Yo estoy entrenando un equipo que tiene hombres y mujeres, es un equipo especial que tengo. Les he enseñado la técnica israelí (busca en Internet)³⁶. Las mujeres que entrenan se sienten respaldadas, yo les digo: “vea, si a usted la va a golpear su marido...” (Porque hay unas que los maridos trabajan en otras cosas), entonces las chicas que entrenan dicen: “vea, si su marido llega tarde, ya sabe cómo alinearlo”, pero eso son bromas, ¿no? y las chicas dicen: ¡ya sé! Si su marido la agarra así (me toma del brazo) o si cualquier hombre la agarra, usted se puede zafar de tal forma, entonces aprenden a defenderse. Y Cali es una ciudad difícil; Cali es una ciudad en la que *vos tenés que estar en la jugada*, por lo menos así ando yo, aquí tengo mirá: gas pimienta, un aparato de choques eléctricos, todo se consigue en almacenes relacionados con seguridad. Yo me mantengo en esa *película*. Y

36 El Krav Maga nació a mediados de los años 40 a través de Imi Lichtenfeld en Israel, un poco antes de su independencia. Un camino de vida para el hombre de los nuevos tiempos que ofrece soluciones para cualquier tipo de violencia, armada o desarmada, o contra los ataques terroristas o situaciones con rehenes. ¿Cómo es posible? Es posible por ser verdadero, indudable e incondicional, pues funciona para todos y en cualquier situación. Nació de los movimientos de resistencia judíos en Europa durante la Segunda Guerra; creció y se fortaleció en Israel, siendo usado por los grupos de defensa que existían, y con la independencia del Estado en 1948, se convirtió en la filosofía de defensa asumida por el Tzahal, servicio de defensa israelí, policía y servicio secreto. Al principio fue restringido a los grupos militares especiales, pero desde 1964 fue liberada la enseñanza para los militares en general y para la población civil dentro del Estado de Israel. Disponible en: www.kravmaga.com.

le enseño a la gente, a mis hijos; ellos tienen 14 años y ya saben pelear.

Lo que te digo, es el mejor negocio en estos tiempos, lo mejor es trabajar en eso; imagínate un país que es inseguro, en donde vos podés montar un negocio de éstos, de vender este tipo de cosas, vender de todo, todo el mundo quiere protegerse, todo mundo, es buen negocio esto porque todo el mundo quiere tener seguras sus discotecas, que no entren armas, que haya control, pero si no pasara nada, si esto fuera *happy*, entonces el negocio no funciona, ¿entendés? (Beltrán, 39 años).

Beltrán es el tipo de hombre que siendo de baja estatura, aparenta ser más grande de lo que realmente es. Es el tipo de hombre cuyo cuerpo ha sido torneado a través del ejercicio físico, como dice Welzer-Lang en la investigación ya mencionada. Sus manos, sus músculos, su espalda, sus hombros, todo ha sido estrictamente trabajado para estar dentro del modelo de la masculinidad ruda. Tiene una forma de hablar que corresponde con el malandro de la calle, pero al mismo tiempo es sofisticado y tranquilo.

Supongo que durante su trabajo como policía aprendió a caracterizar el enemigo que debía combatir, al punto de parecerse un poco con éste. Toda la conversación con Beltrán fue histriónica, hacía mímica de cada situación que contaba, particularmente cuando narró hechos en los cuales *nadie tenía control sobre él* y sus amigos borrachos, encontrando en este tipo de prácticas exacerbadas una fuga para expresar su masculinidad.

Beltrán es plenamente consciente de que esas prácticas masculinas son un ejercicio violento, un exceso de fuerza masculina que hace que los hombres se sientan poderosos y dueños del mundo; lo que también los puede llevar a ultrapasar los límites. Como de hecho sucedió la noche en que nadie tenía control sobre ellos.

Hice la tarea que Beltrán me puso: buscar la página *web* sobre la técnica de defensa personal que quiere perfeccionar en Israel. Revisando la pequeña investigación documental virtual, me deparé

con modelos de hombres y masculinidades que sólo quieren saber de fuerza bruta, de músculos, de resistencia y de pruebas de masculinidad que garanticen, además, un cierto orden social establecido, imaginario compartido por Beltrán.

Sigue el testimonio de Federico, topógrafo y dueño de un bar de salsa, que ve pasar su vida semana tras semana, entre canciones nostálgicas, amigos del bar y tragos de diferentes tipos de licores que allí se venden.

Con el licor uno se desdobra: Federico

Lo que pasa es que uno no reconoce el problema: uno es un alcohólico; por ejemplo, en este momento, yo soy alcohólico, te voy a decir qué tipo de alcoholismo es el que yo tengo. Tomo cada ocho días, y con el sólo hecho de tomar un trago cada ocho días, ya eres alcohólico -socialmente aceptado y nadie te va decir nada-, claro que sí; yo soy alcohólico, yo no estoy tomando trago, no tomé ayer ni antes de ayer, ni el domingo, ni el lunes, ni el martes, ni el miércoles, pero sí tomé el viernes y el sábado, tomé porque al negocio llegan los amigos y me dicen: “tómese un trago”; yo ya no tomo tanto como antes, y me he accidentado tres veces en el carro, no cabe duda que el alcohol es el causante de muchas tragedias, ojalá uno llegara a reconocer esto y seríamos gente de bien, eso es muy fuerte para nosotros los hombres.

El bar es un buen proyecto que nació hace 17 años. Sin embargo, se ha desarrollado en medio de mis frustraciones, porque quise estudiar muchas cosas pero el ritmo de vida no me permitió o quizás no quise, aunque pude haber intentado, pero tenía que sostener a mi familia, mi mujer y mis hijos. Mi padre me decía que si yo hubiera querido estudiar, habría llegado donde quisiera, pero no quise y la frustración es grande. Comencé estudiando Ingeniería Mecánica, porque mi papá es Ingeniero Mecánico. Cuando tenía 18 años conseguí novia, y la única cosa que hacía era cocinar para ella, estar con ella y jugar billar, mi papá me mandaba dinero. Entonces, a los dos años, mis papás me sacaron de la universidad. Perdía una materia por falta de asistencia, tomaba mucho trago, jugaba

billar y tenía relaciones sexuales con mi novia. Esa era mi vida.

Después me puse a estudiar Topografía y finalmente me formé como topógrafo, pero ejercí muy poco mi profesión y terminé montando un bar de salsa. Decidí montarlo al lado de la universidad, porque, como ya te dije, yo me había graduado hace poco y conocía toda la gente de ingeniería y topografía; con ellos jugaba fútbol, ahí tenía los clientes cautivos, tenía el local al lado de la universidad, era un garaje al frente de la Universidad del Quindío y ahí monté mi bar de salsa “Pa’l bailador”³⁷.

Desde hace 17 años que lo monté el negocio se llenó, sin publicidad de ninguna clase, ni en radio ni nada. Yo sé hacer muchas cosas con estas manos; yo mismo hice la silletería, la decoración, ¡todo!, lo que viste ahorita todo lo decoro yo, eso puedo decir, y armé mi negocio con unas tablitas y unos costales en el techo y un equipo de sonido prestado y ese primer día que abrí a las tres de la tarde, un 6 de agosto del 92, se llenó el negocio. Pero cuando monté el bar de salsa, a mi mujer no le gustó, porque ella sabía que esta vida nocturna es muy pesada y ahí comenzaron nuestros problemas. Yo comencé a tener otro tipo de vida, a conocer otro mundo, y todo eso afectó mucho nuestra relación; yo sé que ella se aguantó mucho. Yo sé que con la bebida uno se desdobra, yo lo sé porque yo viví eso y lo veo todos los días en mi bar (Federico, 42 años).

La vida de Federico gira alrededor de su bar. Por tal motivo, él argumenta que el licor es un compañero permanente en su cotidianidad. Resulta interesante deconstruir la representación social que se hace de los alcohólicos o de los drogadictos, así como de los violentos, a partir de la trayectoria de Federico. Como él mismo dice, nadie lo juzgaría como un alcohólico, y tal vez ese sea su mayor problema. Ni su familia, ni sus amigos, ni sus parejas lo han visto así, no obstante él se asume como tal.

Él no es juzgado con ese epíteto porque es un hombre trabajador, proveedor, que cumple con sus deberes materiales como padre y, además de eso, está siempre bien arreglado y perfumado. Federico cuida mucho de su apariencia física, como lo hace con sus obligaciones.

37 El nombre ha sido cambiado.

He aquí un perfil tradicional de hombre proveedor, protector, conquistador, pues el ambiente del bar, según él, lo lleva a relacionarse ocasionalmente con varias mujeres. Una vida limitada que esconde debilidades, frustraciones, silencio y soledad, tal como lo manifestó durante la entrevista y se presentará más adelante en otros capítulos.

A continuación el testimonio de López, padre de familia, ex líder político y comunitario, que pasó un tiempo en la cárcel y que hoy ve con tristeza los tiempos de la lucha social.

Nunca nos faltaba nada: López

De profesión soy zapatero, trabajé también en la construcción; tuve cinco hijos con mi exesposa. Teníamos 17 años cuando nos fuimos a vivir juntos. Estábamos muy muchachos y estuvimos juntos casi hasta el año 91. Nosotros nos conocimos en el año 69, algo sí, no estoy seguro. Cuando empezamos a vivir juntos, vivíamos muy bien, nunca nos faltaba nada. Vivíamos con mis padres; luego fuimos a pagar arriendo, y luego pasó lo que le conté. Yo trabajaba en construcción -siempre fui muy trabajador- y mantenía a mi familia. Después yo me metí con grupos de izquierda. Luchábamos por mejores condiciones de vivienda en nuestro barrio. Los hijos fueron llegando al tiempo que nos íbamos cambiando de barrio. Mi mujer trabajaba como empleada doméstica y yo continuaba en la construcción, pero en ese tiempo llegó al barrio un grupo de guerrilla urbana, muy conocido en la década de los setenta en Colombia, el M19, y yo terminé metiéndome con ellos. Ese fue mi peor error, dejar mi trabajo por unirme al grupo. Yo quería mucho ayudar a los habitantes de mi barrio y al mismo tiempo mantener a mi familia y creía que conseguiría eso si me articulaba de fondo con este grupo. Pero no fue así.

En mi casa, los compañeros empezaron a dejar cosas, desde armas hasta panes. Un día le dí de esos panes a mi hijos, porque ellos tenían hambre, pero esos panes era para distribuirlos en la comunidad y uno de los compañeros *me pilló*. Tuve problemas por esa situación. La cosa empeoró; luego me agarró el ejército con armas escondidas en mi casa. Fui a dar a la cár-

cel, nadie me visitó, los compañeros me olvidaron y mi mujer terminó saliendo con uno de ellos. En la cárcel tuve tiempo de pensar muchas otras cosas. Allá es otro ambiente para ser hombre. Allá usted tiene que ser un *verraco* para sobrevivir. Fue muy difícil. Se juntaron varias cosas. Yo terminé pagando solo por un delito que era responsabilidad también de otros. A mí sólo me preocupaba quién mantendría y cuidaría de mis hijos (López, 60 años).

La principal preocupación en la vida de López, según su testimonio, es cumplir con las obligaciones de padre y esposo. Ser proveedor. Fue esa preocupación —entre otras cosas— la que lo llevó a participar de luchas políticas y sociales en su barrio. Sobre sus hombros recaía el peso de sustentar a su familia y aunque su esposa trabajara en diferentes oficios, la responsabilidad moral, social y económica siempre era de él, pues era lo propio de un hombre de su tiempo. Su masculinidad se levantaba sobre el pilar del sustento de su familia.

Era eso lo que lo definía en cuanto hombre, y fue esa su mayor tristeza en la cárcel: no continuar siendo el proveedor de su prole. Y por esa vía se comprende que su esposa se haya buscado a otro hombre en su ausencia, pues su esposo preso no estaba en condiciones de cumplir con su principal deber: sustentar económicamente a su esposa y a sus hijos. López no fue amigo del licor ni de la rumba. Era un hombre humilde que tenía el sueño o el deber de tener esposa e hijos, y el hecho de no cumplir a cabalidad con ese imperativo, ha sido la razón de su profunda frustración.

Sigue el testimonio de un joven baterista atrapado en su enfermedad mental y que enfrenta el aislamiento y la incompreensión que sufren los enfermos mentales.

¡Ese tipo es loco!

Soy un tipo más en esta ciudad que ha tenido y sigue teniendo muchos problemas, pero estoy llevándolos con consciencia para dejar la tiranía y la maldad. En el momento no estoy haciendo nada. Estoy buscando empleo. Yo he trabajado mucho en seguridad y logística, trabajé mucho en ese campo, y en lo que resul-

te, porque no da para más. Trabajé en seguridad en discotecas, bares y logística arreglando espacios para eventos, todo eso. He trabajado como contratista en todo tipo de oficios.

Estoy diagnosticado como paciente psiquiátrico. Tomo medicamentos, soy muy emotivo, tengo un ‘trastorno afectivo bipolar’ o un ‘trastorno afectivo’, o un ‘esquizo-afectivo’. O sea, me definen en esas tres, porque al final no han podido definir una sola enfermedad. Yo vivo una permanente pesadilla, pero fuera de violencia, ¿no? Son estados de ánimo peligrosos ¿sí?, subir y bajar de ánimo, triste-alegre. Soy el único de la familia con este problema. Soy muy introvertido; en años anteriores en mi adolescencia me pasaban cosas y nunca hablaba, y con el tiempo eso me afectó, entonces ahora tengo que depender de estos medicamentos.

Mi primera crisis fue en 1995, más o menos. Estaba con 18 o 19 años por ahí; ha sido difícil llevar una vida con esto; es un impedimento. Sufro discriminación social, siempre me dicen: “este man está loco”, pero esto no es estar loco, esto es algo diferente, es como algo muy profundo ¿no? Es difícil llevar una vida con esto. Y más que todo, con pareja, porque hay épocas en las que sufro fuertes depresiones, y no es que uno tire todo al carajo, sino que se nota el cambio, ¿no? Es difícil retener a la persona, lógico, y cree que uno está cambiando para mal, es difícil, a veces no sé cómo explicarlo.

Yo fui diagnosticado a finales del año 1995 porque entré en una crisis, no quería salir de mi casa, no quería hacer nada, hacía unos meses me había graduado de bachiller y estaba totalmente aislado, preocupado porque me iban a llevar para el ejército, eso aceleró el proceso para llegar a lo profundo del abismo. Eso es un abismo, eso es un estado incontrolable, donde no se sabe que hacer, uno no se define, quiere estar acostado, parado, correr, no sé... gritar, llorar, entonces estuve hospitalizado; desde ese momento he tenido que tomar medicamentos porque no puedo dormir, tengo problemas de sueño, tomo una pastilla para dormirme o si no paso la noche en blanco. Y es más difícil para mí porque me puedo descompensar.

Mi mamá y mis hermanos siempre han estado conmigo, pues yo no soy una persona incoherente, soy una persona normal. Simplemente se me quita el sueño y empiezo a languidecer, se empiezan a notar los cambios, empiezo a acelerarme, a vivir las 24 horas del día, a buscar alternativas como para suplir esa necesidad como de estar... en silencio o dormir ¿sí me entiendes?

Cuando estoy así trato de leer, escribir; yo hago música, soy baterista. En un principio, en los noventas, tocábamos metal, *-death metal-* tocaba. En ese género me desarrollé mucho. Ya después empecé con blues, rock & roll, y en esas estoy ahora, todavía sigo haciendo algo de música. Eso es más que todo como un *hobby*, un esparcimiento, como un momento de sentirme yo mismo, de encontrarme a mí mismo, o de hacer estas cosas. Pero no vivo de ella, no se ha presentado la oportunidad, pues tengo que pensar en mi realidad, tengo que trabajar, hacer otras cosas y la música depende de mucho tiempo.

Mi adolescencia fue normal. Yo soy una persona muy alegre, muy extrovertida, pero a veces soy introvertido. Mis problemas personales yo no se los contaba a nadie, o no tenía como la facilidad de poderlos discernir, de poderlos aclarar y explicarlos y expresarlos. Entonces era difícil.

Un día llegó un amigo del exterior, en el año 2000. Venía de una batalla difícil en los Estados Unidos; el hombre era ilegal, bueno, no ilegal sino delincuente. Entonces él fue deportado y llegó aquí; me aferré mucho a él y participé en muchas situaciones difíciles, en delitos, a pesar de que yo no era autor material ni intelectual, sino más bien cómplice. ¿Sí me entiendes? Sí. Terminé involucrado, y uno no puede hacer nada. Si yo no estaba de acuerdo, yo no podía decirle “no lo hagas”, eso ya no me toca a mí. Eso ya le toca a la justicia, entonces me enredé y después empecé a recordar cuando mi novia me decía que necesitaba dinero, ella quería esto y lo otro, ¿sí me entiende? Cosas que yo no podía darle. Vi la opción con él, de satisfacerla a ella, pero fue peor. Eso generó una crisis en mí; como yo no podía decirle nada a ella...cómo iba a decirle: “Mira todas esas cosas”, no podía, me daba miedo como perderla, o que ella empezara a pensar: “no ese man no es el mismo de siem-

pre, no es el man tranquilo”. Y me involucré directamente con él, estábamos reclutando una gente para reclamar giros y también hacíamos lavado de dinero, entonces eso me representó dinero y ella estaba ¡feliz como nunca! Y nunca le dije nada (Nelson, 32 años).

El testimonio de Nélon me hace pensar en la relación entre las enfermedades psiquiátricas con las masculinidades y en general, con la salud de los hombres. Los hombres no se sienten tranquilos para expresar sus enfermedades, mucho menos las relacionadas con la psiquis, pues particularmente la depresión se asocia con debilidad, con falta de esfuerzo, con pereza y con todo aquello que no hace parte del imaginario de lo que debe ser un hombre.

La depresión es una enfermedad mental que, aunque hoy en día sea mejor tratada, aún no es comprendida de forma amplia y responsable por la mayoría de personas que aún la ven como un ‘problema psicológico’ individual, correspondiéndole a quien la padece, la responsabilidad exclusiva de salir de ella.

Según el testimonio de Nélon, su depresión lo llevó al aislamiento, pues su vida, rutinaria en exceso, lo convirtió en una carga pesada para él, su novia y su familia. La depresión es una enfermedad de la soledad, del silencio, de la incomprensión. Así como otras enfermedades pueden ser consideradas hermanas de la pobreza, la depresión es hermana del aislamiento social.

La masculinidad de Nélon, especialmente su masculinidad y no tanto su humanidad, es objeto de prejuicio social por ser depresivo. Él no es funcional en el sistema social. Vive en función de su enfermedad; su vida se limita al manejo de ésta, ajustando las dosis de los medicamentos que le permitan tener una vida menos desesperada. Un verdadero hombre, en los moldes de la masculinidad tradicional, no puede tener depresión, o por lo menos, no se puede presentar socialmente como una persona depresiva, es decir, como una persona débil.

Finalmente, sigue el testimonio de Juan, el profesor universitario de artes plásticas que no sabe manejar la cotidianidad de los jóvenes

estudiantes, que se relaciona con mujeres más jóvenes, y quien le resta importancia a una terapia por considerar que podría perder la inspiración artística.

Yo casi nunca digo nada: Juan

Me molestan mucho las calles de esta ciudad, me molestan mucho los andenes que son chiquiticos. La velocidad de la gente aquí es muy diferente a mi propia velocidad, y yo quiero como pasar todo de una vez, porque yo ando así, como loco en la calle, como pensando, no voy por la calle con un destino fijo. Y no se me olvida nada de lo que pasa en la calle. Ando rápido. Entonces, a veces con mis estudiantes yo soy el profesor más *hijuemadre* o algo así, soy muy duro con ellos, porque pienso que si los estudiantes están conmigo en un taller, es porque ellos quieren estar ahí, quieren estudiar arte. Nadie los ha obligado a ir a un aula de una academia de arte. Entonces, siento que hay gente que siente pertenencia por esa cosa, entonces me molesta mucho. Y ahí yo soy duro y soy muy cortante. Y mucha gente me dice que yo soy tierno, que no soy así como tan... De pronto es un escudo pero no es un escudo. Es una forma de ver de pronto mi pedagogía. Entonces yo les digo a ellos que deben agradecerle a Dios de que yo estoy ahí, porque soy el único que es así, los otros son más *madres*, son laxos, conmigo aprenden más por ser exigente. Y les digo: “yo salgo feliz de mi casa y apenas me encuentro con ustedes, dañan todo con su actitud, ¡porque ustedes no hacen nada!”

Yo no quería venir para acá. Porque yo tengo un hijo. Realmente tengo tres hijos, pero tengo uno. Eso será lo macho... eh, no quería venir acá para no perder mi familia. Mi familia era mi hijo y mi esposa. Mi hijo cumplió 9 años ahora en enero 4 (2008). Y entonces yo no quería venir acá porque sentía que me alejaba. De Cali hasta esta ciudad me alejaba mucho de mi familia, y creía que la iba a perder. Y en efecto eso pasó. Yo vivía sólo en una piecita con unos amigos; después conocí a una estudiante que me gustó y la invité a almorzar, y me invitó a almorzar, y yo me quedaba en la casa de ella, ella tiene, no sé cuántos años tiene. 38 o 39. O 30, no sé. Y la hija tenía unos 6 o 7 años. Y entonces yo me quedaba en la casa de ella.

Pero yo me quedaba en la casa de ella por no quedarme en mi casa durmiendo solo en mi piecita. Y una vez me dijo: “oiga y usted qué, puede quedarse aquí”. Y yo “ah bueno pues, ¡hagámosle!” Pero no, yo no estaba pensando en nada, ni en la hija ni en la mamá. Me gustaba tener como esa otra familia, de una mamá y una hija, y salíamos a comer, salíamos a pasear. Luego el fin de semana me devolvía a Cali y estaba con mi hijo y mi esposa. Y después, al final del semestre se acabó por las vacaciones de diciembre; y en febrero Elsa (la esposa) se vino a vivir conmigo. Y entonces la otra chica vió que yo iba a botar el maletín que era de Elsa y que ella estaba usando, lo vio y dijo “ve, y ¿vos qué?” Entonces llegamos a la casa y se puso a alegarme, insultarme y cosas así.

En la Universidad conocí una estudiante y salimos cuando ya no era mi estudiante y después tuve otras novias. A mi me gustan chiquiticas. Me gustan de segundo semestre, que tienen como 21 o 22 años. Viejas no. Es más raro, no sé porqué, si es por tener poder, o por qué cosa, no, no. Mis parejas siempre han sido menores que yo; yo soy 11 o 12 años más viejo que ellas. No me gustan las viejas. Yo besé a una de 38 y le decía “tan raro, vos sos la primera más vieja que he besado”. Y me decía, “y vos, ¿cuántos años tenés?” Yo 41, pero los besos míos son de 21, que son dulces. Un amigo mío dice: “a quién no le gustan los ojos brillantes y la piel suave”. Yo siento celos porque a veces me siento que estoy viejo y que vos estás muy chiquita y que te vas a fijar en uno de tu misma edad. Son como pendejadas, pero es posible que suceda eso. Y un amigo me dice, “pero claro, la gente se fija en nosotros porque vos vivís solo, tenés tu casa solo, tenés tu sueldo y entonces, pues, para un rato está bien”. Pero yo sí pienso que voy a vivir como mucho tiempo con la otra persona. No solo es un ratico sino que te quiero eternamente para que estés conmigo. Por eso ahorita cuando decían “no, que el viaje”. Yo decía “Ay sí, que pereza viajar”. Aún así, me enamoré de una estudiante de artes. Un colega me decía que ella sólo estaba conmigo para aprovecharse, para aprender de mí, porque yo tenía mucho para ofrecerle, mientras que ella lo que me retribuye supuestamente no es mucho, pero sí era mucho. Era ese cariño, ese amor y esa frescura de ella, que es chévere. Pero así, como que

yo sea agresivo todo el tiempo, nooo. Soy tranquilo, me gusta leer. Me gusta leer a Becquer.

Claro que hubo un día en que unos colegas y yo estábamos en un debate del grupo de investigación de la Universidad, y un colega empezó a molestarme y le metí un puño en la cara. Yo hablo poco, pero soy muy temperamental y él me ofendió. Otro día en una fiesta de la Facultad de Artes, un estudiante quería pasarse la fila, pasar por encima de otro estudiante mío, y yo no aguanté ese abuso, me fui encima de él y lo agarré por el cuello, él muchacho se fue al piso, lo solté y él salió corriendo, no volvió a la fiesta, un colega me dijo: ¡cálmate!, “¡lo podrías haber matado!”. Pero es que yo no aguanto cuando están molestando a alguien, ni a mí, ni a otro que yo considero indefenso, como en este caso mi estudiante.

No sé por qué eso. ¿Será porque nunca tuve papá? Mi papá se fue cuando yo tenía 2 años, podría ser la explicación. El semestre pasado estuve en tratamiento psicológico, fui como cinco veces, y no volví porque la señora que me atendía a la 1:45pm se pasó 15 minutos con el otro paciente y tuve que esperarla hasta las 2pm; pero cuando yo estaba con ella, faltaban cinco minutos para que se acabara mi tiempo y me sacaba corriendo porque venía el otro paciente, entonces nunca más volví a esa cosa. Pero yo no quiero ir a terapia para explorar mi infancia; si la psicóloga descubre cosas de mi infancia, tal vez muera aquello que produce mi obra, mi obra personal, y yo no quiero que muera. Yo les digo a mis estudiantes: “todo tú, toda tu cotidianidad, todo lo que te pasa, todas tus alegrías, tristezas, depresiones, son la herramienta y son el material para poder producir algo”. Pero ustedes cuando les pasa algo terrible, se niegan y no trabajan. Entonces cuando me pasa algo terrible, yo trabajo mucho más. Cuando estoy contento trabajo también, cuando estoy normal también trabajo. Entonces, todo el tiempo estoy haciendo cosas.

Nosotros (profesores universitarios) bebemos cualquier día a la semana. No trabajamos como obrero de 8 a 12 y de 2 a 6 todos los días, sino que tenemos otros horarios; si mañana no tengo clase, entonces podemos beber hoy, o podemos hacer una comida el lunes, si el martes hay clase por la tarde y podemos

dormir toda la mañana. Hay unos amigos que fuman marihuana todo el tiempo, o todos los días, pero yo no. No somos como los *pelados* que están estudiando, se traban y se vuelven locos. No, si no que es un adulto que ha tenido por mucho tiempo esta práctica, como los franceses o argentinos que toman vino todos los días. Para nosotros los profes *meterse un pase* (ingenir cocaína) o *fumarse un porro* (fumar marihuana) no es una cosa extraordinaria. Lo sabemos manejar (Juan, 41 años).

La edad, la experiencia y el capital cultural de los profesores universitarios, entre otros aspectos, contribuyen para establecer con las estudiantes relaciones asimétricas y de dominación. Fácil reflexión que Juan parece ignorar. Amparado, como Humberto, en el mundo de la intelectualidad, Juan juega a establecer relaciones equitativas con las mujeres, en su mayoría estudiantes, con las cuales su masculinidad adquiere un personaje más sofisticado, pero que al final se trata de una forma más de re-crear una sociabilidad masculina tradicional; es una forma de dominación en la matriz de género.

Como se puede ver en los testimonios de Humberto, de Beltrán, de Federico, de Nélsón y de Juan, todos, excepto López, tienen el consumo de licor como una práctica recurrente en sus espacios de sociabilidad. Beben para interactuar, para tener fuerza, para ser valientes, para ser aceptados, para permanecer dentro del grupo, para huir del peso de lo cotidiano. El licor está también presente en los círculos académicos; éste y algunas drogas, son invitados silenciosos en la vida de éstos y de muchos otros hombres (Sinay, 2006).

También se puede leer, en las entrelíneas de los testimonios, la imperiosa necesidad del reconocimiento en los diferentes espacios de actuación. Humberto demanda reconocimiento como un intelectual que, aún en el abismo del consumo de drogas, tiene un punto de vista sobre el mundo. Su intelectualidad no lo exime del llamado machismo cultural y de que en ese espacio de la bohemia o intelectualizado, como él lo define, se dificulte la participación de mujeres por considerarlas sin capacidades para estar ahí. Además de ello, las considera bienes de consumo.

Tenemos ejemplos del clásico hombre proveedor: Federico, López y Juan. Hombres que a pesar de las frustraciones personales, mantienen su lugar como proveedores de la prole; ellos son ‘cumplidores’, según los perfiles de la investigación de Mara Viveros ya mencionada. Aún en situaciones extremas, como en el caso de López cuando estuvo detenido, sustentar el hogar continuaba siendo su responsabilidad. Tal condición, al no ser alcanzada, perjudica su auto-percepción masculina. El hombre que se arriesga en diferentes tipos de aventuras como en el caso de Beltrán, que sueña con viajar a Israel para perfeccionar sus técnicas de defensa personal, o en el caso de Nélsón quien participa en situaciones ilegales para ganar algún dinero y así darle regalos a su novia.

En esta caracterización de la *sociabilidad masculina* nos asalta aún una interpretación dicotómica. Los hombres se podrían caracterizar como hegemónicos y marginales, “quebradores” y “cumplidores”, malandros y pacatos, fuertes y débiles, sanos o enfermos, trabajadores o irresponsables, habladores o silenciosos, buenos o malos, agresores o feministas, ángeles o demonios. Sí, parece que aún comprendemos el mundo con miradas dicotómicas. Sin embargo, es importante que dentro de este tipo de matriz se pueda hablar de un universo diverso de las masculinidades, de tal forma que se comprenda, cada vez más, que los hombres son diversos y que éste es un universo extremadamente complejo y que se hace complejo por la perspectiva con que se aborde.

En la propia vida de cada uno de ellos se manifiestan los matices. No son solamente alcohólicos. En el caso de Federico, por ejemplo, él también es un hombre trabajador, que *sabe hacer muchas cosas con las manos* –como él mismo dice– y es consciente de su alcoholismo, y sabe que un cambio en ese tipo de situación contribuiría con la transformación de los procesos de las masculinidades. Federico no es sólo un agresor, como lo veremos más adelante, sino un hombre que siente frustraciones por no haberse desarrollado profesionalmente en otra área; que se siente solo aunque tenga muchas relaciones, y que vive en su mundo de hombres sintiéndose como en una jaula de hierro.

Cada semana ve en su bar la repetición del ciclo de vida de los hombres, incluyéndose a sí mismo: beber y bailar, beber y hablar, be-

ber y llorar (sin que nadie los vea), beber y pelear, beber y conquistar mujeres, beber y coquetear, beber y salir con alguien. Beber hasta caer, y a la semana siguiente volver a beber.

Nélson y Juan saben que hablan poco y son conscientes de la dificultad que tienen para comunicar sus sentimientos y problemas personales, lo que origina malentendidos en sus relaciones, no sólo en las afectivas e íntimas, sino también en el ámbito laboral y social. Resulta interesante el ‘hablar poco’ de Juan, el profesor universitario de artes plásticas, pues es claro que él habla ¡y mucho! Pareciera implícito que ‘hablar poco’ se refiere a hablar de sí mismo, de los sentimientos, de aquello que incomoda, y puesto que él no habla, entonces actúa, y lo hace violentamente.

Todos ellos son conscientes de sus contradicciones como hombres, pero, ¿cómo cambiar los modelos establecidos? Sobre este punto, el sociólogo inglés Anthony Giddens, en ‘La transformación de la intimidad’, afirma:

La noción masculina de auto identidad es por lo tanto forjada en circunstancias en que una orientación para la autosuficiencia está asociada a una desventaja emocional potencialmente castrante. Debería ser desarrollada una narrativa de auto identidad que describa con detalles el dolor de la privación del amor materno primordial. Sin duda, los elementos en todo esto son más o menos universales. Ahora, lo que es importante en este contexto, es el resultado particularmente tenso para la sexualidad masculina en una situación en que el amor materno –si es que éste fue recibido– es, al mismo tiempo, fundamental y renunciado (Giddens, 1993:131, subrayado mío).

Al parecer, abrir espacios de diálogo, escucha y *resignificar* no solamente la relación paterna, como propuse antes, sino también el amor materno -como indica Giddens y Elisabeth Badinter en el sentido de la construcción de vínculos afectivos desde la infancia-, pueden ser caminos para cambios en la socialización masculina y posteriormente en la edificación del mundo de los hombres –siempre en plural–,

para que los procesos de socialización no desemboquen en *sociabilidades masculinas* machistas y después en el ejercicio de la violencia masculina. Es importante discernir sobre la construcción de los vínculos afectivos masculinos, lo que será hecho más adelante a partir de los postulados de la psicoanalista Melanie Klein (Klein, 1959).

Todos estos hombres que tienen hijos como Humberto, Beltrán, Federico, López y Juan, excepto Nélsón que no es papá pero que siente la obligación de darle regalos a la novia, cargan el peso de ser los únicos proveedores económicos de sus familias y que, viviendo o no con ellas, continúan siendo la principal fuente de ingresos de éstas, situación que para ellos no está en cuestión: es así, ser el proveedor, simplemente hace parte de su *ser* masculino. De la misma forma que al separarse de sus parejas, no son ellos los que continúan con el cuidado de los hijos, sino las mujeres.

Humberto y Federico son separados; cada uno tiene dos hijos que después de la separación se quedaron con sus mamás. Beltrán tuvo una hija con su primera esposa que también vive con ella, y en su nuevo matrimonio tiene tres hijos; los hijos de Juan también se quedaron con sus respectivas madres. Los hijos de López, que ya son adultos, viven solos, él vive con la hija mayor. En la cárcel él sufrió mucho pensando en el sustento de ellos y en quién lo substituiría en su función paterna proveedora.

Negociar el sustento familiar, tanto económico como afectivo, y negociar el cuidado y la custodia de los hijos, es uno de los aspectos más difíciles de las relaciones de pareja entre hombres y mujeres. Cambiar este aspecto no requiere de un cambio sólo en la mentalidad de los hombres, sino también de las mujeres (Giroud, F., Lévy. B-H., 1993). Tanto los unos como las otras, tendrían que dejar de lado las funciones socialmente instituidas y construir nuevas reglas de juego según los contextos específicos.

Destaco en los perfiles de los hombres entrevistados, la complejidad de sus vidas y no solamente su relación con situaciones de violencia de género; esto con el ánimo de no reducirlos a *hombres agresores*. Todos ellos tienen una vida antes de las situaciones de violencia y

éstas se encuadran en el marco completo de sus vidas, no son eventos aislados sino constitutivos de ellas. De otro lado, la descripción de las sociabilidades masculinas no justifica, por supuesto, la violencia de género, sino que contribuye a su comprensión, y, al mostrar las características de una *sociabilidad* masculina -como se verá con los hombres feministas-, lo que pretendo es ampliar el abanico de posibilidades de la construcción social de la masculinidad, de la cual los feministas muestran otra faceta, no sólo como hecho antagónico, sino como promesa.

2.4 SOCIALIZACIONES MASCULINAS O APERTURAS DEL PATRIARCADO: LOS FEMINISTAS

Otra dicotomía acompaña nuestra interpretación, se trata de la diferencia entre sociabilidades y socialidades masculinas. Tal interpretación dicotómica es construida con el ánimo de yuxtaponer distintas vivencias masculinas. Como se verá en las entrevistas de los hombres feministas, en su infancia, adolescencia y juventud, hubo un tipo de socialización que los conduciría a ser hombres tradicionales con valores patriarcales y no hacia el feminismo. Sin embargo, ellos optaron por otros caminos, tal vez a partir también de situaciones fuera de su control.

En el caso de los hombres feministas, la mirada está dirigida a lo que se considera como *sociabilidades* masculinas: aperturas y transformaciones del modelo patriarcal. Estos hombres, al contrario de los anteriores, tienen otras formas de ser hombres no tradicionales. Ellos relatan cómo entraron en el mundo del cuidado de los otros, de los niños por ejemplo, que hasta entonces era privativo del mundo de las mujeres; cómo en el ejercicio de sus profesiones se depararon con las demandas de una nueva masculinidad dentro del movimiento feminista.

Es importante recordar que la existencia de estos hombres ha tenido una amplia discusión en el movimiento de mujeres, pues algunas consideran que no existen hombres feministas, sino colaboradores de la causa de las mujeres, como ya se ha planteado; otras irónicamente

los llaman *machistas rehabilitados o arrepentidos*, nominaciones que expresan una clara resistencia a la participación de los hombres dentro de los movimientos de mujeres.

De cualquier forma los feministas incomodan y cuestionan a muchos hombres así como a muchas mujeres. En este trabajo considero muy importante su participación en la reflexión teórica y política desarrollada en torno a esta práctica (Vincent-Márques, 1998; Kimmel, 1998. Kaufman, 1997).

2.5 RESEÑA HISTÓRICA DE LOS FEMINISTAS

En los últimos veinte años, varios grupos de hombres feministas se han manifestado a través de campañas políticas con diversas consignas: contra la homofobia y por los derechos sexuales; por el fin de la violencia contra las mujeres; por los derechos y deberes paternos y en general, por lo derechos de ser reconocidos como hombres fuera de los modelos patriarcales. No hay, sin embargo, una fecha exacta que indique el momento en que emergieron los feministas en la arena política.

El sociólogo español Joseph Vincent-Marques, ampliamente reconocido en el movimiento feminista por sus contribuciones teóricas, afirma que desde los años sesenta, cuando surgió el feminismo, muchos hombres, especialmente las parejas de las feministas más comprometidas, surgieron también como colaboradores del movimiento sin considerarse aún feministas. El autor afirma que ese contexto fue su inspiración para hacer su tesis de doctorado sobre la ‘construcción social de la masculinidad’ (Vincent-Marques, 1998). Según el sociólogo francés Daniel Welzer-Lang:

Después de 1975 aparecieron grupos de hombres antise-
xistas que discutían sus relaciones con las mujeres, sexuales o no, e implícitamente afirmaban sus certezas hetero-
sexuales. Estos mismos hombres, algunos años más tarde,
se definieron en Francia y en Europa como pro feminis-

tas, término que fue adoptado consensualmente entre hombres y mujeres presentes en el coloquio del GREMF de 1996 en Quebec, que buscaba agrupar estos hombres que se denominaban anti-sexistas, masculinistas, para evidenciar la solidaridad de los hombres con los análisis feministas y respetar la autonomía del movimiento de mujeres, dejándoles a ellas la exclusividad del término feminista. El movimiento marca también una ruptura importante. Los hombres pro-feministas se reconocen como personas construidas socialmente como hombres, o sea, como dominantes en relación a las mujeres. Su existencia cuestiona la capacidad de hacer alianzas comunes entre hombres y mujeres, dominantes y dominados. El pro-feminismo europeo problematizó al mismo tiempo la opresión de las mujeres y la alienación de los hombres dominantes (Welzer-Lang, 2001: 469).

En esta investigación tuve en cuenta, principalmente, hombres pro-feministas comprometidos con la lucha por el fin de la violencia contra las mujeres, ya que la violencia de género es el principal eje interpretativo de esta investigación. Vale la pena recordar nuevamente que la “Campana del Lazo Blanco: Hombres por el fin de la violencia contra las mujeres” comenzó en Canadá en 1991, cuando el parlamento canadiense declaró el día 6 de diciembre como el Día Nacional de Acción contra la Violencia hacia las mujeres en respuesta a lo sucedido ese mismo día en 1989, en Montreal, cuando en una Facultad de Ingeniería catorce mujeres fueron asesinadas por un hombre que argumentó que ellas no deberían estar allí.

Después de la declaración, un grupo de académicos decidió que tenían la responsabilidad de persuadir a otros hombres para que también se manifestaran por el fin de la violencia contra las mujeres y comenzaran a usar una manilla (cinta) blanca en el pulso como símbolo de oposición por la violencia ejercida por otros hombres, adoptando la consigna: “jamás cometer un acto violento contra las mujeres y no cerrar los ojos ante esta violencia”. Para la promoción e integración de la campaña, fue sugerida la participación de sectores académicos, oficiales y de la sociedad civil, desarrollando actividades propias en cada contexto social. En Brasil la campaña comenzó en el 2005, y

en Colombia se realiza en algunas ciudades desde el 2006, principalmente en Bogotá, Medellín y Cali.

Siguen a continuación los testimonios de los hombres feministas entrevistados, destacando en ellos los detalles del proceso de socialización y posteriormente de las socialidades que proponen con sus prácticas anti machistas. Nótese que muchas veces el proceso de socialización de los feministas estaba encaminado para la consolidación de un hombre machista, aunque éstos hicieron otras elecciones, tuvieron otros paradigmas y se ampararon en otras opciones de identidad. Construyeron una socialidad. Veamos:

Privilegio de hombres: un papá amoroso

Creo que tengo un privilegio, otro más, siendo hombre. Tuve el privilegio de crecer en una familia con buenas ideas. Un hombre del nordeste, con una familia tradicional nordestina, me parece interesante tener esa herencia.

Mi abuelo era una figura fuerte y de referencia para mí; falleció hace más de diez años. Él era esa figura patriarcal; punto de referencia de la familia y muy respetado entre los políticos. Era un político diferente, de izquierda, que luchó por la Reforma Agraria entre otras cosas. Al mismo tiempo, nunca lo veía haciendo nada, él siempre llamaba a mi abuela: “Jacira venga, Jacira haga esto”. Si mi abuela no estaba cerca, llamaba a los nietos para que le quitaran las medias, lo que era muy divertido. Era una relación chistosa: ese mismo hombre todopoderoso, que tenía todo ese poder de mando sobre la familia, era, al mismo tiempo, el que cuidaba y todos sentíamos un inmenso placer en ayudarlo, en servirlo; toda la familia lo servía de alguna manera.

Él era la persona que estaba dispuesta a apoyar completamente todo, a cualquier persona de la familia; nada de lo que él hacía era violento ni coercitivo. Tenía una voz de mando pero era algo cariñoso al mismo tiempo. Entonces creo que crecí bajo la mirada seria de ese hombre que tenía todos esos privilegios y al mismo tiempo tantas obligaciones; de alguna forma la vida tampoco era fácil para él, entonces siempre sentí esa ambigüedad con mi abuelo, una persona que me influenció mucho.

Mi papá también fue una referencia fuerte, nunca me dio un codazo en la calle para mostrarme una mujer bonita, que es una de las cosas más comunes entre padres e hijos; ese papá que parece que tiene que mostrarle al hijo que desea otras mujeres aún estando casado y que insiste en demostrárselo al hijo. Yo nunca tuve ese ejemplo en mi casa. Mis padres siempre tuvieron una relación igualitaria, siempre dividieron los oficios de la casa, él cocinaba y hacía otras cosas de la casa también. Tuve ejemplos muy buenos aunque antagónicos, y eso me ayudó a tener discernimiento. (Daniel Costa Lima, 32 años, psicólogo, trabaja en el Proyecto: ¡Siga Bem Mulher!).

Lo que tenemos entre las piernas no puede ser lo que guíe nuestra conducta

Yo tengo muchos amigos hombres también soy el único hombre en una familia sólo de mujeres y escucho cosas así: “siempre pensé que eras homosexual”. Yo no sé por qué algunas personas creen que lo femenino es propio de las mujeres y de los homosexuales, considero necesario que aprendamos a identificar eso como algo positivo, hablar de ello; lo que tenemos entre las piernas no puede guiar nuestra conducta ni las relaciones con otras personas. Yo estoy rodeado de colegas muy interesantes, son mis pares y aprendo mucho con ellos, como ellos aprenden conmigo. No hago parte de un equipo de fútbol por ejemplo o de hombres que reproducen prácticas machistas en las conversaciones, en los chistes, etcétera, que uno va escogiendo el camino (Antonino, 47 años, psicólogo, Centro de Referência, Belém de Pará).

Mientras yo sea honesto con un disfraz, prefiero pasar toda mi vida haciendo payasadas

Fue esto lo que le dije a mi papá cuando él se dio cuenta de que yo trabajaba como payaso, haciendo recreación con niños y niñas; él no estaba de acuerdo porque yo me había acabado de graduar como Técnico en Refrigeración, así que él esperaba que yo trabajara como técnico y no como payaso. Todo comenzó desde la adolescencia, cuando hacía parte del movimiento cultural aquí en el Barrio Várzea (Recife-Brasil);

yo hacía teatro de calle, teatro de muñecos, pintura, artes plásticas y también recreación. Así que desde los 14 años yo era un niño que jugaba y cuidaba de otros niños, y fue ahí cuando me deparé con el hombre en ese lugar de ‘cuidado’ que no es algo considerado masculino en nuestra sociedad, ni siquiera hoy en día.

Hacer recreación fue algo maravilloso, un trabajo de cuidar de otros. Tuve un grupo de 20 a 40 niños/as; entre 2 y 10 años eran los que se quedaban por las tardes en el colegio. La mayoría de mis compañeras eran mujeres; éramos pocos hombres en ese colegio, el guarda, el profesor de capoeira y yo. El sueldo no era muy bueno, pero ser payaso era ser verdadero, era el momento en que podía expresar los sentimientos, las cosas más profundas que yo sentía. Sólo que eso implicaba no ser un trabajador formal, recibiendo salario, en fin, todo lo que es considerado masculino (Jorge Lyra, 40 años, psicólogo, Coordinador del Instituto Papai, Recife, Brasil).

Siempre me consideré como un feminista nato

Soy de la generación de los ochenta; nací en 1983 y por algún motivo siempre estuve al tanto del feminismo, sea por las canciones que escuchaba o por las que cantaba que tenían temas relacionados. Fui durante mucho tiempo fan del *movimiento grunge*, y en las canciones siempre hay letras críticas contra el machismo y el patriarcalismo; por más disfrazado que sea, a mí me influenció bastante. Siempre me consideré un feminista nato. Siempre estuve contra la violencia hacia las mujeres; siempre me pareció terrible y tuve una postura de igualitarismo, aunque no supiera exactamente todo lo que significaba, pero sin duda había en mí una semilla de todo eso.

Claro que esto tiene que ver con la relación con mi mamá. Ya conversé con ella varias veces sobre esto; ella se graduó en Farmacia Bioquímica y unos años atrás volvió a la Universidad y se graduó en Filosofía. Ella cree que por algún motivo el desarrollo de esos temas en mi vida tiene que ver con la muerte de mi papá; él murió cuando yo tenía 7 años, muy temprano. Ella cree que algo de ello se refleja en mi interés político, en la

militancia y hasta en las cosas que investigo. Cuando comencé a hacer parte del feminismo, ella de inmediato supuso que tenía que ver con lo que ella había vivido.

Para mí no es tan claro, creo que siempre tuve esa inquietud dentro de mí; de alguna manera siempre fui de izquierda. Recuerdo que cuando tenía unos 10 años, veía el noticiero y pensaba: “caramba, sería tan bueno si la Unión Soviética ganara”. Yo ya pensaba en ese entonces que eso sería lo mejor (risas).

Actualmente hago parte de una franja del feminismo que se apoya en otro nivel de equidad, que no ve ningún problema en que haya hombres trabajando con feminismo, o en que nosotros los feministas trabajemos con hombres, por la salud del hombre y también por el asunto de la violencia. Siempre que trabajamos con ellos, es también una ganancia importante para las mujeres, no algo secundario, pues si al trabajar con hombres se modifica alguna cosa de lo que ese hombre absorbió durante su vida de violencia, ¿quién gana con eso? No es solamente el hombre que gana en la relación consigo mismo, eso va a incidir directamente en las mujeres también. A mí me deja pasmado el hecho de pensar que algunas feministas no ven eso.

Nosotros luchamos en Brasil hace por lo menos 30 ó 40 años por un movimiento de igualdad, y lo que las feministas más radicales hacen es dirigir el asunto para el campo de la biología, volviendo al esencialismo dentro de un movimiento igualitario; eso es un contrasentido, algo que me deja pasmado (Alex Simon Lodetti, 25 años, psicólogo, Florianópolis, Brasil).

Nunca me sentí discriminado

Yo recuerdo que cuando los movimientos feministas comenzaron en Belén (Pará, Brasil), las mujeres que me acompañaban eran parecidas a mí, nunca tuve ningún problema y nunca me sentí discriminado. Ellas me recibían bien. Algunas veces hasta nos encargábamos de los niños y niñas mientras ellas discutían en los Encuentros. Fue algo muy interesante; recuerdo que ayudamos a crear el movimiento de la mujer en el campo

y en la ciudad, ayudaba *desde atrás*, desde la retaguardia, yo no estaba adelante, no abanderaba la cosa, nada de eso, pues ese era el lugar de las mujeres en el movimiento feminista. Cuando ellas querían que yo fuera ejemplo para otros hombres, me llamaban y yo iba.

Me distancié del movimiento feminista cuando salí de la Universidad y comencé a hacer otras cosas. Yo tengo alguna dificultad para hacer ese tipo de evaluaciones, nunca me dediqué a ninguna área política, no me gustaba, me relacionaba con algunas personas independientemente de que ellas fueran de algún partido político, comunista, clandestino o no; algunos de los clandestinos me gustaban, otros no. Me gustaba en realidad por el cariño que yo sentía por esas personas, porque a veces yo ni sabía con claridad cuál era la propuesta política de ellos.

¿Hombre feminista? ¿Pro feminista? Yo ni sé si soy hombre para ser sincero, cada vez estoy más convencido de ello. Quiero decir, no me sabría localizar y cada vez pienso más eso porque no sé quién soy, sólo sé lo que no soy; tal vez yo no sea hombre ni mujer. Estoy pensando que todas las personas tienen posibilidades de tener diferentes *performances*. Los hombres, entre comillas, porque tienen un pene, tienen sexo con mujeres porque tienen una vagina, pero eso no quiere decir que sean hombres. No me parece. Pienso en mi vida más allá de eso. Si yo no quiero tener relaciones con un hombre, ¡ah!, entonces soy hombre, no sé, soy o no, parece que porque un hombre tiene relaciones con mujeres entonces él es hombre y ella es mujer, ¿comprende? Están teniendo sexo entre dos cuerpos, que no son nominados; lo importante para ellos, me parece, es el encuentro entre ellos, el orgasmo, el placer que sientan, el afecto entre ellos y punto (Ricardo Pimentel. Tiene un poco más de 40 años (él no lo dijo), psicólogo, Fortaleza).

¿Hombre feminista? ¡Ese asunto me viene atormentando hace más de 15 años!

Yo no sé lo que significa ser un hombre feminista. En realidad ese es un asunto que me atormenta hace más de 15 años y aún no encontré una respuesta. Creo que hago parte del feminismo

o de la trayectoria del movimiento desde que comencé a trabajar con profesionales del sexo, prostitutas, travestis, transexuales, con la cuestión de los derechos humanos, la ciudadanía y la salud.

En el trabajo con mujeres fui aprendiendo sobre algunos asuntos relacionados con género y sexualidad; comencé a participar en congresos, a estudiar; hice mi maestría investigando cuerpos y sexualidad. Así, en el campo académico, soy un teórico feminista, pero desde el punto de vista de la militancia, comprendo el feminismo como una herramienta histórica, política e ideológica para la construcción de una sociedad más igualitaria, una sociedad sin tantas injusticias en ese aspecto. Ya intenté encuadrarme dentro de lo que llaman ‘hombre feminista’, pero no me siento muy bien porque no son todas las líneas o todos los asuntos los que me motivan a discutir o los que quiero resaltar. La más importante para mí es la cuestión de la violencia masculina, es sólo eso lo que me interesa discutir. Violencia masculina contra la mujer (claro que hay otros asuntos como el aborto o la maternidad, pero yo no tengo experiencias en esas áreas).

Nunca participé en un congreso feminista porque los hombres no podemos. Son congresos de mujeres donde se discuten temas de mujeres relacionados con asuntos de mujeres. Lo máximo que hice fue ir a una Reunión Feminista Municipal en la que sólo pude participar como observador, no tenía voz ni voto. Respeto eso y tomo lo mejor del feminismo para incorporarlo en mi ejercicio profesional. La teoría feminista va rompiendo con las grandes estructuras sociales; discute las dicotomías entre hombres y mujeres; va revisando lo que está bien en las relaciones y en las formas como se configura el poder.

Yo vi, en esa trayectoria del feminismo, una oportunidad de construir medios para contribuir al mejoramiento de la sociedad, porque cuando trabajaba sólo con prostitutas y travestis, vi que ese no era el enfoque de mis acciones ni de mi ideología. Para trabajar con los clientes yo debía conocer el feminismo para comprender lo que era género y las relaciones sociales; así, dejé de trabajar con la mujer prostituta y con el travesti y

comencé a trabajar con los clientes de ellos, con las relaciones, con esa forma de hegemonía masculina en la sociedad. Fue allí donde descubrí mi campo de trabajo más fuerte hoy en día, que es la cuestión de la violencia masculina contra las mujeres.

Como hombre, bajo la óptica del feminismo, comprendo que la masculinidad es una concepción histórica en la que los varones creen que tienen determinado tipo de poder y utilizan la fuerza, la coerción y la sumisión de otra persona. Infortunadamente los hombres aprenden la violencia con sus pares ya sea en el trabajo o a través de los medios de comunicación; es algo común entre ellos. Y es mucho más común la violencia simbólica que la física, simplemente por el hecho de ser hombre impone cierto poder que usa para controlar a otra persona. (Sergio Barbosa, 40 años, filósofo y teólogo, Coletivo Feminista: Sexualidade e Saúde, São Paulo).

Considero que los testimonios de los hombres feministas o profeministas, ofrecen diferentes matices para comprender la transformación en la identidad masculina tradicional (considerada como sociabilidad masculina) claramente presente en los agresores, y surgen rupturas con ese modelo que van constituyendo lo que se considera como la socialidad masculina.

Algunos de los feministas también se confrontaron con la figura paterna, pero optaron por rechazar el modelo patriarcal e intentar otras formas de vivir su masculinidad. Ellos no están exentos de prácticas consideradas machistas, tal como lo expresaron en otros apartes de las entrevistas; pero justamente el reconocimiento de esas prácticas en los ámbitos considerados como *privilegios de hombres*, permitió que transformaran esas prácticas. No siempre los privilegios generan satisfacciones; algunas veces las incomodidades que generan sirven para pensar el lugar que se ocupa en el mundo (Kaufman, 1997).

Los hombres feministas saben que conforman una parte de la población que, por su género, ejerce control y dominación sobre el resto, y aunque sea en los espacios micro-sociales, ellos rechazan esa práctica. Son también conscientes de la importancia y pertinencia del debate político al interior del movimiento feminista sobre la partici-

pación de los hombres, y algunos de ellos se confrontan directamente con esto, otros respetan las decisiones de las mujeres sobre la no aceptación de ellos en el movimiento.

Los feministas también poseen la fuerza atribuida a lo masculino; sin embargo, tal fuerza no se manifiesta como opresión. Y tal vez esa fuerza, considerada masculina, sea la que el mundo femenino necesita, no como una propiedad particular de algún género, ni tampoco como sinónimo de maltrato y agresión, sino como voluntad, decisión, transformación. De otra parte, la sensibilidad, atribuida al mundo femenino, tal vez sea necesaria en el mundo masculino y no una propiedad de las mujeres ni sinónimo de debilidad.

Los testimonios de los hombres pro-feministas nos muestran diferencias importantes del modelo masculino; rupturas que hemos considerado como ejemplo de socialidades masculinas. Los hombres también pueden cuidar de los otros, de los niños y niñas, de los ancianos y ancianas, de los enfermos; esto no es una condición de las mujeres sino del ser humano (Maturana, H., Verden-Zoller, G. 2004).

Por otro lado, con esta diferenciación entre sociabilidades masculinas en las que se reproducen espacios tradicionales de hombres (como fue ilustrado con los primeros testimonios) y las posibilidades de las socialidades masculinas que nos ilustran los hombres pro-feministas, no se desconoce la importancia de algunas características masculinas que pueden –y deben– ser propiedad de todo ser humano. Hago énfasis en esta cuestión retomando nuevamente a Elisabeth Badinter, pues, tal como ella propone:

Es tiempo, principalmente, de hacer un elogio de las virtudes masculinas que no se adquieren ni pasiva ni fácilmente, sino que se constituyen a partir de esfuerzos y exigencias. Ellas son el autodomínio, el deseo de superación, el gusto por el riesgo y el desafío, resistencia a la opresión... Son las condiciones de la creación, pero también de la dignidad. Pertenecen a todo ser humano, de la misma forma que las virtudes femeninas (Badinter, 1993: 188).

La fuerza masculina no es solamente física. Puede ser también fortaleza emocional, psíquica, y la capacidad para enfrentar situaciones difíciles. Arriesgarse y aventurarse también serían condiciones necesarias para encontrar nuevos mundos y, de nuevo, éstas no son características sólo de los hombres, aunque puedan ser masculinas. Reconocer las transformaciones en los procesos de las diversas masculinidades, abre puertas a otras miradas acerca de lo humano.

Volviendo a las propuestas iniciales de este capítulo, se considera que los aspectos de los hombres son tan diversos como ellos mismos. Algunos, como los feministas, están fomentando y creando nuevos espacios de encuentro y rechazan, hasta en conversaciones triviales, chistes y comentarios que connoten prejuicio con las mujeres y los homosexuales. Para otros es más difícil romper con lo tradicional, especialmente cuando no se ha reflexionado al respecto, lo que no quiere decir que ellos mismos no vean la necesidad de transformación y que aun reproduciendo situaciones de violencia o irrespeto, sea posible un cambio.

Considero que otra esperanza para un mundo mejor está en la construcción de un nuevo modelo educativo, en el que los mundos masculinos y femeninos se articulen, se respeten y se integren manteniendo las diferencias y no las desigualdades.

En el siguiente capítulo se aborda la violencia de género protagonizada por los hombres llamados “hombres en situaciones de violencia de género” u hombres agresores. Cabe resaltar que tal denominación da cuenta de que la violencia no los constituye como única característica o aquella que más se destaca en ellos, como si fuera naturalizada. La violencia es una situación determinada, y esa cuestión será ampliamente discutida en el capítulo anunciado. También se tendrán en cuenta los testimonios de los hombres feministas que luchan por el fin de la violencia contra las mujeres y que consideran que esa práctica violenta en ciertos hombres, dista totalmente de ellos.

La articulación de los capítulos sobre socialización y violencia, pretende enfatizar que la violencia no es una rueda suelta cuya comprensión se limita a los hechos violentos específicos como si fueran la

punta de un *iceberg*, o aquello que es más fácil de identificar. La comprensión de la violencia de género requiere reconocer sus orígenes, su estructura, sus causas, su pasado. En este caso, se quiere reconocer un poco más de vida de los hombres autores de violencia de género.

CAPÍTULO III.

MANIFESTACIONES DE VIOLENCIA: SÍ, AGREDÍ PERO...

A continuación presento una interpretación de los relatos de los hombres autores de violencia de género, a la luz de los conceptos psicoanalíticos de *desamparo identitario*, basándome en Susana Muszkat, y de vínculo, con base en Melanie Klein, Bion y Winnicott. También tengo en cuenta la perspectiva teórica de la antropóloga Henrietta Moore, quien propone que la violencia es ‘marcada’ por el género (*engendered*), y de la antropóloga María Filomena Gregori, pionera en Brasil en cuanto al abordaje relacional para comprender la violencia de género.

Reflexiono aquí sobre el proceso a través del cual se construyeron vínculos entre el hombre agresor y la mujer agredida como una continuidad de procesos inconscientes que comienzan en la infancia de cada uno de ellos y se mantienen durante toda la vida, teniendo en cuenta que algunos de esos patrones de comportamiento, son al mismo tiempo familiares y heredados de una generación a otra; interface llamada en el psicoanálisis: ‘herencia psíquica’ (Da Silva, 2003).

Considero importante comprender cómo fueron construidos dichos vínculos y no limitarse a los eventos violentos, así como vislumbrar cual es la red de elementos identitarios (Muszkat, 2008) de hombres y mujeres que hacen parte de relaciones violentas.

3.1 REFLEXIONES SOBRE LOS VÍNCULOS

A partir de la perspectiva del psicoanalista Bion, se entiende por vínculo “la experiencia emocional en la cual dos personas, o dos partes de la misma persona, están relacionadas una con la otra” (Zimmerman, 2004:102). El vínculo supone, por lo tanto, que el lazo tiene dos extremos, y que éste se sustenta si cada una de las partes sostiene una de las puntas; al mismo tiempo se comprende que el vínculo puede ser interno o psíquico y externo o social.

Para Bion (1967), los vínculos siempre son construidos a partir de tres emociones básicas: el amor (L), el odio (H) y el conocimiento (K). No hay, por lo tanto, una única emoción en juego. Esta perspectiva resulta importante para pensar los vínculos que los hombres agresores construyen con las mujeres agredidas, ya que, cuando la violencia aparece, no existe sólo odio en la relación, ni tampoco es un asunto de hombres contra mujeres. Es algo que va mucho más allá y es necesario develar ese ‘más allá’. De esta manera, asumo que los eventos violentos son una especie de escena que se muestra para fuera. Para comprenderlos hay que ir *tras bambalinas*, donde los actores están aún sin maquillaje.

Podemos decir que para D. Winnicott y para W.R. Bion, ambos discípulos de M. Klein, la construcción de los vínculos se da a partir de los aprendizajes durante la infancia, en las relaciones primarias, especialmente con la madre. Entendiendo la madre no sólo como una entidad de base biológica y cultural individual, sino como una representante, frente al bebé, del mundo sociocultural y simbólico. La madre sería entonces una especie de *embajadora* del mundo para el bebé. Desde una perspectiva psicoanalítica, se puede decir que la violencia de los adultos podría ser una manifestación de vínculos problemáticos construidos en la infancia.

Vínculos que remiten a la primera aproximación entre madre y bebé, y que son la base para la construcción de todas las relaciones a lo largo de la vida. Este vínculo no hace referencia solamente a la conexión biológica, sino también al universo simbólico y cultural que

la madre representa. De esta forma, la mamá no alimenta al bebé sólo de forma física, sino también psíquica y emocional (Klein, 1952, Winnicott, 1971).

Para Winnicott (1971), la vivencia de los vínculos primarios del ser humano-bebé con su mamá (o con quien cumpla la función materna), se da en el medio ambiente social y cultural, de tal modo que los juegos infantiles se expanden “en el vivir creativo y en toda la vida cultural del ser humano” (Winnicott, 1971:142). O sea, el modo como los hombres se comportan cuando son adultos –adaptándose o creando mundos– está directamente relacionado con la manera como fue vivenciada su infancia y su forma de jugar.

Así, el psicoanálisis ofrece claves importantes para comprender la violencia de género. Una de ellas es que los hombres agresores se revelan como tal si se tiene en cuenta las vivencias de la infancia y, entonces, siendo adultos plenos, dotados de consciencia, responsables de sus actos, podrían encontrar en sus raíces, o sea, en sus experiencias infantiles, el origen de algunos de sus actos violentos; frutos de procesos inconscientes, difíciles de ser comprendidos y que remiten a una necesaria reflexión. Esta reflexión posiblemente sirva para repensar en la educación de los niños de hoy y transformar las posibles violencias de los hombres adultos de mañana, aunque nada garantiza que la violencia deje de existir, en tanto ella ha estado presente a lo largo de la historia de la humanidad.

Aunque ésta no sea una investigación de psicoanálisis para la comprensión de la violencia de género, ni yo sea psicoanalista, considero relevante esta perspectiva ya que en las entrevistas realizadas, algunos de los temas giraban en torno a las conexiones entre los hechos violentos y la vida familiar. De otro lado, comprendo que el abordaje psicoanalítico ha sido objeto de grandes polémicas en el pensamiento feminista, pues siendo la madre una entidad cultural y no sólo biológica, es depositaria de una herencia cultural y educa a los hijos a partir de parámetros culturales establecidos; por tanto, la educación de los hijos no sería responsabilidad sólo de la madre -como individuo- sino de una madre como vehículo cultural, dígame de paso, cultura patriarcal.

3.2 REFLEXIONES SOBRE LOS VÍNCULOS Y LA VIOLENCIA DE GÉNERO

Por este motivo considero pertinente establecer un diálogo entre la antropología y el psicoanálisis para comprender la violencia de género. El psicoanálisis no desconoce el papel de la cultura y nos ayuda a comprender tanto al hombre agresor que golpea, como a la madre (o quien la sustituya) que lo educa o cría; ambos tendrían la capacidad de crear nuevas formas de relacionarse. Bajo la perspectiva de Winnicott, ellos son creadores de nuevo mundo.

Es importante comprender esto, dado que las diferentes formas de agresión que los hombres ejercen contra las mujeres, no están dirigidas solamente a un tipo de agresión física, sino que agreden algo que va *más allá* de ellas, y me parece que ese *más allá* posiblemente son los *vínculos*. Considero que los hombres en situación de violencia de género manifiestan una profunda insatisfacción con la relación, con las mujeres, con ellos mismos y, en general, manifiestan un malestar con sus vidas en un determinado momento de sus trayectorias. Estos vínculos pueden haber sido violentos desde la educación que recibieron como niños, violencia que se perpetúa en la constitución como adultos (Riviere, J. Klein, M. 1937).

Constaté que después de los actos violentos, los hombres quedaban en una especie de ‘no-lugar’ y experimentaban algo como una ausencia de sentido, a veces siendo llenado por el silencio; un silencio pesado, un desasosiego, cierta inquietud donde se manifiesta lo inencontrable. Fue exactamente allí donde invitamos a estos hombres agresores a hablar, a contar, a narrar, para que profundizaran en el sentido o en el *sinsentido* de sus actos como hombres, como personas, como individuos, en lo que es llamado por muchos psicoanalistas como el “*self*” (Figueiredo, 2003, Safra, 2006).

Por otra parte, escogí la violencia masculina para comprender la crisis de las masculinidades, porque consideré la violencia como una situación límite que sobrepasa la cotidianidad y al mismo tiempo la alimenta, pero que en el momento de la reflexión, cuando se instala

el vacío, los puede despojar de su virilidad brusca y tal vez invitarlos a pensar quiénes son realmente como hombres.

Practicar una forma de violencia y después sentirse culpados es una situación que dejó a los hombres entrevistados a merced de tensiones e incomodidades, y que los obliga, de alguna manera, a pensar en esos actos que representan una ruptura en el *continuum* de sus vidas.

Finalizando esta parte, abordo las reflexiones que hice con los feministas sobre el trabajo que desarrollan con hombres agresores. Después de este breve preámbulo, siguen a continuación mis interpretaciones sobre los relatos de las diversas manifestaciones de violencia masculina en los testimonios de los entrevistados.

3.3 CUANDO LA FICCIÓN REFLEJA LA REALIDAD: VIOLENCIAS MASCULINAS EN RELACIONES CONYUGALES

Me gustaría comenzar reflexionando sobre el lugar de los hombres violentos en relaciones conyugales, a partir de dos películas españolas: ‘Te doy mis ojos’³⁸ y ‘Solo mía’³⁹, para interpretar las manifestaciones de violencia masculina de los entrevistados, ya que durante el proceso de la investigación, el cine fue una de las herramientas de comprensión que usé para discernir sobre el lugar de los hombres en situaciones de violencia de género en las sociedades occidentales contemporáneas y sobre cómo esas sociedades están manejando dicha realidad.

38 Dirección: Iciar Bollain, Guión: Iciar Bollain y Alicia Luna. Producción: Producciones La Iguana y Alta Producción. Duración: 106 min. Elenco: Laia Marull, Juan Tosar, Candela Peña, Rosa María Sarda. Nacionalidad, España, año: 2003. Sinopsis: Pilar se va de la casa con pocas cosas y su hijo. Después de nueve años de matrimonio, huye del maltrato de Antonio, su esposo. Inmediatamente éste la busca pues, según él, la ama más que a nadie en el mundo. La película ahonda en las relaciones de pareja y en los contextos familiares y laborales marcados por el drama de la violencia contra las mujeres.

39 Dirección: Javier Balaguer. Guión: Álvaro García Mohedano y Javier Balaguer. Producción: Juan Alexander. Duración: 100 min. Elenco: Sergi López, Paz Vega, Elvira Mínguez, Alberto Jiménez, María José Alfonso. Nacionalidad: España, año: 2001. Sinopsis: Película sobre el maltrato de los hombres con sus esposas. Al comienzo Ángela amaba mucho a Joaquín y cuando ella quedó en embarazo, los dos se sintieron muy felices, hasta que llegó el día del primer grito, de la primera pelea, del primer golpe. Sólo fue necesario un mal día para que Joaquín la golpeara brutalmente.

No es casualidad que las dos películas sean españolas, ya que en España el tema de la violencia de género viene generando amplias discusiones en diversas instancias del gobierno, e invitando a sectores académicos y medios de comunicación en la resolución de este problema, tanto por la cantidad de eventos violentos como por la gravedad de las consecuencias. Situación que además repercute negativamente en la imagen España, un país que se quiere ubicar en el escenario europeo como una de las democracias más estables del viejo continente, después de la dictadura franquista, que duró 39 años (desde el período de la Guerra Civil Española, entre 1936 y 1939 hasta 1975).

Quise comenzar con una reflexión sobre estas dos películas, porque en ellas se muestran varias de las situaciones que encontré en las entrevistas y varias de las opiniones generalizadas sobre la violencia masculina: una de ellas es que la violencia sólo depende de los hombres, que se presenta sólo en casos de hombres extremadamente violentos y de mujeres extremadamente frágiles; que la responsabilidad de cambiar recae sólo en los hombres agresores y que las únicas soluciones son la separación de la pareja y el castigo a los hombres; hipótesis que quiero discutir.

En la película “*Te doy mis ojos*”, una mujer es constantemente agredida por su esposo hasta que decide dejarlo y buscar ayuda con su hermana mayor. La pareja se separa y la mujer intenta rehacer su vida, comenzando por buscar empleo. Inmediatamente el hombre comienza la reconquista de su esposa, lo que hace que rápidamente se reconcilien. La pareja vuelve a vivir junta hasta que él la agrede nuevamente. Reconociendo su error, el esposo acude a un grupo de autoayuda que es orientado por un psicólogo, éste les pide a los hombres que hablen de ellos mismos, invitándolos a ponerse en el lugar de las mujeres agredidas y a pedirles perdón, lo que les resulta extremadamente difícil.

El psicólogo le sugiere al protagonista de la película que escriba un diario sobre las sensaciones que tiene cuando agrede a su esposa; le dice que intente preguntarse sobre lo que siente inmediatamente después de la agresión, y le sugiere que intente expresar esos sentimientos con un color.

El hombre devanea en su casa frente al escritorio, sin conseguir escribir nada. No puede ahondar en lo que siente, ni hablar sobre ello y mucho menos escribir; no consigue disculparse con su esposa aunque se sienta culpable por agredirla. Hay algo más fuerte que él que le impide hacerlo, sólo es capaz de ver el color rojo que evoca por la rabia que siente en el momento de la agresión y le dice al psicólogo que se siente inseguro y celoso porque todo el tiempo cree que su esposa lo va a dejar.

Una tarde gris de otoño, después de la última agresión, la esposa se va de la casa con ayuda de sus amigas que llegaron hasta su apartamento para auxiliarla. El esposo se queda mirando por la ventana, sin decir nada. La película muestra a una mujer extremadamente frágil y a un hombre supremamente posesivo y violento, tal como es la representación social generalizada sobre la violencia de hombres contra mujeres y, de hecho, tal como se presenta en la mayoría de las situaciones. Una violencia masculina brutal en la cual los hombres no piensan antes de actuar sino que actúan motivados por un impulso primario (Riviere, 1937), y que justifican a posteriori alegando que fueron *presa de la ira y el intenso dolor*, explicación ampliamente cuestionada (Jimeno, 2002, Machado, 2004).

Durante la breve separación de la pareja, la esposa tuvo oportunidad de hablar con su hermana y con su madre sobre lo que le estaba pasando. Realmente ella no hablaba, sino que escuchaba las opiniones de su madre y hermana sobre su matrimonio. Su hermana le insiste permanentemente que salga de la vida de opresión que lleva y que le haga frente a la vida como una mujer autónoma, asumiendo el control de su vida. De otro lado, la madre le refuerza su deber como esposa y le sugiere que debe regresar con su esposo aunque él sea violento y aguantar todas las situaciones, pues hacen parte del matrimonio, así como ella también aguantó las de su padre, argumentando que todo fue por su bien y develando que ella, la madre de la mujer agredida, también era golpeada por el esposo y que nunca hizo nada para ello, más allá de aprender a lidiar con la situación.

En las investigaciones sobre violencia de género, es bastante común encontrar que la violencia se cubre con un manto de silencio.

Eso hace que al comienzo la violencia parezca una intrusa en la vida cotidiana de la pareja, y que con el paso del tiempo se convierta en una permanente –y casi imperceptible– invitada.

De acuerdo con la hipótesis mencionada al principio, respecto de que los hombres agresores deberían ser interpretados desde su infancia y los vínculos que en ella construyeron, valdría la pena observar también cuáles son los vínculos de las mujeres agredidas con sus padres y madres. En la película, se hace evidente que la madre de la mujer agredida fue un modelo (inconsciente) de sumisión y que es un modelo permanente, incluso durante la adultez de sus hijas.

Federico, uno de los entrevistados, cuenta que después de los hechos violentos, su esposa buscaba ayuda de la familia y se quedaba con sus padres por un período corto pero siempre regresaba a vivir con él, no solamente por su insistencia, sino porque finalmente la familia de ella consideraba que las peleas hacían parte de la vida de una pareja. Él describe esta situación haciendo énfasis en que la familia no lo juzgaba ni lo justificaba, sino que lo comprendía.

Yo le pegaba, le daba cachetadas, le jalaba el cabello, la amenazaba de muerte. Ella, pobrecita, cogía su ropa y se iba con los niños por unos días a la casa de la mamá, pero siempre volvía porque la mamá le decía: “váyase que él ya se calmó” (Federico).

Para Henrietta Moore, esta violencia masculina está marcada por la relación jerárquica que hay entre los géneros (*engendered*) según las formas específicas de cada cultura, de forma que cuando el masculino agrede, corresponde a un modelo machista de hombre; y cuando el femenino es agredido, corresponde con un modelo sumiso de mujer, características masculinas y femeninas que a veces solo aparecen en momentos límites de agresión, pero que están latentes en la constitución de los géneros (Moore, 1994). La autora considera que:

(...) En la cultura occidental la sexualidad masculina ha sido asociada con el género masculino como siendo el activo, el agresivo, el impulsivo y poderoso; siendo la sexualidad femenina y las personas consideradas de género femenino como esencialmente pasivas, sumisas y receptivas (Moore, 1994:138).

Esta diferenciación ya fue abordada por otros teóricos como Pierre Bourdieu en ‘La dominación masculina’ (2000), quien propone que en las sociedades mediterráneas lo masculino se relaciona –entre otras características–, con lo alto, seco, grande, fuerte y osado, y lo femenino, con lo bajo, húmedo, pequeño, débil y miedoso. Y también problematizada por otros como Norbert Elias, que en el artículo “El cambiante equilibrio del poder entre los sexos” (1998), propone que las diferencias de poder entre los géneros son acuerdos o negociaciones que cambian según los contextos culturales.

Sin embargo, Moore comprende la violencia de género deconstruyendo los géneros, es decir, asumiéndolos no como un dato fijo, sino teniendo en cuenta los efectos discursivos que producen las diferencias entre ellos y que generan, también, los símbolos o las construcciones culturales de la categoría de mujer, divergentes de la categoría de hombre. Moore habla entonces no sólo de hombres o mujeres, sino de diferentes tipos de personas en contextos específicos (Moore, 1994).

Para Moore, la violencia sería consecuencia de una crisis de representación social e individual en la cual el agresor no es capaz de vivir con su *fantasía de poder*; con ello quiere decir que los hombres se deparan con una permanente contradicción, puesto que en realidad no vivencian el ejercicio del poder que socialmente les ha sido enseñado, impuesto y exigido, y pasan su vida buscando tal poder, convirtiéndose así en una fantasía de poder, y en una alternativa que encuentra que para resolver esta crisis es a través de la coerción, con el fin de reafirmar su supuesta naturaleza violenta. La autora considera que la violencia es una lucha por mantener ciertas fantasías de identidad y de poder en el orden de género socialmente construido e impuesto. El punto “no es por qué las relaciones de género son violentas, sino por qué la violencia es marcada por el género –*engendered*– o sexualizada”,

(Moore, 1994: 154), es decir, incorporada socialmente como parte de las características masculinas.

En mi investigación se encuentran más evidencias de que la violencia es marcada por el género, y también que los vínculos se constituyeron violentamente. Algunos hombres intentan justificar sus actitudes violentas argumentando que fueron educados así, o sea, como si sus comportamientos correspondieran con un modelo de educación: no solamente porque sus padres y madres fueran explícitos, legitimando una forma de comportamiento, sino porque esa era la referencia que tenían en sus hogares.

No obstante, no siempre por imitar un acto de violencia física del padre contra la madre, un hombre será violento y una mujer será sumisa, ya que muchas veces la violencia no se presenta frente a los hijos, sino porque la madre es una mujer dominada que es maltratada y el padre un hombre de impulsos primarios que somete a la familia por la fuerza, y esta pareja -mujer sumisa con hombre brusco-, solo funciona cuando cada uno de ellos acepta, asume o se adapta a ese orden social instituido, consciente o inconscientemente, ya comentado anteriormente.

Beltrán, otro de los hombres agresores entrevistados, dice que él es consciente de la fuerza física que los hombres tienen, comparándolos con las mujeres, y que eso les garantiza una ventaja en las acciones violentas pues saben golpear y patear, no como las mujeres. Los hombres aprenden esto siendo niños, como mencionamos también anteriormente. Veamos su testimonio:

Yo soy plenamente consciente de la fuerza física que desarrollé cuando estoy de mal genio. Es como si fuera otra persona, pierdo el control sobre mí mismo. Yo veo cómo voy pasando los límites de mi paciencia y ahí, listo, pierdo el control y golpeo. Claro que ese control yo no lo pierdo con los amigos, solo lo perdía con mi mujer, no sé por qué con ella era diferente y llegaba a un límite donde ya no conseguía hablar y le pegaba. Mi papa hacía eso con mi mamá, le pegaba, pero hoy en día no,

hoy el viejo está enfermo, en silla de ruedas y ella lo cuida. Ya no me da rabia con él, pero sí lo vi maltratar a mi mamá. Nunca pensé que hubiera aprendido eso de él (Beltrán).

Beltrán se detiene para pensar –como pocos hombres agresores lo hacen–, y concluye que aunque siente rabia de otros hombres, no les pegaría a ellos como le pega a su esposa. Entonces no es sólo la rabia que se siente en cualquier situación, sino que se trata de una rabia/miedo -dada las particularidades del vínculo- con alguien muy cercano. Sería posible que dicha rabia/miedo sea la manifestación inconsciente de cierta inseguridad, así como lo dice el protagonista de la película “Te doy mis ojos”: miedo de ser dejado, miedo de no corresponder a un modelo estándar de hombre. Miedo de no alcanzar su propia *fantasía de poder*.

La ‘fantasía de poder’ de los hombres propuesta por Moore, es similar al concepto psicoanalítico de Susana Muskat (2008) de ‘desamparo identitario’, que hace referencia a la incapacidad de los hombres para cumplir con la expectativa social de identidad masculina. Así, en ese modelo tradicional, la violencia podría ser un alivio a la insatisfacción y a la frustración que produce en algunos de ellos el hecho de no alcanzar los estándares sociales exigidos a un hombre.

Modificar ese modelo implica que los hombres dejen de lado la identificación con éste, y que puedan ir diversificando la cantidad de elementos de identificación. Muskat describe así este concepto de ‘desamparo de identidad’:

(...) Cuando la manutención de la identidad masculina depende de pocos indicadores, tales como dominar a la mujer y a los hijos, o ser el proveedor exclusivo de la familia, al depararse con la alteración de estas condiciones, el hombre siente su identidad amenazada, restándole como recurso débil y precario de rescate de su identidad y de su narcisismo, el uso de la violencia. Así, entiendo que el uso de ésta no se presenta como recurso

de poder, sino como evidencia de lo que denominé ‘desamparo de identidad’. Defino este concepto como una forma de funcionamiento mental y social, construida a partir de ideales culturales en los cuales estos hombres participan en función de la precariedad de la red de significados de los que disponen para definir lo masculino y lo femenino. El concepto de ‘desamparo de identidad’ se opone, por eso, a la noción de una red de identidad diversa, en la cual la base de sustentabilidad del individuo se amplía, dándole más recursos personales que le garantizan un mayor equilibrio narcisista (Muszkat, 2008: 128-129).

En la película “Te doy mis ojos”, se ven varias señales de ese desamparo de identidad; el hombre agresor no es capaz de hablar de sí mismo y de ampliar su abanico de elementos de identidad; no es capaz de escapar de las marcas de su género, ni de escribir en una libreta sus sentimientos más profundos –una habilidad ajena a muchos hombres–. Sin embargo, en esa línea de interpretación, considero que algunas mujeres agredidas también estarían sujetas a cierto desamparo de identidad que se manifestaría en la sumisión, fragilidad, dependencia y pasividad, de tal modo que sus elementos de identidad también deberían ser diversificados, con el fin de evitar caer en el *ciclo repetitivo de la violencia* (Braghini, 2000).

Los elementos presentados como desamparo de identidad, tanto para hombres como para mujeres, parecen describir a individuos de tiempos pasados y no del mundo contemporáneo. No obstante, son muchos los ejemplos a nuestro alrededor que evidencian marcas de un híbrido mundo moderno (Giddens, 1993).

Tanto el hombre como la mujer de la película que estoy comentando, así como los hombres entrevistados, están en una situación de desamparo de identidad. Nunca hay un diálogo abierto o una conversación clara y precisa entre los agresores y las agredidas antes de los hechos violentos ni después de ellos, que los ubique en un lugar alternativo al tradicional; de esta forma, no hay cómo relacionarse de otra manera, no hay elementos para ello. Siempre se presentan

conversaciones interrumpidas, con suposiciones, con ideas y deseos del otro, y de esta forma ninguno de los dos es capaz de manifestar lo que realmente espera de la relación o de la pareja.

Así sucede con muchas parejas que hacen parte de relaciones de violencia, como se ilustra desde otra perspectiva con la historia de vida de López, uno de los hombres entrevistados en esta investigación, quien actuó violentamente contra su esposa en un momento en que su red de elementos de identidad se fue reduciendo.

López era un líder político comprometido con la lucha por la vivienda en su barrio y era el típico hombre proveedor de su hogar. Fue detenido por motivos políticos y, aún en la cárcel, se preocupaba por sustentar a su esposa y a sus hijos económicamente y a través de este deber material, mantener algún vínculo afectivo con su familia.

Durante el tiempo que estuvo detenido, su esposa lo traicionó con un compañero político; así que cuando salió de la prisión, la primera cosa que hizo fue buscar a su mujer y golpearla sin mediar palabra alguna. La golpeó en el mismo instante en que la vió, no pensó en nada, no pidió explicaciones, no preguntó, nada, sólo la golpeó. Como diría Muszkat, la violencia en este caso no fue un recurso de poder, sino una manifestación de desamparo de identidad ya que a López le fue quitado todo lo que tenía, no sólo física, sino psíquicamente. López no era un hombre poderoso sino un hombre *desposeído*.

Si alguien pasara por ahí en el momento en que López estaba agrediendo a su esposa, sólo vería a un hombre violento agrediendo a una mujer indefensa. Sin embargo, conociendo la historia de vida de ellos, se puede decir que se trata de mucho más que eso, y no se está -debe decirse- justificando los hechos, sino dotándolos de nuevos significados.

Volviendo a la película “Te doy mis ojos”, vale la pena saber que el título es dado por un juego erótico de la pareja, en el cual juegan a donarse uno al otro, siendo la máxima demostración de amor de la esposa con el esposo, donarle sus ojos. Ellos se donan partes de su cuerpo pero ellos mismos no son capaces de *donarse* uno al otro.

Podría pensarse que se trata de un juego sadomasoquista en los preliminares de sus encuentros sexuales, pero no es exactamente esto, sino más bien un juego de posesividad, de control del cuerpo del otro.

Considero esto uno de los *hilos invisibles* en las diferentes manifestaciones de violencia de género. En ellos, la pareja, hombres y mujeres, juegan a ser el dueño(a) del otro, del cuerpo del otro, y en entre un juego y otro, se confunden los límites de la individualidad, del amor y la violencia (Gregori, 2003).

Una situación parecida es descrita por otro de los entrevistados: Juan, el profesor universitario. Él manifiesta abiertamente que le gusta tener el control de la relación por encima de su pareja. Control que se hace evidente en algunos momentos de la relación como siendo un simple juego, pero que en muchas otras circunstancias se vuelven expresiones de violencia explícita. Para él es difícil estar lejos de su pareja; quiere saber dónde está, lo que está haciendo, con quién está y si es posible, estar junto a ella todo el tiempo *-como una garrapata-*, como él mismo dice. Cuando no es así, se siente muy inseguro y cualquier sospecha de infidelidad, o mejor, cualquier situación lo deja paranoico de ser traicionado, solo por la simple sospecha, aun sin pruebas. Es entonces en este escenario que Juan se torna agresivo. Puede decirse que se trata de vínculos frágiles y patológicos instituidos desde su infancia, y que de adulto se manifiestan en una profunda inseguridad; la ausencia de la persona amada le produce sensaciones próximas a una enfermedad.

Sobre esta dificultad para estar solo, la psicoanalista brasilera Elisa Cintra, basándose en Klein y Winnicott, dice que estar solo con los *objetos internos*, sin sentirse abandonado, es un estado difícil de alcanzar que requiere la construcción de vínculos sólidos y al mismo tiempo leves desde la infancia —especialmente aquellos generados a partir de los cuidados maternos—, que permitan *ser* sin depender. La autora dice:

Si hoy le preguntáramos a Winnicott “¿Le parece que la capacidad para estar solo es un criterio para el fin del análisis?”, seguramente habría respondido “sí”, pues algo aparentemente tan común exige un nivel de auto-

nomía y de evolución de la percepción de sí mismo y del otro, que sólo se alcanza después de una ampliación de la vivencia materna primaria bien elaborada (Cintra, 2007:35).

A partir de esta perspectiva, considero que muchas expresiones de violencia masculina provienen de hombres inseguros e incapaces de estar solos. La mujer, más que una compañera, es un objeto externo que le ofrece seguridad, pero esa seguridad ofrecida desde afuera es débil, y tal vez sea por ello que el hombre agrede, porque la agresión es una manifestación primaria del miedo; esa rabia, que el protagonista de la película la representa con el color rojo, sería una cara extrema del miedo, o mejor, su máscara o su mueca (Klein & Riviere, 1937).

Pero no son solamente los hombres quienes no son capaces de estar solos, las mujeres tampoco. Se puede decir que ese tipo de violencia es común en algunas parejas en las cuales cada uno parece llenar los vacíos primarios del otro; lo que se da en esos casos son dependencias patológicas y no una relación de pareja, es decir, de equidad.

La violencia de género surge también a partir de determinadas cualidades psíquicas de la pareja, y no de cada individuo como tal, pues alguien puede tener una relación violenta en un momento de la vida pero no siempre relacionarse de la misma manera en otra relación. Es decir, este tipo de violencia es resultado del tipo de vínculo que se establece con cierta pareja, no necesariamente con todas.

Fue el caso de Federico y de Beltrán; ellos describen relaciones violentas en la experiencia del primer matrimonio y relaciones no violentas en el segundo, siendo un momento en el que fueron capaces de reflexionar sobre las experiencias anteriores y manejar de otra manera los conflictos de la relación. Es decir, los lugares que ocupaban como agresores cambiaron y hasta se dieron cuenta de que no eran violentos sino que construían relaciones violentas (Gregori, 2003). Veamos los testimonios de Federico y de Beltrán:

Con mi primera mujer hubo mucha violencia y fue horrible. Ya con la segunda mujer no tuvimos violencia, fue una relación más tranquila. Creo que con la primera influyó por un lado el licor, yo bebía mucho, y por otro, el hecho de que ella era muy celosa y posesiva, y yo no aceptaba que ella me reclamara por nada, aunque tuviera la razón. Mi segunda mujer era más tranquila, se dedicaba a sus cosas, aunque ella sospechara de una posible infidelidad mía, no le daba importancia, y eso hacía con que yo fuera más tranquilo también. Siempre hablábamos y llegábamos a acuerdos, con la otra eran reclamos y peleas de frente (Federico).

Con mi antigua pareja, yo estaba empezando a trabajar en el asunto de logística y seguridad en bares, yo era una persona muy agresiva, perdía el control sobre mí mismo permanentemente y cuando peleaba con ella, no tenía problema en agarrar un palo de escoba y golpearla con ese palo en la cabeza, ¿sí me entiende? Pero hoy en día, frente a una situación de agresividad mía, yo no sería capaz de hacer la misma cosa; hoy yo sé que no debo reaccionar así, y también sé qué me pone más agresivo y qué estimula mi agresividad. Yo por ejemplo no bebo tanto como antes, no bebo porque pierdo el control, no bebo porque mi trabajo me exige que esté siempre bien, y pelearía con ella si estuviera borracho (Beltrán).

Retomando el desenlace de la película “Te doy mis ojos”, en el final se indica un *vacío de sentido* (Figueiredo, 2003) que representa, desde mi punto de vista, lo que sucede con muchos hombres después de situaciones violentas. *Vacío de sentido* que se manifiesta en la incapacidad de conversar sobre una situación límite, pues fue tanta la normalidad tejida en el cotidiano violento de la relación, que cuando una situación irrumpe con esta fuerza, parece no haber palabras para nombrar lo sucedido (Figueiredo, 2003).

Y no solamente por parte de los agresores, sino también, por supuesto y sobretodo, por parte de la agredida, pues al final ella se va y, aparentemente, la situación queda resuelta: la pareja se separa y se

espera que la mujer –no el hombre– comience una nueva vida, pero en el fondo no se resolvió lo que estaba en la base psíquica de esta relación y que la hizo violenta. El final de la relación –la separación– no impide que él continúe siendo violento y ella sumisa.

La película ofrece como solución para la violencia de género la separación; que la mujer tome distancia, pues es ella quien se va. Aun así, la separación no disuelve la relación; la mujer es obligada a dejar a su esposo ya que éste no cambia, no pide disculpas, no habla -tal como se evidenció cuando frecuentó el grupo de autoayuda-. Sin embargo, no queda claro que alguno de los dos se transforme. La pareja se disuelve, el hombre continúa siendo violento, la mujer continúa siendo frágil y los dos continúan en silencio, incapaces de metaforizar, de simbolizar, de re-crear sus vidas y de reflexionar sobre lo sucedido, continúan en el *desamparo de identidad*. El vínculo entre los dos se rompe, pero la forma como cada uno de ellos construye esos vínculos no se transformó (Bion, 1994).

Una situación parecida es la de Nelson, quien golpeó a su novia en un momento en el que dice haber perdido el control de sí mismo por sentirse tomado por los celos, un argumento de muchos hombres violentos que nos sirve como una tentativa para comprender la incapacidad masculina de parar para pensar, para reflexionar. En este caso Nelson, como otros hombres, también se mantuvo en silencio y en un vacío de silencio y significado frente a los hechos violentos. Veamos su testimonio:

No, no dije nada. No sabía que decir. Creí que con el tiempo tendríamos una oportunidad de reencontrarnos y hablar de los hechos violentos. Claro que yo me alejé, por vergüenza. Yo la golpeé por celos, por creer que estaba traicionándome con un tipo, pero nunca supe si eso fue verdad. Nunca le pregunté nada a ella sobre eso, ella nunca supo por qué la golpeé, nada. Ni ella supo por qué la golpeé, ni yo supe si mis celos tenían fundamentos. Ella me denunció y yo fui a la Comisaría, pagué una fianza y punto final. Yo la empecé a llamar por teléfono para intentar hablar y pedir perdón, pero ella sólo llora-

ba y gritaba y no logramos hablar, y así fue pasando el tiempo hasta que no hablamos más (Nélsón).

La novia no quiso hablar con él nunca más y Nélsón no pudo explicar lo que sucedió, ni pedir disculpas, nada. Silencio. Punto final. Vacío y soledad. Y además sobre él recae el juicio social de haber agredido a su amada; sin posibilidad de reparación, los dos quedan en una situación de incompreensión.

Insisto a lo largo de esta investigación, que la comprensión de la violencia de género y no solamente el castigo de los agresores, es una posibilidad para transformarla realmente y disminuirla con el paso del tiempo, pues sólo tenemos la capacidad de transformar psíquicamente el pasado al re-significarlo y atribuirle nuevos sentidos. Y, volviendo al pasado, re-significándolo, transformamos también el presente y propendemos por un futuro diferente (Safra, 2006).

3.4 DEL DESCONOCIMIENTO SUTIL A LA VIOLENCIA FÍSICA: TRANSICIONES VELADAS

La otra película, “Sólo mía” (2001) del director Javier Balaguer, muestra diversas escenas de violencia conyugal en las que el hombre agrede brutalmente a su esposa, después de una prolongada violencia psicológica que comienza con sutiles desconocimientos de ella como persona y como mujer, tratándola de incapaz e ignorante, y exigiendo de ella un comportamiento sumiso, propio de una ama de casa tradicional. Situaciones por las cuales la mujer comenzó a sospechar que algo andaba mal en su relación, pero al ser tan sutiles tales situaciones, no reconocía que con ella se estaba alimentando una relación violenta. Solamente cuando la violencia se hizo explícita, ella vio los eslabones de una cadena de hechos que se habían anticipado a la violencia física y el desenlace de la relación fue una cruel venganza de la mujer contra el esposo agresor.

Al interpretar las diferentes situaciones de violencia contra mujeres, se evidencia que muchas de ellas comienzan por esos sutiles des-

conocimientos de los hombres sobre las mujeres. Desconocimientos que se van volviendo violentos, primero como juegos, luego como ofensas explícitas, y que componen una violencia simbólica difícil de develar tanto por parte de quien agrede como por parte de quien es agredido. Humberto, el intelectual que se recupera del consumo de drogas, dijo durante la entrevista que nunca agredió físicamente a ninguna mujer, pero sí se reconoce como agresor por el desprecio que siente por las mujeres, comenzando por su ex esposa. Veamos su testimonio:

Yo nunca golpeé a ninguna mujer, pero eso no quiere decir que yo no sea un agresor. Yo, por ejemplo, llamé por el teléfono a mi mujer y le pedí que buscara por Internet los diferentes significados de la palabra *arpía* y colgué el teléfono (risas). Y la dejé así, sin poder hablar, irritada, indignada, fue mi forma de llamarla arpía, yo sé que eso es una forma de agresión, porque no sólo la estoy tratando de arpía sino de ignorante (Humberto).

En la película “Sólo mía” la pareja se separa, pero el hombre continúa buscando obsesivamente a su esposa amenazándola con quitarle la custodia de su hija si no vuelve a vivir con él. Ella acepta y durante un encuentro de aparente reconciliación, que realmente era una estrategia para convencerlo de firmar un documento sobre la custodia de la niña, se presentó la escena más violenta de la película. En ese último encuentro la pareja pelea nuevamente pero esta vez la violencia es mutua y en medio de la pelea, de manera extraña, ella dispara contra el esposo dejándole gravemente herido.

En la última escena se constata que el hombre quedó discapacitado, pues la mujer lo visita en una clínica en compañía de la hija y éste aparece en silla de ruedas. La película tiene un desenlace fatal; parece querer mostrarles a los agresores el fin que pueden tener sus vidas de continuar con sus acciones violentas contra las mujeres.

A partir de allí, como en el caso de los entrevistados, también se pueden observar los imperativos sociales de los papeles sexuales, tema que ya ha sido abordado por la Antropología y en los estudios de

género, pertinentes para abordar la violencia de género. Esto es, situaciones masculinas violentas devienen de un proceso particular de masculinidad: del proceso como un hombre se hace hombre y no otro hombre, dentro de las exigencias culturales (Corrêa, 1983).

En la película, es la suegra quien le pide al yerno comprender los errores de su hija y la justifica, diciéndole que es muy joven y que aún no sabe casi nada sobre los deberes de una esposa, pero que poco a poco él le enseñará. Estos deberes implican abandonar su desarrollo profesional y sus amistades para concentrarse sólo en el cuidado de la casa, del esposo y de los futuros hijos. Es como si la madre le entregara la hija a un hombre que va a completar su educación dentro de modelos de comportamiento que corresponden a un orden de género desigual y jerárquico, desventajoso para las mujeres; orden que los hombres y muchas mujeres no desconocen pero que tampoco les interesa modificar. Sobre este punto, Humberto dice:

En términos prosaicos, el problema familiar con el machismo es también el gran problema social con el machismo. Es un gran problema en la reflexión filosófica, el asunto del machismo y la mujer. Yo soy consciente de las desigualdades de los hombres y de las mujeres; no podemos esperar que una joven que trabaja, estudia, atiende al marido, cuida de los hijos y cuida de la casa, pueda ser una gran intelectual, porque ella no tiene tiempo para hacer una buena reflexión. Y mirá la paradoja. Cuando alguien me dice que tal mujer es una gran escritora, yo le digo: para ser una gran escritora o es hombre o es lesbiana. Sin desconocer que yo tengo buenas amigas escritoras (Humberto).

De otro lado Federico, el dueño del bar de salsa, describe situaciones de violencia no solamente en la vida de pareja; él también fue agresivo en otras circunstancias. Cuando era estudiante universitario, fue agredido por un profesor que lo llamó *burro*; Federico se enojó tanto que le quebró un vidrio al carro del profesor. Es perceptible aquí su intolerancia a la frustración y su incapacidad para lidiar con lo que le incomoda –otro ejemplo de desamparo de identidad– (Muszkat, 2008). Él se enoja y golpea, no se detiene para pensar, como propone

Bion. No mide ni le importan las consecuencias de sus actos, aunque después sienta culpa. Federico cuenta que las agresiones con su primera esposa eran mutuas.

Aparecieron malos tratos tanto físicos de ella contra mí, como de mí contra ella, ella me decía: ¿por qué llegó tan tarde? Y yo le respondía: ¡Porque me dió la gana y ¿qué?! Luego seguía la pelea (Federico).

Hubo escenas generadas por él y otras por ella en un ciclo repetitivo de violencias y de forma de relacionarse, donde los directamente envueltos en el drama no distinguen principio y fin; situaciones que nos llevan a pensar si es posible abordar la violencia de género de una manera diferente, especialmente por la incapacidad de algunos hombres y mujeres para asumir que quizás más fuerte que las supuestas provocaciones externas, es la gran incapacidad para lidiar con las frustraciones internas (Cintra, 2008).

Los agresores denominan *provocación* a los reclamos que las mujeres hacen por vivir situaciones que les incomodan, como que el esposo llegue borracho. Y frente al inexistente diálogo en la pesada cotidianidad, aparecen las agresiones como última opción en una discusión donde se piden explicaciones que jamás son dadas. Estas escenas van constituyendo el clásico ciclo repetitivo de la violencia, ampliamente ilustrado aquí y en otras investigaciones (Braghini, 2000). El hombre asume que tiene derecho de quedarse en la calle, en la cantina, bebiendo, sin tener que darle explicaciones a su esposa, y que ella debe esperarlo en la casa. Por otro lado piensan que son las mujeres las que *se lo buscan* y, al mismo tiempo, las que podrían evitar la agresión. Y como dice Federico: *Pero nunca con sangre. Sangre no, pero hematomas sí porque yo la cogía muy fuerte* (Federico).

Teniendo en cuenta que esos supuestos saberes implícitos de cómo una mujer debe lidiar con un hombre, son basados en los mitos construidos en nuestras sociedades sobre lo que debe ser un hombre y lo que debe ser una mujer, saberes y mitos tienen soporte en las normas violentas de género, concepto trabajado por la filósofa norteamericana Judith Butler (1999).

Para esta autora, la violencia de género tiene sus orígenes en las normas que rigen lo que deben ser un hombre y una mujer en las sociedades occidentales contemporáneas. De esta manera, se entiende que las normas sociales tienen diferentes modos de violencia, ya que son la negación de una forma de ser y la obligación de que los individuos sean y actúen según un patrón de comportamiento (sexual) establecido.

La autora quiere desvendar la violencia normativa que traen consigo las morfologías ideales del sexo, a partir de la idea de violencia de las normas de género, basada en lo que ella considera una heteronormatividad sexual. A partir de esa idea, se entiende la violencia de género como resultado de un orden de género impuesto históricamente y aceptado socialmente, basado en la naturalización de las reglas del comportamiento sexual, que van más allá de la identidad sexual. La heteronormatividad define un comportamiento social y sexual determinado por la naturaleza y reforzado por la cultura (Butler, 1999).

Así pues, algunos hombres pueden convertirse en agresores por creencias infundadas de ser los responsables por el control de las relaciones sociales y sexuales, para lo cual necesitan demostrar su fuerza. Y es posible que las mujeres crezcan sintiendo miedo de situaciones en las cuales un hombre nunca o pocas veces sentiría. Ellos, innegablemente, viven otro tipo de situaciones de riesgo que, no por ser de hombres, dejan de estar inscritas en las marcas de género; muchas de ellas están relacionadas con la reafirmación de cierta forma de la masculinidad (Kaufman, 1997, Gregori, 2003).

3.5 ESCENAS DE VIOLENCIA MASCULINA BAJO LA PERSPECTIVA DE LOS AGRESORES

La antropóloga brasileña María Filomena Gregori cuestiona la relación de pareja en la cual el hombre es visto como el ‘malo’ y la mujer como la ‘víctima’, desvendando los juegos de manipulaciones que se manifiestan en las escenas previas a las situaciones de violencia de la pareja. La autora argumenta que los testimonios de las mujeres víctimas son “construcciones parciales: solamente describen uno de

los lados que constituyen las relaciones de poder entre los sexos, en la esfera pública y privada.” De ahí que su libro se llame “Escenas y quejas” (Gregori, 1993:200); por ello es importante conocer también el punto de vista de los agresores. De acuerdo con esta perspectiva, siguen algunos apartes de escenas violentas descritas por los hombres agresores entrevistados. Las tres primeras situaciones violentas corresponden a la historia de vida de Federico, recordando que él describió tres relaciones: hubo violencia mutua en el primero y en el tercero, pero no en el segundo.

Primera relación. Hasta decir: ¡No más! – Federico.

Los niños presenciaron varias escenas de violencia entre nosotros y sufrieron mucho. Lloraban por un lado, y por el otro ella me daba más duro a mí, entonces ellos se hacían al lado mío, una vez hasta tuve sangre. Fueron muchas cosas. Un día me abrió con un botellazo, con tacones, con correas, con lo que encontraba en la casa ella me daba y ahí teníamos más problemas porque los vecinos llamaban a la policía.

Cuando ella me agredía yo la agredía también, pero no tan fuerte. Ella era más brusca que yo, tal vez por mi naturaleza de hombre de saber que si yo le pegaba con fuerza podría dejarla peor, porque la fuerza física de nosotros es más fuerte, entonces yo lo máximo que le di fue una cachetada durísima que siempre alcanzó a dejarla con hematoma, ella es una mujer blanca, y al yo agarrarla fuerte, fácilmente quedaba con morados. Hubo muchas situaciones de esas durante los años de convivencia, después de montar el negocio pasamos un año más juntos bajo el mismo techo, pero sin convivir, hasta decir: ¡No más!

Durante ese año de aparente convivencia no hubo agresión. Ya no nos importaba la vida del otro; yo podía hacer lo que quisiera y ella también, yo sabía que ella tenía una relación y me sentía mal, porque yo era el hombre de la casa, y ¿cómo así? ¿Por qué ella llega tarde?, pero me lo pasaba. Entendí que las cosas van cambiando, uno se va desapegando, hasta que un día llegué a un sitio, la vi y entré, le dije buenas noches. “Hola Federico, te presento a...”. Mucho gusto señor, y no dije nada

más. Me dolió como los primeros días de enamorado y dije: la perdí, la perdí porque yo en el fondo guardaba las esperanzas de que algún día volviéramos, pero no fue posible. Ese día llegué y saqué mi ropa -3 de enero de 2002- lo recuerdo. Y le dije tenemos que sentarnos y hablar de lo que va a pasar con los niños y con el apartamento. Yo me voy de aquí. Dígame cuánto es lo de la alimentación y el estudio, yo me hago responsable. Hasta luego y ella solo dijo hasta luego.

Federico pasó 17 años en esta relación con su primera esposa hasta decir ‘no más’, porque el peso de una relación, aunque mala, violenta y prácticamente de apariencias, parecía más fuerte que el bienestar de la pareja y de los hijos. Durante todo ese tiempo no existió ni un espacio de reflexión sobre la violencia, que sólo terminó con la separación; ésta también sólo fue una opción cuando su esposa encontró un nuevo amor y pudo enfrentar a Federico para pedirle el divorcio. Si no fuera por la nueva ilusión, tal vez la pareja se habría mantenido; ya que no sería por iniciativa de Federico que se separarían, para él estaba bien continuar así, esperaba que las cosas cambiaran, aunque no sabe cómo, pues la violencia se había convertido en una forma de ser, de relacionarse, de vivir y convivir. Era lo normal o esperado en una vida de pareja.

Segunda relación. ¿Cuándo llegará una mujer que me mueva el piso? – Federico

Luego conocí la mejor mujer de mi vida, una persona hermosa, encantadora, la mejor mujer que se le puede aparecer a un hombre en la vida y no la valoré un peso. No era la mujer que me llegaba al alma, no era la que yo amaba, no era la que me gustaba, pero estaba conmigo después de separarme, llegó como a los dos años. Es una mujer de esas que dicen, ¿quiere que le de un piquito en esta uña el pie? Un besito allá, una mujer trabajadora, buena mujer en todos los sentidos, buena hasta para la cama, pero yo decía: ¡eh! esto no me llega, no me nace, esto no es lo mío. ¿Cuándo me llegará una mujer que me mueva el piso?

Esa relación duró cuatro años. Cuatro años en los que no sé qué pasó, no sé pero no era fácil hablar, -contigo sí es fácil-, pero yo no me hallaba, yo la quería pero no era esa mujer que me apasionara sexualmente, porque como te digo, uno es primero sexo y después lo otro, pero como te digo para todo lo otro ella estaba ahí, para lo que yo quisiera; me traía desayuno, me cuidaba, si me daba gripa me traía la limonada y la pastilla, me mimaba, ¿si me entiende? una cosa en mi vida tan contradictoria...

Ahorita yo digo: “ojalá esta mujer me hubiera movido el piso”, ¡yo estaría con ella! Una mujer bonita, que ganaba dinero, independiente completamente, buena hija, buena amiga. Yo pienso que por ahí comienza todo, por ahí es que tiene que empezar, si usted es buen hijo -porque usted primero se cría como hijo, usted no es padre y después es hijo, no, usted primero es hijo- y luego desde que nace hasta que se va de la casa es buen hijo, de ahí para arriba ya la vida le devuelve todo, así es buen padre, buen amigo, sí, buen amante, buena mujer, lo que sea. En esos cuatro años que duré con esa mujer no hubo una sola cachetada, ni una mirada fea, -le estoy diciendo la verdad-⁴⁰. Un hombre con antecedentes violentos, porque yo soy violento, digo, no soy violento, las circunstancias me hicieron ser así, sean buenas circunstancias o malas me echo la culpa, porque si yo no hubiera tocado el trago (bebidas alcohólicas) yo no hubiera sido violento.

Claro, yo mantenía bebiendo, pero ella era una mujer muy tranquila, que si yo saludaba a alguien, me preguntaba ¿quién es? Ella es tal y ella decía: “ah bueno mi amor, bueno mi vida”; era tanto así que no me inspiraba ni decirle ni una mala palabra, porque no *jodía* por nada y entonces ella, por ejemplo, decía voy a ir al negocio y yo le decía: “no mamita, no venga

40 Explicación no pedida, culpa manifiesta. Es posible que Federico mienta al respecto. Pero sociológicamente la mentira también es materia de comprensión. ¿Qué necesidad tendría Federico de mentirme a mí? Este es un riesgo que siempre se corre con la investigación cualitativa. La duda surge, dado que visitando el bar de Federico, entre los amigos se rumoraba que su segunda mujer era constantemente maltratada por él. Al respecto le pregunté a nuestro amigo en común, que hacía cuando se daba cuenta de que Federico agredía a sus parejas y me respondió: “Nada. Yo nunca dije ni hice nada”. Con su respuesta recordé el argumento del psiquiatra español Miguel Lorente-Acosta, citado en la introducción: la violencia de género es socialmente aceptada. Considero que, en distintos niveles, le cabe la responsabilidad tanto a quien agrede directamente, como a quien se entera de la violencia y no hace nada para evitarla, de ahí la importancia de la campaña del lazo blanco, que propende no sólo por no agredir, sino por denunciar cualquier hecho violento contra mujeres.

hoy mejor venga mañana”, entonces ese día no iba y al día siguiente madrugaba a trabajar, porque era estilista y tenía buena clientela, ganaba mucho dinero en su salón de belleza. Entonces nunca iba los viernes a mi negocio, los viernes eran mi día, los sábados pasaba con ella y los domingos con mis hijos. Nunca hubo maltrato entre nosotros. Discusiones sí, claro, como en toda relación, pero nunca un golpe.

Parece que Federico sostenía esta segunda relación para no sentirse solo, pero no porque realmente amara esta pareja. Federico no soporta la soledad, igual que Juan, sobre quien comenté anteriormente. Federico había creado un estilo de vida acompañado, lo que no quiere decir ‘en pareja’. Para él es necesario tener una mujer cerca, cuidándolo, pero esta segunda esposa lo cuidaba en exceso y eso tampoco le gustaba mucho, la experiencia anterior de tantos años de matrimonio parece que le dejó una cierta marca; así, él buscaba relaciones complicadas. No hubo violencia en esta relación, según él, porque no hubo motivos, y al no tener motivos de violencia, tampoco había motivos para amar. El vínculo, desde esta perspectiva, era entonces débil.

Tercera relación. Al que obra mal, mal le va. – Federico

Una vez conocí a alguien en mi negocio, alguien que llegó del extranjero, una mujer de 38 años, atractiva, con mundo. Esa mujer me llamó la atención, cómo podría pasar con cualquiera otra de las diez que llegan al negocio, pero ésta me pareció especial y la saludé, la atendí bien, le di licor, iba cada ocho días al negocio y conversábamos, “¿Cómo estás? ¿Cómo te ha ido? ¡Qué bueno tú negocio! “tomémonos un trago”, esas cosas. Cuando en cierta ocasión la persona que la llevó me dijo a mí: “Fede, ¿usted qué opina de Paola?” y le respondí: “esa mujer *me mueve el piso*” y mi amigo me dice: “yo veo que usted también *se lo mueve* a ella”, se lo digo porque ustedes ya llevan un mes en el mismo cuento; “que venga brindemos” pero nada más. No sé si ella lo mandó a decirme algo, porque yo no soy de esos hombres insistentes que dicen: “venga mamacita ¿cómo está? ¡No! Yo dejo que tome la iniciativa o la tomo yo, pero ni la tomaba ella ni la tomaba yo. Entonces como que se sintió intri-

gada, y en cierta ocasión le dije: “vamos a tal parte, salgamos y nos vamos a otro sitio a escuchar música” hasta que llegó lo que tenía que llegar, tuvimos sexo y ya empecé a salir con ella, desconociendo un montón de cosas de ella, problemas de su vida, su pasado.

Y yo, ¡enamorado! ¡Una pasión horrible! Mirá que yo tuve unas cien mujeres, pero ¿ésta? Ésta es la que me hace sentir, ¡por fin! Es una cosa química, no tiene nada que ver con la belleza física. Cuando yo empecé a ir a su casa, ella empezó a invitarme para que me quedara, comenzamos a cocinar juntos, a salir a comer, a hacer paseos con el hijito de ella -eso fue en los tres primeros meses-. La primera discusión fue por algo que “yo miré” o por algún comentario que yo hice de alguien, ¡ya ni recuerdo! Es que ya son tantas cosas en dos años. Si en estos dos años hemos estado bien tres meses ¡es mucho! Porque nosotros pasamos ocho días bien, ocho días mal; en estos dos años sumando el tiempo, da unos tres meses bien, pero no es un tiempo continuo, y de tres meses hemos pasado sólo quince días juntos permanentemente, pero nosotros nos amamos, aunque este tiempo presente con ella es horrible, es una mujer que tiene muchos problemas.

Las peleas siempre son porque ella tiene muchos problemas. Ella se fue de Colombia con una identidad y regresó con otra, eso es suplantación de identidad, es un delito que da cárcel. Yo no sabía que estaba enredada en ese tipo de cosas. Cuando se fue tenía una cédula falsa y cuando regresó las autoridades de inmigración la estaban esperando para aclarar esa situación, eso es muy grave. Ella trajo bastante dinero del extranjero, pero ya gastó mucho resolviendo ese asunto, entonces comenzó el estrés. Estrés que no tenía nada que ver conmigo, pero cuando nos encontrábamos y yo le preguntaba: “¿Qué pasa amor?”, ella me respondía: ¡deja de joder HP, no es asunto tuyo! Ese día que ella me gritó y me insultó fue horrible; yo escuché que ella recibió una llamada y peleaba por el teléfono, un asunto de abogados, pero ella no me contaba nada.

Me quedé callado y me fui, pero ella después me buscó: “venga mi amor, perdóneme, yo estoy mal, es que usted no sabe

muchas cosas de mi vida, pero yo te voy a contar”. De ahí en adelante comenzaron a pasar muchas cosas malas, hablaba por teléfono alejándose de mí, yo nunca le decía nada, ella hablaba con abogados, tenía miedo de ser detenida. De nuevo yo le preguntaba: “¿Mi amor, qué está pasando? Y ella de nuevo: “¡Nadal! ¡No me joda!”. Otro día fue con un golpe. Yo nunca le devolví un golpe a ella, ella me dio 3, 4, 20, 50, ¡100! Hasta el punto de agarrar un cuchillo, quebrar vidrios, tirármelos encima, herirme, pero todo por el estrés de ella. Nuestra relación depende del estrés que ella tenga.

Si en este momento ella pasa por aquí y nos ve, se va contra ti, te agarra del pelo y te lleva hasta allá -estábamos en un parque del eje cafetero, que tenía un lago en el centro- y te ahoga, contra mí no. Te va a insultar. Es súper vulgar. Yo te cuento esto porque confío en que se reserve la identidad. Un día insultó a un coronel de la Policía. Ella fue detenida y no le importó. Lo trató súper mal, todo porque nos pararon en un retén en carretera y el policía le preguntó: “¿Usted está con licor?” Porque le vio los ojos rojos, y ella siendo bajita, pequeñita, le respondió: “HP conmigo no se meta”, le dio una patada y fue detenida por irrespeto a la autoridad. Pero en otras circunstancias usted la ve bien conmigo, súper bien.

Yo le digo a ella, todo bien, pégueme, desahóguese conmigo, deme más, porque ella se desahoga y queda tranquila, es la única manera, me dejo golpear y le digo: “deme más, eso, más”. Así ella se queda tranquila. Yo adoro esa mujer con toda mi vida. Nosotros intentamos vivir juntos seis meses y casi ¡nos matamos! Mira, aquí tengo las marcas de una herida, ella me hirió con una jarra, quebró una jarra y me atacó, yo trataba de protegerme, pero de todas formas me quedaron estas marcas. Algunas veces el niño miraba, a veces no, y el niño le decía: “mami no hagas eso”, y ella le respondía: “culicagado, lárguese de aquí”, siempre vulgar, siempre malos tratos, pero es por el estrés que ella tiene.

En esta nueva experiencia, parece que Federico vive situaciones parecidas a las que vivió en su primer matrimonio: una relación tormentosa. Él sabe que ésta no es la mejor forma de relacionarse, pero

prefiere la fuerza de la pasión, -que al momento de la entrevista lo embarga-, y no las *aguas tibias* de la segunda relación. Inclusive se puede ver a sí mismo como un hombre violento con su primera esposa y, por eso, cree que ahora está pagando lo que le hizo a ella, lo que le permite aceptar la violencia que su actual pareja ejerce contra él.

Su discurso es una mezcla de argumentos místicos y racionales, con matices psicológicos que comparte conmigo en el momento de la entrevista, como si quisiera convencerme de las razones por las cuales la violencia es un factor presente en su vida afectiva. Durante la entrevista percibí que Federico está bastante afectado emocionalmente, no tiene calma en su interior. Mientras conversamos se lleva las manos al rostro, mira el reloj, mira hacia la calle, habla rápido, alto, se para, se sienta, que interpreto como señales de desespero; se anima mucho y luego se calma y al final concluye que la vida es así y que no hay nada que se pueda hacer.

En medio de un ambiente social permisivo, la violencia de género se presenta como un elemento más de lo cotidiano. Ésta puede ser una expresión de fuerza en una circunstancia determinada, producto de una relación asimétrica entre los géneros, y también puede ser una forma de establecer relaciones amorosas donde las agresiones no son reconocidas como tales, sino que se incorporan a la vida de la pareja, al comienzo como algo que no parece grave, y después como algo que hace parte del cotidiano y de lo cual es difícil escapar; matices que sólo se notan estando cerca de la intimidad de la pareja. Como diría Gregori: “para entender cómo se establecen las relaciones de violencia, podemos intentar seguir, de forma sistemática, cómo el cambio cotidiano de lugares se va dando entre la pareja” (Gregori, 2003: 99). Sin embargo, en este caso se hace una retrospectiva de los eventos violentos, por lo tanto, de una interpretación de la violencia.

Los vínculos que Federico ha construido con sus parejas, están viciados por un intercambio de bienes materiales y simbólicos, casi imperceptibles, que se repiten en cada una de sus relaciones. En el primer matrimonio, Federico fue el proveedor de la familia: su esposa aguantó malos tratos porque él le ofrecía comodidades materiales

y porque estar casada le propiciaba cierto reconocimiento en una pequeña ciudad del eje cafetero colombiano. Para él también era importante ser un *señor casado*. Durante esa larga relación, la violencia fue una convidada permanente.

En la segunda relación, Federico dice que no hubo violencia porque no había motivos. En esta experiencia él no fue proveedor, pues su compañera era independiente económicamente, pero el vínculo se mantenía por la importancia social de tener una relación. Con la tercera pareja, Federico dijo que su relación mejoraría si él tuviera más dinero para resolver los problemas económicos de su compañera. Él reduce sus problemas de pareja a la falta de dinero para asumir todas las necesidades de ella. Federico describe esta relación como una “pasión horrible” que lo deja sin aire. No tiene condiciones materiales para ofrecerle; no obstante, para ambos tener una pareja es un bien simbólico que, por el momento, mantiene el vínculo.

Para él -y creo que para ellas-, la violencia en sus relaciones no es el mayor problema que desde fuera otros puedan ver. Cuando conversé con nuestro amigo en común, éste me dijo que se quedó aterrado al darse cuenta que en su círculo de amigos la violencia entre las parejas era algo tan ‘normal’, tan ‘común’; al mismo tiempo, sus amigos también se asombraron al saber que él nunca había golpeado a una mujer, cuando eso es algo que ¡hace parte de la vida de los hombres! Federico aceptó hacer parte de esta investigación porque se siente cansado de ser ese hombre, de tener ese tipo de relaciones sobre las cuales, 20 años después, comienza a reflexionar.

Veamos otras escenas de violencia de género, ahora de Juan, el profesor universitario de Artes Plásticas en una ciudad al sur del país, que habló en la entrevista de varias situaciones violentas en sus relaciones, todas marcadas por celos y paranoia. Juan golpeó a sus parejas en situaciones de desconfianza en las que creyó, aun sin pruebas, haber sido traicionado. Para él se trata de su ‘sexto sentido’, pero que más bien parece estar relacionado con algún tipo de perturbación psíquica que se convierte en la justificación de sus acciones violentas.

Primera relación. Era como si fuéramos siameses. – Juan

Cuando vine a vivir acá, mi mujer se quedó en Cali con mi hijo. Aquí empecé a salir con una chica. Después mi mujer vino a vivir conmigo y se dio cuenta que yo salía con esa chica y creyó que todos mis amigos estaban burlándose de ella. Se enojó muchísimo y me golpeó con un palo que agarró de nuestro jardín. Ella me golpeó en la cintura. Yo agarré otro palo y la golpeé también. Al día siguiente nos reíamos de ver la marca que quedó en nuestra cintura, en el mismo lugar, era como si fuéramos siameses. Como si alguien nos hubiera separado, pero ahí quedó la marca. Seguimos juntos dos años más; dos años en los que estuve castigado por haber salido con la otra chica. Yo la comprendo, porque si fuera yo, no sería capaz de estar de nuevo con mi mujer si ella hubiera estado con otro hombre, aunque eso haya ocurrido durante el tiempo que estuvimos separados.

Dejé a mi mujer cuando ella comenzó a llegar tarde a la casa. Antes nunca llegaba tarde. Un amigo comenzó a llevarla en carro a la casa. Entonces pensé: “ella está saliendo con otro tipo”, yo lo descubrí porque tengo un *sexto sentido*, porque a veces yo sospecho cosas o intuyo cosas, aunque una amiga me diga que no, que más bien yo manipulo a las personas para que incurran en determinadas situaciones y después les reclamo por eso. “Mire lo que usted hace”. Pero en este caso no fue así, al final de cuentas nos separamos y un año después se casó con el tipo del que yo sospechaba.

Antes de todo eso, cuando vivíamos en Cali, tuvimos una pelea que terminó en agresión. Estábamos en un asado y empezamos a pelear por celos, pero en este caso eran celos de ella porque yo estuve coqueteando con sus amigas. Llegamos a la casa y ella estaba muy enojada, entonces yo le di una bofetada en la cara para que se calmara y ella continuaba alterada, entonces la golpeé fuertemente, después ella me dio una patada en la pierna; los vecinos llamaron a la policía y la pelea terminó. Este tipo de cosas ocurrían, pero la vida continuaba como si nada hubiera ocurrido. Yo siempre tenía muchos celos.

De acuerdo con su concepción simbiótica de pareja, Juan se siente orgulloso de decir que la marca de violencia parecía una *marca de siameses*. Y, según él, su pareja compartía el mismo orgullo. Juan no se ve a sí mismo como un hombre violento, sino como un enamorado que vive intensamente sus relaciones; además, piensa que las mujeres que se relacionan con él deben saberlo o entenderlo y dejarlo, porque él no se siente responsable por nada.

Segunda relación. ¡Todo por una chaqueta! – Juan

Después comencé a salir con una chica de 22 años, que tenía un hijito de un año y medio. Yo la conocí cuando era mi estudiante, pero cuando fuimos novios yo ya no era su profesor. Ella decía que me quería, pero cuando estábamos en espacios públicos, ella hacía algunos gestos, como ponerse un dedo en la boca, que me hacían creer que estaba coqueteando con otros. Un día estábamos en una fiesta de la Universidad y ella comenzó a bailar con otros hombres, yo veía como sus cuerpos se rozaban, y yo dije: “no tengo nada que hacer aquí, ¡me voy!”. Y me fui, pero después volví porque pensé: “no, yo no tengo por qué irme, tengo que volver”. Y cuando volví, ella estaba vistiendo la chaqueta de un amigo. Entonces me hice cerca de ella y le di una patada en la pierna. Después la abracé fingiendo que iba a besarla y golpeé varias veces su cabeza con la mía, entonces, varios tipos se vinieron encima de mí y nos alejaron, ahí sí me fui.

Las personas me dicen: “pero cómo es posible, todo por causa de una... ¿Chaqueta? Y yo respondía: “no es por la chaqueta en sí misma, sino por lo que representa simbólicamente”. Para mí, en las películas norteamericanas cuando los hombres le pasan su chaqueta a una chica es porque ellos tienen una relación, o sea, vestir la ropa de otro para mí es algo altamente significativo, no es sólo la chaqueta, sino el calor del otro, el aroma del otro. Pero nadie me entendía. Después de eso la relación se acabó.

Juan siempre justifica sus agresiones contra las mujeres, argumentando que todas fueron resultado de provocaciones; al parecer no soporta la idea de que –según él– lo irrespeten. La paranoia de ser traicionado lo consume e intenta actuar antes de que ello ocurra. Su

poder se sustenta en la imagen de ser un profesor exitoso, no sólo en términos académicos, sino en lo que se refiere a la conquista de mujeres, especialmente de mujeres jóvenes como comenté en el capítulo anterior, refiriéndome a los espacios de sociabilidad. Su *fantasía de poder* se sustenta en el conocimiento académico y en el prestigio que tiene por ser un profesor universitario, por lo menos frente a sus estudiantes.

Kaufman denomina ‘contradicciones de poder entre los hombres’ (Kaufman, 1997) lo que Moore llama ‘fantasía de poder’ y ‘fantasía de identidad’ (Moore, 2000). Tales conceptos dan cuenta de que al no tener realmente tal poder, los hombres pasan la vida buscándolo y la violencia termina siendo uno de los artificios para mantener el supuesto e inexistente poder; estas condiciones de alguna manera explican los comportamientos violentos de algunos hombres en determinadas circunstancias, pues no existe violencia en sí misma o naturalizada, sino como respuesta a un modelo cultural que se ha atribuido a lo masculino.

Para Welzer-Lang, la violencia de los hombres contra las mujeres es siempre violencia sexual, de la misma forma que la violencia contra los homosexuales. Este autor coloca en el mismo nivel la misoginia y la homofobia. Veamos su argumento:

Todas las formas de violencia y de abuso que cada hombre puede vivir, sea como agresor o como víctima, pequeño, débil o niño, lo convierte en una víctima marcada (por el género y por el sexo). Siendo protegido por sus compañeros, éste puede infringir el sufrimiento al que él mismo le temía. Exorcizar el miedo agrediendo a otros y disfrutar de los beneficios del poder sobre el otro, es la impronta que parece inscrita en todas estas situaciones (Welzer-Lang, 2001:464).

De acuerdo con este autor, la violencia de género se basa en un modelo educativo que se hereda y se repite de generación en generación, no de forma intencional, sino por la fuerza de la costumbre, siendo que la primera forma de violencia masculina se ejerce contra los mismos hombres y después es dirigida a las mujeres; a partir de

allí, comienza una cadena de violencia en la cual los hombres son sólo un eslabón más, no la razón ni la causa.

Los hombres han aprendido a comportarse de determinada forma a través de procesos inconscientes de identificación con un modelo de hombre, es por esto que, cuando un hombre agrede, deberíamos preguntarnos dónde y con quién aprendió tal comportamiento. Cuál fue el ambiente social, familiar y cultural que propició este aprendizaje. No pretendo con esto responsabilizar a las madres y/o a las familias, como es frecuentemente enunciado en las críticas al psicoanálisis, sino comprender la violencia como una forma de relación social aprendida. De esta forma el autor considera que:

Tanto para los hombres como para las mujeres, la educación es un proceso de mimetismo. Ahora bien, el mimetismo de los hombres es un mimetismo de violencias, de violencia inicialmente contra sí mismo. La guerra que los hombres emprenden en sus cuerpos es inicialmente una guerra contra sí mismos. Después, en una segunda etapa, es una guerra contra los otros (Welzer-Lang, 2001: 463).

Muchos hombres agresores no son capaces de nombrar o explicar lo que sucedió en el momento de la agresión. También ocurre que muchas parejas se relacionan a partir de malos-entendidos, y las peleas comienzan por suposiciones sobre el comportamiento del otro. La violencia aparece como una negación de la palabra. O mejor, es la ausencia de la palabra; del diálogo, de la exposición clara de las ideas; la violencia es la que pone el punto final en determinadas situaciones de la vida de la pareja. Fue el caso de Nelson cuando agredió a su novia. Hasta el momento de la entrevista –muchos años después de la agresión–, él no comprendía su comportamiento violento. Veamos su testimonio:

¡Se me salió el diablo! – Nelson

Nuestra relación ya estaba en crisis. Ella había decidido terminarla; sin embargo, continuábamos saliendo juntos a algunas partes. Por eso ella me invitó a cine. Y llegando al lugar de encuentro, yo la vi besándose con otro tipo. Era ella, su piel, su

falda, su nariz. No la vi directamente, pero supe que era ella. Teníamos una cita para ver la película “Los muchachos no lloran”. Durante la película yo la miraba con desconfianza, ¿sería? O ¿no sería ella? Y ella me volteó a mirar como diciéndome: ¿Qué fue? Bueno, salimos del cine y juntos tomamos un taxi, yo supuse que estábamos yendo para la casa de ella, juntos, como siempre lo hacíamos. El taxi tenía una ruta que pasaba primero por mi casa y estando cerca me dice: “¿por qué no te quedas en tu casa? Yo voy para la mía y no me puedes acompañar”.

En ese momento ¡se me salió el diablo! Me dio mucha rabia y empecé a golpearla dentro del taxi. No sé qué me dio. Fue una sensación horrible. Era una sensación que me oprimía el pecho. Yo siempre tengo dolor en el alma, -así somos los bipolares-. Es un vacío en el pecho, como si nos faltara algo, no sé, una ausencia extraña en medio del pecho. Eso se profundizó; yo no controlé mis manos y la golpeé muy fuerte. Demasiado fuerte, como si estuviera golpeando un hombre. Ella entró en choque. Le di puños en la cara, en el cuerpo, en toda parte. Yo estaba ciego de rabia. Le jalé el cabello. Fue horrible. Sin hablar nada, ella no sabía por qué la estaba golpeando y yo no sabía por qué hacía eso.

El conductor paró el carro y me preguntó por qué yo la golpeaba dentro de su taxi, -no por qué la golpeaba, sino por qué dentro de su taxi. Ahí el tipo agarró un machete y me amenazó; yo aparenté tener un revólver llevándome la mano a la cintura. El taxista entró de nuevo al taxi, muy rápido y se la llevó. Ella iba consciente pero muy hinchada. Tenía los ojos morados y hematomas por todo el cuerpo.

Después que ellos se fueron, como que *desperté*, pero, ¡qué hice! ¡Dios mío, qué hice! La perdí para siempre. La lucidez llegó de repente, paré para pensar, pero no consigo responder por qué hice eso. Regresé caminando a mi casa, estuve caminando por casi tres horas. Eso ocurrió en el año 2001 y no logro reponerme de ello. No lo superé. Nunca más tuve una relación seria. Las nuevas relaciones se volvieron muy difíciles para mí, pues había unas exigencias y unas condiciones y yo no tenía paciencia para nada.

Es importante tener en cuenta que Nelson comenta tener un trastorno bipolar y que siempre tuvo una relación complicada con su novia, pues cuando atravesaba momentos de depresión, entraba en un mutismo tan grande, que ella no entendía nada y, para suplir su falta, él le daba regalos.

Se puede decir que el vínculo afectivo construido entre ellos dos, tiene como pilar un intercambio implícito de compañía y de bienes materiales, y cuando Nelson dejó de tener interés en tal intercambio, la relación entró en crisis y él no supo cómo lidiar con la frustración de la ausencia de su pareja.

El vínculo afectivo de esta pareja tampoco estaba basado en el diálogo permanente, sino en suposiciones. La novia no sabía que Nelson tenía un trastorno bipolar, él nunca se lo dijo y ella nunca preguntó por sus cambios de humor. La ruptura de la relación por razones de violencia refleja de alguna manera la incompreensión permanente: ninguno de los dos supo nombrar, ni siquiera enfrentar, lo que sucedió en este episodio de violencia.

Vale la pena analizar esta situación a la luz del psicoanalista Bion. Para Bion, el bebé aprende a pensar con la madre. El bebé pasa del `terror sin nombre´ a lo que es nombrado, a partir de la experiencia materna. Es a partir de esa relación primaria que cada individuo aprende a manejar la frustración, con la espera, con el pensamiento (Bion, 1994). En la historia descrita por Nelson, se hace clara su incapacidad para aceptar el silencio, él no soporta la soledad, la ausencia, la frustración. Lo que también sería interpretado, en la perspectiva de Muskat, como otro ejemplo de agresión por *desamparo de identidad*.

Veamos también el testimonio de Beltrán, en una escena de su primera relación, en la cual se sintió *fuera de control* de sí mismo, argumentando que fue provocado por su pareja. Beltrán tuvo dos matrimonios: a su primera esposa la agredió de forma permanente durante dos años, con la segunda no se presenta violencia; pero el recuerdo de la primera relación es una marca que lleva consigo hasta hoy.

Déjeme salir ¡necesito respirar! – Beltrán

El mal genio de ella era brutal y ahí comenzaba la violencia. ¿Me entiende? Yo tengo una disciplina militar y conozco mi límite, pero con ella yo ultrapasaba ese límite. Eso ocurría cuando empezábamos a pelear y yo le decía: “déjame ir”, y ella respondía: “usted de aquí no sale, si quiere me puede matar, pero de aquí no sale”. De nuevo yo le decía: “déjeme salir ¡Necesito respirar! ¡No quiero golpearte! Y ella: “No va salir, entonces golpéeme”. Y ahí comenzaba tremenda pelea. Los vecinos llamaban a la policía, ella me denunció (al describir los hechos él cierra la mano en forma de puño y hace un silencio con un gesto de rabia y frustración).

Yo creo que sí hay provocación. Algunas veces las personas juzgan desde afuera que el tipo es una bestia porque golpea a la mujer, pero nadie sabe lo que ocurrió antes de golpear. Nadie sabe la provocación de la mujer. ¿Entiende? Si yo pudiera volver el tiempo atrás, actuaría diferente. Hubo un día que yo la golpeé con mi cabeza hasta quebrarle un diente. Eso fue horrible. Fue brutal. Yo me siento muy mal por eso, porque es una marca que yo dejé en ella; tan mal me siento con eso hoy en día, que yo le pago un tratamiento odontológico para intentar arreglárselo.

Pienso que éste es un ejemplo más de un vínculo construido a partir de suposiciones, frases incompletas, imaginación y la soledad de cada una de las partes de la pareja. La provocación no justifica la violencia, pero nos ayuda a pensar en el *desamparo de identidad* de los dos. Él usa la fuerza bruta para minimizar un conflicto, y ella parece buscar su reconocimiento solo por vía de la fuerza de él. La red de elementos de identidad de los dos es reducida, simplificada, limitada.

Su horizonte de posibilidades en ese momento de la vida de pareja, no muestra otras opciones. Tal vez sean capaces de transformarse y tener otro tipo de relación; no sé si se trata de una travesía en términos bionianos, de ‘renacer a otros mundos’ (Bion, 1994), pero, por lo menos en la narrativa de Beltrán, se puede ver una reflexión sobre la vida anterior en medio de la violencia, lo que quizás sea el comienzo de una transformación.

Después de este recorrido por las narrativas de los autores de violencia de género entrevistados, considero que su comportamiento violento es una consecuencia de los modos de ser y vivir que estos hombres han construido, no siendo la violencia, por tanto, una característica natural de ellos, y sí construida social y culturalmente a través de procesos de identificación.

Algunos hombres reaccionan violentamente contra algunas mujeres en circunstancias específicas. Esta interpretación se aproxima a la lectura que hace el psicoanalista Prado, basado en Kohut, nombrándola “furia narcisista”. Veamos:

La furia narcisista, según Kohut, se presenta de muchas maneras; sin embargo, todas tienen un tono característico que les da un lugar sin igual en el campo de la agresividad humana. Los aspectos específicos de la furia narcisista, son: necesidad de venganza, necesidad de eliminar un error deshaciendo la herida narcisista a cualquier costo y una compulsión arraigada e incesante de realizar tal objetivo. El autor busca encontrar el significado específico de estas injurias psicológicas, que son las que tienden a provocar la furia narcisista (Prado, 1988:54).

Desde este punto de vista, la *furia narcisista* sería una característica de los hombres actores de violencia de género, lo que nos permite pensar en los vínculos construidos con las mujeres agredidas. En esta construcción de vínculos, tanto ellos como ellas son partícipes. Las mujeres que fueron golpeadas por estos hombres tuvieron un papel activo en la relación con ellos y, aunque ellas fueron sus víctimas en casos específicos de violencia explícita, también fueron sus parejas durante la relación y en algunos casos quizás tenían la capacidad de acción o resistencia.

En otro tipo de investigación sería válido preguntarse por qué las mujeres se relacionan con hombres que no las reconocen o que las reconocen sólo a través de la violencia, que no tienen capacidad para “amar, confiar y reparar”. Hombres cuyo ego está absolutamente centrado en sí mismos y no reconocen la mujer a su lado como un

par. El narcisista no se da cuenta de los otros cuando ataca, según Prado:

El ataque sin tregua y sin sosiego proviene de una tentativa de mantener afuera, en el objeto externo, la responsabilidad por la destructividad y desencadenar sobre éste la misma destructividad, ya que, de lo contrario, sería forzado a destruirse. En otras palabras, es la manifestación de una defensa maníaca que exige el triunfo y el control maníaco sobre los objetos externos (Prado, 1988: 55).

Siempre es menester explicar que no se está queriendo justificar con estas interpretaciones psicoanalíticas, a los hombres autores de violencia de género como si se tratara de personas con trastornos psíquicos, pues a lo largo de este trabajo vengo argumentando que son terrible y asustadoramente *normales* –en sentido arendtiano–, es decir, no hay patología en ellos, no están enfermos, excepto, quizás Nelson. Sin embargo, considero que esta perspectiva nos ayuda a comprender lo que sucede con estos hombres y sus comportamientos. También sé que por esta vía se corre el riesgo de responsabilizar a las mujeres de la violencia contra ellas; nuevamente, insisto, no se trata de esto.

Lo que pretendo es reconocer que estos hombres no son la encarnación del mal cuyo último destino tiene que ser la cárcel, sino hombres comunes y corrientes que deben reflexionar sobre su masculinidad y con ellos, también la sociedad también necesita pensar sobre el tipo de hombres que está formando con la educación que le ofrece a los niños, reforzada por los medios masivos de comunicación, los modelos culturales impuestos por el mercado y por la grande media, los espacios de sociabilidad, la familia y los amigos, entre otros y muchos agentes socializadores.

Para pensar en estas nuevas posibilidades de masculinidades, crucé los discursos de los hombres autores de violencia de género con los discursos de hombres feministas que luchan por el fin de la violencia contra las mujeres, y que han reflexionado tanto sobre la violencia de los hombres, como sobre su propia masculinidad. Presento a conti-

nuación las experiencias de trabajo en el activismo político y en las campañas educativas de las cuales participan los hombres feministas.

3.6 LA PERSPECTIVA FEMINISTA SOBRE LOS AGRESORES

Los seis hombres feministas entrevistados han participado o participan en proyectos de intervención social que pretenden combatir y disminuir la violencia de los hombres contra las mujeres. Algunos de ellos tienen experiencia en proyectos de intervención social con hombres en diferentes áreas y contextos: asuntos de paternidad y/u homosexualidad –y no sólo sobre violencia contra mujeres–. Otros trabajan en proyectos de atención para hombres, que pretenden disminuir la violencia de género.

Quiero mostrar la perspectiva de los feministas sobre los hombres agresores, a partir de las reflexiones que ellos han desarrollado con los proyectos sociales y con sus reflexiones académicas; todos son profesionales de las áreas sociales y su práctica de intervención se desarrolla a la par de su trabajo intelectual.

3.6.1 La experiencia del Instituto *Papai*

Jorge Lyra, coordinador actual del Instituto *Papai*, nos cuenta que éste tiene como eje de su intervención el trabajo con jóvenes de escasos recursos, a partir de la capacitación sobre diferentes temas como sexualidad, salud sexual y reproductiva, paternidad y derechos sexuales y reproductivos, entre otros. Así, los jóvenes capacitados podrán ser multiplicadores en sus barrios, en los que no hay acceso a este tipo de educación.

Me reuní con un grupo de estos jóvenes que dice tener una mirada del mundo mucho más amplia después de haber participado del proceso educativo de *Papai*. La vida en el barrio es limitada y solo les ofrece un modelo de vida, de hombre y de ser; al participar en este tipo de experiencias, ellos sienten que se amplían sus universos de po-

sibilidades y de conocimientos sobre las masculinidades. Aunque son jóvenes, ellos son capaces de ver los viejos modelos de hombre que su generación aun repite y, aunque otros jóvenes del barrio se reían de ellos por ser ‘zanahorios’,⁴¹ ‘bobos’ o ‘juiciocitos’⁴², ellos saben que ser hombre es mucho más que demostrar fuerza, así que no es posible no tener algún tipo de comportamiento machista, pero el hecho de tener consciencia de ello hace la diferencia.

También tuve la oportunidad de ver una obra de teatro presentada durante una semana de actividades educativas y culturales organizada por la Alcaldía de Recife. En la obra, los jóvenes de Papai recrearon situaciones de hombres marcadas por el machismo, queriendo mostrarle al público lo absurdo que resulta la ostentación de poder masculina. Después de la presentación de los jóvenes se abrió un debate con los asistentes para intercambiar impresiones sobre la obra.

El Instituto Papai también participa en campañas educativas sobre discriminación sexual a nivel local y nacional, siendo uno de los promotores de la “Campaña brasileña del lazo blanco: hombres por el fin de la violencia contra las mujeres”, que ya fue comentada antes.

En Recife, el Instituto Papai se empeña en hacer parte de la vida cultural de la ciudad para promover la no violencia contra las mujeres, en los códigos culturales que la ciudad reconoce y disfruta. Así, crearon un grupo artístico llamado “Lazo blanco” que participa en el carnaval y que aprovecha estos días de fiesta popular para distribuir lazos blancos, símbolo de la campaña, y otro tipo de información alusiva.

Este grupo artístico, –como otros grupos feministas con el mismo tema: “ni con una flor”–, ya es reconocido tanto en Recife como en Olinda (ciudad vecina), como el grupo artístico de la ‘no violencia’, promoviendo un discurso no sexista con el ánimo de que sea incorporado en las representaciones populares, y no solamente en las fechas conmemorativas de los derechos de las mujeres.

41 Expresión coloquial que significa buenos, ingenuos, inocentes.

42 Juiciosos.

Por otro lado, cada seis de diciembre, *Día de los hombres por el fin de la violencia contra las mujeres*, el equipo de Papai sale a las calles de la ciudad en una movilización de carácter político. En los últimos años se viene realizando una acción pública en el “Plaza de Mercado de San José”, ubicada en el centro histórico de Recife, pues consideran que la plaza de mercado es un espacio donde se encuentran hombres humildes, pobres, populares, muchos de ellos machistas, posibles agresores y algunos con antecedentes en la Comisaría de la Mujer, denunciados por violencia contra las mujeres, con los cuales es necesario hablar y ofrecerles información sobre la no violencia contra las mujeres. En estos espacios, cada año se promueve una consigna previamente acordada con la coordinación nacional de la campaña. Por ejemplo, en el 2007, la consigna era: “¡La violencia contra la mujer es un crimen!”

Estuve en esa jornada donde el objetivo principal era enseñarle a estos hombres comunes: vendedores de frutas, de verduras, de pescados, de lácteos, de yerbas, carniceros, artesanos y en fin, todo tipo de vendedores que se encuentran en una plaza de mercado, que la “violencia contra la mujer es un crimen”; una frase simple que se fue llenando de sentido y que se convirtió en un importante aprendizaje ese día.

Antes de salir a la manifestación, el equipo de Papai le enseñaba a los niños presentes, que muchos de esos hombres adultos no saben que hoy en el Brasil la violencia contra las mujeres es considerada un crimen, que quien agrede es detenido y que, dependiendo del crimen, puede o no pagar una fianza. El equipo de Papai considera que el cambio de paradigma debe comenzar enseñando que la vieja práctica –la de golpear a las mujeres, antes enseñada familiarmente y hasta exigida socialmente– hoy es un delito.

Fue muy interesante constatar que, efectivamente, muchos hombres ignoraban este hecho y pedían más información al respecto. Era casi un contrasentido que fuera un delito esa vieja práctica que habían aprendido desde sus abuelos. ¿Cómo podía ser un delito una práctica que hace parte de su ‘ser hombre’? ¿Cómo podrían ser respetados sin golpear? ¿Cómo no serían traicionados si no se imponen con golpes? Eran algunas de las preguntas que el equipo de Papai discutía con los

hombres en la plaza de mercado, mientras distribuía panfletos y les ponían el lazo blanco en el pulso a los hombres abordados.

Los jóvenes que han recibido formación en el Instituto, también salen a las calles del barrio Várzea –barrio popular de Recife– e intentan interactuar con hombres de la edad de ellos y con otros mayores para compartir la información que aprendieron sobre violencia de género. Ellos promueven una campaña de sensibilización, fijando carteles en tiendas, restaurantes y cantinas; conversando con los hombres en los billares y entregando panfletos a los transeúntes.

El equipo de Papai recibe todo tipo de comentarios machistas cuando salen a hacer su campaña, por ejemplo: sobre la necesidad de los golpes para mantener el orden en el hogar; la posesión de los hombres sobre las mujeres; el placer que las mujeres sienten de ser golpeadas y sobre la violencia de la cual ellos también son víctimas. Comentarios a veces en tono jocoso, otros serios y con argumentos. La orientación que el equipo ha recibido es la de escuchar los argumentos, abrir un espacio para el diálogo y la escucha, intercambiar ideas y sólo entregar los panfletos al final del encuentro, cuya distribución está condicionada a la información impartida, o sea, no se trata solamente de entregar el panfleto, sino de hacer una reflexión, aunque breve, sobre el asunto; educar.

El Instituto Papai considera que la primera tarea para combatir la violencia de hombres contra mujeres, es la de hacer amplias campañas educativas que apunten a la deconstrucción de prejuicios e imaginarios obsoletos al respecto. Considerando que las discusiones académicas y/o jurídicas aún están distantes de la mayoría de la población, y que los hombres, en muchos contextos, actúan violentamente contra las mujeres porque es el comportamiento que se espera de ellos y que las mujeres se vuelven sumisas –y aceptan este tipo de violencia– en contextos marginalizados, pues consideran que esto es una especie de destino.

Claro está que esto no es una realidad que se pueda generalizar, pero donde existe –que no son pocos los lugares si se lleva en cuenta la marginalización de grandes grupos poblacionales que se quedan

por fuera de los circuitos de información y comunicación–, debe ser deconstruída y esa es una de las apuestas de Papai: Información, Comunicación y Educación.

Anteriormente mencioné que esta perspectiva del Instituto ha generado muchas polémicas con el movimiento feminista en Recife. Algunas militantes consideran que si aún no se han hecho suficientes inversiones en educación con las mujeres agredidas, no se puede invertir en los agresores, posición que es debatida por Papai amparados en la ley María da Peña, donde se propone también la educación de los agresores y no solamente el castigo.

Esta discusión nos recuerda la afirmación de Lévi-Strauss (1955) en “Tristes trópicos”: que en occidente la única opción para los criminales es el aislamiento y la ‘ruptura de los lazos sociales’, mientras que para las comunidades indígenas, en las cuales hizo sus investigaciones, las fallas o los crímenes son corregidos dentro de la misma comunidad, pues quien comete la falta es resultado socio-cultural de dicha comunidad; de este modo, toda la comunidad reflexiona sobre las razones por las cuales un individuo, del que se espera respeto, adopta este tipo de comportamientos. Así, los crímenes cometidos por algunos sujetos en una sociedad, son reflejo de esa sociedad y no solamente de ellos; de los caminos que esa sociedad escoge y de aquello que la sociedad hace con lo individuos.

3.6.2 El programa: ¡Adelante mujer!

Este es un proyecto que quiere divulgar, entre camioneros, algunas de las herramientas existentes para combatir la violencia contra las mujeres: la ‘ley María da Penha’; el número telefónico de denuncias de violencia contra la mujer, y la ‘Campaña del lazo blanco’. Es un proyecto que parafrasea a otro y que ya tiene tradición en Brasil: “adelante camionero”, del canal de televisión SBT.

El programa consiste en salir en caravana por todo el país ofreciendo información a los camioneros, valiéndose de la información comercial de divulgación de los puestos de Petrobras y de una empresa fabricante de camiones. El proyecto es promovido desde el año 2006, cuando la ley que penaliza la violencia contra mujeres entró en vigencia. Es lo que nos cuenta Daniel, otro de los hombres feministas entrevistados, psicólogo, oriundo de Recife e iniciado en la práctica feminista junto al Instituto Papai como practicante durante su estudio de pregrado. Actualmente trabaja con este proyecto de intervención social, cuya sede queda en Río de Janeiro.

Daniel comentó durante la entrevista que la experiencia de haber sido practicante en el Instituto Papai y conocer los trabajos feministas y de género, le permitió “pensar en la forma como fue educado, en la manera como se relacionaba con su madre y con su padre especialmente, y permitió que todo comenzara a tener más sentido”. El trabajo de grado de Daniel tuvo como tema la violencia contra las mujeres, investigación que continuó en la Maestría en Psicología, con el título: “Hombres autores de violencia familiar contra las mujeres: desafíos y posibilidades”, cuya hipótesis central es que existen posibilidades de transformación de las prácticas machistas violentas de los hombres, cuando quienes no las poseen abren espacios de diálogo con los que están envueltos en tales situaciones.

Es decir, un hombre no violento puede –y debe– ser referencia de otro modelo de masculinidad para un hombre autor de violencia, de forma que ésta no sea responsabilidad solamente de quien actúa violentamente, sino también de quien la permite, pudiendo evitar o transformar tal situación. Esta transformación debe ser apoyada desde los órganos competentes del Estado encargados para ello, de forma que tanto la mujer agredida como el agresor, sean sujetos de intervención social y de transformación cultural (Dainel Costa Lima, 2008).

3.6.3 El centro de referencia “María do Pará”

El Centro de Referencia “María do Pará” de atención a mujeres en condiciones de violencia doméstica, comenzó a ofrecer sus servicios en la ciudad de Belém do Pará, nordeste brasileño, en marzo del 2008. Antonio Alves, psicólogo, es el único hombre que trabaja en este Centro. Cuando le pregunté su opinión sobre la existencia de centros de atención para hombres, me dijo:

Yo estoy completamente de acuerdo. Aún no sé cómo, pues nos la pasamos todo el día atendiendo a mujeres y no sé cómo sería un espacio para hacer reflexiones sobre masculinidad, pero es algo en lo que quiero pensar. En el Centro de Referencia estamos teniendo esta discusión sobre la importancia de la atención para hombres, porque según nuestra experiencia de atención con muchas mujeres, lo que leemos es que hay algo oscuro en la relación violenta, pues aunque los hombres quieren a las mujeres, las golpean y ellas piensan mucho en esta contradicción. Por eso, tener una intervención en el campo doméstico para atenderlos es importante, pero aún no sabemos cómo hacer para que ellos lleguen hasta allá. No creemos en la obligatoriedad de los papeles sociales definidos; no vemos al hombre agresor como ‘un criminal en potencia’ porque creemos que hay una realidad que necesita ser trabajada. No desconocemos la importancia de la ley María da Peña, por el contrario, hoy es imprescindible que nos dirijamos en la búsqueda de una realidad más favorable para las relaciones de lo masculino y de lo femenino, y la ley es un instrumento para ello, aunque no es suficiente.

Vale la pena subrayar que, así como ya lo dijo Antonio, optar por una intervención integral con los hombres agresores no es desconocer la importancia de la “ley María da Peña”, aclaración que se hace necesaria, pues en este debate, como en otros debates políticos, se tiende a llegar a extremos irreconciliables. La “Ley María da Peña” que castiga la violencia contra las mujeres en Brasil es un instrumento

importante y, sin duda, representa un gran avance en los derechos de las mujeres, pero no es suficiente para combatir tal violencia.

Es sabido que la violencia dentro de una pareja no es razón suficiente para su separación. Hombres y mujeres permanecen por mucho tiempo en relaciones violentas. Y muchas mujeres que buscan los órganos del Estado para ser protegidas, también están buscando ayuda para transformar la situación dentro de su hogar o de su relación. Ellas no quieren solamente que los hombres estén en la cárcel, sino que se transformen, y ese proceso educativo también es asunto del Estado si realmente quiere combatir el mal desde la raíz.

Aunque las Comisarías de la Mujer, los Despachos Especiales y los Centros de Referencia son avances sociales importantes para velar por los derechos de las mujeres, en el futuro también lo será la existencia de Centros de Referencia para hombres con perspectiva de equidad de género⁴³.

Con Antonio también conversamos sobre la relación entre género y etnia, pues la mayoría de las mujeres que son atendidas en los Centros de Referencia son mujeres de escasos recursos, negras y mulatas. Del mismo modo, en las Comisarías de la Mujer, la mayoría de los hombres que enfrentan procesos penales son de escasos recursos, negros y mulatos. Antonio es militante del “Movimiento Negro Brasileño” y no duda en la pertinencia de tener un enfoque de etnia en su interpretación. Le pregunté si consideraba que los ‘hombres negros’ es una categoría específica que debería ser abordada dentro de los estudios de masculinidades, y esto fue lo que respondió:

Éste es otro asunto, y traigo a colación a Stuart Hall⁴⁴: realmente es muy difícil, es imposible no tener una mirada sobre esta incidencia racial dentro de la cuestión de género. Es imposible no tenerla. Le confieso que no

⁴³ Debe tenerse en cuenta que todo este escenario institucional está localizado en Brasil.

⁴⁴ Stuart Hall: reconocido Antropólogo jamaicano, educado en Inglaterra, reconocido por su libro “De la diáspora: identidades y mediaciones culturales” (2003), cuya contribución al campo socio-cultural es pensar en las intersecciones entre etnia, género y clase. A partir de su propia biografía, el autor rescata la importancia de pensar lo que significa ser un ‘hombre negro de clase media’, es decir, la importancia de situar la identidad y, al mismo tiempo, considerar que ésta cambia según los contextos socio-culturales.

tengo respuestas para ello, pero los hombres negros están, son tan partícipes como los hombres no-negros en ese ámbito de recepción, de aprehensión, de educación de un pensamiento machista, aunque no puedo negar que la violencia doméstica contra las mujeres negras sea mayor en número. Las mujeres negras y mulatas hacen parte de los innúmeros casos que atendemos; son la mayoría. Necesitamos que otras personas se apropien del Centro que acoge a las mujeres para que podamos tener una mirada más sensible cuando atendemos a mujeres negras o mulatas, quienes también son discriminadas por hombres negros.

Frente a esto, le pregunté por los hombres negros que golpean, pues en el movimiento negro la cuestión racial y el racismo específicamente, es una prioridad por obvias razones, desconociendo algunas veces la interface con la variable de género. Antonio me dijo:

Es imposible desconocer la variable etnia, como tampoco podemos decir que las mujeres son golpeadas por ser negras, o sea, la violencia contra ellas no es una violencia racial sino machista. Tendríamos que ver quiénes son los hombres negros; usted va a notar que son hombres que tienen cierta expresividad, que se destacan negativamente en la composición por clase social en Brasil. También tendríamos que pensar sobre el asunto de la llamada ‘democracia racial’⁴⁵ en Brasil, pues esto acaba interfiriendo en la salud del hombre negro de una forma específica. ¿Cómo hacerlo? Necesitamos también enfrentar ese debate: el de los hombres menos favorecidos materialmente, porque las condiciones materiales, en el sentido del materialismo dialéctico, constituyen al hombre, entonces también debemos tener en cuenta estas circunstancias.

45 La ‘democracia racial’ es un concepto atribuido al antropólogo brasileño Gilberto Freyre (1933), con el cual se designa una supuesta armonía racial en Brasil y que implica la incorporación de los diferentes grupos étnicos en la construcción del Estado-Nación. Este concepto es ampliamente cuestionado por los antropólogos contemporáneos considerados de la ‘diáspora’ y/o post-coloniales, argumentando que no existe tal democracia racial y que la raza continúa siendo una marca de discriminación negativa en la sociedad brasileña, ya que el racismo aún es un hecho palpable en la realidad nacional. Se considera que en contrapunto al concepto de ‘democracia racial’, el poeta francés nacido en Martinica, Aimé Césaire (1948), propone el de ‘negritud’ por el rescate de las raíces africanas.

Me pareció muy interesante que Antonio trajera a colación la cuestión étnica para pensar la violencia de género, pues esta variable étnica nos lleva a pensar también en la variable clase social. Las Comisarías -como las prisiones- tanto en Colombia como en Brasil están llenas de hombres afrodescendientes y pobres. No solo por violencia contra mujeres, sino por todo tipo de crímenes. ¿Qué nos dice esa realidad? En Recife tuve la oportunidad de asistir a una conferencia de la abogada Leticia Massula⁴⁶, experta en la “Ley María da Peña”, quien considera que no se puede continuar llenando las prisiones de hombres procesados por violencia contra las mujeres, cuando, en algunos casos, es posible llegar a reales acuerdos dentro de la pareja.

Desde la perspectiva de la abogada Massula, la ley y el Estado no pueden ser sustitutos del contrato básico que debe existir entre hombres y mujeres en la vida de pareja. Y antes de continuar castigando, es necesario educar para que los hombres paren de golpear a las mujeres y para que las mujeres pongan límites en sus relaciones de pareja. También es necesario pensar en cuáles son las condiciones socio-económicas que favorecen cualquier forma de violencia, no solamente la de género, y es justamente en ese sentido que el Estado debe priorizar sus acciones. Por esta vía llegamos a la educación y a la cultura, a través de la prevención y promoción de derechos y deberes, para evitar llegar al camino del castigo como único destino (Foucault, 1977). (Entrevista con Antonio Alves).

3.6.4 ¿Educación o castigo? ¡He aquí la cuestión!

Ricardo Melo Esquivel, profesor de la Universidad Estatal de Fortaleza, tiene una forma evasiva de hablar; no le gusta que lo encuadren como ‘profesor’, como ‘hombre’, ni como ‘feminista’. Defiende

⁴⁶ Leticia Massula es socia honoraria del Instituto Brasileño de Administración Pública, IBAP, asesora jurídica de la Comisión Municipal de los Derechos Humanos de Sao Paulo, e integrante del Cladem –Brasil, Comité Latinoamericano y del Caribe para la Defensa de los Derechos de las Mujeres. Fue coordinadora del proyecto: ‘Promotoras Legales Populares’, en Sao José dos Campos, SP, Brasil.

claramente una perspectiva *performativa*⁴⁷, e intenta huir de las marcas de las diversas convenciones sociales; y así, a partir de ese lugar de inquietudes permanentes, expresó lo que él considera debe ser hecho con los hombres agresores.

Yo creo que la educación también puede ser violenta, tanto como la prisión, porque el hombre fue educado escuchando: “usted no puede llorar”. ¿Y si yo quiero llorar? ¡No quiere decir nada! Quiere decir que si yo quiero llorar entonces, ¿no soy macho? O para demostrar ser hombre, ¿debo golpear a alguien? Por otro lado, se hace énfasis en que los hombres deben tener un *performance* femenino, ¿entiende? Yo creo que es violento decirle a alguien que *tiene* que tener algún tipo de *performance* porque tiene alguna cosa entre las piernas. “Ah, usted también tiene derecho de llorar”. No es una cuestión de derecho; para algunos el dolor no se expresa llorando, uno puede expresarlo haciendo deporte o bañándose.

Ahora, lo que me preocupa mucho es que yo creo que la cárcel no es buena. No es una buena solución. No estoy diciendo que no deberíamos hacer nada con las personas que cometen violencia, pero creo que en el caso de violencia de género, la violencia tiene dos lados: el de la mujer y el del hombre. De alguna manera una relación se constituye en un nivel donde los dos tienen que conversar sobre ello. ¿Cómo llegaron a ese punto violento?

Entonces, los dos, deben decidir si lo mejor es parar o continuar de otra manera, y la cárcel imposibilita esa conversación. No estoy diciendo que él no deba pagar o que ella no deba tener un tipo de compensación; digo que hay que profundizar más en cuál sería el mejor camino.

La lucha del *Lazo Blanco* es difícil. No es fácil mandar a las personas a la calle diciendo: “no queremos que los

47 El concepto ‘performance’ o ‘performativo’ ha ganado fuerza en los estudios y discusiones de género, principalmente a partir los estudios de Judith Butler (1999), quien nos trajo como contribución que el género no solo es construido socialmente –aunque marcado por el sexo biológico– sino que puede cambiar a lo largo de la vida; un individuo puede experimentar varios *performances*, lo que no compromete, necesariamente, su opción sexual, aunque su identidad de género pueda ser transformada permanentemente y hasta su sexo.

hombres sean violentos”. Yo entiendo que es una gran dificultad usar alternativas más creativas, y que tal vez esa no sea la mejor, pero es la que tenemos por ahora. Yo no tengo la solución y no creo que los otros deban esperar a que yo la tenga. Esa es otra de las cosas que me incomoda: “como usted está en esto, entonces usted debe hacer”. No creo que eso sea una cosa buena. Las personas me interrogan: “bueno, ¿qué vamos a hacer?” Si no tiene una alternativa, no se meta. Yo digo: la alternativa es reconstruir al hombre, pero solo si todos nosotros reconociéramos que la cárcel no es el fin. No lo es. Porque quien agrede sale peor. Si al salir de la cárcel se encuentra con la mujer que lo mandó para allá, ¡ahí sí la va a matar! Después de todo lo que haya pasado en la cárcel, ¡la venganza va a ser más grande! ¿Qué se puede hacer en una relación de poder?

Las feministas tienen toda la razón al pensar que algo debe ser hecho para que los hombres dejen de creer que por lo que tienen entre las piernas, se justifica esa relación desigual. ¿Qué hacer? Creo que es por medio de la educación, es dentro de la escuela. Un día vi en una escuela que a un niño le dijeron ‘mujer’ y todos se rieron, hasta la misma niña que se lo dijo. “Ah, eres una mujercita”. ¡No puede ser así! Ella misma se dice mujer y apoda a otro de la misma forma como si fuera ¿una cosa mala? Entonces, ¿ella misma cree que es algo malo? ¿Es una relación de poder? ¡Claro que es una relación de poder! Pero debe comprenderse que el poder no es simétrico, y como no lo es, esa mujer también permite que el hombre la vea como algo malo en la medida en que ella apoda al hombre como ‘mujer’.

Y así, con estas tesis basadas en Foucault y Butler, usadas de forma permanente por muchos académicos cuando se habla de género y poder, Ricardo considera que la educación impartida a niños y niñas desde temprana edad, en la familia y en la escuela, debe promover las condiciones de equidad entre los géneros, porque las niñas también están aprendiendo y practicando la desigualdad.

Ricardo considera que la violencia es una sucesión de experiencias frustrantes en el ejercicio del poder, y una forma de solucionar conflictos cuando otras vías han sido agotadas. Así, debemos insistir en que esas otras vías, ya sea el diálogo o la negociación –la palabra en sus múltiples posibilidades– no se agote para que éstas alimenten siempre la resolución de los problemas (Entrevista con Ricardo Melo Esquivel).

3.6.5 La construcción de vínculos en la comprensión de las violencias

Alex Simon Lodetti, estudiante de Maestría en Psicología de la Universidad Federal de Santa Catarina, Florianópolis, Brasil, investiga la violencia sexual a partir de una perspectiva psicoanalítica siguiendo a Lacan, y desde los estudios de género siguiendo a Butler. Durante la entrevista, conversamos sobre la importancia del concepto ‘vínculo’ para hacer una nueva lectura de la violencia de género. Veamos entonces la interpretación de Alex sobre la violencia de hombres contra mujeres, a partir del concepto de ‘vínculo’, entre otras cuestiones.

Éste es mi tema: la violencia de género. En psicoanálisis trabajamos a partir de la identificación del síntoma. Generalmente en los estudios de violencia se pretende identificar cómo es el canal con el cual se establece o se mantiene una relación, cómo existe ese asunto relacional; sólo que el psicoanálisis va más allá de eso, no es sólo lo relacional pues existe lo intra-psíquico. Lo que lleva a estas personas a establecer vínculos con los otros, de cierta manera lleva también a la violencia de pareja. ‘Vínculo’ y ‘relación’ son conceptos diferentes. Inclusive el vínculo es pocas veces priorizado hasta en Freud y Klein. Lo que existe en las relaciones violentas que prevalecen –pues hay relaciones donde la violencia sucede y las personas se separan– debe ser problematizado; sin duda, alguna cosa debe ser hecha para que esta violencia no continúe.

Pero hay relaciones violentas que se mantienen por veinte, treinta y cuarenta años, ¿comprende? Y ¿entonces? Bueno, algo en ello es extraño, ¿no? Nadie que sea violentado durante cuarenta años va a quedarse en el mismo lugar solo por ser una cuestión de poder, eso sería demasiado simplista y no explica lo que sucede con este fenómeno. Eso podría ser apenas el inicio. Lo que yo veo es que algunas veces los estudios feministas se detienen en las relaciones de poder. Esto no quiere decir que eso me parezca poco o inútil. Es útil y muy interesante (se refiere a la ley), y es algo que puede ser aplicado directamente en cualquier momento; sin embargo hay otras cosas. Si las relaciones se mantienen de esa manera, por ejemplo, hay una ganancia primaria y otra secundaria. Hay una red de socializaciones que mantienen esto vivo y existe una relación entre los sujetos que mantiene esto de esa manera también. Y para comprender ese ‘más allá’, es importante el concepto de ‘vínculo’.

En mi investigación, entrevisto a hombres y hablamos sobre violencia sexual. Mi idea es proponer una hipótesis que no generalice y que no sea generalizable. Estoy trabajando con la ‘estructura’ de Lacan, pero es algo que no pretendo utilizar al pie de la letra; he leído otras investigaciones psicoanalíticas y la carga estructuralista es muy fuerte, hay muchas cosas que no hacen justicia a lo que Lacan desarrolló al final de la carrera, que son cosas mucho más interesantes.

Al hacer las entrevistas no tengo la visión clásica del psicoanálisis de que la violencia es algo irrepresentable y de que produce trauma porque es imposible de simbolizar. Pienso que la violencia sí es simbolizable, principalmente por parte del agresor que siente ganas de destruir o de usurpar al otro en ese momento, o por lo menos, ganas de usufructo según el caso. Sí, usufructo, porque es un uso del cuerpo de la mujer como objeto, pero claro, ese tipo de usufructo termina siendo des-subjetivador, destruye la subjetividad en ese momento, que es algo que muchas mujeres relatan; a partir de algún momento, ellas perdie-

ron alguna cosa que dieron como sujetos... perdieron la paz, o se hizo algo con ellas... es muy fuerte.

En fin, mi mirada va por ese lado: la violencia como un acto racional no es algo irrepresentable, no es imposible de analizar (en sentido psicoanalítico) y es un acto que ocurre socialmente, que existe desde el inicio, que no va a desaparecer... que es transmitido.... Para mí la violencia sexual es el límite de la violencia. Es lo máximo. El homicidio es más "light" porque sucede repentinamente y la persona no continúa sufriendo con lo sucedido. Ahora, la tortura tal vez es del mismo tipo de violencia que la violencia sexual, pero ésta última afecta algo que es exactamente lo performativo del género, que para Butler es realmente lo que trae la constitución subjetiva, pues deconstruye algo que es performativo, que es relacional, que es interactivo, que está siendo creado capa por capa por esa persona durante toda su vida. Entonces de repente, con un acto de violencia, todo esto se rompe; por eso es tan violento, creo, y no siempre esa violencia ha sido calculada por el agresor (Entrevista a Alex Simon Lodetti)-

De los hombres feministas entrevistados, Alex es quien tiene mayor elaboración teórica sobre la violencia de género. Su aporte es bastante importante para comprender la violencia en general y en particular esta forma de violencia, centrándose en la violencia sexual como máxima expresión de agresión -según él- que se pueda cometer contra una persona, dado que ataca algo difícil de reparar: la subjetividad, la psique, el yo, el *self*; además, su aporte sobre la violencia como algo que sí se puede representar es también bastante ilustradora, dado que buena parte de las opiniones del sentido común, cuando llegan a esta dimensión subjetiva, suelen coincidir en que la violencia es irrepresentable, es decir, pertenece al mundo de lo irracional, de lo no humano; es como si se quisiera afirmar que lo violento es inhumano, cuando es todo lo contrario, la crueldad, la maldad, la crudeza y la violencia, no solo es una relación social, sino que es propia de lo humano. Por eso, la violencia masculina no es un fenómeno fuera de lo común, ni propia de hombres similares a monstruos; todo lo

contrario, la violencia masculina es un fenómeno común y corriente, propio de hombres normales, demasiado normales, en la perspectiva de Hannah Arendt.

3.6.6. *Preservativo no es cosa de mujeres casadas. La experiencia del trabajo con salud sexual y reproductiva de Sergio Barbosa*

Sergio Barbosa, trabajador social de la ONG “Colectivo feminista: sexualidad y salud” localizada en la ciudad de Sao Paulo, habla sobre su amplia experiencia en trabajo con hombres agresores, a partir de procesos de prevención de enfermedades de transmisión sexual y de VIH/SIDA. Sergio coordinaba un grupo de autoayuda para hombres agresores. Intenté aproximarme del grupo pero hubo dos inconvenientes: al comienzo no resultaba comfortable para sus integrantes la presencia de una mujer, además ajena al grupo escuchando sus historias de violencia y después, cuando Sergio los convenció de aceptar mi presencia, el proyecto perdió su financiación y el grupo se acabó. Veamos el testimonio de Sergio sobre su experiencia:

Comencé a trabajar con violencia masculina en 1990, a partir de acciones implementadas en prevención de ETS⁴⁸/SIDA, con población masculina heterosexual en sectores populares y lugares donde era necesario hacer prevención. La primera respuesta que escuché de ellos, era que si sus esposas llegasen a la casa con un preservativo, las golpearían, argumentando que el “preservativo no es una cosa de mujeres casadas”. Fue así que comencé la lucha y las discusiones con ellos. Noté que había mucha relación entre la violencia y las relaciones sexuales. Incluso la infección de HIV se daba por una relación de desigualdad entre ellos y contra la salud de la mujer. En 1991 realizamos algunos proyectos con hombres de escasos recursos y fue posible, por medio de talleres, detectar que las cuestiones primordiales serían

48 Enfermedades de Transmisión Sexual

la prevención de ETS/SIDA, la sexualidad y el trabajo como estrategia; también para la prevención de la violencia doméstica.

Esos son los asuntos que hacen parte del trabajo que continúa hasta hoy: la prevención primaria en salud y la violencia doméstica contra la mujer. En el caso de la violencia masculina, trabajamos especialmente en sentido preventivo. Después vino la Ley 9099 de 1995⁴⁹, depositando en un ‘solo costal’ todos los casos de violencia contra la mujer, y así mismo banalizando los temas propios de las mujeres.

Hablábamos sobre ello con los promotores de justicia: llevar a los hombres detenidos para limpiar jardines, pintar la señalización de las calles, hacer trabajos comunitarios u obligarlos a pagar mesadas a sus esposas, no iría a modificar las situaciones de violencia, solo lo iría a volver algo agudo o crónico, dependiendo del caso. Después comenzamos a discutir la Ley 9340 de 1996⁵⁰, y finalmente los promotores dejaron de aplicar ese tipo de sanción y a enviar a los detenidos para nuestro grupo reflexivo, por lo que su participación era obligatoria.

Sobre el castigo de los hombres agresores:

Yo creo que los hombres agresores sí tienen que ser detenidos y llevados a la cárcel. Tienen que estar en la cárcel porque ellos tienen comportamientos que pone en riesgo la vida de ellos, de sus compañeras y de sus hijos; deben ser detenidos. Puestos realmente fuera de la sociedad para salvaguardar a terceros. Ahora, es muy complicado decir que un hombre que le haló el cabello a una mujer, debe recibir la misma pena de otro que apuñala. Yo ya tuve muchos casos de hombres que apuñalaron a mujeres y que fueron enviados a la justicia común y no al Juzgado Especial Criminal por tentativa de homicidio. Ahora, los otros hombres que cachetean

49 Ley de los Juzgados Especiales civiles y criminales.

50 Ley que autoriza al Poder Ejecutivo para abrir los presupuestos a favor de la Cámara de Diputados.

a una mujer en medio de una situación violenta, también son detenidos de la misma forma y van a pagar una pena. Yo me pregunto: ¿De qué va a servir estar preso cinco o diez días o un año? Eso sólo va a empeorar su condición, su estado social; además va a aprender otras formas de violencia, así, mientras menos tiempo pase en la cárcel y pueda venir para nuestro grupo, más posibilidades tendremos de consolidar este camino y de hacerlo posible.

Creemos en la aplicación de la ley de forma educativa; puede ser restaurativa o sólo socio-educativa, pero la persona tiene que saber que está cumpliendo su 'pena' en el grupo y que no está en él porque el juez sea bueno o porque lo vayamos a acoger, ¡no! Nosotros sabemos que él está cumpliendo una pena y que dicha pena no es punitiva, que es educativa, pero va a tener una suspensión hasta pasar por todo el proceso del grupo, al final del cual será evaluado por el grupo, por la sociedad y por él mismo, y nosotros esperamos que esa autoevaluación sea verdadera. Hasta hoy, de los treinta y dos casos que hemos recibido, solamente una persona reincidió.

De las razones por las cuales algunos hombres agreden a mujeres, niñas o niños

Yo, como hombre, bajo la óptica del feminismo, pienso que la masculinidad es una construcción histórica, donde los hombres creen que tienen determinado tipo de poder, y cuando quieren usar ese poder y no lo tienen, el único instrumento que resta por utilizar es la fuerza física, la coerción o la sumisión de la otra persona. Los hombres no actúan de forma violenta con un hermano, un portero, un motorista de bus; ellos escogen justamente a su compañera para ejercer su poder, para reafirmar su identidad.

En esa construcción histórica, los hombres, pierden cada vez más; por eso no quieren perder determinado tipo de control; el control sobre la persona del otro sexo.

Con esa forma marcan su territorio. Infelizmente los hombres aprenden a ser violentos con otros hombres, bien sea en el trabajo, a través de los medios; eso es algo muy común entre ellos. También es común ejercer violencia simbólica o psicológica; por el simple hecho de ser hombre, ya impone cierto poder, que no es propiamente suyo, pero que utiliza para controlar otras personas.

Sobre las justificaciones de los agresores

Algunos llegan diciendo: “yo sólo me estaba defendiendo, fue ella quien me agredió”, “ella fue la que se me tiró encima”. Pero en el trabajo en grupo, durante los talleres, se descubre que en realidad fueron ellos los responsables de la primera acción violenta; muchas veces colocando a la mujer en una posición de inferioridad, impidiéndole salir de la casa para ir a estudiar, diciéndole que está gorda, que después de que tuvo a los hijos no tienen relaciones sexuales o que ahora, por ese motivo ella es ‘fría’. Generalmente ese es un tipo de violencia masculina que las mujeres aguantan hasta cansarse, que es el momento en que reclaman y comienzan algunas discusiones.

Esto es apenas una especie de recuento histórico para ejemplificar un tipo de violencia que los hombres no reconocen como tal; ellos no creen que sea violento decirle ‘gorda’ a su pareja. Ellas van acumulando, y en un determinado momento responden agresivamente y para ellos, esa es la primera manifestación violenta.

La experiencia de grupos de reflexión con hombres, expresada por Sergio, guarda semejanzas con la experiencia reflejada en la película comentada en el capítulo anterior, “Te doy mis ojos”. Los grupos de autoayuda o de reflexión, para hombres agresores, son una experiencia incipiente en nuestro contexto, pero bastante significativa para abordar la violencia de género. Esa ha sido una de las grandes discusiones que han dado los activistas de la Campaña del Lazo Blanco: hombres por el fin de violencia contra la mujer, y en Recife era uno de los puntos álgidos de discusión con las feministas. ¿Debe hacerse

educación con hombres agresores de mujeres? Quizás la experiencia de estos feministas, nos esté indicando que sí. Y no debe asumirse como un privilegio de los hombres, sino como una medida necesaria para construir relaciones de género más equitativas.

Después de este breve recorrido por las experiencias de hombres feministas en la intervención social con hombres autores de violencia de género, varias observaciones deben ser hechas. Primero, se considera muy importante que se destaque la acción de los hombres en el campo del feminismo. Ellos y sus acciones también son resultado del proceso político y académico del feminismo; ellos mismos lo afirman, es decir, no están por fuera del movimiento feminista, como algunas feministas lo argumentan, en no pocas ocasiones.

Los hombres feministas comenzaron a tener consciencia de género al entrar en contacto con el movimiento feminista; eso les permitió reflexionar sobre su lugar en el mundo y en sus microespacios de acción y ejercicio del poder, de manera que muchas prácticas fueron transformadas aprovechando esos lugares para promover otras formas de masculinidades.

Por ese motivo, debe considerarse que la existencia de los hombres feministas es una ganancia del feminismo y no una amenaza al movimiento, como tampoco lo es el hecho de que ciertos tipos de hombres se piensen a sí mismos como sujetos de género y no como sujetos históricos universales⁵¹.

De otro lado, es muy interesante que las campañas de mayor impacto en la lucha por el fin de la violencia contra las mujeres, sean llevadas a cabo por hombres feministas. Ellos usan un tipo de lenguaje familiar al de las personas que quieren impactar con las campañas, y efectivamente las impactan. En la calle, tal como lo constaté, las personas se sienten más próximas a este tipo de propuestas, se sienten acogidas y no juzgadas; la educación efectivamente se da en medio del intercambio de ideas sobre el devenir masculino. Considero que este tipo de manifestaciones públicas y de campañas educativas po-

51 PAVAJEAU-DELGADO, Carol. "Masculinidad reflexiva: re-conocerse como sujeto de género". Tesis de Maestría en Antropología. Bogotá. Universidad de los Andes, 2007.

drían ser más apropiadas y menos cuestionadas por el movimiento feminista.

Contrario de lo que podría pensarse en un principio, los hombres feministas son diversos entre sí; ellos no tienen una posición unificada respecto a lo que debería ser hecho con los hombres agresores. Si al comienzo se pensaba que las propuestas educativas serían más apreciadas por encima de la Ley de castigo, podemos notar ahora que el castigo también es una herramienta de acción para eliminar la violencia contra las mujeres, bajo la perspectiva de algunos de ellos. Los hombres feministas no niegan la importancia de la Ley para castigar a los hombres agresores, aunque la mayoría se incline a pensar que siempre es mejor educar que castigar.

Considero que los hombres feministas constituyen una nueva perspectiva en la construcción de masculinidades que se sale un poco del formato dicotómico entre hegemonía y subalternidad; no siempre ellos están ejerciendo el poder o están sometidos a él. Ellos expresan nuevas posibilidades de ser hombre, lo que resulta más claro en los procesos educativos con los jóvenes que comienzan a quitarse el peso de la fuerza y de las demostraciones de virilidad para construir no sólo una nueva masculinidad sino una nueva humanidad. Pues cuando los hombres comienzan a dejar fluir su sensibilidad, y por qué no, su femineidad, al mismo tiempo en que las mujeres comienzan a ser más autónomas y dejan fluir la fuerza masculina que también las habita, en ese proceso se está construyendo una nueva humanidad, donde las agresiones no caben pero sí los conflictos, buenos conflictos, conflictos constructivos, como fue propuesto ya por Simone de Beauvoir en “El segundo sexo” (1949):

El día que la mujer pueda amar con su fuerza y no con su debilidad, no para huir de sí misma, sino para encontrarse, y no para renunciar, sino para reafirmarse, entonces, el amor será tanto para ella como el hombre una fuente de vida y no un peligro mortal.

CAPITULO IV. SILENCIO Y SOLEDAD, ¿DESTINOS MASCULINOS?

Hasta ahora se ha reflexionado sobre cómo los hombres que actúan violentamente contra sus parejas sentimentales, no corresponden con el hombre violento, agresivo y machista, indiferente a los actos de violencia y sin perspectivas de cambio, como generalmente se imagina. A través del recorrido por sus narrativas, puede apreciarse que ellos son hombres comunes y *asustadoramente normales*, para usar la expresión arendtiana; hombres *narcisistas* desde una perspectiva psicoanalítica.

Comprendiendo el narcisismo como un estado en el que “la persona vive sintiéndose el centro de todo y de cualquier interés en el mundo” (Prado, 1988: 13); desconociendo la alteridad, la diferencia, los otros. En ese estado narcisista el ser humano se confunde con los objetos, pues no existe nada más en el mundo fuera de él. El psicoanalista brasileño Prado denomina ese estado como “fusión del *self* con el objeto” y, cuando éste es asociado a la agresividad, define este estado como “furia narcisista” (Prado, 1988).

El hombre autor de violencia de género, es un hombre narcisista que agrede a su pareja cuando siente que su lugar en el mundo -y tantas otras disposiciones de género- ha sido modificado o agredido por ella. Dichas alteraciones son asumidas como un ataque contra él. La definición que Prado le da a la persona narcisista, basado en Kohut y Klein, resulta muy apropiada para reflexionar sobre los hombres que ejercen violencia contra sus parejas:

(...) Para defenderse del ‘objeto malo’ interno que lleva consigo y que es producto de la confusión entre el *self* malo (impulsos destructivos, tanáticos) y el objeto exter-

no –que por ello se vuelve también un ‘objeto malo’–, se hace necesario idealizar el objeto interno, y eso lo hace a costa de llenarlo de impulsos libidinosos narcisistas, engrandeciéndolo de forma omnipotente (Prado: 1988: 45) (Traducción propia del portugués).

Se ha escuchado, registrado y transcrito los relatos de estos hombres agresores; en el encuentro con ellos, y aun en los momentos de perplejidad extrema, fue necesaria la escucha de sus historias y volver a ellas en repetidas ocasiones. Se percibe en los hombres agresores a personas narcisistas, incapaces de descentrarse de sí mismos, que atacan los vínculos atacando a su pareja y que, al final de cuentas, están llenos de miedos, solos y sin palabras para darle sentido a sus vidas.

El hombre autor de violencia de género es un hombre inseguro, egocéntrico, con graves problemas de comunicación y dificultad para establecer relaciones saludables, armoniosas y amorosas con sus parejas. De este modo, quiero articular mi reflexión sobre las violencias masculinas con el silencio y la soledad que identifiqué en los relatos de los hombres entrevistados. Puesto que, desde el inicio de esta reflexión sobre masculinidades, violencia de género y crisis de las masculinidades, el silencio y la soledad, surgieron como compañeros de viaje. Un gran silencio disfrazado de ruido. Un silencio que aparentemente no existe, ya que siempre se habla sobre muchos asuntos. Sin embargo, me refiero al silencio sobre lo que considero fundamental; sobre los sentimientos, las emociones, los traumas, sobre la intimidad; sobre lo que debería ser dicho para no generar resentimientos y venganzas y que guardado bajo llave en la memoria, explota cada vez que la débil morada narcisista se desorganiza.

Mi padre y gran maestro en asuntos de masculinidades –aunque él no lo sepa– frente a situaciones que sobrepasan su comprensión racional, suele decir: “me quedé sin palabras”. Y literalmente se queda sin palabras, como sucede con muchos hombres.

Mientras escribía este libro, un amigo de 50 años y profesor universitario, me dijo que estaba en ‘crisis’ y que no sabía muy bien cómo definirla. Una crisis de orden afectivo-emocional con su esposa,

caracterizada por él como teniendo una *profunda dificultad de comunicación*, lo cual le generaba mucha frustración. En ese momento se sentía desconfiado e inestable afectivamente, al punto de no saber lo que él realmente significaba para su esposa. Él dice: “es como si no tuviera cuerpo, ni ideas, o por lo menos algo desde donde se pueda reconocer a la otra persona. No hay nada peor que los reclamos y las demandas del amor no correspondido” (TC – Relato de profesor universitario).

A lo largo de mi investigación, he podido constatar cómo esos silencios masculinos se repiten en los relatos de muchos hombres; hombres heterosexuales mayores de treinta años, por lo general, que no aprendieron a hablar de sí mismos. Muchos autores han reflexionado sobre la fuerza transformadora del silencio; el silencio como paz, como creación, como posibilidad, como lugar de encuentro consigo mismo. (Perdigão, 2005). Sin embargo, esa no es la perspectiva que aquí abordo, sino el silencio impuesto por las circunstancias, el silencio que incomoda, el silencio que no dice nada, que ahoga las palabras y se ahoga con ellas. El silencio que no produce paz ni sosiego para quien lo mantiene. Silencio y crisis que no son exclusividad de los hombres heterosexuales, pero que en ellos parece acentuarse. Por supuesto, tales silencios no están disociados de la modernidad, es decir, con la gran crisis que atravesamos todos los que estamos dentro de este paradigma.

El orden moderno transformó el orden del mundo y en el nuevo orden construido, diría Hannah Arendt; nadie se quedó por fuera: en ese orden social que se instituyó, también se configuró cierto orden de género, marcando nuevas y grandes diferencias entre hombres y mujeres. Una de ellas, ampliamente discutida, es la negación de los afectos, de las emociones, particularmente para los hombres, y cuya manifestación silenciosa aquí abordo. Este tema permite traer a colación la invitación que nos hace Bauman en “Modernidad y ambivalencia”:

Para que este mundo nos hable, debemos, por decirlo de alguna manera, hacer *escuchables* sus silencios: explicar lo que en ese mundo no se notaba. Tenemos que cometer un acto violento, forzar ese mundo a adoptar una posición sobre asuntos de los cuales ha estado desatento

y así, dispersar o superar la desatención que lo hacía ser ese mundo, un mundo tan diferente y tan incomunicable con el nuestro. El intento por comunicación será el reto de su propósito. En ese proceso de comunicación forzada, haremos aún más remota la esperanza de comunicación. Finalmente, en lugar de reconstruir ese 'otro mundo', no haremos otra cosa que reconstruir 'lo otro' de nuestro propio mundo (Bauman, 2005:13).

En esta cita, el autor se refiere al mundo que considera pre-hobbesiano, es decir, un mundo desordenado. Aprovecho esta línea de interpretación, para referirme a lo que considero el mundo silencioso de los hombres; el reto aquí es escuchar ese silencio e intentar comprender lo que nos quiere decir sobre las masculinidades y la violencia de género.

En medio del ruido intenté escuchar el silencio de los entrevistados, un silencio que grita de dolor porque está en bruto, sin ser nombrado, sin palabras, sin símbolos. Un silencio ruidoso. No es un silencio vacío, ese que puede recibir y acoger el infinito. Es un silencio bulloso y, por lo tanto, imposible de ser acogido para establecer comunicación; el silencio como ausencia de palabra, como incapacidad de comunicar, de dar sentido; el silencio como frustración, como bloqueo, como negación.

También identifiqué la soledad. La soledad que encierra un secreto que no puede ser revelado a nadie, ni siquiera para quien lo guarda con cuidado en la memoria. Soledad disfrazada de compañía en medio de la muchedumbre. La soledad de los hombres heterosexuales que van juntos a la cantina o al partido de fútbol, pero que no saben, quizás, de las penas y tristezas del compañero de bohemia o de juego. La soledad del hombre proveedor que aún lucha solo para mantener el nivel económico que su familia demanda. La soledad del hombre autor de violencia de género, que no es capaz de comprender sus actos agresivos en medio de una sociedad que le exige este comportamiento y que después lo cuestiona y lo juzga, al mismo tiempo que lo acepta, en medio de la ambigüedad propia del orden social moderno (Bauman, 2005).

El silencio y la soledad surgen de forma disimulada en las más diversas escenas de violencia. Al parecer, estos dos componentes se erigen como posibles destinos masculinos de los hombres heterosexuales de mediana edad aquí entrevistados.

Por otra parte, existen también diversas perspectivas teóricas que abordan la soledad, haciendo una distinción con el aislamiento, y valorizando el estar solo. La soledad como introspección y posibilidad de estar consigo mismo, de crear, de reflexionar, de pensar con la compañía de *buenos objetos psíquicos* (Cintra, 2007). Tampoco es esta la soledad de la que hablan los hombres agresores.

Para ellos, estar solo es ser un solitario. La soledad es aislamiento, marginalización, distanciamiento, abandono; o sea, los hombres, y no solamente los violentos, no han optado por quedarse solos pero lo están haciendo –como lo diría el psicólogo Sergio Sinay–. Se van quedando solos poco a poco, porque no comprenden a sus parejas o porque a lo largo de su historia de vida se quedan sin pareja, o porque a sus parejas se les agotaron los recursos subjetivos para comprender a un hombre que ignora las transformaciones del mundo que lo rodea y que aún se considera el centro de él.

4.1 RUIDO Y BULLICIO: EL SILENCIO DE LOS HOMBRES HETEROSEXUALES

Silencio, no el de la cólera que empuja las palabras hacia la frontera entre la idea y la voz, sino el silencio que vacía el espíritu y llena el cerebro de abatimiento, como la mirada de las mujeres tristes, envuelto por alguna especie de eternidad inexistente. Julia Kristeva⁵².

¡Cómo hablan de alto los hombres! Su voz se impone en reuniones sociales por encima de las voces femeninas. ¿Cuál será la necesidad de los hombres comunes y corrientes de hablar tan alto? ¿Será una

52 KRISTEVA, Julia. *Estrangeiros para nós mesmos*; tradução: Maria Carlota Carvalho Gomes. Rio de Janeiro: Rocco, 1994, p. 24.

característica de todos los hombres, o será una característica que hace parte del viejo modelo de masculinidad que busca imponerse sobre los otros? Me inclino a pensar que se trata de la segunda opción. Hablar alto esconde algo, no permite escuchar una serena y tenue voz interna. Creo que el ruido y la parlanchinería se forman por esconder múltiples silencios, obviar otros discursos más tranquilos, menos saturados, escasos y difíciles.

Lo que más llamó mi atención en las entrevistas, es que estos hombres estaban, de alguna manera, siendo invitados, quizás por primera vez en su vida, a hablar de sí mismos sobre su ‘yo’ más interno y profundo, sobre su ser hombre. Ni siquiera entre amigos ellos conversan sobre ello o lo hacen muy poco. Hablan entre un ‘bullicio silencioso’, hablan alto pero dicen poco, poco de sí mismos. Este es uno de los aspectos centrales de lo que estoy caracterizando como crisis de lo masculino: un silencio acentuado, una voz inaudible.

Una de las reflexiones más bellas sobre el silencio, es ofrecida por la brasileña Andréia Bonfim Perdigão en su libro ‘Sobre o silêncio’. En este libro la autora acoge 15 testimonios de diversas personalidades⁵³ que aceptaron hablar con ella sobre sus distintas experiencias con el silencio en sus áreas de actuación, creando así una obra de gran valor para comprender, mucho más que para explicar, el silencio. En la entrevista que le hizo al actor brasileño Pascoal da Conceição, él dice:

El ser humano está condenado al silencio. Por lo menos es lo que yo veo como la gran preparación que la vida nos da. Vivir es prepararnos para la muerte, prepararnos para ese instante de muchísimo silencio. Al ser humano bien formado, bien vivido, la mejor cosa que le puede dar a su eternidad es su silencio (...) Todo ello para decir que ese terror, esa cosa difícil que es el silencio, que es casi como la muerte, merece de nuestra parte ese abrazo, ¿comprende? Ese abordaje inusitado.

53 Pascoal da Conceição, actor; Marco Antonio Spinelli, médico psiquiatra y psicoterapeuta de orientación junguiana; Maria Thereza Feitosa, eutonista y fisioterapeuta; Rodrigo Pederneras, coreógrafo; Ferreira Gullar, poeta y crítico de arte; Eduardo Sued, artista-pintor; Paulo César Lopes, Profesor de literatura brasileña y escritor; Gilberto Safra, psicólogo; Arnaldo Antunes, poeta, compositor y cantante; Marcelo Gleiser, físico teórico y escritor; Flávia Schilling, profesora y psicóloga; Beatriz Novaes, fonoaudióloga y profesora; Egberto Gismonti, músico, compositor e instrumentista; Miguel Rio Branco, artista plástico; Fernanda Montenegro, actriz.

El miedo, realmente, no permite ese contacto. El amor sí. El contacto con el silencio puede ser apasionado (Perdigão, 2005: 27-28).

Sin embargo, ese silencio del cual nos habla Pascoal da Conceição no lo encontré en los hombres entrevistados, y cuando en las entrevistas aparecían algunos silencios, yo misma no me sentía con capacidad para acogerlos. Fue solamente durante el proceso de transcripción de estas entrevistas, que tuve en cuenta estos silencios. Así como sucedió con la entrevista de Federico, en la que él me contó que la separación de su esposa fue muy dolorosa, pues fueron doce años de matrimonio y dos hijos: él se quedó en silencio por un momento y yo lo interrumpí con otra pregunta. Vale la pena recordar a Maurice Blanchot: “La respuesta es la desgracia de la pregunta”. Yo quería muchas respuestas, y me demoré en comprender que el silencio también era parte de la respuesta. Una respuesta silenciosa.

Pude ver en esa situación mi propia incapacidad como investigadora para *aguantar* su silencio, y también la de él mismo para resignificar con palabras lo que sucedió con su matrimonio deshecho. Son los gestos los que sustituyen la palabra. Gestos de silencio que dicen mucho sobre la incompreensión. También algunos lugares comunes intentan sustituir la comprensión. Federico también dijo, por ejemplo: “Intenté, juro que intenté salvar mi hogar, pero creo que fue la falta de voluntad la que no me lo permitió. Yo creo que fue eso”. Por el contexto de la entrevista, expresiones como “yo juro” hacen parte de lo que popularmente se conoce como *parlanchinería*, *botadera de corriente*⁵⁴, respuestas preestablecidas. Lugares comunes. Lugares vacíos con los cuales también caracterizo el silencio; como la incapacidad de nombrar aquello que es difícil; en esta experiencia investigativa, me atrevo a decir que poco se ha reflexionado sobre ello, de forma que los silencios no se incorporan en las trayectorias de vida.

También encontré silencio en la descripción que los hombres hacen de sus relaciones violentas y del desenlace de las mismas. Tal como fue ejemplificado anteriormente con las películas, las parejas

54 Hablar permanentemente sin sentido. Conversaciones vacías.

no se hablan. El punto culminante de las relaciones violentas se da generalmente con un vacío silencioso. Ese silencio final, infortunadamente, no es una invitación a reflexionar sino una situación frustrante para los dos, en la que se acentúa la paradoja de que ya fue dicho todo, aunque nunca se haya dicho nada, aunque no se haya conversado y, por lo tanto, sólo resta un punto final.

Esta situación absurda no se repite solamente en las relaciones violentas, sucede con todos nosotros, hombres y mujeres. Al respecto, el psicólogo Gilberto Safra, entrevistado por Perdigão, dice: “hoy en día esto es muy frecuente, porque vivimos en un mundo extremadamente estimulante, con velocidades muy rápidas y pocas oportunidades para la convivencia; hay poco espacio para ‘estar’” (Perdigão, 2005: 114). Le sumo a esto que también son pocas las oportunidades para estar en un silencio reconfortante. En el siguiente testimonio, Federico dice que cuando se estaba separando de su esposa, él le propuso que *conversaran sobre los asuntos técnicos y administrativos* del hogar, pero no le propuso que hablaran directamente sobre su relación, sobre el vínculo afectivo o sobre las situaciones que llevaron a la separación. Veamos:

Saqué mi ropa y le dije a ella: “tenemos que hablar algún día sobre los niños, sobre el apartamento, que es suyo”. Era mío, pero yo se lo dejé. Le pedí que lo pusiera como patrimonio familiar para los niños, si no lo hiciera, yo lo vendería. Necesito que hagamos una diligencia administrativa. Deje este apartamento como patrimonio familiar con los niños, quédese a vivir aquí, yo me voy. Dígame cómo organizamos la alimentación y el estudio de los niños, yo me hago responsable de lo que me corresponda. Hasta luego y que esté bien.

Aquí se percibe un hombre proveedor encargado de solucionar solamente lo material en el momento de la separación, pero que no se dispone a conversar con su esposa sobre lo que sucedió entre ellos. Los dos se quedan en silencio y viven una ausencia de sentido, así como la pareja de la película “Te doy mis ojos”. Es como si el matrimonio fuera solamente un contrato técnico, frío y distante, y no un vínculo afectivo. Al final no hay palabras, como tampoco las hubo

durante las situaciones de violencia más explícita. Se asume que todo fue dicho, aunque nada fuera dicho. Es durante las entrevistas que Federico dice que él hubiera querido conversar muchas cosas con su esposa, pero que no lo pudo hacer en el momento que se iba, en el cual sólo tenía claro que debía ofrecer apoyo económico para ella y sus hijos. Frente al silencio generado en el contexto de las separaciones, el psicólogo Safra considera que:

El silencio en un primer registro, surge como un temor que se da cuando las personas sienten miedo de la soledad. La soledad que es temida no es la posibilidad de estar solo, sino el horror que proviene de la sensación de abandono, de haber sido olvidado; quedarse en silencio puede significar estar abandonado, lo que es muy complicado. Esta, por lo tanto, es una faceta relacional. Otra faceta –que también proviene de una relación que está inscrita en el cuerpo de la persona– es el hecho de que algunos sentimientos y afectos son posibilitados y otros no. En ese caso, el silencio tiende a traer lo que busca visibilidad, eso que por alguna razón biográfica no fue posible que el individuo viviera como una experiencia de sí mismo (Perdigão, 2005:115).

El silencio como posibilidad creativa acompaña a la experiencia, en el sentido que propone el pensador Walter Benjamin ya mencionado desde la introducción; hacer experiencia exige consciencia, simbolización. Se hace necesario querer transformar la vivencia en experiencia, es decir, reflexionar sobre la vivencia, volver a ella críticamente, comprenderla, digerirla. En la perspectiva de Benjamin, una característica de los tiempos modernos, es el hecho de tener muchas vivencias pero pocas experiencias, dado que no hay condiciones para pensar, reflexionar, aprender, tal como se evidencia entre los entrevistados.

En los testimonios de Humberto –el intelectual– y Juan –profesor de Artes Plásticas–, se hace perceptible su necesidad de hablar y, especialmente, justificar intelectualmente algunas de sus prácticas machistas. Durante las entrevistas, pasamos por silencios incómodos; las palabras no tenían suficiente peso para expresar lo que ellos querían. Recordando que Humberto se encontraba, en el momento de la en-

trevista, en un centro de rehabilitación para consumidores de drogas, en el que las visitas son restringidas y su vida intelectual se había limitado bastante, la conversación conmigo fue una oportunidad, aunque breve, de reactivar un ejercicio de tertulia.

Tal vez Humberto vio en mí una suerte de par para conversar, pues en el centro de rehabilitación compartía su cotidianidad especialmente con jóvenes, muchos de ellos, habitantes de la calle. Humberto sólo conversa con adultos –que juzgue de su talla intelectual– y llena de palabras y conceptos sofisticados el silencio de su rutinaria vida. Silencio que no se limita al centro de rehabilitación, sino a su vida de los últimos años, en la que poco a poco se fue quedando sin espacios para hablar. Un escenario que nunca se imaginó cuando hacía parte de las tertulias intelectuales.

Humberto habla fluidamente de política, literatura, ciencias sociales, arte; todo aquello que compone su mundo intelectual, pero cuando se trata de hablar sobre él, de su vida, sus afectos, su exesposa, sus hijos; de las razones que lo llevaron al centro de recuperación, impera un gran silencio y una forma de llenarlo es a través de la racionalización de la propia intimidad, intentando hallar razones teóricas para comprender la vida emocional, e imposibilitando el flujo de los sentimientos.

Humberto diserta sobre sí mismo como un hombre de su tiempo que, de alguna manera, fue preso de las circunstancias; cuando dice por ejemplo que en la izquierda eran “machistas-leninistas”, aunque ironizando, hace una auto-descripción, sin percibir los cambios en ese modelo de hombre.

Sobre la vida social y política, existe un vasto mundo de palabras. Sobre la vida personal e íntima, hay silencio. Silencio que fue reconocido durante la entrevista, no sin cierta sorpresa. Tal vez ese silencio comienza a ser una posibilidad de pensar y de volverlo silencio creativo. Marco Aurélio Spinelli, médico psiquiatra y psicoterapeuta de orientación junguiana, entrevistado por Perdigão, dice:

Es delicioso cuando la persona se queda en silencio en análisis, para escuchar. Pero no es común cuando se da un momento de silencio dentro de una sesión: el paciente dice que está desperdiciando su precioso tiempo quedándose así. La persona tiene la fantasía de que entre más hable, más rápido se va a curar, cuando muchas veces es justamente lo contrario lo que debe pasar. Cuando finalmente la angustia silencia, la persona es capaz de encontrar un lugar de tranquilidad dentro de sí. Eso es un síntoma de madurez dentro de su proceso terapéutico (Perdigão, 2005: 35-36).

Asimismo, Juan dice en la entrevista que no aguanta la lentitud de la ciudad en la que vive y parece que tampoco aguanta permanecer en silencio, por eso lo va llenando poco a poco con objetos físicos y psíquicos. Su casa está llena de objetos reciclados que recoge de la calle para transformarlos en arte, según él. Habla y camina rápido; piensa rápido, o no lo hace y entonces actúa. Esa fue otra de las características comunes en los relatos sobre violencia de género: no parar para pensar.

El silencio aquí descrito no es el espacio que demanda el pensamiento, sino la angustia. Juan siente que quedarse en silencio y caminar despacio son una pérdida de tiempo. Parar para pensar es una pérdida de tiempo. Él no quiere pensar, pues hacerlo requiere silencio y para él es inaguantable. Sin embargo, la vida de Juan es silenciosa, aunque contradictoriamente bullosa. Dijo finalmente que no tiene con quién conversar, ya que sus jóvenes parejas no lo comprenden y tampoco tiene amigos para hacerlo. Así, llena su silenciosa cotidianidad de objetos que considera artísticos.

Para Marco A. Spinelli, “el silencio es esa espera; es ese momento de retraso, cuando uno se queda callado frente al misterio, frente a lo cual no tenemos nada que decir, ni nada que hacer; que uno, desde el ego, no sabe formular. El silencio es lo inefable” (Perdigão, 2005:37). Creo que el ego narcisista de Juan no le permite permanecer en silencio y necesita llenarlo.

El silencio que sentí en Beltrán (el dueño del bar de rock), es también un silencio ruidoso. Lleno de explicaciones, de justificaciones y de rock. Durante los fines de semana la música estridente de su bar lo lleva a otro estado de conciencia en el que permanecer en silencio es bastante improbable. Recordemos que Beltrán es retirado de la policía y que intenta llevar su vida por la senda correcta, y que las situaciones de violencia que vivió en su primer matrimonio aún retumban con culpa en su cabeza.

Beltrán no encontró los motivos que lo llevaron a perder el control de la situación, a desviarse de la rectitud con la que pretende llevar siempre su vida. El silencio, de ese modo, lo perturba, porque en silencio recuerda los hechos con los que no sabe qué hacer. Llena su silencio con lo que para él son buenas acciones, como pagarle el tratamiento odontológico a su exesposa, ser buen padre, buen hijo, buen esposo, porque el silencio no es para él un espacio comfortable.

En contraste con ese silencio ruidoso, está el silencio de Nelson (el joven músico con enfermedad psiquiátrica) y de López (el padre de cinco hijos). Prácticas silenciosas mucho más próximas de la depresión; hermanas del mutismo. Ellos simplemente permanecieron en un silencio total, sin la tentativa de llenarlo con explicaciones o justificaciones como en los casos anteriores. Estos dos hombres, uno joven y el otro mayor, tampoco aprendieron a hablar de sí mismos, de lo que sienten, de sus dolores, de sus emociones. El mayor hablaba de política, el joven de música; de asuntos externos cuya comunicabilidad no implicaba que participaran de forma íntima, aunque en el momento de las entrevistas pareciera que estaban esperando por un momento de escucha hace mucho tiempo, puesto que agradecían una y otra vez el hecho de ser escuchados, de que por fin pudieran romper ese silencio-olvido.

López vivió otro tipo de silencio, o mejor, un silenciamiento⁵⁵: el de la cárcel. López fue preso político durante los años ochenta. En la cárcel tuvo la oportunidad, aunque a la fuerza, de pensar en sí mis-

⁵⁵ Tal como es llamado por Flávia Schilling, entrevistada por Perdigão. Schilling fue presa política en Uruguay durante la dictadura militar; para ella la cárcel es una experiencia de 'silenciamiento'. Es un "silencio que viene de fuera" (Perdigão, 2005: 151).

mo. Se vio como hombre y no solamente como sujeto político o líder comunitario, tal como se había visto hasta ese momento. En la cárcel pudo pensar en la relación con su esposa e hijos.

La vivencia narrada por López nos ofrece, una vez más, el silencio de los hombres y su incapacidad para comunicarse; no solo por parte de ellos, sino también por parte de las mujeres. Su testimonio evidencia que no hay espacios para el habla. No se elabora un discurso frente a los hechos, simplemente se van viviendo a partir de suposiciones, de especulaciones, de cosas no dichas. Rosa, su esposa, no fue capaz de contarle, cuando estaba detenido, que ya no lo amaba, que salía con otra persona.

Así, López no encontró otra fuga para su rabia que no fuera la de agredirla cuando salió de la cárcel. Los hechos se imponen sobre los discursos y la palabra es sustituida por las acciones. Los hechos violentos aparecen, en este caso, posteriores a un silencio.

La ausencia de la palabra también es notoria en las conversaciones que López tuvo con su madre y un amigo en la prisión; les preguntaba por su esposa y ellos le respondían con frases cortas o insinuaciones; los dos, la madre y el amigo, parecían comprender lo que estaba sucediendo y él no. De la misma manera, en el momento de la entrevista, intentó explicarme con gestos o frases irónicas eso que no era capaz de organizar en su discurso.

Yo también entré en el juego de lo ‘no dicho’, asumiendo que por el contexto de la historia, comprendía lo que él me quería decir, sin profundizar más. Creo que sucedió de esta forma porque compartíamos, de alguna manera, la jerga de barrio popular. También porque poco a poco fui entendiendo que en el silencio había respuestas. En ese proceso de acogimiento pude comprender su sufrimiento, la angustia que le causaba el no saber hablar, o el no poder hacerlo. Ejercicio carente de habla, de escucha, de intercambio de palabras.

Nelson también manifestó durante la entrevista su dificultad para hablar de sí mismo. Dijo que no le contaba sus problemas personales a nadie, pues no tenía capacidad para discernir, para aclararlos y ex-

plicarlos. La relación con su pareja se limitaba a cosas que no tenían que ver con lo emocional: estudiar juntos, por ejemplo, pero nunca hablar de su depresión. Su novia nunca supo que él estaba en un tratamiento psiquiátrico para su depresión. Nelson nunca se lo dijo y ella nunca se dio cuenta. Tampoco hablaba con amigos sobre su vida íntima. Con ellos tocaba rock en una banda, pero nunca hablaba de su vida emocional.

¿De qué hablan entonces los hombres cuando hablan? Fue esta la pregunta que me inquietó para reflexionar sobre este asunto. Considero que los hombres heterosexuales, como fue dicho antes y como ya fue discutido por varios estudiosos de las masculinidades, están atravesando la crisis del silencio. Éstos han hablado en muchos espacios públicos sobre cuestiones generales, sociales, políticas, culturales; grandes cosas, cosas externas, cosas de las cuales se puede hablar amplia y libremente sin hacer partícipes ni traer a colación las emociones. He aquí el punto central de nuestro problema. Hablar de lo público es más fácil que hablar de lo privado. Hablar de lo privado implica una apertura de mente y de corazón, para lo cual estos hombres no están preparados y, tal vez, esto no se presente como una necesidad. Al contrario, el hablar de sí mismo está fuertemente asociado con lo femenino.

Esta observación permite deducir cómo estos actos discursivos o narrativos son absolutamente generalizados en la contemporaneidad, gracias a las transformaciones socioculturales y a las que se han dado en las relaciones con las mujeres; el problema surge de una nueva manera y los hombres han comenzado a darse cuenta de que no fueron educados para hablar del mundo íntimo, pero, ¿será que realmente lo han hecho?

Haciendo una diferenciación entre el silencio creativo y el silencio angustiante aquí descrito, Andrea Perdigão le preguntó al psicoanalista Spinelli: “¿Cuál es el peor silencio y cuál es el mejor?” Transcribo aquí su respuesta de manera extensa, pues recoge varios de los aspectos que encontré en las personas entrevistadas:

Creo que los dos silencios son lo mismo: es esa hora en que uno está en cero. En que no hay ninguna otra opción. Uno no sabe para dónde ir, cuál camino tomar, ya se agotaron todas las posibilidades y todas eran equivocadas. Uno llama a Dios pero Dios no responde. Es eso lo que San Juan de la Cruz llama “noche oscura del alma”. Ese es el peor de los silencios, y también es el mejor, porque es el punto en el que uno llega al lugar más bajo de la rueda de la vida. De allí en adelante sólo hay posibilidad de recuperar; ya no hay nada que perder, aunque muchos se queden allí toda la vida, patinando en ese silencio, en ese inmenso vacío, lo que es un espectáculo triste de ver. Pero casi siempre, la mayoría de personas, en mi experiencia personal, en ese momento en que no hay nada que se pueda hacer, es el momento en que se sientan a escuchar (...). Es el silencio luego de una separación, es el silencio después de una pérdida, después de un proyecto fallido. Se acabó, se agotaron todos los recursos. Uno dice: “perdí, vamos a comenzar de nuevo, pero no sé cómo comenzar.” Ese es el peor y el mejor momento. Llegó la hora de comenzar a esperar. El silencio de la espera es el mejor y el peor silencio.

En términos muy amplios —y dejando las entrevistas de lado— este silencio que hasta este momento leí como angustia, vacío y frustración, es también posibilidad, apertura, transformación, cambio; es así como estoy comprendiendo la crisis de lo masculino. Es más, ¿no es ese mismo el sentido de la crisis? Igualmente para los hombres se abre, de ahora en adelante, un momento de transformación; muchos no tienen y no tendrán interés en asumirlo, pero otros inclusive en situaciones paradójicas como las de violencia de género, reflexionadas y modificadas, crearán un nuevo comienzo.

El silencio que rodea la violencia de género puede ser paralizante, pero si pudiéramos hacer que la pareja envuelta en dicha violencia conversara sobre lo sucedido y esto fuera una práctica permanente y divulgada, sería posible que esta violencia se comenzara a transformar. Los hombres y las mujeres podrían comunicarse, tendrían la capacidad de dialogar, de hablar, de ser escuchados y no solamente

juzgados o victimizados. Pero hablar no es fácil, es necesario un espacio de escucha, de espera, de paciencia. Como Safra afirma:

Pero no es una espera pasiva. Es una espera atenta a los pequeños movimientos, a las pequeñas comunicaciones que de alguna manera están presentes en ese instante. Uno ve, por ejemplo, que las personas que están en este tipo de situación, con pequeños gestos o con pequeñas verbalizaciones, señalan o dibujan el inicio de una comunicación (...), uno tiene que esperar atentamente (Perdigão, 2005: 118).

Tal vez el silencio sobre el cual hasta ahora hemos reflexionado, no haya encontrado aún su tiempo de espera para pasar de la angustia a la creación. Comencé a interpretar el silencio como un destino masculino trágico, pero ahora veo que puede ser también una posibilidad para la transformación, en el cual los hombres aprendan a permanecer en silencio; un silencio que no necesita ser llenado con ruidos, ni con *parlanchinería* o bullicio, ni con intelectualidad; sólo necesita ser acogido.

4.2 LA SOLEDAD DE LOS HOMBRES: ¿AMIGOS OCASIONALES O AMISTADES LÍQUIDAS?

La soledad, el sentirse y saberse solo, desconectado del mundo y ajeno de sí mismo, separado de sí, no es una característica exclusiva del mejicano. Todos los hombres, en algún momento de la vida, se sienten solos; es más, todos los hombres están solos. Vivir es separarnos de lo que fuimos para adentrarnos en lo que seremos, futuro siempre extraño. La soledad es la profundidad íntima de la condición humana. El hombre es el único ser que se siente solo y el único que va en la búsqueda del otro. Su naturaleza –si es que podemos decir naturaleza para referirnos al hombre, exactamente el ser que se inventó a sí mismo cuando dijo “no” a la naturaleza– consiste en el aspirar a realizarse en otro. El hombre es nostalgia y

búsqueda de comunión; por eso, cada vez que se siente a sí mismo, se siente como falta del otro, como soledad (Octavio Paz)⁵⁶.

En virtud del silencio anteriormente abordado, me habitó la duda sobre la amistad y la soledad de los hombres heterosexuales de mediana edad, de aquellos del viejo orden social que considero en transformación. Aunque estos hombres compartan con otros todos los espacios mencionados cuando me referí a la sociabilidad, es decir, a los espacios tradicionales de encuentro de los hombres, creo que se encuentran profundamente solos. Muchos suelen decir que realmente no tienen amigos. Que no hablan con nadie sobre sus cosas. Ellos tienen dificultad para exteriorizar sus sentimientos.

Hago esta reflexión sobre la soledad de los hombres, a partir del libro: “Circuitos da solidão. Entre a clínica e a cultura”, del psicoanalista Bernardo Tanis, quien considera que las manifestaciones de soledad en la contemporaneidad “hacen mayor referencia a una atomización de la sociedad, a una incapacidad de comunicación, a una cierta falencia del lenguaje, a un régimen de los actos compulsivos, sexuales o a otras adicciones” (Tanis, 2003:13). Estas situaciones, analizadas por el autor como características de la soledad en la contemporaneidad, las encontré también en mi investigación y las rastree a partir de la violencia de género.

En su texto, el autor se refiere también a otros autores como Michael Foucault, quien abordó la soledad de los locos y de los marginados y a Richard Sennet, quien considera la soledad como una característica de la subjetividad de la cultura moderna, haciendo la distinción entre varios tipos de soledad: el aislamiento impuesto por el poder, la soledad de quien sueña con la emancipación y la libertad social, y finalmente la soledad de la diferencia, de esa que se siente solo en medio de la multitud, a partir de lo cual Tanis propone el concepto de “multitud solitaria” (Tanis, 2003).

56 PAZ, Octávio. (El laberinto de la soledad) O labirinto da solidão e Post-scriptum; tradução de Eliane Zagury. Rio de Janeiro: Paz e Terra, 1984. p. 175. Traducción libre.

También tendríamos que incluir la soledad del poeta, del artista, del escritor; esa soledad necesaria para la creación intelectual, artística y literaria. Igualmente la soledad de los enfermos, de los viejos, de los moribundos, como fue estudiado por Norbert Elias (2009). El autor hace referencia también a otros tipos de soledad –de la misma forma como caractericé varios tipos de silencio–: la soledad del exilio, del migrante, del extranjero, del genio, de la alienación; y la soledad como una forma de “subjetividad en la cultura moderna” (Tanis, 2003: 28). La psicoanalista brasileña Elisa Cintra nos ofrece otra caracterización y forma de pensar la soledad:

Tal vez la primera soledad que alguien viva en su infancia, sea la de habitar un cuerpo y una historia de manera única e intransferible. Al mismo tiempo, aprende a hablar y a comunicarse con otros que parecen entenderlo la mayor parte del tiempo. Durante la vida, se desarrolla una relación de mayor o menor intimidad con su cuerpo y con sus amores, odios, desconfianzas, certezas, culpas, perdones. Hay momentos en que se zambulle en la sensación de la más profunda incomunicabilidad y todas las palabras son inútiles; parecen provocar más ruido que entendimiento (Cintra, 2007: 38).

Opté por abordar la soledad de los hombres heterosexuales contemporáneos de mediana edad, para comprender cómo la vivencian. Para ello, le pregunté a mis entrevistados, entre otras cosas, lo que pensaban o hacían sus amigos cuando ellos agredían a sus parejas. Mi idea era profundizar en las relaciones de amistad a las que ellos pudieran hacer referencia, en lugar de hacerlo sobre la cuestión de la violencia de género, pues cuando ésta sucede –casi siempre en el ámbito de lo privado–, generalmente es la mujer quien cuenta a otras personas lo sucedido. Los hombres van incorporando estos hechos en sus trayectorias de vida como algo normal, y aunque sientan culpa por los actos violentos, no suelen comentar con nadie sobre lo sucedido. Veamos algunos de los testimonios sobre la soledad de los hombres entrevistados. Sobre este tema, Federico dijo:

Mira, en ese momento, la mayoría de los amigos están en la rumba con uno, porque uno considera amigo al que no habla nada o dice que todo está bien; por ejemplo, si por algún motivo yo le contaba a algún amigo que golpeé a mi mujer, alguno de ellos decía: “ah, todo bien, envíale flores y listo, así lo resuelves” y la rumba continuaba (Federico).

Este tipo de amistad *social*, llamada de forma coloquial amigos de ocasión, que no se interesa realmente por el otro, que solo quiere disfrutar la vida de forma superficial, que no se cuestiona, que dice: “todo bien”, es una manifestación de la aceptación social de la violencia de género señalada por el psiquiatra español Miguel Lorente.

La violencia de género no sólo es aceptada socialmente, sino que es exigida y asumida como algo normal. Me llamó la atención que ninguno de los amigos de los entrevistados hablara seriamente sobre ese tipo de comportamientos, que lo considerara fuera de lo común, o que hiciera un llamado a la reflexión. Todos, inclusive quienes no estaban de acuerdo con los hechos, guardaron silencio frente a ello. El tipo de amistad que mantienen no interroga, no interpela, no pregunta; simplemente los hechos se asumen como lo normal y esperado de un hombre.

Por otro lado, ellos sabían de las cosas que pasaban en mi vida, porque Patricia (la tercera mujer), hacía lo que fuera delante de cualquier persona; por ejemplo, ella me tiraba un vaso desde la puerta cuando me veía con alguien en el negocio. ¿Pero yo hablar con alguien? ¡Nunca! Mis amigos sabían de mis cosas, pero superficialmente. Por ejemplo, yo llegaba al bar y decía: “anoche peleé porque de nuevo me golpearon” (Federico dice que la tercera mujer era quien lo golpeaba a él), pero nunca profundizaba el asunto con nadie.

Este tipo de comentarios hechos en medio de la rumba, de la fiesta, en medio de copas, en la noche, en medio de la música y del licor, es considerado normal dentro de una sociabilidad masculina y dentro de un orden social y de género desigual históricamente construido.

Considero este tipo de amistad como superficial, donde el silencio sobre lo ocurrido es constitutivo, incluso, silencio sobre lo que exigiría reflexión.

Cuando un hombre cuenta para sus amigos que peleó y que se dio bofetadas con la esposa, para esos amigos da igual. Especialmente el segundo aspecto, el hecho de golpear, parece no generar ningún tipo de juicio social entre los pares masculinos y, por el contrario, la situación parece ganar un estatus de broma en medio del ambiente festivo.

Cuando le pregunté a Beltrán por lo que decían sus amigos sobre la relación violenta que vivió con su primera esposa —que fue conocida por su círculo social más cercano—, me dijo que sus amigos no entraban en detalles. Generalmente ellos se limitaban a recomendarle la separación, no por el hecho de que ello detuviera la violencia contra la mujer, sino porque de continuar haciéndolo, podría terminar preso. Algunos fueron más allá, intentando hacerle ver los errores; crítica que aún resultaba insuficiente, pues los amigos no se atrevían a entrar en asuntos considerados íntimos o personales. Claramente los dichos populares expresan muy bien el trasfondo de nuestra cultura, igual pasa en Brasil.

En Colombia ha hecho carrera hasta nuestros días el adagio popular: “entre marido y mujer nadie se debe meter”, como en Brasil: “entre marido e mulher ninguem mexe colher” (entre marido y mujer nadie mete la cuchara). De esta forma, la violencia de género es mal llamada violencia familiar o doméstica, dando a entender que pesan mucho más los vínculos familiares, por tanto privados e íntimos, que el juicio social; además paradójicamente, socialmente es aceptada, exigida y por tanto, no sería un tema de conversación entre amigos. ¿De qué hablan los hombres entre ellos cuando creen que su amigo tiene un comportamiento equivocado? Esto fue lo que dijo Beltrán:

Mira, entre nosotros, amigos íntimos, no hablamos de eso. Claro que hemos presenciado situaciones de violencia contra mujeres, especialmente en el bar, pero yo sólo intervengo en el asunto discretamente, por ejemplo: “calmado,

viejo”, pero sólo eso, y siendo los mejores amigos no intervenimos en la vida de ellos, ¿entiende? Porque son situaciones difíciles, muy íntimas y uno no tendría cómo intervenir o sugerir que no haga tal cosa, porque yo respeto el mundo de ellos y no puedo juzgarlos. Yo no podría preguntarles: “¿por qué golpeaste a la chica? No, no puedo, porque es asunto de él y si yo le pregunto pasaría también a hacer parte del conflicto. (Beltrán, dueño de un bar de rock).

Frente a este comentario, interpele a Beltrán diciéndole que una cosa era el “respeto de su mundo”, y otra la connivencia o la aceptación de la violencia. Me dijo que comprendía mi observación, pero que aun así nunca intervino y que aun ahora, que ya ha reflexionado sobre esa situación violenta, tampoco lo haría, pues la lealtad existente entre amigos no permite que hablen de este tipo de cosas.

Al parecer, una característica de la amistad entre los hombres, es que la lealtad se mide por lo que consideran respetar los límites de las acciones de cada hombre sin interpelarse entre sí. En ciertos contextos, cuestionarse por acciones consideradas impropias –como la violencia– puede ser considerado un acto de deslealtad. La amistad de los hombres heterosexuales no ahonda en lo íntimo y es por eso, entre otras razones, que considero que los hombres están profundamente solos, ya que cuando se trata de compartir aspectos de la vida íntima, no existe confianza para el intercambio de palabras y emociones.

Muchos hombres, así como muchas mujeres, sustituyen el espacio de la amistad por el matrimonio y la vida familiar. Siendo la pareja y los hijos quienes, en adelante, ocupan la afectividad. Cuando éstos faltan, obviamente, no hay cómo llenar el vacío que dejan.

Volvamos a Federico y veamos lo que dice específicamente sobre la soledad que le generó la separación. Resalto algunos apartes que deseo comentar:

La soledad es dura, uno siente la falta de compañía. Además, yo tenía un hogar y me dolió perderlo. Y la pasé muy mal. Porque yo la tenía allí, yo sabía que ella

estaba ahí, que ella era mi mujer. Y salíamos juntos a comer, juntos en familia. La familia. Y todo el mundo nos saludaba. “Doña Lorena, como está”. ¡La familia junta! Porque durante ese año no hubo más peleas. Y las personas decían: “ah, pero como están de bien”. Entonces fue eso, la separación fue muy dura. Mujer, usted me puede preguntar, ahora en este momento, soy una mansa paloma. Algunas veces me tiro una canita al aire, pero para desahogarme, porque estoy separado de ella y solo. Lejos de ella. Y cuando alguien me busca, yo acepto la compañía, necesito un poco de cariño, me siento solo.

Federico aún no aprende a estar a solas, en el sentido que señala Cintra (2007), él no aguanta la soledad, y en los breves momentos en que está solo, busca insaciablemente alguna compañía que llene sus vacíos afectivos. No hay espacio para intentar una soledad creativa y reflexiva; la soledad es vivida como desgracia, como abandono, como aislamiento y no como posibilidad. Para que esto fuera posible, Cintra propone lo siguiente:

Todo esto comienza con la calidad de la presencia materna, capaz de crear un ambiente de confianza y de seguridad que ofrece la posibilidad de jugar, inventar y expresarse corporal y verbalmente, pero que se mantiene en reserva, sin invasión, en un silencio tranquilo, creando lo que fue llamado ‘espacio potencial’. Este es un estado de soledad diferente al desamparo y el aislamiento (Cintra, 2007: 38).

La soledad que denominamos creativa, es un aprendizaje difícil de adquirir; sus orígenes se experimentan en la infancia bajo los cuidados de la madre o de quien cumpla la función materna, y en el ambiente que permite el juego. Aquí, al contrario, estamos hablando de hombres cuyas circunstancias los llevan a estar solos, pero sin haber aprendido a estarlo.

Por otro lado, le pregunté a Humberto cómo veía las amistades que tenía en sus círculos intelectuales y de bohemia, qué hacían entre amigos y de qué hablaban. Me interesé en ahondar con él sobre es-

tos asuntos, porque durante su relato, narró con entusiasmo y cierta nostalgia esa etapa de tertulia y de bohemia; quise saber si en dichas jornadas había construido grandes amistades. Él me dijo:

El consumo de drogas ha sido para mí, paralelo a mi condición de hombre trabajador y estudioso. Mira que tría-da. Y ha sido por mucho tiempo en compañía solamente de amigos intelectuales, hasta de un nivel académico mayor que el mío. Amigos de bohemia bogotana; personas que han viajado mucho, que pertenecen al mundo de la filosofía, de la sociología, de la antropología; personas que conocen literatura, música que fue exitosa y después vivió una debacle, por la lucha política de la izquierda. Nosotros pertenecíamos a ese mundo de personas de grandes utopías, que querían cambiar el mundo.

El grupo de amigos de Humberto se reunía para hablar de política mientras consumían drogas. ¡Hablaban de las grandes cosas! Como las políticas. Nunca de las pequeñas, como la vida íntima y familiar. Por lo tanto, eran más compañeros políticos o amigos ocasionales, que amigos realmente; de la ocasión política y de la bohemia, pero no amigos íntimos. Hoy, encerrado en un centro de rehabilitación de drogas, Humberto no recibe visitas de ninguno de sus amigos de esas noches de bohemia y de tertulia, parece que hoy no tiene ningún amigo; esos encuentros permanecen en su memoria como recuerdos remotos. Humberto está solo.

Nelson vivió otro tipo de soledad. La soledad del deprimido. Encerrado en su enfermedad psíquica, vivía con vergüenza su condición de enfermo e inventaba todo tipo de artimañas para que su novia no sospechara nada. Consciente de que existen preconceptos sociales con las personas en estado depresivo, etiquetándolos como personas irresponsables y perezosas, prefería evitar el estigma. De ese modo, solamente su familia sabía de la situación y lidiaba con ella. Por ese motivo, el episodio de violencia que vivió con su novia lo llevó a un estado mayor de aislamiento, vergüenza y culpa, del que aún no había salido cuando hicimos la entrevista.

Su soledad es por incomprensión. Nelson se encuentra con amigos, también ‘ocasionales’ en su circuito musical, pero no encuentra con quien conversar. Podemos decir que el círculo de amigos de ocasión alimenta, sin saberlo, la soledad de muchos hombres que frecuentan tales espacios en busca de una amistad verdadera que nunca llega, o que va hasta cierto límite, como una pared de cristal que permite ver el otro lado pero que impide el paso.

Dice Norbert Elias en su libro “La soledad de los moribundos” (2009), que en la sociedad contemporánea los viejos, los moribundos y los enfermos, viven un abandono y una incomprensión mayor que el de épocas anteriores, ya que nadie quiere ser viejo, estar enfermo y mucho menos enfrentar la muerte. Estas tres situaciones nos muestran otra faceta de la soledad. Se trata del aislamiento que se da en el ámbito de los estigmas sociales que nadie quiere padecer; tampoco estar cerca del estigmatizado.

La soledad del deprimido es, tal vez, una de las manifestaciones del aislamiento en el mundo contemporáneo, pues el deprimido se vuelve repetitivo, dependiente, carente y su vida da vueltas como corcho en remolino, viviendo una monotonía que poco a poco genera que hasta los más próximos se vayan alejando. Esto fue lo que Nelson vivió.

El psicoanalista Tanis reflexiona sobre la soledad y el narcisismo, como dos características del mundo contemporáneo que resultan pertinentes para la reflexión que aquí elaboro, tal vez porque nos ofrece algunas claves para comprender el silencio y la soledad de los hombres autores de violencia de género; quizás también de los hombres en general, dependiendo de la forma en que se haya constituido lo masculino. El autor afirma:

Entre más encapsulada sea la persona, más enmascarado estará un sentimiento de soledad negativo que busca, desesperadamente, algún tipo de experiencia de fusión para llenar y detonar el sentimiento de vacío que se adueña de la existencia (Tanis, 2003: 185).

Así, el autor considera que es difícil encontrar en la sociedad contemporánea un ambiente propicio para estimular un tipo de soledad que no sea esta experiencia de aislamiento. Lejos de la propuesta que se encuentra en Hannah Arendt: la soledad como un suelo fértil para el desarrollo del pensamiento, la soledad que vivimos en la sociedad contemporánea es un desierto de sentido, es hiperindividualidad, es una especie de “muchedumbre solitaria” en la que las personas se sienten solas aunque estén acompañadas.

Es una ausencia de diálogo y comunicación entre pares. Es relacionarse solamente hasta cierto punto, y el punto límite es cuando se comprometen los afectos, lo que podríamos denominar, parodiando a Bauman, ‘amistad líquida’.

Así, la *amistad líquida* es efímera, no permanece, se escapa como el agua entre las manos, no tiene forma definida y adquiere la que los amigos ocasionales le dan. Es posible que muchos hombres no se sientan identificados con esta reflexión y está bien que así sea, porque si esta reflexión genera incomodidad en algunos hombres, ello podría ser el detonante de algún cambio, especialmente en los hombres heterosexuales que reproducen un modelo patriarcal y machista de ser hombre, que anacrónicamente se consideran el centro del mundo; crítica que puede ser extensiva a las mujeres que educan a sus hijos bajo los viejos cánones sociales y de género, reproduciendo un modelo que pide transformación.

El silencio y la soledad han sido un destino masculino para muchos hombres cuyas manifestaciones fueron claras en los autores de violencia de género entrevistados. Un destino que exige transformación y que en este momento se llama crisis. Crisis de la masculinidad tradicional.

La soledad creativa y el silencio reconfortante, puede ser una condición para una nueva humanidad, para nuevas masculinidades. Sin embargo, creo que aunque estemos caminando hacia dicha transformación, el camino es largo y está lleno de difíciles obstáculos a ser superados.

V. CONSIDERACIONES FINALES. LO MASCULINO EN CUESTION

El abordaje de la violencia de género en Brasil tuvo un giro importante, desde que la antropóloga brasilera María Filomena Gregori (1992) propuso que la violencia entre parejas era relacional, no tratándose, por lo tanto, de un asunto de hombres agresores contra mujeres indefensas, sino de un juego de poder dentro de la pareja precedido por una relación afectiva.

La violencia de género es, pues, relacional. Esta perspectiva ha generado grandes discusiones en los círculos académicos y políticos. Basándome en ella, comencé a pensar en el lugar de los hombres en este tipo de relación violenta, ya que muchas de las investigaciones hechas sobre este tema, incluso la mía hecha durante la maestría, se ha centrado exclusivamente en la mujer agredida y me parece que la perspectiva masculina debe ser llevada en consideración para comprender este tema.

Fue así que, abordando el lugar de los hombres en este tipo de violencia, comencé a interesarme por las masculinidades, por el proceso de irse haciendo hombres. Y fue por medio de esa búsqueda que me aproximé al universo de los hombres feministas. Múltiples masculinidades fueron surgiendo en mi investigación, y aunque haya tipificado sólo algunas de ellas, por efectos prácticos de investigación, este campo ofrece muchas más posibilidades de interpretación que superan las dicotomías. Esta diferenciación entre las múltiples masculinidades, fue observada a partir de las categorías de sociabilidad y socialidad, bajo la perspectiva teórica de Maffesoli.

Consideré a los hombres machistas y agresores, como representantes de una masculinidad tradicional que se reproduce y recrea en

algunos espacios de sociabilidad masculina como el fútbol, el billar, los bares, las casas de prostitución, los gimnasios, entre otros espacios que fueron indicados a lo largo del libro; espacios propios de un orden social instituido. Sin embargo, emergen nuevas posibilidades de ser hombre y, así, nos deparamos con formas de socialidad masculinas conformadas por hombres al margen de la masculinidad hegemónica; hombres que hacen resistencia al estereotipo tradicional y que consideran que otras formas de ser hombre son posibles; hombres sensibles, pacíficos, femeninos, feministas, conciliadores, acogedores.

De esta forma, este libro se fue tejiendo a partir de la violencia de género; discutió sobre los hombres agresores y sobre las masculinidades, entre ellas las de los hombres feministas, y en esa red fue emergiendo una transformación: una crisis de las masculinidades.

De otro lado, siempre fui consciente de que este tipo de abordaje podría ser malinterpretado, principalmente por parecer que retiraba de los hombres agresores su responsabilidad por agredir mujeres, niños, niñas u hombres que ellos consideran afeminados. Por el contrario, mi objetivo siempre fue comprender ese mundo masculino que agrede sustentado por la fuerza física natural y reforzada por la cultura, al mismo tiempo que el mundo femenino vulnerable a la agresión. Y, finalmente, comprender qué es lo que conlleva a ciertos hombres y ciertas mujeres a establecer relaciones violentas.

Me aproximé entonces al mundo de los hombres agresores, y pude comprender muchas razones que motivan la agresión. Esa comprensión debe ser tenida en cuenta en la reflexión de las ciencias sociales, y en la formulación e implementación de las políticas públicas que buscan reducir, contrarrestar o acabar con la violencia contra las mujeres, ya que los hombres no solamente deben ser castigados, sino educados con nuevos conocimientos sobre lo que significa ser hombre. Y las nuevas generaciones, tanto de niños como de niñas, deben ser educadas en un nuevo orden social de género, que sea equitativo, que reconozca y respete las diferencias.

Llevando en consideración el abanico de posibilidades que intenté mostrar a lo largo del libro, quisiera ahora registrar algunas pregun-

tas que surgieron y que continúan orientando mis reflexiones y frente a las cuales quiero hacer algunos comentarios.

La violencia de los hombres contra las mujeres en las relaciones contemporáneas, ¿podría ser una expresión de la crisis del modelo masculino? Creo sí, pues con las transformaciones que introdujo el feminismo en el orden social y de género, a partir de la segunda mitad del siglo XX, los hombres se fueron quedando, poco a poco, en una especie de ‘no lugar’; dejaron de ser el hombre proveedor y protector y aún no han encontrado el lugar adecuado en la relación de pareja y en la familia; por ese motivo, no tienen un lugar claro y definido, y algunos hombres en ese vacío de lugar y poder, encuentran en la agresión una reafirmación de su masculinidad.

También se podría pensar que, por el contrario, la violencia de género es otra manifestación de que dicho modelo se fortalece, manteniendo lejos la posibilidad de una crisis, hipótesis que ha sido ampliamente abordada por el feminismo y que yo discuto, pues considero que siendo la violencia una demostración de fuerza, al mismo tiempo esconde debilidades, miedos, inseguridades; por tanto aparece cuando otras vías han sido agotadas o ni siquiera intentadas.

La violencia es un indicador de que el poder se ha fragilizado, siendo la fuerza un mecanismo extremo y último para mantenerlo. De este modo, la violencia de los hombres contra sus parejas sería una expresión de impotencia, mucho más que un rasgo del hombre poderoso. La violencia contemporánea de los hombres contra las mujeres nos indica una pérdida de lugar en el mundo por parte de ellos. Se trata de la pérdida de funciones sociales instituidas. Aun así, no surge todavía claramente un nuevo lugar para ellos.

La violencia masculina es también una manifestación del miedo, pues los hombres agreden especialmente cuando se sienten amenazados, atacados en su ego, en su *self*; se sienten inseguros y quieren defenderse de algo permanentemente. No se trata, evidentemente, de una defensa de ellos, sino de una caracterización de quiénes son esos hombres agresores. Estos hombres agreden cuando las mujeres les hacen ver algo que les incomoda e irrita, a tal punto que sólo pueden

lidar con ello agrediendo. Sustento esta afirmación considerando que cuando alguien ataca, es porque necesita reafirmarse, y se siente atacado porque algo ha amenazado su lugar en el mundo. Necesita reafirmarse porque se está desestabilizando internamente.

Así, veo a los hombres autores de violencia de género como hombres en crisis. La crisis de la masculinidad que pretendo abordar, es la pérdida de lugar en el mundo social. Es una crisis de certezas, de modelos, de estereotipos. Se trata de los íconos o referentes masculinos cayéndose y dando lugar al miedo. En el viejo modelo de hombre no es posible develar ese miedo fácilmente.

El antropólogo Peter Wade, en una investigación sobre hombres y violencia realizada en Colombia, advierte que muchas explicaciones de la violencia masculina contra mujeres pueden caer en la trampa de las explicaciones universalistas sobre la masculinidad, en las cuales un varón dominante reforzaría su masculinidad a través de la violencia física, bajo el supuesto de la agresividad como algo naturalmente masculino (Wade, 1994). Como alternativa a este tipo de consideraciones, el autor propone que las masculinidades deben ser comprendidas como una gama de posiciones posibles, en la cual los hombres se constituyen a los largo del tiempo en relación a otros hombres y en relación a las representaciones culturales de masculinidad, propias de sus contextos que pueden ser, además, variadas y conflictivas. De tal forma que las distintas formas de violencia masculina tienen explicaciones dependiendo de los contextos socioculturales.

En el artículo “O masculino em Xeque” (El masculino en jaque), del psicoanalista brasileño Flávio Carvalho Ferraz, el autor considera que una nueva mirada psicoanalítica debería ser construida a partir de lo que es considerado masculino y femenino, pues, según él, “la construcción de la posición masculina es un camino más largo y difícil que el de la posición femenina” (Ferraz, 2008:69). Según el autor, las construcciones freudianas sobre lo masculino y lo femenino, corroboradas hasta cierto punto por Lacan, tendían a caracterizar lo femenino siempre a partir de lo masculino, siempre como falta, siendo siempre lo masculino el punto de partida de lo femenino. Esta tesis ha sido ampliamente discutida por las feministas. La ausencia en

lo femenino es asociada con la ausencia de falo, comprendido como representación de autoridad, poder, fuerza y potencia.

Sin embargo, considerando que la teoría psicoanalítica no escapa a las determinaciones culturales e ideológicas, el autor propone que estos aspectos sean transformados frente a los cambios sociales contemporáneos. El autor considera que no solamente el lugar de lo femenino se está transformando, sino especialmente el de lo masculino en el orden social, destacando las nuevas formas de socialización que tienen los niños en los nuevos hogares; hogares con nuevas configuraciones, que no corresponden con las tradicionales familias nucleares de padre, madre e hijos, por lo que la “autoridad del padre”, en la perspectiva psicoanalítica, se ha transformado.

Estos cambios sociales han generado un malestar en las sociedades contemporáneas, que se evidencia, especialmente, en los hombres. Es así que considero la crisis como la pérdida de lugar en el mundo, como la pérdida de las funciones instituidas. Pero, ¿cuál es ese hombre que está en vía de extinción -como diría el psicólogo Sergio Sinay- y que aquí consideramos en transformación? ¿Es el hombre solamente proveedor, protector y conquistador? ¿El hombre cuya función social más importante es sustentar económicamente una familia? ¿El hombre que grita, que golpea, que acaba con todo y que también se queda solo y en silencio? ¿O el hombre que no tiene amigos?

El modelo de hombre que está siendo cuestionado, es aquel que está sólo en función del mundo de la fiesta, de la rumba, de la noche, del licor, de relacionarse afectivamente con muchas mujeres y no comprometerse con ninguna, de los amigos de ocasión, y esto no tiene nada que ver con una posición moral, sino más bien con lo que nos ilustran los hombres entrevistados en algunos de sus testimonios. Es la soledad que se experimenta en la vida de la noche, de los amigos ocasionales y del licor que los lleva a perder el sentido de los aspectos fundamentales en sus vidas. Claro, es posible también que este cambio no sea propio de la crisis de masculinidad, sino de un ciclo vital determinado que se extinguirá por naturaleza, pero lo que los testi-

monios aquí investigados y otras investigaciones arrojan, es que esos hábitos se van constituyendo en costumbres que acompañan toda la vida y no solamente una parte de ellas.

En la juventud, tanto hombres como mujeres, en ciertos contextos socioculturales, tienen la costumbre de la fiesta, de la rumba, de la bohemia, de construir un círculo de amigos alrededor del licor y de algunas sustancias alucinógenas, pero con el paso de los años, las responsabilidades, el matrimonio y los hijos, ese tipo de vida generalmente se transforma. Aun así, creo que para los hombres comunes en la actualidad, estos paradigmas de ser hombre resultan insuficientes.

Más allá de eso, hoy en día las mujeres también tienen acceso a ese mundo que era propiedad de los hombres, volviéndose en muchos casos, rivales y competidoras. Por ejemplo, hoy muchas mujeres son las proveedoras económicas de los hogares y los hombres son amos de casa, las mujeres tienen actuación en esferas públicas, tienen un mundo propio. Economía, amigos, vida social, vida laboral propia. De igual forma, la infidelidad femenina es uno de los aspectos que los hombres señalan como un ejemplo de la pérdida de lugar en el mundo. Ellos estaban acostumbrados a ser los únicos infieles, pero cuando la mujer es la infiel, ellos no saben cómo lidiar con esa situación. Socioculturalmente las mujeres habían sido educadas para soportar la infidelidad, pero los hombres no. Los aspectos citados indican la aparición de un cambio de roles sociales.

He aquí un lugar social que había sido reservado para los hombres, y que desestabiliza el orden social de género cuando las mujeres irrumpen en tal escenario. Esto no deja a las mujeres en lugar de superioridad frente a los hombres, pues es bien sabido, también, que en ese proceso de búsqueda por la igualdad, las mujeres han reproducido viejos modelos masculinos.

Sin embargo, no es un secreto que las mujeres ganaron autonomía e independencia, razón por la que muchos hombres se consideran innecesarios en sus vidas, percibido así tanto por las mujeres como por los hombres. Es posible que al no sentirse necesarios, los hombres

deseen mantener o imponer por la fuerza su lugar histórico, el que aparentemente le correspondía en el viejo orden patriarcal.

Sobre ese punto, un gran amigo –que me ayudó a pensar en las masculinidades sin proponérselo–, afirmó: “ellas ya no nos necesitan”. El escenario de esta conversación fue la fiesta de cumpleaños de una amiga en común. Siendo uno de los pocos hombres invitados, mi amigo hizo esta observación, entre admirado y triste, mientras observaba que en un grupo de mujeres ellas bailaban solas. “Ellas se defienden solas, mira, ellas no nos necesitan”; efectivamente, las mujeres se divertían solas. No necesitaban hombres para hacerlo, no esperaban que nadie las invitara a bailar y mi amigo tuvo casi que suplicar para que alguna de ellas aceptara bailar con él, lo que lo hizo sentirse rechazado, pues ellas no dudaron en manifestar que era casi una obligación bailar con él para no despreciarlo y no precisamente porque disfrutaran bailar en pareja. Este es un sencillo ejemplo sobre cuándo lo masculino es cuestionado.

La psicoanalista Regina Negri en su libro “A psicanálise e o feminino: um horizonte da modernidade. Novas configurações da diferença sexual” (El psicoanálisis y el femenino: un horizonte de la modernidad. Nuevas configuraciones de la diferencia sexual), destina un capítulo para tratar este asunto. Para ella, en la modernidad hay una especie de feminización de la cultura y, en ese proceso, emerge una crisis de lo masculino; lo masculino entendido como paradigma de sujeto universal.

La autora caracteriza tal proceso como “la crisis de la razón, la crisis de la identidad del sujeto clásico de la razón, la crisis del orden transcendental metafísico, colocará en crisis la hegemonía del género masculino” (Neri, 2005:61). Basándome en estos argumentos, considero que la crisis de los hombres contemporáneos que abordé a lo largo de este libro, se corresponde con la crisis del paradigma occidental moderno. Los hombres ya no son la categoría que representa al sujeto universal. Dicha transformación se viene dando a lo largo del siglo XX, e, inclusive, fue anunciada, según varias autoras como Elisabeth Badinter, desde la Revolución Francesa (1789), cuando la muerte del rey, del padre y de Dios, anunciaba también la muerte –lo que con-

sideré aquí como pérdida— del lugar social del hombre. Según Neri, “(...) será cuestionada la superioridad tradicional del sexo masculino considerado, desde Aristóteles, como principio divino activo de la razón creadora en oposición a lo femenino, reducido a la materia impura, forma pasiva a ser engendrada” (Neri, 2005). Tal cuestionamiento genera crisis en los hombres contemporáneos. Muchos de ellos, reitero, actúan violentamente como consecuencia de dicha crisis.

De esta forma, Federico, Humberto, Beltrán, Juan, Nelson y López, los hombres autores de violencia que gentilmente contribuyeron con sus testimonios para este libro —como muchos otros hombres autores de violencia de género— no son simplemente hombres violentos o agresores, y mucho menos monstruos; son hombres normales, hombres en crisis, hombres comunes, hombres *asustadoramente normales*. Y esa normalidad del hombre agresor es, lo que considero, lo peor de la violencia de género: que resulta tan normal, que se vuelve algo aceptable y socialmente invisible, dado que las acciones provienen de hombres comunes y corrientes, es decir, no es la excepción sino la regla.

Por ello, la violencia de género es una manifestación de la crisis de las masculinidades; la violencia de algunos hombres contra algunas mujeres es una manifestación de su incapacidad para manejar la frustración. Son actos cometidos por hombres cuya última herramienta, en ciertas situaciones conflictivas, es la violencia. Esto también es una crisis en la modernidad, dado que tenemos muchas otras posibilidades para enfrentar las más diversas situaciones. Estos hombres actúan violentamente porque carecen de otros elementos de identidad en un mundo que ha cambiado sin que ellos puedan ir a la par de tales cambios. La crisis de la masculinidad es una crisis del paradigma de ser hombre; es una crisis moderna que implica transformación, cambio, apertura, escucha y acogimiento, y no solamente juicios y castigos.

VI. BIBLIOGRAFÍA

Agamben, Giorgio (2005). *Infância e História: destruição da experiência e origem da história*. Tradução de Henrique Burigo. Belo Horizonte: Editora UFMG.

Alvarez, Santiago (2001). “Enterrando heróis, patriarcas, suicidas e traidores: solidariedade e ostracismo nos Andes colombianos”. In: *Mana*, 7 (2): 35-55.

Amuchástegui, Ana, Szasz, Pianta (coordinadoras) (2007). *Sucede que me canso de ser hombre... Relatos y reflexiones sobre hombres y masculinidades en México*. El colegio de México, Centro de estudios demográficos, urbanos y ambientales, México D.F.

Arendt, Hannah (1999). *Eichmann em Jerusalém: um relato sobre a banalidade do mal*. São Paulo: Companhia das Letras.

_____ (1969), (1970), *Da violência*. Brasília: Editora Universidade de Brasília.

Bandeira, Lourdes (2009). “Três décadas de resistência feminista contra o sexismo e a violência feminista no Brasil: 1976 a 2006”. In: *Sociedade e Estado*, Brasília, v.24 No. 2, PP. 401-438, maio/ago.

Bauman, Zygmunt (1999). *Modernidade e Ambivalência*. Tradução: Marcus Penchel. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Ed.

Benjamin, Walter (1985). *Magia e Técnica, Arte e Política. Ensaios sobre literatura e história da cultura*. Obras Escolhidas, Volume 1, São Paulo: Editora Brasiliense,.

Braghini, Lucélia (2000). *Cenas Repetitivas de Violência Doméstica: Um impasse entre Eros e Tanatos*, Campinas, SP: Editora da Unicamp; São Paulo: Imprensa oficial, (Coleção Teses).

Bensusan, Hilan (2004) “*Observações sobre a libido colonizada: tentando pensar ao largo do patriarcado*”. In: Estudos Feministas, Florianópolis, 12 (1): 360. Janeiro-abril.

Bourdieu, Pierre (2000). *La dominación Masculina*. Barcelona: Editorial Anagrama, Colección Argumentos.

Bondía, Jorge Larrosa (2002). “*Notas sobre a experiência e o saber de experiência*”. In: Revista Brasileira de Educação, No. 19, Jan/Fev/Mar/Abr.

Bonetti, Alinne (2007). “*Não basta ser mulher tem de ter coragem. Uma etnografia sobre gênero, poder, ativismo feminino popular e o campo político feminista de Recife – PE*”. Tese de Doutorado em Ciências Sociais, sob a orientação de Maria Filomena Gregori. Instituto de Filosofia e Ciências Humanas, Universidade Estadual de Campinas.

Butler, Judith (2001). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. México: Paidós.

Cintra, Elisa Maria de Ulhôa (2007). “*Trate-me como um cachorro. Ou assim que for possível*”. In: Revista Cadernos de Psicanálise – Sociedade da Psicanálise da cidade do Rio de Janeiro. V 23. No. 26, Rio de Janeiro.

Corrêa, Marisa (1983). *Morte em Família: Representações jurídicas de papéis sexuais*. Rio de Janeiro: Edições Graal.

Cornwall, Andrea, Lindisfarne, Nancy (1994). “*Dislocating masculinity: Gender, Power and anthropology*”. In: *Dislocating masculinity, comparative ethnographies*. Routledge, London and New York.

Connell, Robert (1995). *Masculinities*. Berkeley, Los Angeles: University of California Press.

Costa, Claudia de Lima (1994) “*O leito de Procusto: Gênero, Linguagem e as teorias feministas*”. In: Cadernos Pagú (2): pp.141-174.

Costa, Patrícia (2008). Trindade Maranhão. “*A construção da masculinidade e a banalidade do mal: outros aspectos do trabalho escravo contemporâneo*”. In: Cadernos Pagú (31): 173- 198.

Da Silva, Cristina Maria (2009). “*Rastros das socialidades. Conversações com João Gilberto Noll e Luiz Rufatto*”. Tese de Doutorado em Ciências Sociais. Campinas: Universidade Estadual de Campinas.

Das, Veena (1999). “*Fronteiras, Violência E O Trabalho Do Tempo: Alguns Temas Wittgensteinianos*”. In: Revista Brasileira de Ciências Sociais (40), São Paulo: ANPOCS.

_____ (2008). *Sujetos del dolor, agentes de dignidad/ ed. Francisco A. Ortega*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas: Pontificia Universidad Javeriana. Instituto Pensar.

De Souza–Santos, Boaventura (2006). *Pela mão de Alice. O social e o político na pós-modernidade*. São Paulo: Cortez Editora, 11^a Ed.

Debert, Guita (1986). “*Problemas relativos à utilização da história de vida e história oral*”. Em: A aventura antropológica. Teoria e pesquisa, Rio de Janeiro: Paz e Terra, pág. 141.

_____ (2002). *Arenas de conflitos éticos nas Delegacias Especiais de Polícia*. Campinas: Documentos IFCH-UNICAMP, Novembro/.

De Beauvoir, Simone (2000-2001). *O segundo sexo*. Rio de Janeiro: Editora Nova Fronteira, 2V: 387.

De Oliveira, Ferreira Albino. Maria Coleta (Pesquisadora-Coordenadora). (1999). “*Os homens, esses desconhecidos... Masculinidade e Reprodução*”. Campinas: Pesquisa do Núcleo de Estudos de População, NEPO, Universidade Estadual de Campinas.

Diaz-Aguado, Maria José (2008). “*Construir la igualdad entre hombres y mujeres y prevenir la violencia de género en la educación del siglo XXI*”. Em: *La igualdad no es una utopia. Nuevas Fronteras: Avances y Desafíos*. Livro de Trabalhos do Décimo Congresso Internacional Mundos de Mulheres. Madrid, pp. 82-91.

Douglas, Mary (1976). *Pureza. Pureza e Perigo*. São Paulo: Perspectiva.

Elias, Norbert (1998). “*El cambiante equilibrio de poder entre los sexos. Un estudio sociológico procesual: el ejemplo del antiguo Estado Romano*” In: *La civilización de los padres y otros ensayos*. Bogotá: Grupo Editorial Norma, Editorial Universidad Nacional, pág. 199 – 249.

_____ (2009). *La soledad de los moribundos*. México: Fondo de Cultura Económica.

Favret-Saada, Jeanne (2005). “*Ser afetado*”. Tradução de Paula Siqueira. In: *Cadernos de Campo*. No. 13, pp.155-162.

Ferraz, Flávio Carvalho (2008). “*O primado do masculino em xeque*”. In: *Percurso* 40: p.69-78.

Ferenczi, Sandor (2003). *Obras completas. Psicanálise IV*. São Paulo: Martins Fontes.

Figueiredo, Luis Claudio (2003). *Elementos para a Clínica contemporânea*. São Paulo: Escuta.

Filho, Amílcar Torrão (2005). “*Uma questão de gênero: onde o masculino e o feminino se cruzam*”. In: *Cadernos Pagú* (24) janeiro, pp. 127-152.

Foucault, Michael. (1979). *Microfísica do poder*, Rio de Janeiro: Graal.

_____ (1988). *Historia da sexualidade I. Vontade de Saber*, Rio de Janeiro: Graal.

_____ (2001). *Os anormais* [1975]. São Paulo: Martins Fonte.

Gastaldo, Édison (2005). “*O complô da torcida: futebol e performance masculina em bares*”. In: Horizontes Antropológicos, Porto Alegre, ano 11, n.24, p. 107 – 123, jul./dez.

Giddens, Anthony (1993). *A transformação da Identidade. Sexualidade, Amor e Erotismo nas Sociedades Modernas*. Tradução: Magda Lopes. São Paulo: Editora da Universidade Estadual Paulista.

Goldman, Marcio (2006). *Alteridade e Experiência: Antropologia e teoria etnográfica*. In: Etnografia, Vol. X (1), pp.161-173.

Gomez-Etayo, Elizabeth (2006). “*Entre amores y moretones. Violencia contra mujeres en el ámbito familiar*”. En: Revista La Manzana de la Discordia. Cali. Editorial Universidad del Valle.

Gregori, Maria Filomena (2003). “*Relações de violência e erotismo*”. In: Cadernos Pagú (20).

_____ (1992). *Cenas e Queixas: Um estudo sobre mulheres, relações violentas e a prática feminista*, São Paulo: Paz e Terra.

_____ (2005). *Feixes, Paralelismo e Entraves: as Delegacias de defesa da mulher em São Paulo e as Instituições*. Campinas: Documentos IFCH-UNICAMP, No. 132.

Gutmann Mathew, Viveros, Mara (2007). “*Masculinidades en América Latina*”, en Miguel Ángel Aguilar y Anne Reid (Coordenadores), Tratado de Psicología Social: Perspectivas socioculturales. Barcelona: Anthropos; México: UAM. Iztapalapa. Div. Ciencias Sociales y Humanidades, pp. 96- 120, ISBN: 978-84-7658-806-2.

Jimeno, Myriam (2002). “*Crimen pasional o el corazón de las tinieblas*”. En: Revista en Otras Palabras, No. 10. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Corporación Casa de la mujer de Bogotá.

Kaufman, Michael (1997). “*Las experiencias contradictorias de poder entre los hombres*”. En: Revista Masculinidades, Poder y Crisis. Santiago de Chile: Ediciones de los magos No. 24. Isis Internacional.

Kimmel, Michael (2008). “*Men in Women’s Worlds: How men can – and should- support gender equality*”. In: La igualdad no es una utopia. Nuevas Fronteras: Avances y Desafíos. Madrid: Libro de Trabajos de Décimo Congreso Internacional Mundos de Mujeres. pp.139-145.

Klein, Melanie, Riviere, Joan (1970). *Amor, ódio e reparação. As emoções básicas do homem do ponto-de-vista psicanalítico*. Tradução: Maria Helena Senise. Rio de Janeiro: Imago.

Klein, Melanie (1985). *Inveja e Gratidão. E outros trabalhos, 1946-1963*. Volume III das obras completas de Melanie Klein. Rio de Janeiro: Imago.

Kofes, Suely (1994). “*Experiências sociais, interpretações individuais: histórias de vida, suas possibilidades e limites*”. Em: Cadernos Pagu (3), pp. 117-141.

_____ (2004). “*Os papéis de Aspern: anotações para um debate*”. Em: Cadernos do IFCH, No. 31, (Histórias de Vida, Biografias e Trajetórias). Campinas: Universidade Estadual de Campinas.

Kristeva, Julia. (1994). *Estrangeiros para nós mesmos*. Tradução: Maria Carlota Carvalho Gomes. Rio de Janeiro: Rocco.

Lima, Daniel Costa, Buchele, Fátima, Clímaco, Danilo de Assis (2008). “*Homens, Gênero e Violência contra mulher*”. En: Saúde Soc. São Paulo, V. 17, n.2. Pp. 69-81.

Lipset, David (2009). “*O que faz um homem? Relendo Naven e The Gender of the Gift*”. En: Cadernos Pagú (33), julho-dezembro: 57-81.

Lorente-Acosta, Miguel (2001). *Mi Marido me pega lo normal. Agresión a la mujer realidades y mitos*. Barcelona: Editorial Ares y Mares.

_____ (2008). “*El agresor de género: acciones y reacciones del pos-machismo*”. La igualdad no es una utopia. Nuevas Fronteras: Avances y Desafíos. Libro de Trabajos del Décimo Congreso Internacional Mundos de Mujeres. Madrid, pp.162-177.

- Maffesoli, Michel (2001). *A conquista do presente*. Natal (RN): Argos.
- _____ (2005). *A sombra de Dionísio: contribuição a uma sociologia da orgia*. Tradução Rogério de Almeida. 2ª Edição. São Paulo: Zouk.
- _____ (2004). *A parte do Diabo*. Rio de Janeiro: Record.
- Manual Educação para ação. (2007). Serie Campanha do Laço Branco, Recife: Instituto Papai.
- Machado, Lia Zanota (2001). *Masculinidades e violências. Gênero e Mal-estar na sociedade contemporânea*. Brasília: Serie Antropológica, 290.
- Maroni, Amnéris Ângela (2007). “*A difícil trajetória da mulher no patriarcalismo*”. Em: Revista Latinoamericana de Psicopatologia Fundamental. Vol. X n. 2 – junho, pp. 203-394.
- _____ (2008) *E por que não? Tecendo outras possibilidades interpretativas*. Aparecida, SP: Idéias & Letras, (Coleção Psi-Atualidades, 11).
- Marques, Josep-Vincent (1998). *Comentarios al capítulo: Construcción social de la masculinidad en América Latina*. En: Masculinidade y Equidad de Género em América Latina. Valdés, Teresa; Olavaria José, Eds. Santiago de Chile: FLACSO-Chile, pp. 69-75.
- Medrado, Benedito (2007). *Violência contra mulheres e saúde mental: Análise de programas de atendimento a homens autores de violência*. Projeto CNPq. Recife: Programa de Pós-graduação em Psicologia-Universidade Federal de Pernambuco.
- _____ (2008). Lyra, Jorge. “*Por uma matriz feminista de gênero para os estudos sobre homens e masculinidades*”. Em: Estudos Feministas, Florianópolis, 16 [3]: 424. Setembro – dezembro.
- Monteiro, Marko (2001). “*Corpo e masculinidade na revista VIP Exame*”. Em: Cadernos Pagú (16): pp. 235-266.

Moore, Henrieta (2000). *Fantasia de poder e fantasia de identidade: gênero, raça e violência*. In: Cadernos Pagú (14).

_____ (1994). “*The problem of explaining violence in the Social Sciences*”. In: Peter Gow e P. Harvey (Eds). *Sex and violence. Issues in representation and experience*. London and New York: Routledge.

Mota González, Nancy (2002). *Por el monte y los esteros: relaciones de género y familia en el territorio afro pacífico*. Cali: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

Moutinho, Laura. Razão, (2004). “*Cor*” e Desejo, uma análise comparativa sobre relacionamentos afetivo-sexuais “inter-raciais” no Brasil e na África do Sul. São Paulo: UNESP.

Muszkat, Susana (2008). “*Desamparo e violência de gênero: Uma formulação*”. In: Ide psicanálise e cultura. São Paulo, 31 (47), 125-132.

Nascimento, Elaine Ferreira do, Gomes, Romeu (2009). “*Iniciação sexual masculina: conversas íntimas para fóruns privados*”. In: Ciência e saúde coletiva. 14 (4): 1101-1110.

Neri, Regina (2005). *A psicanálise e o feminino: um horizonte da modernidade*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.

Nolasco, Sócrates (2001). *De Tarzan a Homero Simpson: Banalização e violência masculina em sociedades contemporâneas ocidentais*. Rio de Janeiro: Rocco.

Oliveira, Pedro Paulo de (2004). *A construção social da Masculinidade*. Belo Horizonte: Ed. Universidade Federal de Minas Gerais; Rio de Janeiro: IUPERJ.

Palacio Valencia, Maria Cristina, Valencia Hoyos, Ana Judith (2001). *La identidad Masculina: Un mundo de inclusiones y exclusiones*. Manizales: Editorial Universidad de Caldas.

Pavajeau-Delgado, Carol (2007). *Masculinidad reflexiva: re-conocerse como sujeto de género*. Disertación de Maestría en Antropología. Bogotá: Universidad de los Andes-Colombia.

Pinheiros, Sandra Maria e Carloto Cássia, Maria (2007). *Violência doméstica, homens e masculinidades*. Revista Virtual Textos & Contextos, No. 8, dez. 2007. PINHO, Osmundo de Araújo. “Etnografias do Brau: Corpo, Masculinidades e Raça na reafrikanização em Salvador” In: Estudos Feministas, Florianópolis, 13 (1): 216, janeiro-abril/2005.

Peacock, James, Holland, Dorothy (1993). “*The narrated self: Life Stories in process*.” In: Ethos. 21 (4), pp. 367-383.

Perdigão, Andréa Bomfim (2005). *Sobre o Silêncio. Um livro de entrevistas com vários autores*. São José dos Campos, SP: Pulso.

Pollak, Michael, Heinich, Nathalie (1986). “*Le Témoignage*”. In: Actes de la Recherche. No. 62/63, pp. 3 -29.

Portella, Ana Paula (2004). *Homens: Sexualidades, Direitos e Construção da Pessoa/ Ana Paula Portella, Benedito Medrado, Cecília de Mello e Souza [et al.]* – Recife: SOS CORPO – Gênero e Cidadania; Instituto PAPAI.

Prado, Mário Pacheco A (1988). *Narcisismo e Estados de Entranhamento*. 2ª Edição ampliada. Rio de Janeiro: Imago.

Ramírez Rodríguez, Juan Carlos, HARTOG Guitté (2007). *México: La Manzana*. Revista Internacional de estudios sobre masculinidades, Volumen II, Número 3, julio-septiembre.

Ricoeur, Paul (1994). *Tempo e narrativa*. Campinas: Papirus.

Scarry, Elaine (1985). *Body in Pain. The Making and Unmaking of the World*. Oxford: Oxford University Press.

Safra, Gilberto (2006). *Hermenêutica na situação clínica. O desvelar da singularidade pelo idioma pessoal*. São Paulo: Edições Sobornost.

Silva, Maria Cecília Pereira da (2003). *A Herança psíquica na clínica psicanalítica*. São Paulo: Casa do Psicólogo.

Sinay, Sergio (2006). *La masculinidad tóxica. Un paradigma que enferma a la sociedad y amenaza a las personas*. Buenos Aires: Ediciones B, Grupo Z.

Siqueira, Maria Juracy Toneli (1997). “*A constituição da identidade masculina: alguns pontos para discussão*”. In: Revista de Psicologia. São Paulo. Universidade de São Paulo, USP, v. 8 n.1 São Paulo.

Souza, Márcio Ferreira de (2009). “*As análises de gênero e a formação do campo de estudos sobre a(s) masculinidade(s)*”. In: Mediações. Londrina, v. 14, n.2, p. 123-144, Jul/Dez.

Spillius, Elizabeth Bott (Editora). (1998). “*Sobre o pensar*” (Terceira Parte). Em: Melanie Klein hoje. Desenvolvimentos da teoria e da técnica. Volume 1: Artigos predominante teóricos. Nova Biblioteca de Psicanálise. Rio de Janeiro: Imago.

Subirats, Marina (2008). “*La masculinidad hoy: un género obsoleto*”. La igualdad no es una utopía. Nuevas Fronteras: Avances y Desafíos. Libro de Trabajos del Décimo Congreso Internacional Mundos de Mujeres. Madrid, pp.310-322.

Tanis, Bernardo (2003). *Circuitos da Solidão. Entre a clínica e a cultura*. São Paulo: Casa do Psicólogo: FAPESP.

Urrea, Fernando; Quintin, Pedro (2000). “*Jóvenes negros de Barriadas populares en Cali: Entre masculinidades hegemónicas y marginales*”. Informe Final. Proyecto Masculinidades. Cali: CIDSE, Centro de Investigaciones y Documentación Socioeconómica, Universidad del Valle.

Valdés, Teresa, e Olavarria, José. (Eds.) (1998). *Masculinidades y equidad de género en América Latina*. Santiago, Chile: Flacso-Chile, 284 p. Serie Libros, Flacso.

Vale De Almeida, Miguel (1995). *Senhores de Si. Uma interpretação antropológica da masculinidade*. Lisboa: Fim de século - Margens 5.

Wade, Peter (1994). *Man the Hunter. Gender and violence in music and drinking contexts in Colombia*. In: Peter Gow e P. Harvey (Eds). Sex and violence. Issues in representation and experience. London and New York: Routledge.

Welzer-Lang, Daniel (año). “*A construção do masculino: dominação das mulheres e homofobia*”. In: Estudos Feministas, Vol. 9, No. 2, pp. 460-482.

Zimmermann, Tânia Regina, De Medeiros, Márcia Maria (2004). “*Biografia e Gênero: repensando o feminino*” In: Revista de História Regional 9 (1), Verão, Pp. 31-44.

VII. WEBGRAFÍA

Campana del Lazo Blanco. Brasil. www.noos.org.br/programas.

Descripción de Krav Maga. Brasil. www.kravmaga.com.br.

Promundo. *Programa H: una estrategia para sensibilizar hombres jóvenes sobre la equidad de género*. Brasil. Recuperado de: www.promundo.org.br/programah.

SOS Corpo. *Observatório de Violencia contra mujeres*. Brasil. Recuperado de: www.soscorpo.org.br.

